

Mia J. Karre



SIEMPRE AMANECE
Y VUELVE A BRILLAR EL SOL

**MÁS FUERTES QUE SU DESTINO
SIEMPRE AMANECE Y VUELVE A
BRILLAR EL SOL**

**SIEMPRE AMANECE Y VUELVE A
BRILLAR EL SOL**

Mía J. Karret

© Mía J. Karret, 2017

© Portada: J. A. GIL.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas vivas o muertas reales, empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: Noviembre de 2018.

ISBN: 978—84—09—07062—6

Impresión y encuadernación: Amazon (Kindle Direct Publishing)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970/932720447.

INDICE

<u>Portada</u>	
<u>Dedicatoria</u>	5
<u>Agradecimientos</u>	6
<u>Capítulo 1</u>	8
<u>Capítulo 2</u>	14
<u>Capítulo 3</u>	20
<u>Capítulo 4</u>	26
<u>Capítulo 5</u>	31
<u>Capítulo 6</u>	39
<u>Capítulo 7</u>	50
<u>Capítulo 8</u>	62
<u>Capítulo 9</u>	73
<u>Capítulo 10</u>	82
<u>Capítulo 11</u>	93
<u>Capítulo 12</u>	105
<u>Capítulo 13</u>	118
<u>Capítulo 14</u>	130
<u>Capítulo 15</u>	142
<u>Capítulo 16</u>	156
<u>Capítulo 17</u>	167
<u>Capítulo 18</u>	178
<u>Capítulo 19</u>	192
<u>Capítulo 20</u>	203
<u>Capítulo 21</u>	211
<u>Capítulo 22</u>	220
<u>Capítulo 23</u>	233
<u>Capítulo 24</u>	244
<u>Capítulo 25</u>	253
<u>Capítulo 26</u>	265
<u>Capítulo 27</u>	277
<u>Capítulo 28</u>	289
<u>Capítulo 29</u>	302

A todas las personas que de una u otra manera han formado parte de mi vida, aportando en ella su granito de arena, ya sea poniéndome obstáculos en el camino, o ayudándome a superarlos, porque gracias a todo ellos me he convertido en la persona que soy hoy.

AGRADECIMIENTOS

Esta primera novela que empezó como un hobby muy personal, y que se habría quedado durante años guardada en un cajón, ha sido el inicio de un camino nuevo, en el que he descubierto que vivo rodeada de personas, que son capaces de embarcarse en una aventura totalmente alocada conmigo, apoyándome a cada paso que he dado.

Quiero agradecer primero a mi hijo que es el motor de mi vida, porque una sonrisa suya hace que el mundo sea maravilloso para mí, dándome la fuerza necesaria para sobrevivir en esta jungla que es la vida.

A mi familia, por que pase lo que pase en mi vida, tengo la absoluta certeza que siempre estarán a mi lado.

Gracias a mi correctora favorita, Ana Beatriz Cintas, no sólo por su labor de correctora, sino por aportarme el entusiasmo y la locura de no dejar este proyecto en ningún momento.

Gracias a mis amigas Paloma Guerrero, Susana Mariscal y Solange Peralta, que han estado leyendo cada capítulo con la misma ilusión con la que yo los escribía, animándome siempre a seguir.

Gracias a mi amigo Javier Lapeira García que diseñó una primera portada para esta novela, cuando al principio de esta historia la necesité de manera urgente, y que aunque no haya sido la definitiva, para mí fue realmente especial, guardando en la portada actual vestigios de ésta primera portada, como es el corazón de fuego.

Gracias a mi prima Ramona Purcariu por creer en este proyecto ciegamente, aportando el entusiasmo y los conocimientos necesarios para hacer una promoción y marketing de la novela que jamás hubiera esperado tener.

No puedo olvidarme de dar las gracias a todos los lectores, que sois capaces de introducirnos en las historias, que salen de las mentes inquietas de los que deseamos contarlas.

Y por último pero no menos importante, quiero dar las gracias a todos los que forman parte de esa gran familia que es ANENDO por la gran aportación social que llevan a cabo cada día. Ante lo cual, he decidido ayudarles en su estoica labor, donando un porcentaje de la venta de cada libro.

CAPITULO 1

Cuando alguien tiene tantos sentimientos, emociones reprimidas y experiencias que sólo te aportaron dolor en estado latente, dentro de uno mismo, llega un momento en el que todo explota, se desborda, porque ya no hay cabida para nada más, y es entonces cuando arrasa con cuanto hay cerca, dañándolo en lo más profundo, rompiéndolo en mil pedazos, irradiando como si de una supernova se tratase, millones de haces de luz negra, repartiendo su oscuridad, mostrando sus sombras, y es en ese preciso instante, cuando todo llega a su fin...

Eran las 23.30 horas de la noche en Madrid, cuando salió mi avión con destino Italia. Envuelta en rabia, e impotencia contenida, me dirigía sin rumbo, sin finalidad y con una maleta con cuatro trapos, que eran lo poco que me había dado tiempo coger después de aquella estúpida y rutinaria cena.

Lo único que quería era huir lejos de todo aquello, que me producía aquella sensación nauseosa, que revolvía mi interior hacia una inquietante sensación de angustia y tristeza.

Dentro de mí sólo había un mar de confusión. Todo estaba tan enmarañado que no me dejaba ver con claridad, y lo único que supe en ese momento, era que no quería seguir viviendo así. Quería que mi vida fuera totalmente diferente, y también sabía que la única que podía poner fin a todo lo anterior y empezar de nuevo era yo.

—¿Quiere tomar algo señorita? —preguntó la amable azafata, que parecía haber salido de una revista de Vogue. Era un chica delgada, alta y rubia, sus ojos color miel escondían el cansancio de muchas horas sin dormir, volando de una ciudad a otra, detrás de un anti ojeras y un rímel perfectamente aplicados como si de un ritual se tratara.

—Un Martini por favor —contesté.

—Aquí tiene. Disfrute del vuelo —respondió con amabilidad, preparando su mejor sonrisa para el siguiente pasajero.

Y allí estaba yo. Mirando por la ventanilla, sobrevolando el Mar Mediterráneo en una noche cerrada, donde ni una sola estrella se dignaba a ser testigo presencial de aquella huida intempestiva. Mientras mi mente colérica recorría cada momento acontecido horas antes, revolviéndose cual mar embravecido, y engullendo cada lágrima.

En cuestión de hora y media estaría en el aeropuerto de Alghero,

Cerdeña. Aunque mi destino sería una pequeña ciudad costera, situada al noroeste de Cerdeña, en la provincia de Sassari, llamada Algher. Algo que había decidido, mientras ojeaba una guía turística, que había comprado en las tiendas del aeropuerto, 30 minutos antes de tomarme de un trago el Martini que aquella azafata afablemente me había ofrecido.

Sabía lo que haría nada más llegar al aeropuerto. Cogería un taxi hacia la isla, y en el trascurso del camino reservaría en el primer hotel que tuviera una habitación disponible para esa misma noche.

Incluso dentro del más absoluto caos, siempre terminaban apareciendo las reminiscencias de la abogada organizada que siempre lo tenía todo bajo control.

Aquel aeropuerto que durante el día presenciaría el ir y venir de multitud de personas, cada uno con sus historias de vida, se transformaba en un desierto, donde unos pocos beduinos esperábamos a horas intempestivas que nuestras maletas aparecieran por la larga y lenta cinta que daba el disparo de salida hacia una nueva ciudad, donde a cada uno nos deparaba un destino incierto.

Subí a un taxi y el conductor que era un señor de unos 60 años, rechoncho, con un bigote canoso, y aspecto de buena gente me dijo: —signorina buona notte, dove prendo? (1)

Y aunque mis conocimientos de italiano me permitían mantener una conversación fluida con cualquier lugareño, mi cabeza embotada por el fluir de contradictorios y furiosos pensamientos que habían dado lugar a la disparatada noche que estaba aconteciendo, provocó en mí una respuesta en castellano, con el simple nombre del hotel.

—Tardaremos unos 20 minutos señorita —respondió el taxista también en castellano.

—Bien gracias —contesté sin intención de entablar conversación alguna.

—Mi nombre es Bernardino, si le parece bien pondré algo de música, señorita.

Asentí con la cabeza. No entendía como aquel hombre no percibía mi necesidad imperiosa de seguir sola conmigo misma y las señales obvias de no querer cruzar palabra alguna con cualquier ser humano del planeta.

Apoyé mi cabeza contra la ventanilla y el silencio de la noche, con la música clásica de fondo que Bernardino compartió conmigo durante nuestro

corto trayecto, junto con el movimiento del coche consiguieron que por primera vez durante todas aquellas horas pudiera respirar profundamente y sentir un pequeño atisbo de tranquilidad. Y como por arte de magia las lágrimas brotaron de mis ojos, recorriendo mis mejillas y antes de sentir el sabor a sal, las sequé con mis manos, para dejar paso otra vez a la mujer fuerte, e impasible que conformaba la coraza, que no dejaba ver a la persona sensible que se escondía tras ella, y se resguardaba simplemente para no ser herida, ya que era más frágil de lo que cualquier mortal pudiera creer.

—¿Se encuentra bien señorita? —preguntó Bernardino con cara de preocupación, mirando de reojo por el retrovisor.

—Sí, sí... continúe conduciendo —contesté.

Pero en ese preciso instante el llanto y el desconsuelo se apoderó de mí. Sin embargo esta vez, la mujer que lo controlaba todo había desaparecido, y en ese mar de lágrimas se ahogaban la rabia, la impotencia, la tristeza, mi pena...

Bernardino paró en el arcén de aquella carretera solitaria, y mirándome con ternura, me acercó un pañuelo viejo que sacó de su bolsillo, al mismo tiempo que me decía:

—No hay nada que el tiempo no cure señorita, parece que ésta está siendo una noche complicada para usted, pero si algo he aprendido a lo largo de los años que he vivido es que siempre amanece y vuelve a brillar el sol.

—Discúlpeme, discúlpeme... —le dije entre sollozos.

—No por Dios, no tiene que disculparse por nada, es obvio, que algo le ha provocado este dolor que de alguna manera tiene que liberar.

Me soné con su pañuelo y cuando por fin mi llanto encontró consuelo, le pedí a Bernardino que continuáramos el camino hacia el hotel.

Enseguida volvió a la carretera, y con la misma ternura con la que minutos antes me hablaba volvió a decirme:

—Todo se solucionará ya lo verá, señorita.

—Puede llamarme Cata, Bernardino.

—¿Cata? ¿que nombre es ese señorita?

Por primera vez esa noche sonreí —Soy Catalina, pero todos me llaman Cata.

—Un gran nombre, para una mujer valiente.

—Bueno eso es lo que todo el mundo cree, pero si me guarda un secreto, la verdad es que no soy tan valiente como todos piensan.

—¿Por qué ha venido a Sassari, Catalina? —preguntó Bernardino.

—Huyendo de una vida que no soportaba más, de situaciones que me estaban convirtiendo en quien realmente no soy. Sólo hacía falta una chispa que encendiera la llama y esta noche pasó —espeté. —Es curioso, hace mucho que nadie me llama Catalina, desde que mi abuela murió.

—Pues si a usted no le importa yo la llamaré así. Creo que Catalina es un nombre para una gran mujer, y usted me disculpa, pero eso de Cata no es un nombre ni nada, son ganas de estropear un precioso nombre por ahorrar palabras y tiempo. ¿Está mejor? —me preguntó.

—Sí, estoy mucho mejor, muy cansada pero mejor.

—Bien, ya hemos llegado a su hotel. Si le parece anote mi número y si necesita un taxista sólo tiene que llamarme.

—Gracias, gracias por todo —respondí.

Me acercó las maletas a la recepción del hotel, y mientras daba mi nombre y apellidos, Bernardino el taxista había salido sin que yo me hubiera percatado de ello.

Subí a la habitación, la única que estaba disponible. Algo pequeña para lo que yo estaba acostumbrada. Dejé las maletas al lado del armario, me quité los zapatos y me eché sobre la cama. Estaba exhausta, cerré los ojos y me di cuenta de que no le había pagado la carrera a Bernardino. Pero estaba tan cansada que sin darme cuenta caí en un profundo sueño.

CAPITULO 2

Sobresaltada desperté. Eran las 8.00 horas de la mañana.

—Servizio di camera (2) —escuché mientras golpeaban a la puerta.

—Un momento, por favor —contesté al mismo tiempo que me acercaba a la puerta, medio dormida.

Al abrir la puerta de la habitación, había una señora de unos 55 años, con el pelo recogido, mechones canosos, y unos ojos tan grandes y oscuros, que cualquier hombre en sus años de juventud se habría perdido en ellos. Porque esa mujer todavía desprendía una gran belleza innata, a pesar de las mellas que la edad habían dejado en su cuerpo. Vestida con un uniforme blanco con el emblema del hotel y un delantal celeste, acompañada con su carro de la limpieza y una amplia sonrisa, se dirigió a mí para decirme:

—Buongiorno signorina, ¿posso pulire la vostra camera?. (3)

—¿Ti dispiace tornare in un'ora? (4) —le pedí.

—Per qualsiasi cosa signorina, Torno tardi (5) —respondió.

Cerré la puerta, dejando tras de mí, el soniquete de aquella mujer, ofreciendo sus servicios habitación tras habitación.

Abrí la ventana y entró la luz del sol, junto con un suave olor a mar, que impregnó toda la habitación.

—¡Cómo me gusta el olor a mar! —pensé.

Me recordaba a las vacaciones en la casa de la playa, cuando mi hermana Sofi y yo éramos pequeñas y jugábamos inocentemente. Corriendo, saltando, compitiendo para ver quien llegaba antes a la primera bolla, que a nosotras por aquella época nos parecía tan lejana, pero que realmente no estaba ni a 30 metros de distancia de la orilla, y regocijándose la que ganaba en su victoria, ya que la que perdía tenía que hacer durante una hora lo que la otra le ordenaba.

Casi siempre llegaba yo la primera, a pesar de ser la más pequeña de las dos. Otras veces la dejaba ganar. Siempre se me había dado muy bien moverme por el agua. Quién sabe si quizás en vidas anteriores habría estado reencarnada en algún animal acuático.

Cuando veía que ella casi agotada, intentaba dar todo de sí, por conseguir llegar a la orilla la primera, disminuía el ritmo para que mi hermana a la que adoraba, pudiera disfrutar de ser la primera, y ver en su rostro la felicidad inocente de una niña que se sentía ganadora, y ella

triunfante me decía: “Ahora tendrás que hacer todo lo que te diga durante la próxima hora.” Esos recuerdos eran uno de mis mayores tesoros, en esos días nos queríamos tanto y parecíamos inseparables.

Por eso, no lograba entender como habíamos llegado a la situación en la que nos encontrábamos. Por qué me había traicionado de aquella manera tan vil, sin importarle lo que habíamos compartido durante muchos años, sin que el hecho de ser hermanas hubiera significado para ella algo alguna vez.

Nos habíamos convertido en dos extrañas, sin nada en común y prácticamente ninguna relación.

En los acontecimientos sociales y familiares en los que nuestra obligada presencia se hacía patente, se respiraba una atmosfera de odio por su parte, que yo no llegaba a comprender.

Me desnudé y me metí en la ducha, necesita sentir el agua sobre mi piel, llevándose consigo todas mis tensiones a través del desagüe.

Salí de la ducha y en aquel instante mirándome fijamente en el espejo me dije: —¿quien eres Cata, quién eres? ¿y qué quieres?.

Busqué en el neceser un anti ojeras, un gloss rosa claro y un colorete, todo de firmas altamente costosas, pero que para más inri, yo apenas usaba.

Nunca me había gustado maquillarme mucho, porque sentía que engañaba al mundo, detrás de una máscara artificial, y una imagen que no se correspondía con la persona que en realidad era.

—¡Menuda tontería! —pensaba ahora, —si has estado mostrando al mundo estos últimos años a una persona que no eres —me decía interiormente.

Cogí el bolso, comprobando que llevaba la cartera, y entonces vi el móvil. Lo había apagado al no cesar las llamadas de mis padres, mi hermana y Carlos, mi prometido. No quería saber nada de ninguno de ellos, los sentía a todos y cada uno de ellos, culpables de mi enojo y mi tristeza.

Cuando lo encendí tenía llamadas perdidas de todos ellos. Las habían estado realizando durante toda la noche, que al no ser contestadas se alternaban con mensajes que enviaron preguntando dónde estaba y haciéndome saber que se sentían muy preocupados por mi bienestar. Algo que en estos momentos yo dudaba sinceramente.

Llamé a Beatriz mi secretaria, una chica de más o menos mi edad, que siempre guardaba las distancias conmigo, quizás por que me veía como la hija del jefe, o porque tampoco yo le había dado pie a que pudiéramos

mantener una relación algo más cercana, ahora que lo pensaba.

—Buenos días Beatriz.

—Buenos días señorita Cata. ¿Necesita algo?, —preguntó con voz tímida, como si no esperara que la llamara a esas horas, ya que habitualmente llevaría una hora trabajando.

—Sí Beatriz, he decidido que me tomaré unos días de vacaciones. Esta tarde, te enviaré por mail todos los documentos de los casos que he cerrado estas últimas semanas. Y por mi parte no te necesitaré, así que si quieres, también te puedes tomar unos días.

—Disculpe la intromisión señorita Cata, pero su padre llegó esta mañana algo intranquilo y preocupado, preguntando por usted. Y me pidió que le informara inmediatamente si usted llamaba.

—No te voy a poner en ningún aprieto Beatriz, puedes decirle que he llamado, y que me tomaré unos días.

Se escuchó un suspiro de alivio a través del teléfono, y continuó diciéndome algo que no esperaba:

—Cata, si necesita algo de mí, puede llamarme a cualquier hora, con total discreción.

Me resultó curioso, porque fue la primera vez que sentí un acercamiento sincero, y fuera del ámbito profesional, al que ambas estábamos acostumbradas.

—Muchas gracias Beatriz. Bien te dejo. Esta tarde te envió los documentos, y disfruta de estos días libres.

—Gracias a usted, y que disfrute también de su retiro.

Volví a apagar el móvil, que guardé en el cajón de la mesita de noche del hotel.

Cogí el bolso y salí de la habitación.

Allí al final del pasillo, se encontraba la mujer de la limpieza. Me acerqué y le dije que iba a salir, que ya podía arreglar la habitación. Ella se giró y con la misma sonrisa que me dedicó al despertarme por la mañana asintió y me dio las gracias.

Al bajar a la recepción pedí a la recepcionista que por favor, llamaran a un taxi, pero en ese momento me acordé de Bernardino. Así que insistí en que mi taxista fuera él. Les di su número y pocos minutos después, Gina que así se llamaba la recepcionista según ponía en su placa, se volvió a acercar para decirme que mi taxista llegaría en 15 minutos aproximadamente.

Mientras esperaba en el hall del hotel, mirando folletos de distintos emplazamientos idílicos para disfrutar en Sassari, y las ciudades más cercanas, volví a perderme en mis recuerdos de lo que pasó el día anterior, pero una voz que me resultó familiar me devolvió al hall del hotel.

—Señorita Catalina, es un placer volver a verla.

—El placer es mío Bernardino, y perdóneme pero ayer no pagué sus servicios.

—No se preocupe, ayer no fue su mejor día, y perdone el atrevimiento.

—Tiene toda la razón Bernardino, ayer fue un día para olvidar. Pero como un gran sabio me dijo no hace mucho, al final el sol vuelve a salir y hoy espero que brille para mí. Necesito que me lleve a algunos sitios. Tengo que comprarme algo de ropa, un móvil nuevo, y sobre todo y más importante necesito desayunar, ¡estoy muerta de hambre! ¿Que le parece si lo invito a desayunar? —le dije cogiéndome de su brazo. No sabía por qué, pero ese hombre me inspiraba una confianza que hacía mucho que no percibía a mi alrededor.

—Catalina yo ya he desayunado. Llevo levantado desde las 6.30 horas de la mañana.

—¿Pero usted no duerme? —pregunté sorprendida.

—Poco Catalina, poco. A mi edad el cuerpo ya se ha acostumbrado a trabajar de sol a sol y muchas noches —carcajeó.

—Pero, ¿me acompañará tomándose aunque sea un café? —se lo ruego, —nunca me ha gustado comer sola —continué.

—Por supuesto, me tomaré ese café con usted.

Salimos los dos y nos subimos en el taxi.

Esta vez él me miró sorprendido, porque me senté en el lado del copiloto y le pedí que me llevara a desayunar al lugar donde el desayunaría.

No me apetecía de momento ir a los típicos sitios turísticos. Quería conocer la parte de la ciudad donde viven las personas de a pie, y no a la que vamos los turistas a gastar dinero. Ya que al final no sabemos disfrutar del verdadero encanto de una ciudad, como son los lugares y la gente que lo hacen realmente un hogar para sus habitantes.

Un hogar..., algo que yo echaba mucho en falta.

CAPITULO 3

Bernardino encendió el coche, se puso el cinturón, y al mismo tiempo, que miraba por el espejo lateral de coche, para salir del aparcamiento a la carretera, me dijo:

—Catalina tardaremos sólo 7 minutos al centro de Alghero, la llevaré a la cafetería de mi viejo amigo Federico. Es donde ponen los mejores cruasanes de toda la isla y el mejor café capuchino que haya probado jamás. Pero aunque es una cafetería cerca del centro, no tiene lujos, como diríais los jóvenes de hoy día, más bien es cutre —se reía.

El paisaje que la naturaleza nos regalaba en aquel trocito del mundo era espectacular, y eso que sólo había podido disfrutar de él unos pocos minutos, antes de llegar a la cafetería de Federico.

Bernardino entró en la cafetería como si fuera su casa.

—¡Federico, amigo mío! —dijo en voz alta y muy alegremente.

Tras darle la mano y dos besos, algo que me sorprendió ver, dijo con voz socarrona —Sírvenos a mi amiga Catalina y a mí un cruasán y dos capuchinos, pero ya sabes como me gustan a mí.

No pasaron ni 5 minutos, Federico que parecía tener la misma edad que Bernardino, también rechoncho pero con menos pelo que su amigo, e igual de canosos los dos, se acercó a nuestra mesa con lo que había pedido Bernardino, y con un guiño cómplice y una sonrisa pícara, le dijo:

—Bueno tendrás que decirme dónde has encontrado semejante belleza.

—Federico ella es mi amiga Catalina, ha venido unos días a nuestra ciudad para descansar. Nos conocimos por casualidad en el aeropuerto anoche, donde ella necesitó un taxi. Y sí, tienes razón, es una mujer muy bella, pero sabes amigo mío, creo no equivocarme al decirte que no sólo es bella por fuera.

—Seguro que aciertas Bernardino, tú siempre has tenido muy buen ojo con las mujeres —le decía colocando su mano en el hombro, y yo me ruborizaba al tiempo.

Me miró y en ese momento me levanté de la silla que era de hierro negro, con desconchones en algunas partes, que dejaban ver el color real del material que la componía.

—Encantada Federico, me han hablado muy bien de sus desayunos, y estoy deseando probarlo todo.

—El placer es mío señorita, los amigos de mi viejo y querido amigo Bernardino, siempre serán bien recibidos en esta también vieja cafetería.

—Muchas gracias —dije mientras volvía a sentarme.

Federico volvió a la barra y se puso a hablar con dos hombres que estaban tomando un café.

—¡Está delicioso! —exclamé. Necesitaba azúcar para reponer energías, y el sabor y la textura de este manjar son impresionantes.

Bernardino se reía, —ya se lo dije señorita, los mejores cruasanes de la isla.

—Bernardino, ¿me permite hacerle una pregunta? ¿Cómo es que usted habla perfectamente castellano y su amigo Federico también?.

—Verá, mi madre era española, se llamaba María. Pertenece a una familia de renombre que solía venir de vacaciones a la isla cada verano. En uno de esos veranos, se enamoró perdidamente de un muchacho italiano, que era pescador, Favio, así se llamaba mi padre. Su romance fue llevado en secreto durante todo el verano, y mi madre volvió a España, más concretamente a Barcelona.

A los pocos meses mi madre descubrió que estaba embarazada, algo que sus padres no se tomaron muy bien.

La desheredaron y la echaron de casa.

Ella como pudo, consiguió reunir el dinero suficiente para volver a la isla, y encontrar a mi padre.

Cuando lo encontró y le explicó todo, se la llevó a vivir con él y su familia, a una pequeña y humilde casa donde vivían los cuatro hermanos de mi padre, sus padres, él y a partir de ese día mi madre también.

Mi padre trabajó muy duro, y se iba días, semanas y meses a pescar en alta mar, donde ganaba más dinero, para poder comprar una habitación donde pudieran vivir ellos dos solos, con su futuro bebé. Estaban tan enamorados, que aunque mi madre había dejado de vivir rodeada de lujos, decía que nunca había sido tan feliz.

Como mi padre pasaba largas temporadas fuera de casa, mi madre nos hablaba todo el tiempo en castellano, y encontró algunas familias españolas, que habían emigrado por aquella época a esta parte de Italia, con las que se relacionó porque en el fondo añoraba su país de origen.

Una de esas familias es la de Federico, al que conozco desde que los dos teníamos 6 años, y desde que tengo uso de razón ha sido uno de mis mejores

amigos en los malos y los buenos momentos.

—¡Vaya historia tan romántica! —dije con la voz entrecortada por la emoción que me había producido la situación de aquella muchacha, en la que estar embarazada era la gran deshonra de la familia, el desamparo que tuvo que sentir por parte de sus padres, y al mismo tiempo la pasión que encontró en los brazos de alguien que la amó con locura.

—¿Cómo que no siguió los pasos de su padre y se hizo pescador? —pregunté.

—Verá Catalina, el mar es muy sacrificado. Las largas ausencias de mi padre, se reflejaban en la mirada triste de mi madre, y aunque ella se esforzaba de una manera sobrehumana en hacernos sentir felices tanto a mí como a mis dos hermanas, y suplir de una manera impecable la ausencia de mi padre, la luz que desprendía cuando él estaba a su lado, sin que ella se diera cuenta, se volvía gris. Y cuando él regresaba, esa luz que emanaba de sus ojos era tan increíble que todo aquel que estaba cerca de ella se cegaba y no podía evitar envidiarla.

Como le he comentado soy el único varón que tuvo mi madre, y mi padre quería que yo siguiera la tradición familiar, ya que mi abuelo y mi bisabuelo también habían sido grandes pescadores. Pero yo tenía claro que no quería, que si alguna vez tenía una familia, quería estar con ellos aunque fueran pequeños momentos todos los días y que jamás sintieran que no tenían padre, o marido.

Así que una noche en la que mi padre sacó el tema, porque ya tenía la edad apropiada para comenzar a trabajar con él en altamar, 16 años, tuvimos la peor discusión que he tenido jamás con mi padre.

Le dije lo que pensaba, y él se sintió traicionado. Se enfadó tanto que los gritos atravesaron las paredes de la habitación y mi madre tuvo que acercarse para calmarnos.

Ella siempre tan pacífica..., pero a la vez tan inteligente y con el don de ser capaz de llevar a las personas a su terreno, nos envió a la cama a los dos, porque decía que por la mañana todo lo veríamos diferente, no antes sin hablar con ambos por separado y sin que ninguno de los dos lo supiéramos fehacientemente.

Al día siguiente, le dije a mi padre que trabajaría durante 5 años de pescador, para conseguir el dinero suficiente para comprarme un coche y poder pagar la licencia de taxista.

Mi padre que la noche anterior no hubiera dado su brazo a torcer, me dijo: —me parece una decisión muy sensata. Sé que aunque no seas pescador, harás tu trabajo de la mejor manera posible. —Y con la mirada más franca con la que jamás nadie ha vuelto a mirarme me asestó su golpe final: — hijo mío, lo que si te exigiré siempre, es que seas un buen hombre, y trates bien a todo ser humano que se cruce en tu vida.

Se acercó a mí, y me abrazó con todo el amor que un padre puede darle a un hijo.

Durante esos 5 años trabajé duramente, aunque no ahorré todo el dinero que necesitaba.

Por aquel entonces había conocido también al amor de mi vida, Antonella, la futura madre de mis dos hijos. Una mujer tan bella que nadie podía dejar de mirarla al pasar cerca.

Mi madre que adoraba a cada uno de sus hijos, sabía cuales eran sus anhelos y sueños. Por descontado conocía perfectamente los míos y el amor que le profesaba a Antonella.

Me llevó a su habitación una mañana, en la que estábamos solos los dos en la casa y de una caja que guardaba debajo de una tabla de madera rota en el suelo sacó el resto del dinero que me faltaba, el cual ella había estado ahorrando durante esos 5 años a escondidas de mi padre, porque sabía que con lo que ganaba en la pesca, un pescador novato, no llegaría a tener todo el dinero que precisaba para empezar una nueva vida.

Mi madre siempre fue alguien muy especial Catalina, y no sólo para mí, para muchas personas de esta isla. Y a pesar, de que nunca llegamos a conocer a su familia y sus amigos de España, estoy completamente seguro que también fue especial para ellos, al igual que estoy completamente seguro, de que sus padres morirían con la gran pena de no haber recuperado a su hija, y que a ella siempre le faltó ese pedacito de sí misma.

CAPITULO 4

—Catalina, ¿a qué se dedica?.

—Soy abogada y trabajo en el bufete de abogados de mi padre desde hace cuatro años. Nada más terminar la carrera empecé a trabajar con él, al mismo tiempo, que realicé un máster en derecho internacional, y otro en derecho penal.

—¡Vaya Catalina, es una joven brillante! —exclamó.

—Si muy inteligente, brillante, admirable como dicen algunos, pero he perdido en el camino muchas otras cosas que me hubiera gustado hacer, y por cobardía no he hecho.

—¿Qué quiere decir?, no parece una persona cobarde, más bien se la ve como alguien con muchas habilidades y una gran capacidad para enfrentarse con cualquiera. Y siendo abogada ...

—Para empezar yo nunca me planteé dedicarme a algo distinto a la abogacía. No por que no hubiera otras carreras que me gustaran, incluso aún más que derecho, sino porque lo que se esperaba de mí era seguir con la tradición familiar, ya que mi hermana mayor, no era una buena estudiante y al final no llegó a estudiar ninguna carrera.

Desde pequeña todos los ojos se centraron en mi, porque mis notas eran impresionantes y adquirir conocimientos no era algo que me resultara complicado. Así que toda mi trayectoria académica estuvo estrechamente vigilada para que llegara a ser una gran abogada.

—Pero ha dicho, que ha habido cosas que ha perdido en el camino, ¿a qué se refieres Catalina?

—Fui cobarde, una y otra vez, por que jamás impuse mis deseos, a los de mis padres. Y poco a poco durante años dejé de hacer lo que realmente me gustaba, para hacerlos a ellos felices.

Mira me encanta el arte, me gusta mucho dibujar, pintar, todo lo relacionado con el mundo del arte me fascina. Y cuando se lo dije a mi madre, me dijo que todo eso era una pérdida de tiempo, que yo no podía desperdiciar mi vida, en un mundo tan bohemio como en el que se desenvuelven los artistas, que con eso no comería y que mi padre se llevaría el mayor disgusto de su vida, ya que yo era su última esperanza, como legado de su imperio.

También me gustaba ayudar a los más desfavorecidos, por lo que en otra

ocasión le dije que al terminar la carrera de derecho, tenía la intención de viajar en misión humanitaria a Etiopía, con un grupo de misioneros. A mi madre casi le da un infarto, me dijo que como se me ocurría el simple hecho de pensar en algo así, que si quería matar a mis padres esa era la manera, y claro volví a claudicar.

Esa terminó siendo la historia de mi vida, dejar poco a poco de ser quien soy por agradar a los que tengo a mi alrededor.

Con mi abuela que también se llamaba como yo, todo era diferente, ella siempre decía que éramos almas gemelas. Yo podía ser yo misma. Jamás me miraba como lo hacía mi madre. Ella se sentía maravillada, e incluso, me regaló el material necesario para empezar a dibujar, aunque lo que aprendí, lo hice de una manera autodidacta en su habitación, donde ella guardaba todo lo que hacía. Decía que yo escondía mi gran verdad dentro de mí, y que era una pena no dejarla salir, pero que ella tenía fe en que un día reuniría el valor suficiente para mostrar al mundo quien era la verdadera Catalina y que entonces, a partir de ese día, yo sería libre. Con ella todo parecía tan fácil..., me hacía sentir poderosa., y capaz de cualquier cosa.

Mi abuela era tan diferente a mi madre, no se parecían en nada. Nadie diría que eran madre e hija, y que una había educado a la otra.

Mi abuela era un mujer libre. Tenía siempre una sonrisa en sus labios para recibirte. Expresaba sus sentimientos como jamás he visto a nadie de mi familia hacerlo, sin tapujos, pero respetando a quien se los hacía saber. Una mujer fuerte a la vez que compasiva, ayudaba a quien lo necesitara, y jamás se dejó pisotear por nadie. A pesar de que ella no tenía estudios, llegó muy lejos y si no llega a ser por ella, mi abuelo no hubiera creado su gran imperio, que posteriormente mis padres heredaron.

Mis abuelos formaban el equipo perfecto. El era un gran abogado que llegó a ser juez y ella sabía relacionarse con cualquier clase de persona. A pesar de ser de una familia de alta cuna, podía hablar con cualquier mendigo que se encontrara por la calle, de tal manera que el mendigo durante los minutos que estuviera junto a ella podía mostrar lo mejor de sí mismo. Era así, tenía la gran habilidad de hacer que todo el que estuviera a su lado mostrara la mejor versión de sí mismo.

Mi madre por el contrario, es totalmente rigurosa en todo. Seria, rara vez la he visto reír. Le importa más qué pensarán los demás, que el que seamos felices, o por lo menos es la impresión que me da a mí. Y si algo se sale de

sus esquemas, entonces se vuelve una tragedia.

Yo tengo un recuerdo tan distinto de cuando éramos pequeñas. Tan cariñosa y divertida. Pero de pronto dejé de ver el dibujo de su sonrisa en su cara, y su mirada se oscureció.

—¿Sabe?, su madre tendrá sus razones para ser como es. Quizás le sucedió algo de lo que no os hizo partícipe, afrontándolo o viviéndolo de esta manera, y es totalmente respetable.

Pero usted Catalina, y perdone si le molesta lo que voy a decirle, usted es la responsable de lo que hace, lo que dice y lo que siente, y quizás al igual que su madre se ha equivocado durante todos estos años en su forma de actuar con sus hijas, usted no ha deseado todo lo que me ha dicho con la fuerza suficiente para conseguirlo. Si quería ser artista o irse de misionera, simplemente tenía que haberlo hecho, pero al final no es tan diferente a su madre.

Ella se escuda en el que dirán para hacer o no hacer determinadas cosas, y usted hace lo mismo con sus padres..., con su familia.

Así que al final se está convirtiendo en su madre, a la que tanto está criticando. Y por la forma en que le hace sentir, no creo que sea el camino a su felicidad. Al igual que parece que tampoco ha sido el suyo.

Miro hacia el fondo de la taza de café, ya terminado. Me sorpendo mirando mi reflejo y repitiendo lo último que me ha dicho Bernardino, “al final me estoy convirtiendo en mi madre, no soy tan diferente a ella...”. Y por un momento, reflexiono: —¿Qué le habrá pasado a mamá para que dejara de sonreír? ¿cómo nunca me lo he preguntado antes?...

—¿Se encuentra bien Catalina?, disculpe si la he importunado, no era mi intención.

—No, no Bernardino. Es que por un momento, escuchándolo me he dado cuenta de lo egoísta y lo cobarde que he sido, aunque esto último ya lo sabía. Además, ya sé porque me hace sentir tan bien hablar con usted, porque me recuerda a mi abuela. Ella me hablaba como lo hace usted, y me hacía ver con claridad lo que minutos antes parecía estar turbio.

—Me pidió que la llevara a comprar un móvil y algo de ropa, ¿verdad?. Pues cogemos el coche y la llevaré a un centro comercial que hay no muy lejos de aquí, para que haga sus compras.

—Bien pues pago y nos vamos.

—A este desayuno invito yo, que ésta es como si fuera mi casa.

—Pero Bernardino, le dije que yo le invitaba a ... —sin dejarme terminar la frase.

—Ni peros, ni nada. Antes de volver a su casa, me invita a un café y en paz —concluyó.

—Eso está hecho.

Nos acercamos a la barra para despedirnos de Federico, que con gran efusividad abrazó a su amigo, y por el contrario con la máxima delicadeza besó mi mano.

Bernardino me llevó al centro comercial, y me preguntó si a mi no me importaba, que mientras yo compraba lo que necesitaba, él aprovechara para hacer lo mismo. Que sólo tardaría media hora, así que me esperaría en el coche, a que yo terminara. Por lo que al entrar al centro comercial nos separamos.

CAPITULO 5

Al entrar en el centro comercial, me fui al área de telefonía, para comprar un móvil nuevo. Compré un Smartphone con tarjeta prepago, para poder comunicarme el tiempo que estuviera en la isla, sin usar el mío, que estaba completamente segura estaría colapsado por las llamadas y mensajes que seguirían repitiéndose sin cesar.

Tenía claro que en algún momento no muy lejano, tendría que volver a casa, y tomar decisiones que afectarían de manera trascendental a mi vida en un futuro, sin embargo todavía no me encontraba preparada, ni tenía fuerzas suficientes para ese momento, pero sobre todo, estaba demasiado furiosa para hacer las cosas con calma y razonablemente.

Luego pasé por varias tiendas de ropa y zapatos, donde compré tres vestidos preciosos, fresquitos y cómodos, un par de camisetas que combinar con un par de pantalones finitos, dos biquinis, unas sandalias a juego con dos de los vestidos y unos taconazos impresionantes que no podía dejar de comprar y eran ideales para el tercer vestido, y uno de los pantalones.

Ya tenía todo lo que necesitaba, así que me reuniría con Bernardino, para que me llevara de vuelta al hotel, y preparar durante la tarde, la documentación que tenía que enviarle a Beatriz.

Antes de salir del centro comercial, paré en una gelatería, como las llaman en Italia, donde compré un helado de yogur de vainilla con trocitos de chocolate.

—Mi cuerpo me pide azúcar, debe de ser, por todo el estrés que he sufrido en estos dos días —me decía a mí misma, aunque realmente eso es lo que mi conciencia necesitaba oír, para comerme sin remordimientos un helado de chocolate, después de haberme comido un cruasán en el desayuno, por que simplemente soy demasiado golosa, y me costaba no caer en la tentación.

Cuando era pequeña, era una niña delgada pero por el hecho de que siempre estaba jugando, y no paraba ni un segundo.

Eso cambió en el momento en el que empecé a estudiar más y a jugar menos, pero sobre todo, cuando mis hormonas en plena adolescencia decidieron fastidiarme por el resto de mis días y cambiar mi metabolismo, haciéndolo más lento según decía mi madre.

Desde esa etapa de mi vida no he podido permitirme dejar de controlar

lo que comía, y levantarme siempre antes para hacer algo de deporte cada día, por mi tendencia a engordar a la mínima que me descuido.

El día que cumplí 15 años y lo recuerdo como si fuera ayer, mi madre me dijo: “Cata eres realmente preciosa. Eres alta, tus cabellos dorados deslumbrarán al que te mire, en tus ojos azules color mar los hombres naufragarán sin remedio, y cariño, los hoyuelos que aparecen en tus mejillas sonrosadas cada vez que sonríes, te hacen tan encantadora, que serás absolutamente irresistible, de tal manera, que los hombres caerán rendidos a tus pies ante tanta belleza. Sólo hija mía hay un pequeño problema, y es que tendrás que comer menos y tener un entrenador personal, porque si no toda esa belleza se verá enturbiada por la grasa que acumularás en tus caderas y tu cintura”.

Así que desde ese día no pasó ni un solo día en el que no estuviera a dieta, ni me levantara una hora y media antes para salir a correr.

Y si en algún momento flaqueaba, ya se encargaba mi madre de recordarme donde podrían verse reflejados esos momentos de pereza o gula.

Ya tenía decidido que me saltaría la dieta y al día siguiente saldría a correr por la playa para quemar todas esas calorías extras.

Pero de repente sin saber cómo, caí de bruces contra el suelo. Las bolsas se repartieron por el suelo y el helado..., el helado voló por los aires, con tan mala suerte, que en segundos cayó en mi cabeza resbalando por todo mi pelo y llegando a mi cara esa sensación pegajosa, que sientes cuando te manchas las manos, con algún alimento que contiene azúcar.

Delante de mí, un muchacho alto, fuerte, y moreno, me preguntó:

—¿Stai bene? —dándome la mano para levantarme del suelo. (6)

—Sono un disastro, (7) —contesté. Y continué un poco enfadada —non si guarda dove stai andando?. (8)

Me miró, y con una actitud algo chulesca en mi opinión contestó: —Lo stesso si potrebbe dire. (9).

Siguió mirándome y de repente empezó a reírse sin parar.

No entendía nada, hasta que miré mi reflejo en el escaparate de la tienda, que tenía a mi lado.

La vainilla se estaba convirtiendo en una mascarilla para el pelo y los trocitos de chocolate hacía sus veces de horribles lunares, tipo caquitas de ratón. Estaba totalmente ridícula.

En fin, que tenía dos opciones, o seguir furiosa conmigo, con el mundo

y con aquel muchacho con el que había tenido un simple accidente, o tomármelo como aquel desconocido, relativizando los pequeños infortunios que se suceden en tu vida, buscándoles ese pequeño toque de humor, para que algo tan tonto, no te estropee el día.

Me levanté sonriendo, le pedí disculpas, y él hizo lo mismo, al tiempo que me daba todas mis bolsas, que amablemente había recogido del suelo.

Me indicó donde se encontraba el aseo de señoras y se fue no sin antes despedirse de mí con un guiño y diciéndome: —Sei troppo bella per nascondersi dietro il gelato. (10)

En el aseo del centro comercial me limpié como pude el helado, ya derretido en mi cabeza, y me fui a buscar a Bernardino.

—Buenas Catalina, ¿ha comprado todo lo que necesitaba? ¿qué le ha pasado? Trae el pelo mojado...

—He tenido un pequeño percance con un helado. Nada que una buena ducha en el hotel no pueda remediar. Ya he comprado todo lo que necesito, así que me gustaría regresar al hotel.

—Muy bien. Pues tardaremos poco, no estamos muy lejos.

—Esta tarde estaré muy ocupada, pero mañana me gustaría conocer un poco la ciudad. Ya que estoy aquí, imagino que habrá sitios que no debería perderme. ¿Podría acompañarme?.

—Me encantaría Catalina, pero mañana tengo algunos compromisos ineludibles. Sin embargo, podría preguntarle a mi hijo Marcus, si él puede ser su guía, es un muchacho de más o menos su edad, que conoce bien la isla. Eso si no le importa a usted, Catalina.

—Si a su hijo le parece bien, estaré encantada de tenerlo como guía turístico.

—Pues esta tarde se lo confirmo, después de que hable con él a la hora del almuerzo. Llegamos al hotel, Catalina.

—¡Qué rápido! — Exclamé. —Bien ¿cuánto le debo?, que hoy no me voy a ir sin pagarle como ayer.

—Serían 80 euros, señorita. 30 euros de ayer y 50 euros por esta mañana.

—Es demasiado poco, ha estado pendiente de mí todo el tiempo. Mira como espero que siga siendo mi taxista los días que permanezca aquí, le daré 250 euros, además así compenso mi descuido de ayer cuando no le pagué.

—Pero no puedo aceptarlo señorita. Es demasiado.

—No es demasiado, es lo justo. Me siento muy bien hablando con usted Bernardino. Mejor que con varias sesiones de psicoanálisis. Además ha estado aguantándome ayer noche y esta mañana, me ha llevado a donde necesitaba, y me ha dado a probar los mejores cruasanes de la isla, así que todo eso tiene un precio, y ese dinero realmente es poco para pagar todo esto.

—Catalina se lo agradezco mucho, pero...

Sin dejarlo terminar, le dije: —Ni peros ni nada, esta vez me toca a mí. Lo llamo esta tarde para que me confirme si mañana tendré guía.

Le di un beso en la mejilla para despedirme y él se sonrojó.

Realmente no sabía porque lo había hecho, ya que no suelo ser cariñosa habitualmente, y menos con personas que acabo de conocer. Pero fue instintivo, repentino y me nació de forma natural.

Subí a la habitación, que estaba impecable, se notaba el paso de la mujer de la limpieza. Me di una ducha, y me puse uno de los vestidos que me compré esa misma mañana, para bajar al restaurante del hotel.

Pedí una ensalada capresse que estaba deliciosa. —Podría comer queso, es más, cualquier tipo de queso, cada día de mi vida, —pensaba mientras degustaba aquella delicia.

Terminé pronto, ya que no me gusta nada comer sola, es algo que me hace sentir incómoda, no sé cual es el motivo, pero sé que es algo que me pasa desde que tengo recuerdo.

Volví a la habitación, saqué mi macbook pro, y abrí la carpeta de documentos que tenía que revisar. Estuve toda la tarde enfrascada sin levantar la vista del ordenador, sólo descansé 5 minutos en los que llamé a Bernardino, que me confirmó que su hijo me recogería a las 11 de la mañana del día siguiente.

Cuando miré el reloj eran las 20.40 horas, ya había terminado todo el trabajo, así que le envié un correo a Beatriz, con los documentos y las explicaciones precisas de cada uno de ellos, terminando el mail con un nota al final, que decía: “Si necesitas localizarme hazlo a mi correo, lo miraré todos los días. Nos vemos a la vuelta y gracias por todo”.

Encendí el móvil que tenía guardado en la mesita. Las llamadas habían seguido durante todo el día. No quería saber nada de ellos por ahora, pero había un mensaje de Sofi, que enseguida captó mi atención: “Bichito, sé que estarás muy enfadada conmigo. Cuando estés más tranquila hablamos, te debo una explicación, pero quiero que sepas, que todo lo hice por que quiero

lo mejor para ti. Te quiere tu mariquita”.

Vinieron a mi cabeza de golpe fotogramas de aquella noche. Se me revolvió el estómago, me sentí mareada, terminando con la cabeza metida en la taza del váter vomitando.

Era una de mis debilidades, cada vez que sucedía algo malo, o que me ponía extremadamente nerviosa, se me cogía un nudo en el estómago, provocándome esas nauseas incontroladas. La verdad que con los años había conseguido controlar estas reacciones en la mayoría de las situaciones. Pero esta vez era diferente, lo que mis ojos vieron aquella noche, era demasiado para mí. Encima mi querida hermanita, tenía la cara tan dura de decir, que aquello lo había hecho por mi bien, y después de tantos años usaba los apodos cariñosos que nos habíamos puesto la una a la otra cuando éramos pequeñas, como si esos últimos años hubiéramos seguido igual de unidas.

—¿Cómo había podido estar tan ciega, para no darme cuenta de nada?, y ¿desde cuándo estaría sucediendo todo aquello? —me preguntaba.

Pero lo que más me impresionaba, era cómo mi madre no le daba ningún tipo de importancia a este tipo de hechos, y cuya única intención parecía ser, que todo siguiera como si nada hubiera pasado.

Empecé a hiperventilar, así que abrí la ventana de par en par como si el aire de la habitación no fuera suficiente para llenar mis pulmones, que ya no se sentían capaces de oxigenar mi corazón herido.

Conseguí controlar mi respiración, y en ese instante pude observar, como el bullicio que los veraneantes me habían hecho llegar desde la playa durante toda la tarde, había cesado. El mar estaba en calma. Los destellos de las estrellas y la luna descansaban sobre ese gran manto turquesa con grandes manchas azul oscuro.

Sin pensarlo dos veces, me puse uno de los biquinis, que compré durante la mañana, cogí una toalla del hotel, y salí hacia aquella increíble playa que me llamaba desde la ventana.

Me senté allí en aquella playa, sola conmigo misma. Y cuando los recuerdos volvían acompañados irremediablemente de las nauseas y el malestar, me levanté y me dirigía hacia el agua. Sumergí mi cuerpo completamente. Nadé y nadé, hasta sentirme tan cansada, que simplemente tuve que parar. En ese momento, sentí como aquel agua me envolvía y me regalaba toda su calma, toda su tranquilidad, aquella que tanto estaba necesitando en esos momentos. Me quedé allí parada, disfrutando de ella,

haciéndola mía, como si el tiempo también se hubiera detenido conmigo, para darme una tregua en aquella lucha interna.

[3]

CAPITULO 6

Eran las 7:30 horas de la mañana cuando el despertador del móvil hizo su labor de despertarme. Me levanté de la cama, me acerqué a la maleta y saqué unos pantalones, una camiseta de tirantes y unas zapatillas deportivas. Es curioso, como ni en situaciones extremas, me olvido de este atuendo.

Salí por la puerta del hotel dirección a la playa, que seguía tan solitaria como la noche antes en la que también me dio cobijo.

Corrí durante una hora y volví al hotel para darme una ducha, desayunar y estar lista para cuando el hijo de Bernardino viniera a recogerme. No quería hacerle esperar, no me gusta la gente impuntual. No entiendo eso, de quedar a una determinada hora y la norma sea llegar tarde. Es simplemente saber organizarse y tener un poco de respeto por las personas con las que uno tiene que reunirse.

La señora de la limpieza que me despertó el día anterior, estaba con su rutina, y la encontré nuevamente en el pasillo, me saludó cuando me vio entrar a la habitación muy educadamente, pero tuve la extraña sensación de que me conocía más de lo que yo podía imaginar.

Bajé nuevamente al hall del hotel sobre las 10:50 horas. Allí estaba Gina otra vez en la recepción. La saludé y me senté en los sillones, mientras trasteaba el móvil nuevo que me había comprado, añadiendo los dos únicos contactos que necesitaba de momento, el teléfono del hotel y el de Bernardino.

En ese momento, escuché como una voz varonil, preguntaba a Gina por mí. Volví la cara y vi como Gina que era una muchacha joven, guapa y muy agradable, se subía las gafas y me señalaba, indicándole a quien preguntaba por mí, donde me encontraba.

Se percibía entre ellos mucha confianza, estaba claro que no era la primera vez que se veían.

¡No me lo podía creer!. Me acerqué hacia la recepción, y allí estaba él. Me miró y me dijo: —¿Tú? ¿tú eres Catalina? —Comenzó a reírse, mientras exclamaba: —¡Qué pequeño es el mundo! Nos volvemos a encontrar, aunque veo que esta vez estás desarmada, y no hay ningún helado que pueda volar por los aires.

Dejó de reírse y con cierto aire desenfadado se presentó: —Soy Marcus, mi padre me ha dicho que querías conocer la isla, así que cuando quieras nos

vamos.

—Encantada Marcus, quién me iba a decir que nos volveríamos a encontrar. Por cierto no como helados a todas las horas del día, dije algo recelosa por su comentario. —Aunque tendremos cuidado si compramos alguno hoy. Sonreí tímidamente, para suavizar la impresión que podía causarle y no empezar de nuevo con mal pie.

—¿Has montado en moto antes?, mi padre necesitaba el taxi, así que tendremos que ir en moto. Toma este casco.

—No suelo montar en moto, quizás lo haya hecho un par de veces, pero será una experiencia interesante, además espero conocer lugares maravillosos en esta isla.

Subí torpemente en una moto grande y negra, no sabría decir ni que tipo de moto era.

Lo miré de reojo y me di cuenta que se aguantaba la risa, creo que para no ofenderme, o porque quizás su padre le hubiera contado algo sobre mí. Se sentó delante y me dijo: —Agárrate fuerte a mí, sólo tardaremos 5 minutos, iremos al puerto de Alghero.

Yo apurada puse mis manos en su cintura. El las agarró fuertemente, con un simple movimiento hizo que mi pecho se pegara a su espalda y mis manos se aferraran a su torso, que era firme, y prieto, se adivinaban sus recios músculos, a través de su camiseta, y un agradable, ligero pero embriagador olor varonil, me entrecortó la respiración. Sentí como el calor que desprendía su cuerpo traspasó el mío, sin que pudiera hacer nada, y mi cuerpo se estremeció, e instantáneamente me ruboricé, —¡menos mal que él no me puede ver en este momento!. Pareces una adolescente Cata, y ya eres mayorcita para estas tonterías —me recriminaba interiormente.

No me di cuenta de que habíamos llegado al puerto, hasta que Marcus en un tono burlón me dijo: —Ya puedes soltarte “chica de los helados”, que no me voy a escapar.

Abrí los ojos que los tenía fuertemente cerrados, y me separé rápidamente. Noté como el sentimiento de vergüenza subía hacía mi cara, ruborizándome otra vez. No entendía que me pasaba con él, me ponía muy nerviosa, me hacía parecer patosa y ridícula.

En esos momentos, la abogada decidida y segura de sí misma desaparecía dando lugar a alguien que no reconocía.

Nos acercamos a un barco, y me dijo: —Espero que no te marees,

porque vamos a dar un paseo hasta la Gruta di Neptuno. Tardaremos una hora aproximadamente en llegar. Podremos visitarla esta mañana, es una cueva natural impresionante situada en Cabo Caccia.

Cuando volvamos pasaremos por la muralla y veremos las dos torres, que son de una belleza arquitectónica sin igual, desde donde podrás contemplar una vistas sensacionales, que harán que te enamores de esta isla para siempre.

Y si no estás muy cansada podremos seguir paseando por el casco antiguo. En sus calles estrechas se entremezclan casas encaladas con palacios, haciéndote sentir como si estuvieras en la edad Media.

Salimos del puerto, en una pequeña embarcación a motor, de color blanco y azul oscuro. Sentados uno junto al otro, el mar y la brisa nos refrescaba del sol que se hacía tan presente a esas horas de la mañana. Marcus me miró y dijo: —Catalina, ¿qué es lo que te ha traído a Alghero?

—¿Tu padre no te ha comentado nada? —pregunté extrañada.

—No, no me ha dicho nada, sólo que le pareces muy buena persona, pero que no estás pasando por un buen momento. Que te apetecía conocer la isla, y él no podía ir contigo hoy, por lo que me pidió que yo te acompañara.

Catalina, si le has contado alguna confidencia a mi padre, él jamás traicionará la confianza que has depositado en él, y nadie sabrá lo que le has contado. Así que no se nada más de ti.

—Bueno, digamos que estoy un poco harta de la vida que llevo, y la noche que conocí a tu padre, pasó algo que hizo que me derrumbara. Me subí al primer vuelo que salía de Madrid, y el destino quiso que fuera Alghero.

—Vaya, no puedo imaginar que te pasó para que abandonaras todo de esa manera, vamos para que salieras corriendo, sin importar hacia donde ir.

—La verdad, que ahora mismo no me apetece hablar de ello. Simplemente quiero disfrutar de mi estancia aquí, necesito sentir que la vida merece la pena. Hoy podríamos empezar por pasarlo bien, ¿no crees?

—Eso esta hecho chica de los helados, ¿sabes llevar un barquito como éste?

—Nunca he llevado uno.

Deceleró un poco. Se levantó del asiento, e hizo que yo me levantara del mío, para que cambiáramos de asiento. Soltando una mano del timón, cogió la mía y la puso en el lugar de donde él quitó la suya. Y repitió lo mismo con la otra mano, aunque su mano derecha la mantuvo firme sobre mi mano

izquierda, y con la otra en la palanca de marchas, aceleró.

¡No me lo podía creer!, yo dirigía aquella embarcación. La adrenalina recorría mi cuerpo, haciéndome sentir viva, y yo reía a carcajadas, no recordaba la última vez que me reí así...

Marcus retiró la única mano que sujetaba la mía, se recolocó en el asiento, y puso su brazo sobre mis hombros. Acercó sus labios a mi oído y me dijo : —Hagamos que merezca la pena, Catalina.

Cada contacto con su cuerpo suscitaba un efecto en mí, que no había sentido con ningún otro hombre. Aquella sensación al estar cerca de él, sus labios cerca de mi cuerpo al susurrarme algo, o cualquier roce por inocente que fuera, me perturbaba. Ni siquiera en mis dos años de relación con Carlos, me había ocurrido algo que se pareciera en lo más mínimo a aquella emoción. Me dejaba sin aliento, sin palabras, así que simplemente, lo miré, sonreí, y llegué a darle las gracias por aquella experiencia que me había regalado.

Llegamos a la entrada de la Gruta di Neptuno. Aquella cueva era algo magistral que la naturaleza había creado. Aquel gran lago interior, las estalactitas y estalagmitas, que conformaban aquella gruta, y los sonidos que emanaban de cada rincón, lo hacían un lugar mágico.

Escuchábamos al guía mientras nos adentrábamos en aquel lugar escondido del mundo, y los roces entre Marcus y yo fueron cada vez más frecuentes, al principio casuales... luego intencionados, siempre recíprocos.

Volvimos al barco al terminar la visita. No podía dejar de mirar a aquel chico moreno, alto, con sus labios gruesos que te invitaban a besarlos una y otra vez. Me adentraba sin pensar en sus ojos negros como la noche, me acaloraba sólo con el roce de sus manos grandes, fuertes, pero al mismo tiempo suaves en mi piel, y me recreaba imaginando como sería dejarme llevar por una vez y morir en su cuerpo. ¡Dios...!, su cuerpo que parecía esculpido por los mismos dioses.

—Catalina, ¿a qué te dedicas? —me preguntó Marcus, sacándome de mi ensimismamiento.

—Soy abogada, trabajo en el bufete de mi padre, desde hace cuatro años. ¿Y tú?

—Bueno yo estudié arquitectura, terminé la carrera hace 3 años, graduándome como el primero de mi promoción. Al terminar hice prácticas de becario en un par de estudios de arquitectura, donde participo en pequeños proyectos. Y para sobrevivir, hasta que pueda vivir como arquitecto, me

encargo del mantenimiento de varios barcos del puerto. Los barcos son mi gran pasión y mi abuelo me enseñó todo lo que tenía que saber sobre ellos.

—Quizás yo pueda ayudarte, cuando regrese a Madrid, podría hablar con mi padre, él tiene muchos amigos influyentes, que podrían darte la oportunidad que estás esperando.

—Bueno ahora estás aquí, y tenemos la misión de hacer que el día de hoy sea inolvidable, y por lo otro, ya veremos que pasa cuando vuelvas a Madrid, pero gracias. Al final mi padre siempre tiene razón, y va a ser verdad que eres una buena chica.

Llegamos a puerto, y nos dirigimos a uno de los restaurantes que había más cerca. A pesar de mis nervios en el estómago, que causaba en mí la presencia de Marcus, tenía un hambre voraz.

Pedimos pasta, y vino para acompañar.

—¿Tienes hermanos Catalina?

—Sí una hermana, mayor que yo dos años, con la que ahora mismo estoy furiosa. Aunque hubo años en los que estábamos tan unidas, que nadie hubiera imaginado que nuestra situación llegara al punto que ha llegado. Tú también tienes otro hermano, ¿verdad?

—Tengo una hermana, Antonella, mayor que yo. Ella es maestra. Le encantan los niños, siempre le han gustado. Trabaja aquí en Italia, está felizmente casada y tiene tres hijos preciosos, que son mi debilidad, sobre todo, la más pequeña, María que tiene 4 años.

—Parece que el encontrar el amor en tu familia es inherente a ella.

—Es cierto, todos en mi familia han encontrada su gran amor, y por el momento son muy felices. Pero en toda regla hay una excepción, y en este caso, la excepción soy yo. He de confesarte que nunca me he enamorado de nadie. He estado con muchas mujeres, y nunca he tenido una relación que durara más de tres días. ¿Y a ti que tal te ha tratado el amor?.

—Tuve un par de rollitos en la universidad que no llegaron a nada, y hasta hace dos días tenía un prometido, Carlos, con el que me iba a casar el próximo año.

Pedimos la cuenta, que Marcus no me dejó pagar —Señorita Catalina, hoy es usted mi invitada, así que puede guardar su billetera.

—De acuerdo, pero tendrás que darme otro día la oportunidad de resarcirme.

—Pues ya tenemos excusa, para volver a vernos —sentenció.

Paseamos por la muralla, y sus torres, cuyas vistas hacían de aquel paraje un lugar idílico para muchos turistas, que hacían gran cantidad de fotos. Aquellas fotos típicas, que luego mostrarían a sus familiares y amigos, para demostrar lo increíbles que habían sido sus vacaciones.

Mientras caminábamos, Marcus se secó el sudor de su mano en el pantalón, la acercó a la mía, la acarició y la agarró.

Mis dedos entrelazados con los suyos, y nuestras palmas cara a cara, hicieron que, por primera vez, percibiera cierto nerviosismo en él.

Al cabo de media hora, paramos y nos apoyamos en aquella muralla, que había protegido y mantenido segura de guerras y conquistas a Alghero en otras épocas, y mirándome a los ojos, me preguntó:

—¿Qué pasó hace dos días con Carlos, tu prometido?, si no quieres contármelo, lo entenderé. Pero me gustaría saber más de ti, y eso si no me equivoco, forma parte del motivo por el que hoy estás aquí.

—Me engañó. Estábamos cenando en casa de mis padres, con mi hermana y su marido. Mi madre y él no hacían otra cosa que hablar de los planes para nuestra boda, mientras mi padre y yo hablábamos de trabajo, y mi hermana discutía con su marido como de costumbre.

Esa noche el servicio estaba de descanso. Mi madre no tenía prevista esa cena, y les dio la noche libre. Así que mi hermana recogió su plato y el de su marido, y se dirigió a la cocina. Inmediatamente después Carlos cogió el suyo y el de mi madre, como era de esperar. Yo estaba hablando con mi padre y tardamos un poco más en terminar. Al cabo de 5 minutos me levanté y me dirigí a la cocina. Y allí estaba mi hermana, con Carlos, besándose, acariciándose, en la casa de mis padres, con todos nosotros en el salón.

No podía creer lo que mis ojos estaban viendo, sin embargo, lo que más me dolió es que mi hermana me vio entrar y vislumbre en ella una pequeña sonrisa de satisfacción, como si quisiera que yo estuviera allí para descubrirles.

Salí corriendo, atravesé el salón, y dirigiéndome hacia mi madre, le exigí que suspendiera la boda. En el hall de la casa, mi madre sujetándome del brazo consiguió pararme, y me preguntó que, qué me había pasado, que no había nada que no pudiera solucionarse, que las peleas entre novios eran normales, que no actuara de esa manera tan impetuosa...

Le dije que no había boda, porque había descubierto que Carlos me era infiel. Y ella me contestó, que incluso eso se podía perdonar, que me

tranquilizara, y no suspendiera nada, porque aquella boda sería el acontecimiento del año. Y concluyó diciéndome que por algo así no tenía que echar por la borda mi relación con un hombre perfecto.

Me quedé mirándola unos segundos, me quité el anillo de prometida y dándoselo, le dije : —Pues cástate tú con él. Estaba tan furiosa, tenía tanta rabia y tanto dolor, que sólo quería alejarme de todos ellos.

Me fui al aeropuerto, compré un pasaje para el primer vuelo que salió, y aquí estoy.

Al reflexionar sobre lo que pasó aquella noche, me doy cuenta que cancelar la boda, me provocó un gran alivio. Lo que realmente me dolió fue que mi hermana me traicionara, y que para mi madre una infidelidad no fuera motivo suficiente para cancelar una boda, pero sobre todo, que siguiera viendo perfecto a Carlos, siendo incapaz de empatizar con su hija, y apoyarla en esos momentos en los que la necesitaba.

Aquella noche, desperté de un letargo que ha durado años. Años en los que dejé de ser yo misma, por hacer lo que los demás querían, o creían que era mejor para mí.

—Siento que hayas tenido que pasar por algo así Catalina. Aunque si miras el lado positivo de las cosas, puede que esto te sirva para coger de nuevo las riendas de tu vida.

—Pues sí, he de tomar decisiones de gran importancia para mi futuro. Pero que te parece si dejamos de hablar de Carlos, de mi hermana y de mi madre, y seguimos disfrutando de este precioso día.

—Me parece una muy buena idea.

Paseamos un rato más. Luego volvimos al lugar donde estaba aparcada su moto. Esta vez no necesité que él me indicara como sujetarme, directamente su cuerpo atrajo al mío como si fueran polos opuestos de un gran imán, aunque mi cuerpo seguía estremeciéndose con cada contacto que se sucedía.

Llegamos al centro de la ciudad, paseamos durante un buen rato, y él me contaba las historias de algunos de los palacios, de las iglesias, y me daba su punto de vista como arquitecto. Yo me quedaba embelesada escuchándolo.

Ya eran las 20.15 horas, cuando paró bruscamente, y me dijo: —¿Te gusta bailar?.

—Sí claro, me gusta mucho, pero hace años que no bailo.

—Parece que hace años dejaste de hacer muchas cosas. ¿Quieres salir

conmigo esta noche?. Te invito a cenar y luego iremos a bailar.

Abrí los ojos, y con una sonora sonrisa acepté la invitación.

Me acompañó al hotel, que estaba al lado de donde nos encontrábamos, y quedamos para vernos media hora después.

CAPITULO 7

Me duché rápidamente, me sequé y me puse el vestido que iba a juego con los taconazos, que no pude resistirme a comprar el día anterior. Me maquillé como suelo maquillarme, muy natural, y me volví a recoger el pelo.

Bajé al hall. Allí estaba ya Marcus, vestido con pantalón y camisa blancos, que resaltaban el tono moreno de su piel.

Se cruzaron nuestras miradas cargadas de deseo, e impaciencia porque nuestros cuerpos volvieran a encontrarse. Rodeó con sus manos mi cintura, y suavemente sus labios besaron mi mejilla, sin prisa, deleitándose en un delicado roce con mi piel. Se inclinó levemente y susurrándome al oído, dijo: —Chica de los helados creo que en vez de llevarte a bailar, voy a secuestrarte... . —Se separó, cogió mi mano y me hizo girar sobre mí misma, al tiempo que me halagaba diciéndome: —Estás exultantemente bella Catalina.

—Eso seguro que se lo dices a todas —repliqué con una sonrisa en mis labios. Sonrisa que aparecía cada vez que su imagen irrumpía en mi mente.

El fijó su pícara mirada en mí y continuó: —Ten cuidado esta noche, lo mismo no vuelves a Madrid.

Mordiéndome el labio inferior, respondí a su insinuación: —Quien sabe..., lo mismo él que se muda a Madrid eres tú...

Volvió los ojos, dejándolos en blanco, al tiempo que se daba una pequeña palmada en la frente, respondiendo: —Mejor salgamos del hotel, que no sé si podré contenerme si seguimos aquí.

Llegamos a un pequeño, acogedor y romántico restaurante. Saludó al camarero, y éste se acercó. Nos tomó nota. Esta vez pedimos risotto de setas, y para beber, agua. Todavía seguía aturdida del vino que habíamos tomado en el almuerzo, o quizás estaba aturdida por la mezcla de sentimientos, emociones, deseo y excitación, que me provocaba la sola presencia de aquel hombre. El cual había salido de la nada, y en pocas horas había conseguido derretirme, con su sola mirada.

Por momentos, me reprimía diciéndome interiormente: —Catalina contrólate, que tú no eres así.

Pero mi alma y mi cuerpo se habían alienado de mi conciencia, e iban por su propio camino. Un camino en el que el sentido común no estaba presente, y dominaba una extraña fuerza que lo único que buscaba era el

placer de escucharlo, rozarlo, sentirlo...

—Cuéntame algo de ti, Marcus. Me gustaría conocerte más, me pareces un hombre muy interesante.

—A ver, ¿qué te gustaría saber?, dime.

—No sé, cómo eres, qué te gusta, cómo es tu relación con tus padres..., no sé lo que tú quieras contarme, claro.

—Me gusta mucho leer sobre la historia del mundo, te das cuenta como las civilizaciones han ido cambiando, evolucionando, pero también como el ser humano no aprende de sus errores, los comete una y otra vez, en distintos épocas y lugares. Donde encuentras que las máximas que al final rigen el mundo tanto en el presente como en el pasado son el amor y el poder.

También me gustan la música, el dibujo...

Pero mi gran pasión como te dije antes es el mar, que me fascina. Navegar, bucear, cualquier deporte que se pueda realizar en él, lo he practicado. El simple hecho de estar cerca y escuchar su sonido me calma y al mismo tiempo me carga de energía.

Mi abuelo como te dije, me enseñó todo lo que hoy sé sobre el mar, y como disfrutarlo. Me contaba historias de cuando él era pescador y se iba a altamar. Yo me quedaba embobado escuchándolo, y eso que creo que la mayoría se las inventaba. Pero me gustaba escucharlo.

Recuerdo que nos tirábamos tardes enteras en la playa, cosiendo redes, limpiando y reparando barcos, mientras él me contaba sus historias. Y mi madre tenía que venir a buscarnos para cenar, porque perdíamos la noción del tiempo.

—¿Cómo es tu madre? Tu padre me ha dicho que es una mujer bellísima.

—Mi madre es una persona maravillosa. Físicamente yo me parezco mucho a ella, aunque dicen que también tenemos el mismo carácter. Ella es alguien muy especial para mí, siempre ha sido mi confidente, mi consejera, es la que mejor me comprende.

Verás ella no tendría que trabajar, porque con lo que gana de taxista mi padre, podía habernos mantenido, y de hecho ahora que tanto mi hermana como yo somos independientes, podrían vivir bien. Pero ella, exceptuando cuando éramos pequeños, que decidió que quería ser madre exclusivamente y criarnos, siempre ha trabajado. Dice que el trabajo dignifica a las personas, y que de esa manera, no buscas la seguridad y la estabilidad material en la

persona que amas. Simplemente estás con esa persona, por cómo te hace sentir, por el amor que surge cuando están juntos, y porque su sola presencia hace que salga lo mejor de uno mismo.

—Tu madre es una mujer increíble, y por lo que conozco de tu padre, él también es un gran hombre.

—Sí, es cierto. Tengo mucha suerte con la familia que me ha tocado. Aunque si te confieso algo, ellos también tienen un pequeño defecto, sobre todo mi madre. Si ella piensa que tiene razón, te costará mucho hacer que dé su brazo a torcer, y si piensa que a su familia, sobre todo a sus hijos pueden hacerles daño, sacará sus uñas y se enfrentará al que sea sin importarles las consecuencias.

—Es un dato interesante a tener en cuenta. Espero que nunca tenga que enseñarme sus uñas —reí.

—Y tus padres, ¿cómo son Catalina?

—Mi madre, bueno ya has visto como es más o menos, con lo que te conté que pasó hace un par de noches. Pero ella no era así, cuando mi hermana y yo éramos pequeñas, mi madre era una mujer muy divertida, cariñosa, siempre estaba abrazándonos, besándonos.

Hacíamos muchas actividades en familia, viajábamos mucho, y pasábamos los veranos en la casa de la playa que tenemos en la Costa del sol, en la zona de la Zagaleta.

Otras veces viajábamos a Miami, donde mis padres también tienen otra casa, y mi padre tiene algunos clientes.

El trabajaba durante la mañana y siempre buscaba tener tiempo para almorzar o cenar con nosotras, y si podía librar alguna tarde, nos íbamos a la playa, o se ponía un delantal y hacía una improvisada barbacoa en la piscina.

Un día no sé por qué, y no recuerdo exactamente cuando fue, mi madre dejó de sonreír, se volvió más fría, y los gestos de complicidad que se intercambiaban entre ellos desaparecieron.

Mi padre que nos despertaba haciéndonos cosquillas y buscaba cualquier excusa para estar con nosotras, comenzó a centrarse en su trabajo, el cual pasó a ser su prioridad, y entonces nuestra convivencia se tornó gris, desapareciendo los días de sol, y cubriéndose cada momento de un frío invierno.

Lógicamente con mi padre comparto muchos más momentos que con mi madre, pero sólo porque trabajamos juntos. Nuestras conversaciones se

ciernen casi completamente a lo estrictamente profesional.

El dejó de interferir en cualquier decisión familiar, sólo mostraba su opinión con respecto a temas de negocios o relacionados con su trabajo en el bufete.

La confianza, la alegría de aquellos instantes vividos, la complicidad, y el amor con el que nuestra pequeña familia gozaba, quedaron muy lejos, convirtiéndose en un simple recuerdo de antaño.

Me apena pensar, que ambos no se sienten orgullosos de su hija, sino que sólo ven a la abogada en la que se ha convertido.

—Lamento oír eso, y realmente espero, que seáis capaces en algún momento de sentaros, como una familia que sois, y podáis arreglar vuestras diferencias, será la única manera de recuperar todo lo que habéis perdido en estos últimos años.

—Lo veo difícil, pero es algo que tendré que hacer cuando vuelva, si quiero intentar recuperar el rumbo de mi vida, y a mi familia. Que por lo menos no me quede sin intentarlo, y el día de mañana no me arrepienta de no haberlo hecho.

Pero en estos momentos estoy demasiado enojada con ellos y conmigo misma. Necesito redescubrirme para hacer frente a la situación, a mi familia y a mi futuro.

—Seguro que todo saldrá bien, aunque en algún momento, me has resultado algo patosilla señorita, pareces una mujer firme, con grandes cualidades, y mucha fuerza interior.

—Sabes como hacer sentir especial a una mujer. No me extraña que las mujeres caigan rendidas ante ti, y aproveches tus cualidades para llevártelas a tu terreno.

Su rostro se ensombreció, y con un tono seco me respondió: —Yo no me aprovecho de nadie Catalina. Cada mujer que ha estado conmigo sabía perfectamente cuales eran mis intenciones y mis sentimientos. En ningún momento he engañado a nadie. Y cuando te digo lo que pienso de ti, no es porque quiera llevarte a la cama, o quiera conseguir algún favor tuyo, es porque realmente lo pienso así.

El calor subió por mi estómago, rajándome en su recorrido hacia mi garganta, formando un nudo en ella, y con la voz que apenas salía de mi cuerpo, pude acertar a decirle:

—Disculpa no quería decir eso. No quería molestarte. Me pareces un

hombre estupendo, y si estoy aquí hoy cenando contigo, sin apenas conocerte de unas pocas horas, es porque hay algo en ti que me atrae irremediabilmente, y esto no me ha pasado antes.

—No te preocupes, es que ese tipo de comentarios, no me gustan, porque a veces hay personas que tienen esa impresión de mí, y realmente no me conocen.

En fin, no estropeemos esta velada. A mí también me pareces como te he dicho, y quiero recalcar, para que no te quepa lugar a dudas, una mujer increíble. Me gustas mucho y como bien dices nos conocemos de hace unas pocas horas. Lo que sí quiero que sepas, es que te voy a respetar en todo momento, y jamás haré nada que tú no quieras hacer.

—De eso estoy segura, Marcus. Y gracias por estar aquí conmigo, tanto tu padre, como tú me habéis brindado un gran apoyo, y una hospitalidad que me dejan en deuda con vosotros.

—A mí por lo menos no tienes que agradecerme nada, me siento bien estando contigo. Me apetece enseñarte cada rinconcito de mi ciudad, y compartir contigo estos momentos.

Me encanta ver tu sonrisa, y tus gestos, como cuando algo te sorprende, o cuando haces que vea tu parte traviesilla y desenfadada. Intentas controlarte para no mostrar toda lo expresiva que eres, y cuando te dejas llevar, en ese momento, en ese momento... ¡madre mía...! —se calló y apretó los labios.

Tras una leve pausa terminó diciendo:

—Es una pena que tengas que regresar a Madrid, porque me gustaría mucho conocerte mejor.

De manera impulsiva acerqué mi mano a la suya. Llevaba toda la noche anhelando el calor y el tacto de su piel. Lo miré, y dije: —Vamos a disfrutar de cada segundo que nos apetezca pasar juntos el tiempo que me quede aquí en Sassari. Quiero empezar a vivir cada día de mi vida, centrarme en el ahora y dejar de pensar en los demás y en el mañana. Y guiñándole afirmé: —El ahora eres tú, Alghero, este restaurante, y un buen trozo de tiramisú.

—¡Vaya chica de los helados! ¿tendré que ir a buscarme un chubasquero?.

—No te prometo nada, no te prometo nada...

Compartimos el postre, que estaba delicioso, mientras nuestras miradas no cesaban de cruzarse buscando un refugio lleno de sensualidad en el otro.

Las caricias y roces, todos intencionados se hacían presentes a cada

minuto, sin poder evitarlos. Y en cada instante la cercanía y nuestros deseos se hacían más y más evidentes.

—Me gustaría llevarte a Costa Esmeralda, se tarda un par de horas, aunque en moto y por la noche en hora y media estaremos allí, es uno de los mejores lugares para salir de fiesta. ¿Te atreves?.

—Por supuesto, vivamos a tope cada segundo, cada minuto, cada instante. Confío en ti, así que llévame donde quieras.

Llegamos al pub, que desde lejos parecía como algún tipo de castillo o casoplón antiguo en ruinas.

Cuando entramos, aquel lugar era increíble, parecía una cueva, donde la música acompañada de luces desbordaba cada lugar escondido de ella, que nos invitaba a bailar y reír sin parar.

Nos pedimos una copa, y salimos a aquella extraña pista. No dejé de bailar durante un par de horas, como si tuviera que compensar cada baile perdido, y Marcus me acompañaba, con el mismo ímpetu.

Allí estaba él delante de mí, bailando conmigo, haciéndome reír con cada comentario tonto que se le ocurría.

De repente, mientras bailábamos, me rodeo con sus brazos, y me acercó tanto a él que noté toda su virilidad. Nuestras miradas se habían vuelto lascivas, y por un momento, toda aquella gente que invadía la discoteca había desaparecido para nosotros. Era como si en mitad de aquella pista sólo estuviéramos los dos. Lo deseaba y él me deseaba a mí, eso a estas alturas ya era más que obvio, y cuando ya pensaba que íbamos a sucumbir en besos apasionados, él me besó en la frente y gritándome para que pudiera escucharlo tras el ruido de la música, me incitó a salir de allí.

Me quedé desconcertada. Pensaba que deseaba besarme tanto como yo a él. Sus continuas señales me decían que me deseaba con locura, o quizás yo había estado demasiado tiempo fuera de juego, y malinterpretaba sus gestos, porque mis deseos me cegaban.

Salimos de la discoteca. Hasta ese momento no había percibido que estaba completamente empapada en sudor, igual que él, pero aún así me parecía tan atractivo...

—¿Quieres que nos refresquemos? ¿me gustaría que esta noche fuera inolvidable para ambos? ¿Te apetece? —me preguntó.

No sé si fui yo, si fue la ofuscación que me produjeron las copas que nos habíamos tomado mientras bailábamos, o simplemente era mi cuerpo

lujurioso respondiendo a su erotismo.

Ni siquiera contesté, me subí en la moto, y él con una mirada pilla se subió y simplemente dijo: —Vámonos.

Llegamos a una playa. Era como una pequeña cala. Cogió de la maleta, que tenía en la parte trasera de la moto, un par de toallas de tela muy fina con la textura de un pareo.

Estábamos los dos solos. El único sonido que se escuchaba era el rumor de las olas, que se acercaban para ser testigos de aquel encuentro, y donde la luz que nos iluminaba la reflejaban la luna y las estrellas.

Empezó a quitarse la camisa, los zapatos y cuando empezó a desabrocharse el pantalón, mi inquietud afloró, preguntándole con cierto nerviosismo: —¿Qué haces?.

—La naturaleza nos ofrece la oportunidad de tener una playa para nosotros solos, y no sé tú pero yo no pienso dejar pasar la posibilidad de gozar de un baño refrescante. ¿Tú sí?.

—Pero es que no tengo bañador.

—¿Y te hace falta? —preguntó con cierto tono desvergonzado.

—En ese momento, volví a dejar de ser aquella abogada, que sencillamente parecía haberse quedado en Madrid, dando paso a la verdadera Catalina, con más anhelos que nunca por vivir cada instante que me regalaba la vida.

Sin poder parar de reír y de manera alocada, me desvestí, quedándome en ropa interior.

Corrimos hacia el agua y nos sumergimos en ella. Empezamos a jugar, salpicándonos agua. Le hice una ahogadilla, y él enseguida intentó cogerme y devolvérmela, algo que le fue más fácil de lo que yo pensaba. Reíamos todo el tiempo, me dolía ya la mandíbula de tanto reír.

Hasta que de repente, se quedó fijo mirándome, volvió a acercar nuestros cuerpos, y yo me colgué en su robusto cuello. —¿Qué pasaría si te beso Catalina?.

—No sé porque estás tardando tanto —respondí sensualmente.

Sus labios se acercaron a los míos, los rozaba, jugaba con ellos, hasta que rompieron en un apasionado beso, donde nuestras lenguas se envolvían y provocaban un desmesurado calor que recorría nuestros cuerpos. Su sexo vigoroso, evidenció sus deseos bajo sus calzoncillos, que presionaba mis genitales, provocando que mi ropa interior ya no sólo estuviera mojada por el

agua del mar, sino también por la excitación que aquel hombre que acaba de conocer, producía en mi cuerpo, empujándome inexorablemente a caer en la lujuria.

Los besos, abrazos, roces y caricias cesaron, cuando Marcus se apartó unos centímetros, diciéndome : —Salgamos del agua.

Nos tumbamos en la toalla. El recostado a mi lado, con su cuerpo enfrentado al mío. No podíamos dejar de mirarnos.

Acariciándome la cara con suma delicadeza, me hacía sentir como si un simple movimiento suyo pudiera hacer que me rompiera en mil pedazos, y entonces me dijo en voz baja, como si me fuera a desvelar su gran secreto: — Catalina no sé que me has hecho. No sé que me pasa cuando estoy cerca de ti, pero no puedo controlarlo. Nunca he sentido algo así con ninguna mujer, eres tan diferente a todas las que he conocido... . —Me abrazó como si no quisiera dejarme ir, me besó suavemente, y continuó: —Te llevo al hotel, se ha hecho muy tarde. Y es mejor que paremos ahora, porque no quiero que ninguno de los dos salga herido.

Por primera vez lo vi vulnerable. Estaba asustado. No me lo podía creer, pero su miedo se hacía visible. Así que nos marchamos.

Su momento de confesión, el hecho de estar todavía algo mojados, y la brisa que nos golpeaba al viajar en moto, disminuyó considerablemente la temperatura de nuestros cuerpos.

Llegamos al hotel, y me acompañó a la entrada, donde se despidió, sujetando entre sus manos mi cara, y tras un largo pero delicado beso, me rogó que nos viéramos al día siguiente. A lo que no pude negarme, ya que no se había marchado todavía y ya echaba de menos su olor, sus caricias, sus abrazos, sus besos...

Justo cuando iba a entrar al hotel, me di cuenta que no tenía su número, y llamar a su padre para tener un cita con su hijo no me parecía lo más oportuno, así que volví la vista atrás, cuando percibí que se había bajado de la moto y se acercaba a mí.

Con un bolígrafo me escribió su número en la palma de mi mano, la besó y con suavidad la cerró. —Llámame estoy deseando volver a verte. — Me besó fugazmente en los labios, y vi como desaparecía en la noche.

CAPITULO 8

En la habitación del hotel, ya desnuda sobre la cama, sólo hacía rememorar aquellos momentos en los que había sentido tan cerca a Marcus. Y sin remedio, el simple hecho de llegar a mis pensamientos aquellas imágenes, me hacían humedecer por el ardor que me producían.

Decidí terminar aquella noche recordándome a mí misma. Dándome el placer que había estado anhelando cada momento horas antes.

Mis dedos bajaron por debajo de las sábanas, hacia mis partes más íntimas, rozándolas y frotándolas con fruición. Pellizcaba delicadamente mis pechos, y poco a poco, ahogando mis gemidos, me despojé de toda la tensión sexual mantenida en una gran explosión, tras una autoexploración extremadamente placentera.

Respiré profundamente, y reflexionando, me decía en voz alta: —Cata, algo está sucediéndote, y el culpable es este hombre que acabas de conocer. Sólo hay dos opciones, o te lanzas, vives y sientes, o vuelve a Madrid ya, regresa a tu aburrida vida sin alicientes..., —instantes después en el mismo pensamiento —Cata sólo tienes una opción, vive...

Me dormí. Pero el nerviosismo, la tensión, y las ganas que tenía de volver a estar cerca de Marcus, hicieron que el descanso no fuera reparador y necesitara levantarme de la cama.

Era temprano, apenas hacía unas horas que nos habíamos despedido y no sabía si estaría despierto.

Seguramente estaría dormido, porque el día anterior fue agotador y hacía apenas unas horas que habíamos regresado de la discoteca. Pero sin poder evitarlo, le mandé un mensaje al número que me había escrito en mi mano: “Buenos días, no consigo dormir, cuando despiertes y te apetezca, llámame”.

Inmediatamente recibí un mensaje: “Yo tampoco puedo dormir. No puedo dejar de pensar en ti, en la noche que hemos pasado y en las ganas que tengo de volver a estar a tu lado para besarte.”.

Grité de la emoción al leer aquello. Y sin demora, le escribí: “Te invito a desayunar, pero esta vez déjame pagar.”

“Ojalá pudiera, pero tengo que ir al puerto a revisar el motor y las velas de un velero, y luego a la hora del almuerzo estoy de voluntario, en un comedor social, donde mi madre en sus días libres, cocina para transeúntes y personas a las que la desgracia dejó sin el sustento para vivir. Pero puedes

acompañarme si te apetece”, fue su siguiente mensaje.

“Sí, claro que sí. ¿Dónde quedamos y a qué hora?” me apresuré a escribir.

“Pues ponte cómoda. Lleva tu bañador. Te recojo en una hora, en la puerta de tu hotel.”

Impaciente me sobraban minutos en el reloj. Cuando faltaban quince minutos para el tiempo que habíamos acordado, bajé a la recepción, y esperé en la entrada del hotel, buscando con la mirada, la llegada de Marcus.

Y mientras esperaba, reparé en que había otra chica de la limpieza, no estaba aquella mujer de ojos oscuros, tan agradable. Me gustaba despertarme y verla por la mañana, parecía que formaba parte de una pequeña familia ficticia que había generado mi imaginación, aunque ahora que lo pensaba, no sabía ni su nombre.

Marcus apareció como un caballero andante en su gran moto negra, se quitó el casco, cogió otro que tenía en su maleta en la parte de atrás, para ofrecérmelo, no sin antes besarme con decisión, y elogiarme :

—Que mal repartido está el mundo, te has llevado toda luz y belleza para ti sola.

Me subí en la moto con una amplia sonrisa, que llevaba puesta desde hacía dos días, sin poder despojarme de ella. Y me aferré a él como si lo hubiera hecho toda la vida.

—No sé que voy a hacer cuando vuelva a Madrid, pero no puedo dejar de pensar en ti —le dije antes de que se colocara su casco.

El se giró. Me besó de nuevo y dejando escapar casi inaudiblemente una petición secreta, confesó : —No te vayas...

Llegamos al puerto. Nos acercamos a un velero y sacó una caja de herramientas. El me iba pidiendo las herramientas que iba necesitando para revisar aquel motor lleno de grasa, al tiempo que conversábamos.

—Cata cuéntame, qué hobbies tienes, qué te gusta hacer, o con qué disfrutas en Madrid.

—Me gusta el arte. Podría pasar días enteros pintando, aunque aprendí a dibujar de manera autodidacta. Me encanta plasmar en un trozo de papel o un lienzo la realidad y toda la belleza que llega a mis ojos.

También disfruto viajando, ir a cualquier lugar. Conocer las costumbres y la cultura de cada sitio es maravilloso. Un viaje que me pareció absolutamente increíble fue el que hice a Egipto hace un par de años. El estilo

de vida de ese país es tan distinto al nuestro..., y todos aquellos monumentos, construcciones, esos museos... Lo que había estudiado años antes en mis libros del colegio sobre historia, estaba allí delante de mí... construcciones que hoy día los mismos arquitectos y constructores no sois capaces de explicar, cómo en la época en la que se construyó, consiguieron crear y levantarlos. Y lógicamente visitar los museos de cada lugar al que viajo, es una parada imprescindible para mí. Tener la oportunidad de contemplar las obras de arte de los distintos autores de cada parte del mundo, para mí es un privilegio que no puedo dejar pasar.

Como pudiste comprobar tú mismo anoche, escuchar música y bailar me encanta.

El teatro, el cine... . Devoro libros, puedo vivir en mi imaginación cualquier historia de la que esté siendo espectadora, o esté plasmada en letras.

Y bueno que decirte del mar... , con el mar me pasa lo mismo que a ti. Me relaja, me calma en los momentos que lo necesito, y me activa cuando busco ese efecto en él.

Si algún día me mudara de Madrid y pudiera elegir un destino donde vivir, seguro que estaría cerca del mar.

La verdad, es que hay muchas actividades o hobbies en los que podría regocijarme, pero como ya sabes, y no quiero ser cansina, me dormí y dejé de deleitarme con estos pequeños placeres, enfocando de lleno mi vida en el trabajo, siguiendo los pasos de mi padre.

—¿Vives con tus padres? ¿o vives sola?

—Vivo sola desde hace un año. Compré un chalet en Madrid, en la zona Puerta de Hierro, donde también viven mis padres, ¿y tú?

—Yo también vivo solo. Cuando fui a la universidad, compartía piso con un par de chicos, y al volver a casa, decidí que aunque mis padres eran muy coherentes, y simplemente me pedían un mínimo de respeto, pero sin más explicaciones, me apetecía vivir solo. Además mi hermana también se independizó años antes, cuando se casó con Lucas, mi cuñado.

Así que, al regresar de Milán, me independicé, y con el poco dinero que gano trabajando para los estudios de arquitectura, junto a lo que consigo con el mantenimiento de los barcos, que no es poco, pago el alquiler de una pequeña casita de un dormitorio frente a la playa.

Con la moto estoy a un paso de mis padres y mi hermana, y tengo mi propia intimidad, al igual que ellos mantienen la suya.

Catalina, necesito preguntarte algo, y espero que no te moleste, ¿cómo era tu relación con Carlos?, así se llamaba tu prometido, ¿no? —con miedo siguió —y ¿qué sientes por él?

—Sí, así se llama. Verás, Carlos es hijo de una familia de empresarios, que desde que tengo uso de razón, han mantenido siempre una relación de amistad y de negocios con mi familia. Es un hombre atractivo físicamente, y se está convirtiendo en uno de los empresarios con más futuro del país.

Empezamos a tontear antes de irme a la Universidad, pero yo me fui a estudiar Derecho a Cambridge, y preferí no seguir con aquella relación. Al terminar la carrera volví a Madrid, y empecé a trabajar con mi padre. Fue cuando retomamos nuestra relación, pero esta vez todo fue más formal.

El tiene muchas virtudes, es inteligente, guapo, y hasta hace unos días parecía que estaba locamente enamorado de mí. Sin embargo yo..., yo no estaba completa a su lado, no terminaba de sentirme plena con él... La noche que salí huyendo de Madrid, fue cuando me di cuenta, que casarme con él, iba a ser el peor error de mi vida, no por que estuviera despechada por haberme sido infiel con mi hermana, sino porque sentí una extraña sensación de alivio al suspender la boda. Fue cuando entendí, que estaba haciendo lo mismo de siempre, dejándome llevar por lo que los demás creían que era lo mejor para mí, por cómo se sentían nuestras familias al vernos juntos.

Y entonces lo vi más claro que nunca, simplemente yo no estaba enamorada de Carlos.

—Y tú Marcus, ¿es cierto que nunca te has enamorado? Has conocido a muchas mujeres por lo que me has insinuado, ¿de ninguna llegaste a enamorarte? —le pregunté con un excesivo interés.

Con la manos llenas de grasa, e intentando limpiarlas en un trapo sucio que había justo a su lado. Se acercó a mí, colocó su dedo índice bajo mi barbilla, y aproximando sus labios a los míos, mientras cerraba sus ojos, me besó dulcemente. Beso que respondí sin demora.

Y con voz temblorosa, demostrando el miedo que aquello le hacía sentir, afirmó: —No Catalina, eso ya no es cierto..., no puedo alejarte de mis pensamientos, siento un nerviosismo inexplicable en mi estómago cada vez que mis manos tocan las tuyas, y no puedo controlar este deseo irrefrenable de hacerte mía. Sé que sólo hemos pasado juntos un día, que puede parecerte una locura, y te comprendería perfectamente, porque ni yo mismo lo entiendo. Con toda sinceridad, no sé que hacer con todo lo que siento. Nunca

me había pasado algo semejante, te lo juro.

Así que respondiendo a tu pregunta, ya no puedo decir que no me he enamorado de ninguna mujer que haya conocido, porque Catalina, me he enamorado de ti.

Esta vez, no esperé a que él diera el paso de acercarnos. Lo abracé y comencé a besarlo con pasión, como si fuera la última vez que mis labios pudieran rozar los suyos.

Llegamos a una especie de local. Y al bajar de la moto me pareció ver a alguien que me resultaba familiar, aunque luego pensé que eso sería prácticamente imposible, ya que no conocía a nadie en aquella ciudad. Entramos en aquel recinto, que era bastante amplio, con mesas, sillas, y una encimera, donde había varias cacerolas de aluminio, de gran tamaño. Cuatro personas servían la comida que contenían las cacerolas, a más de treinta comensales que hacían cola, para poder llevar algo caliente a su estómago, tras muchas horas de ayuno.

Marcus me pidió que esperara un momento allí, justo después de presentarme a los voluntarios, que hacían las veces de camareros.

Salió de la cocina, y me dijo: —Es una pena pero mi madre acaba de marcharse.

Me dio un gorro blanco, unos guantes de un solo uso, y nos pusimos detrás de esa encimera a repartir la comida, que tanto necesitaban aquellas hambrientas personas, cuya trágica vida los llevó hasta el punto de que tener un plato de comida en su mesa se había convertido en una misión imposible. Es más, el techo para algunos de ellos eran las estrellas, y sus colchones y mantas, viejos cartones.

Mi mente comenzó a divagar. Comparaba mi lujosa vida con la de aquellas personas necesitadas. Como el no nacer en una determinada familia, el simple hecho de no tener una oportunidad en la vida, o la desgracia de tomar decisiones equivocadas, podían llevar a alguien a tan difícil y dura situación.

Salimos del local, y Marcus me dijo: — Ya soy todo tuyo, ¿qué quieres hacer?.

—Comamos algo, te invito. Y luego sorpréndeme. Respondí.

—¿Me dejas que te sorprenda desde ya?.

—Por supuesto, soy toda tuya. Pero ¿me vas a contar algo o tengo que esperar?.

—No tendrás que esperar mucho.

Llegamos hasta una casita al lado de la playa. Enseguida comprendí que era la suya. Era pequeña, estaba ordenada, algo que no me esperaba, ya que las casas de los hombres que viven solos, por norma general, son algo caóticas. Tenía una cocina americana con una barra alta, que imagino sería donde él comería. Un salón con un sofá grande y frente a él un televisor de plasma de una marca que no conocía. Cerca de una ventana, que había en un lateral de aquel salón, tenía una mesa inclinada con unos dibujos de planos, y justo en el suelo al lado de esa mesa, un montón de portaplanos, de algunos de los cuales sobresalían planos. Una estantería en la pared, que estaba justo detrás, con muchos libros de historia y arquitectura. Pero lo que más curiosidad me producía, eran las únicas dos puertas que había en la casa, excluyendo la de la entrada, una sería la del baño y la otra la de su dormitorio.

—Bienvenida a mi casa, Catalina. Hoy voy a ser tu cocinero.

Se puso un delantal, que tenía escrito en italiano “Soy el cocinero sexy de la familia”. Sirvió un par de copas de vino, y propuso un brindis: —Por ti, Catalina, por tu huida, que ha hecho que hoy pueda cocinar para ti. —Y como por inercia volvimos a besarnos.

—Dime qué hago, ¿cómo te puedo ayudar? —pregunté.

—Hoy soy tu cocinero, y si quieres seré tu esclavo —me decía mientras me guiñaba. —La única manera de ayudarme que te permito, es que de vez en cuando, te acerques para darme un beso. Mientras tanto, puedes fisgonear en mi casa, aunque no tardarás mucho en verla entera. No es como seguramente será la tuya, la mía es pequeña. Eso sí, está justamente a pie de playa y eso no tiene precio para mí.

Me acerqué a la mesa donde se encontraban los planos, y los ojeé. Realmente yo no entendía nada. —Antes de irme si te parece bien, me gustaría llevarme algunos planos que tengas, para pedirle a mi padre que se los muestre a unos amigos suyos que tienen prestigiosos estudios de arquitectura —le dije mientras continuaba ojeándolos.

—Catalina no tienes por que hacerlo, no quiero que pienses, que tengo ningún tipo de interés, que no seas sencillamente tú.

—Marcus sólo quiero ayudarte, y darte la oportunidad de trabajar para lo que has estado preparándote todos estos años.

—De acuerdo, yo te preparo unos cuantos planos para que te los puedas

llevar, pero sin compromiso ninguno, ¿vale?

—Tranquilo, no te preocupes. Creo que me toca tu dosis de besos —sonreí.

Me acerqué, observando como cortaba verduras, y cocía unos espaguetis. El me dio a probar una salsa que estaba preparando en un pequeño cacito que tenía calentando en la vitrocerámica, y me preguntó: —¿Qué te parece? ¿te gusta?.

—Está muy rica, ¿quieres probarla tú? —le pregunté con gesto travieso.

El sonrió y me dijo: —Claro que quiero probarlo.

Cogí su cara entre mis manos y lo besé. Luego le pregunté: —¿Te ha gustado?.

El se reía, y contestó: —La salsa está bastante buena —pero con un tono sugerente, besándome el cuello y mordiéndolo suavemente, siguió: —Aunque preferiría comerte a ti.

Reí y le dije: —Creo que la salsa se te va a quemar.

Rápidamente la retiró del fuego, salteó las verduras, y lo ligó todo, añadiéndoselo a la pasta.

Sirvió la comida en dos platos, que colocó en la barra americana. Diciendo: —Todo listo, espero que te guste —y continuó : —Catalina, mañana en la casa de mis padres habrá una pequeña fiesta, para celebrar el cumpleaños de mi madre. Irán algunos miembros de nuestra familia y amigos, ¿querrías acompañarme?.

—¿Pero a tus padres no les importará? —indagué.

—Seguro que no les importa. A mi padre le pareces una chica estupenda, y le ha hablado de ti a mi madre. Así que si quieres, me gustaría que vinieras.

—Bueno si a ellos no les importa, iré contigo.

Terminamos de comer. Marcus colocó su taburete, al lado del mío, y me preguntó que quería de postre.

No pude evitar morderme el labio inferior, y le dije me encanta el chocolate.

Sacó helado de chocolate del congelador y un frasco de nata de la nevera. Puso en un cuenco dos bolas de helado que rodeó de nata.

Volvió a sentarse a mi lado, y con una expresión libidinosa en su rostro , me dijo: —¿Compartimos el postre?.

Cogió la cucharilla, que introdujo en el cuenco, recogiendo una mezcla

de helado y nata, la acercó a mi boca, y cuando la abrí para comer lo que me ofrecía, la apartó jugando conmigo.... Se rió seductoramente, y volvió a acercarla, e hizo lo mismo, justo en el mismo instante. Entonces acercó la cuchara a su boca, comiéndose él el helado y la nata, e inmediatamente después, me besó apasionadamente. Dándome a probar aquel postre desde su propia boca, donde nuestras lenguas se abrazaban, se acariciaban, y sin palabras hablaban de nuestros deseos más carnales.

Seguimos jugando un rato con el helado, hasta que con toda la fogosidad que invadía mi cuerpo, aparté el cuenco y retiré de sus manos la cuchara. Lo abracé, y sin poder despegarme de él, la pasión de nuestros besos se incrementaba, subiendo al mismo tiempo nuestra temperatura.

Continué besando el resto de su rostro, mordiendo con ternura y delicadeza el lóbulo de su oreja, y pasando a devorar su cuello. El gimió de placer. Abrió lo ojos, me subió a horcajadas, y dirigiéndose hacia su dormitorio, mientras me miraba fijamente, me dijo: —Llevo esperando este momento toda mi vida. No puedo esperar más, tienes que ser mía Catalina.

Y con la voz temblorosa por el miedo a lo que estaba sintiendo, la pasión que se había encendido en mi cuerpo y mi alma, y el descontrol y desenfreno que se apoderó de nosotros, afirmé: —No sé que pasará a partir de ahora, que nos deparará el futuro, pero hoy quiero ser tuya, y que tú seas mío. Porque tengo que confesarte algo..., yo también me he enamorado de ti, y no puedo, ni quiero controlar esto que siento.

CAPITULO 9

Me dejó caer cuidadosamente sobre la cama, y con parte de su cuerpo sobre el mío, continuamos besándonos y tocándonos.

Acariciaba cada centímetro de mi cuerpo, y yo le respondía de la misma forma.

Con sus grandes manos masajeaba mis pechos y poco a poco, fue bajando por la cintura, hasta bajar a mi pubis, donde presionó con firmeza, por debajo de mi vestido pero por encima de mi biquini, produciendo un colosal placer, y la tremenda necesidad de no parar.

Se sentó en la cama, y me sentó sobre él. Yo rodeé su cintura con mis piernas, mientras mi boca lo devoraba con pasión y desenfreno.

Con suavidad levantó mis brazos, y con ternura y exquisitez, iba subiendo mi vestido, que tiró al suelo. Besó mis mejillas, mis labios, y recorriendo mi cuello llegó a mis hombros, a la altura de los tirantes de la parte superior del biquini, fue retirando primero uno, al mismo tiempo, que iba besando todo el recorrido que realizaba con el tirante, e hizo lo mismo con el otro, hasta que con bastante habilidad, lo desató, apartándolo de mi cuerpo, y yendo a parar al mismo sitio que mi vestido.

Yo le quite su camiseta, y acerqué mis pechos a su torso, para sentir su piel suave y depilada sobre la mía.

Nuestras respiraciones comenzaban a agitarse cada vez más. Lo tumbé sobre la cama, y le desabroché su cinturón. Lo acaricié y comencé a retirar sus pantalones, que fueron a encontrarse con el resto de mi ropa.

Encima de él y con la única ropa que nos quedaba, seguí besándole, y mordiendo su cuello, no podía remediar perderme en él. Bajé con mi lengua por su fibroso cuerpo, entreteniéndome en sus pezones. Y me di cuenta, que él ya no podía dejar de gemir, y estremecerse de placer. Seguí aquel recorrido, donde quería conocer cada rincón de su piel. Llegué a su cintura y retiré su bañador, continué bajando por el camino por el que mis deseos me llevaban, besando su miembro, que con su erección, hacia ya un buen rato, pronosticaba cual sería su sino.

Sus gemidos se hicieron más intensos. Se levantó con un súbito movimiento y me postró contra la cama. Retiró las bragas de mi biquini, que se interponían en su propósito. Besó mi pubis, continuó besando toda mi zona íntima, pasando su lengua, por cada rincón de mis genitales. Yo gemía con

mayor intensidad, y el calor cada vez aumentaba más en aquella habitación.

Cogí su rostro con mis manos, y lo subí para besar su boca, reconociendo mi sabor en él.

En ese instante, muy lentamente se introdujo en mi, nuestros dedos se entrelazaron, nuestras miradas se cruzaron y se mantuvieron, mientras aquel movimiento, como el de las olas alcanzando la orilla, cada vez era más rápido y fuerte. El calor estaba fuera de control, haciéndonos sudar, hasta que sentí como Marcus se derramó dentro de mi, al mismo tiempo que convulsionaba, y justo en ese instante, mi cuerpo con espasmos involuntarios, disfrutó del mayor orgasmo que jamás había experimentado.

Abrí los ojos, y allí estaba Marcus con cara de satisfacción y riéndose. Fue cuando le dije, con un poco de vergüenza: —He chillado, ¿verdad?.

El se reía, y me dijo: —Sí, si que lo has hecho. Pero creo que eso quiere decir, que no ha estado nada mal.

Me tapé la cara con la almohada, por el bochorno que estaba sintiendo, y él la retiró, diciendo: —No te escondas, me atrae mucho tu naturalidad en la cama.

Sonreí nuevamente. Parecía que la sonrisa se estaba convirtiendo en un gesto cotidiano cada vez que estaba con él. Y le admití:

—No sé para ti, pero para mí ha sido perfecto.

El con un gesto divertido, comentó: —No ha estado nada mal..., pero inmediatamente riéndose exclamó: ¡ha sido increíble!, creo que habrá que repetirlo más veces, mirándome de una manera cautivadora.

A pesar de toda la lascivia que se había apoderado de nosotros en aquel encuentro, en ningún momento faltó la ternura, la cortesía y el respeto.

Medio tapados con una sabana blanca, Marcus peinaba mi pelo con sus dedos, y seguía besando mis labios con ternura. —Me gustas tanto Catalina, eres tan preciosa, tan maravillosa, tan auténtica —me decía.

Yo respondí: —Cuando amas a alguien y ese alguien te corresponde de igual manera, sale lo mejor de cada uno. Y cariño, tú sacas lo mejor de mí, desde que te conozco. Por cierto, ¿quién te regaló ese delantal que te has puesto para cocinar?.

Con un atractivo gesto, respondió: —Mi hermana, ella es muy cachonda y divertida, y cuando me instalé en esta casa, me lo regaló. Ese día me dijo: “Algún día lo usarás con alguien a quien le resultará divertido”.

Nunca había cocinado para nadie, así que hoy es la primera vez que me

ha visto alguien con el puesto. Ella es mayor que yo, y siempre ha sido muy madura, y mucho más disciplinada que yo. En cada reunión me dice lo mismo: “Marcus, cuando conozcas al amor de tu vida, te darás cuenta, porque es algo totalmente diferente a lo que hasta ahora has conocido, y no se parecerá a nada de lo que hallas sentido anteriormente. Ese día, hermano, dejarás de ir de flor en flor, porque ella será todo el jardín para ti.”.

Sorprendida, con los ojos bien abiertos, y de manera graciosa contesté: —Vaya soy la primera mujer, que prueba algo que has cocinado tú, y te ha visto con ese delantal tan sexy. Muchas gracias caballero. Pero será mejor que practiques un poco más en la cocina, si quieres, yo seré tu catadora oficial, y evaluaré tus progresos.

Noté como su virilidad, volvía a estar presente, y rozaba con robustez, mi muslo. Levanté las sábanas, y mordiendo mi lengua, lo miré a él, y espeté: —Creo que tu amigo quiere seguir jugando.

A lo que él rebatió, con el mayor galanteo posible: —Pues no podemos dejar que se ponga triste. —Se metió bajo las sabanas, y se desató nuevamente la pasión.

Pasamos casi toda la tarde en la cama, recorriendo y disfrutando de nuestros cuerpos, mostrándolos y tocándolos sin decoro, lamiendo cada lugar por recóndito que estuviera, para provocarnos un gozo y placer infinitos.

Eran las 19:25 horas, cuando miré el reloj. El me preguntó si tenía prisa, a lo que le contesté que no tenía mejor lugar para estar que a su lado.

Y entonces me propuso, cruzar la calle, y darnos un chapuzón en aquella increíble playa, de arenas amarillas y finas, y su agua cristalina de color azul turquesa. Acepté su proposición. Y con gran diligencia, nos pusimos la ropa. El cogió un par de toallas, y nos fuimos.

El mar estaba calmado. Los veraneantes cada vez menos iban recogiendo, para ir a descansar a sus hoteles, o apartamentos, dejando por momentos aquella playa cada vez más solitaria.

Nos metimos en el agua, nadamos un poco, pero enseguida nos buscábamos como si juntos formáramos uno sólo y el estar un minuto separados, no fuera posible.

Me cogí a su cuello. El me rodeó con sus fuertes brazos por la cintura, subiendo sus manos hacia mi espalda, y con el agua hasta el cuello, sentíamos la paz y la tranquilidad, que minutos antes no habíamos deseado. Allí y en ese instante, las palabras no hacían falta, nuestras miradas y gestos

expresaban todo lo que necesitábamos saber.

Salimos del agua tras un buen rato, porque el frío se empezaba a hacer notar.

Nos secamos, y nos quedamos sentados allí mirando el horizonte, conectados por unos lazos invisibles que iban a ser difíciles de romper.

Marcus puso su brazo sobre mi hombro, me arrimó a él, y me besó en el cabello. Pidiéndome: —No te vayas, duerme esta noche conmigo. Y sabiendo que aquella declaración, que me iba a hacer inmediatamente sería importante para ambos, me dijo: —Ninguna mujer ha pasado toda la noche en mi cama. Quédate tú, me gustaría que fueras tú.

Con el dorso de mi mano, acaricié su mejilla. Apoyé mi frente sobre la suya y le dije: —Sí, quiero pasar toda la noche contigo, dormir en tu cama y despertar abrazada a ti. Pero llévame al hotel para recoger algo de ropa, que no tengo nada que ponerme.

Subí a la habitación. Recogí algo de ropa que metí en mi bolso.

—Menos mal que había cogido uno de los bolsos grandes cuando salí de Madrid —pensé. Y volví con Marcus a su casa.

De camino paró a comprar algo para cenar.

Llegamos y pregunté por su baño. Me apetecía ducharme, desprenderme del salitre del mar.

Me mostró la puerta del baño y me dio una toalla.

El se quedó recogiendo la cocina, que estaba tal y como la habíamos dejado después de comer. Aunque estaba bajo la ducha, lo escuchaba abrir y cerrar puertas de muebles, el roce de la vajilla al guardarla, y de repente, dejé de escucharlo.

Noté como se abría la puerta del baño, e inmediatamente, la mampara de la ducha también se abrió. Allí estaba él, completamente desnudo, con un cuerpo inmejorable. Y sólo dijo: —No puedo permitir, que mi invitada esté tan solita. Enjabonó todo mi cuerpo, empezando por mi cuello, mis pechos..., pasando su mano, por todos y cada uno de los poros de mi piel. Me pidió amablemente y con dulzura que me diera la vuelta e hizo lo mismo por mi espalda, mis nalgas..., me estremecía con el movimiento de sus manos sobre mí. Pegó su cuerpo al mío, mostrándome otra vez su erección. El agua caía por nuestros cuerpos, llevándose consigo el jabón de mi cuerpo. Apartó mi pelo mojado, y giró mi cara para poder besar mis labios, al tiempo que con su otra mano, separando mis piernas, se abrió el camino que recorrería su

miembro hacia mi interior. Primero se introdujo lentamente, hasta ver que aquello, entraba y salía con facilidad, y luego sin poder frenar y generando los mismos gemidos y la misma satisfacción que en los anteriores encuentros, el ritmo se volvió más rápido, pero esta vez, cuando yo estaba apuntó de alcanzar el clímax y volver a chillar de placer, el tapó mi boca con la suya, hasta que nuestros cuerpos dejaron de sacudirse.

Me volví hacia él, y sólo pude decirle, cuando conseguí recobrar el aliento: —Creo que puedo acostumbrarme a todo esto.

A lo que el respondió: —Yo también, yo también.

Cuando salimos, la luz estaba mucho más tenue. Nos dirigimos a la cocina, donde en la barra americana, Marcus había puesto un par de velas, que nos alumbraban mientras cenábamos, al mismo tiempo que compartimos, algunas anécdotas de cuando él había estado estudiando en la universidad, o en los que siendo todavía pequeño, había hecho alguna travesura con su hermana, mentirijillas que alguna vez, le conté a mis padres, para escaparme con mi hermana o alguna amiga a la discoteca, momentos divertidos que había tenido en algún que otro viaje que había hecho cuando era joven. Lo que no podíamos controlar era como nuestras manos se buscaban y nuestras risas no cejaban de llenar aquella habitación.

Ya era tarde, y nos fuimos a la cama. En ese preciso instante aquella situación se torno extraña, aunque en ningún momento desagradable, sino todo lo contrario, era una situación que me hacía sentir plena, llena de vida.

El se tumbó a mi lado rodeándome con sus brazos. Y lo descubrí oliendo mi pelo, y acercándose a mi oído, me susurro: —Ojalá este momento se congele para siempre.

Volví a notar su dureza viril, y le dije: —En serio, ¿eres real?.

Se encogió de hombros, y sólo acertó a decir: —Tú tienes toda la culpa. Has llegado aquí a Italia, con toda esa belleza, tu elegancia, tus palabras, tus besos, tu cuerpo, y me has convertido en esto.

—Bueno, eres mi esclavo ¿no?, y no podemos desaprovechar este talento.

Comenzamos otra vez bajo las sábanas aquel ritual de apareamiento, que por cuarta vez aquel día, me hizo tocar el techo del placer, dejándome exhausta.

Nos quedamos dormidos abrazados. Me desperté por la luz que entraba por la ventana, me estiracé y vi que Marcus estaba despierto ya, mirándome.

—¿Cuanto tiempo llevas así? —pregunté.

—¿Cómo? ¿deleitándome con tu belleza?, pareces estar tan tranquila cuando duermes...

Lo besé, y simplemente dije: —¡Buenos días! ¿Puedo hacer uso de tu ducha?.

A lo que él efusivamente, respondió: —Claro que sí, pero no puedo prometerte, que no vaya a entrar furtivamente en ella y pueda volver a hacer que chilles de gusto.

Riéndome terminé diciendo: —Me arriesgaré, en el fondo me encanta el riesgo.

Recogí mi ropa, que con el frenesí del último encuentro sexual que tuvimos, estaba desparramada por todo el cuarto, y me metí en el baño.

Como era de esperar en pocos minutos, apareció mi hombre de fuego, para volver a hacerme suya, nada más empezar el día.

Desayunamos unas tostadas y un café bien cargado, para poder continuar despiertos.

El me dijo que tenía que ir a uno de los estudios de arquitectura esa mañana, para llevar unos planos que le habían encargado, y me ofreció quedarme para esperarlo en su casa. No sabía lo que tardaría pero que en cuanto estuviera listo, regresaría para pasar el resto del día juntos, si yo quería.

Preferí regresar al hotel, recoger la ropa que tenía algo revuelta, tras la salida fugaz del día anterior, y esperarlo allí, a que terminara.

Me llevó al hotel. Ya era una experta en ser pasajera en su moto.

Nos despedimos con un largo y fructífero beso. Prometiéndome que me llamaría nada mas terminar y recordándome la fiesta de cumpleaños de su madre.

Subí a la habitación, en el pasillo volví a encontrar a la señora de la limpieza, que se encontraba a dos habitaciones de la mía. Ella me saludó con la simpatía que la caracterizaba, y prudentemente me dijo: —La vostra camera è raccolto y pulito. (11)

Pero, no sabría decir por qué, era la segunda vez, que notaba que me miraba de manera diferente a la primera vez, como si supiera algo que yo no conocía. Aunque esa sensación no me hacía sentir mal, al contrario, me acercaba a ella. Entonces pensé que simplemente eran imaginaciones mías.

Al cabo de una hora salí del hotel, y andando tranquilamente me dirigí al

centro de la ciudad, donde busqué un regalo para la madre de Marcus, ya que no podía llegar a su fiesta sin nada que regalarle.

No tardé mucho, y regresé al hotel.

Mientras esperaba la llamada de Marcus, me quedé dormida otra vez. Tanta pasión desatada me tenían extenuada. No imaginaba, cómo de cansado estaría el pobre Marcus, que encima no podía descansar tampoco ese día. Y que por lo que predecían nuestros antecedentes del día anterior, no parecía que cuando nos volviéramos a encontrar, y se terciara la oportunidad no nos sucediera lo mismo irremediabilmente, porque nuestros deseos y nuestros sentimientos eran los que estaban controlando nuestros actos, y dirigiendo lo que vivíamos en cada momento.^[4]

CAPITULO 10

Eran las 14.15 horas del mediodía, cuando el teléfono me despertó con la llamada de Marcus.

Había estado durmiendo toda la mañana. Pero el simple hecho de saber que me llamaba y estaba al otro lado del teléfono para volver a vernos, hacía que despertara del sueño más profundo en cuestión de segundos.

—Hola, ¿cómo estás? ¿has hecho todo lo que tenías que hacer? —indagué.

—Hola cariño, sí todo listo.

“Cariño”, que bien sonaba en mis oídos esa palabra saliendo de sus labios. —¿Cuándo nos veremos? —seguí preguntando.

—Pues cuando tú quieras, vuelvo a estar a tu completa disposición. Y tenemos que recuperar el tiempo perdido esta mañana, porque para mí cualquier momento que no pase a tu lado, es un momento perdido.

—Podemos quedar ya. Tengo que cumplir con mi ración de besos —reía traviesamente.

—Pues te recojo en media hora. Lo que tarde en salir del estudio de arquitectura y llegar a tu hotel.

—De acuerdo, aquí te espero impaciente.

Bajé a la recepción, como siempre antes del tiempo que habíamos acordado.

Esta vez llevaba en el bolso una muda, porque estaba casi completamente segura de que volvería a pasar la noche con Marcus, en sus brazos, en su cama..., y el regalo de su madre, a la que no conocía, pero que esa tarde por fin conocería.

Marcus apareció diez minutos antes. Bajó de su moto, me rodeó con sus brazos, y nos besamos como si lleváramos siglos sin vernos.

—Cariño, tengo que ir a casa para arreglarme y recoger el regalo de mi madre. Si te apetece preparo algo para almorzar.

“Cariño”, no creo que me pueda cansar de escuchar esa palabra, brotando de sus labios, me gusta como suena y sobre todo, como me hace sentir escuchársela. —¿No estás cansado?. Mejor hacemos como anoche, compramos algo de camino a tu casa y así, no tienes que cocinar. Aunque verte con ese delantal tan sexy no tiene desperdicio —respondí.

—Me parece estupendo. Pararemos de camino a mi casa. Además así

tenemos más tiempo para repetir lo de esta mañana en la ducha, —alegó, arqueando las cejas, haciéndose el interesante.

Almorzamos mientras me explicaba como le había ido la mañana en el estudio de arquitectura, y me hacía saber la posibilidad de un nuevo proyecto, que aunque no sería de gran envergadura, para él era una nueva oportunidad, con la que mostrar al mundo que algún día sería un gran arquitecto. Estaba muy ilusionado, pero sobre todo, tenía la esperanza de que algún día, sería recompensado con la oportunidad de desarrollar uno de gran relevancia, con el que se daría a conocer y entonces, sería su momento para lanzar su carrera.

Yo lo escuchaba y lo admiraba, porque reconocía el enorme esfuerzo que realizaba para poder llegar a hacer lo que realmente le gustaba.

Y al compararlo conmigo, volvía a ver la facilidad con la que yo tuve estas oportunidades. No había tenido que esforzarme en lo más mínimo, ya que nada más terminar había tenido la suerte de codearme con los mejores abogados de nuestro país, e incluso algunos de gran prestigio internacional, como mi padre. Pude aprender de ellos, y trabajar de lo que yo había estudiado desde el primer día.

Nos sentamos en su sofá. Lo veía cansado, así que le quité sus zapatos, la camisa y desabroche su cinturón. El iba a quitarme el vestido rosa con florecitas que llevaba, cuando retiré sus manos de mi vestido y le dije: —Esta vez déjame a mí.

Me fui al baño, donde llené su bañera de agua y eché unas gotas de jabón que hicieron aparecer espuma.

Volví al salón donde me esperaba aquel hombre tan maravilloso. Le cogí de la mano, lo llevé al baño y retiré sus pantalones, dejándolo completamente desnudo. Aquella situación, le provocaba gran excitación, pero fue obediente y me dejó hacer.

Se metió en la bañera. Cogí una manopla y comencé a lavar sus hombros, bajé por su espalda, froté con suavidad sus nalgas, y sus piernas. Paseé por sus pechos y su abdomen. Hice que se sentara, y se relajara unos minutos, mientras cogía una toalla, con la que sequé sus negros cabellos y cada trozo de su morena piel.

Me lo llevé a su dormitorio, puse algo de música, atenué la luz de la habitación y con un pañuelo que llevaba en el bolso, le tapé los ojos. Mientras se los tapaba, le susurraba al oído: —Confía en mí, sólo quiero darte placer. Hoy seré yo tu esclava.

Se mordió el labio, y sonriendo dijo: —Eres toda una cajita de sorpresa chica de los helados, me gusta esto pero no se si podré resistirme a postrarte en mi cama y hacerte el amor como nadie nunca te lo ha hecho jamás.

—Pues amor mío, tendré que poner remedio a eso.

Me levanté de la cama y fui a buscar algo con lo que atarlo. Encontré en un rincón del salón materiales de barcos, entre los que habían unas cuerdas. Cogí dos de ellas, además de hielo del congelador. Y volví al dormitorio.

Até sus muñecas a los barrotes de su cama con suma delicadeza. Me desnudé y metí en mi boca, uno de los cubitos de hielo que había cogido. Rocé con él sus labios, él pasó su lengua por ellos. Cogí el cubito con mis manos y fui rozándolo por todo su cuerpo, milímetro a milímetro, y pasando mi lengua por cada sitio que el hielo segundos antes había estado, al unísono que mi piel sentía la suya, provocando en él, tal grado de placer, que su piel reaccionaba, su cuerpo se encogía de gozo y sus vellos se erizaban. Sus gemidos surgían con cada roce de hielo y lengua. Su respiración se entrecortaba, como si en algún momento no pudiera soportarlo más. Y empezó a retorcerse cuando mi lengua y mi boca llegaron a sus genitales, donde el hielo se fundió y mi lengua y mi boca hicieron suyo aquel territorio extranjero.

Era el momento de hacerlo mío, y llevarlo a sucumbir ante tanto placer.

Me puse encima y lo introduje suavemente en mí, lento muy lento. Sus gemidos eran cada vez más potentes. Ya había perdido el control sobre su respiración.

Continué cada vez más rápido y más profundo hasta que estalló en mil pedazos, volviendo a deshacerse dentro de mí, y yo me fusioné con él, en una explosión de placer, a la que nos llevó aquel acto de amor y vehemencia.

Le desaté las manos y le retiré el pañuelo de los ojos. Me miró con deseo y satisfacción, con lujuria y amor, con dulzura y salvajismo, y dijo: — No voy a dejar que te alejes de mí jamás.

Nos tumbamos en la cama uno frente al otro, y Marcus no dejaba de acariciarme, besarme y decirme lo maravillosa, bella y espectacular que era.

Ya eran las 18,30 horas de la tarde, y la fiesta de cumpleaños de su madre era a las 19 horas, así que nos vestimos y nos fuimos.

La casa de Bernardino era una casa grande, pero antigua, aunque se notaba que la habían ido arreglando poco a poco en los últimos años. Estaba también cerca de la playa, y no muy lejos del centro de la ciudad. Tenía un

jardín delantero, con un pequeño porche.

La puerta estaba abierta y entramos. Habían llegado ya por lo menos veinte personas, y todos saludaban efusivamente a Marcus, que me presentó a todos ellos. Unos niños se le acercaron corriendo y la más pequeña de ellos saltó sobre él, Marcus la cogió al vuelo, y le dijo algo al oído.

Ella me miró riéndose, y me dijo: —¡Hola Catalina! mi tío Marcus dice, que tú vas a ser la mamá de sus hijos, pero que todavía no lo sabes.

Yo me sonrojé, diciendo: —Y tú eres María, ¿verdad?

Ella afirmó con su cabeza, bajó de los brazos de Marcus y salió corriendo hacia su madre, que se acercó a nosotros, lo besó y él nos presentó.

—Antonella, ella es Catalina. Catalina, ella es Antonella mi hermana.

—Encantada Catalina —dijo Antonella —espero que te sientas como en casa. Mi padre nos ha hablado muy bien de ti. Y de lo poco que he podido hablar con mi hermano esta mañana, me ha dado la impresión de que lo tienes fascinado.

—El placer es mío —sonreí.

Ella no dejaba de mirarlo, como si quisiera buscar una respuesta en su mirada, hasta que abrió los ojos sorprendida como si la hubiera encontrado.

Marcus divisó a sus padres, y nos acercamos a ellos. —Bernardino, ¿qué tal? ¿cómo está? gracias por permitirme estar esta tarde aquí en vuestra fiesta.

—Es un placer Catalina, en nuestra casa y nuestra familia, siempre será bien recibida.

La señora que estaba a su lado vuelta de espaldas, se giró y Marcus exclamó: —¡Feliz cumpleaños mamá! —la besó y la abrazó levantándola del suelo. Luego se giró y me presentó.

Me quedé absolutamente sorprendida. Era ella..., la mujer de la limpieza del hotel. Ahora entendía la sensación que tenía cuando estaba cerca de ella. La saludé con dos besos, y le di el regalo: — Espero que le guste, es sólo un pequeño detalle.

—La ringrazio molto, ma si doveva aver preso la briga di portare alcun regalo. (12)

—E 'il minimo che potessi fare per ringraziarvi così tanto ospitalità. (13)

—godersi la festa, si è in casa. (14)

—Grazie mille. (15)

Mientras tenía esa pequeña conversación con la madre de Marcus, me percaté de que su padre y su hermana tenían una conversación paralela con él,

en la cual no parecían muy contentos por algo. Su hermana me miraba y pude leer en sus labios, “vais a sufrir, su mundo es totalmente diferente al tuyo ¿Qué vas a hacer cuando se vaya?”. Su padre negaba con la cabeza, hasta que Marcus puso fin a la conversación.

Vino donde yo estaba y me pidió que saliéramos a dar un paseo por la orilla de la playa.

Estaba furioso, y no hablaba. Con la cabeza gacha y el paso ligero, caminamos durante más de cinco minutos envueltos en su silencio, junto al ir y venir de la olas. Hasta que ya no aguanté más, agarrándolo del brazo, conseguí detenerlo y le pregunté: —¿Qué ha pasado antes? ¿qué te han dicho tu hermana y tu padre? ¿por qué estás tan enfadado?

—Dios, Catalina, no lo entienden. Piensan que tú eres fantástica y no dudan que seas buena gente, pero mi padre..., él insiste en que el mundo en el que tú vives está corrupto, que no tiene nada que ver con el nuestro, y que vamos a sufrir los dos. El no se ha olvidado que rechazaron a su madre cuando se quedó embarazada de él, está claro... . Y mi hermana, está preocupada por mí, se ha dado cuenta de que me he enamorado. Opina igual que mi padre, pero además me ha recordado que en unos días te irás, y luego que..., luego que pasará con nosotros..., me dijo con tono enojado y gesticulando exageradamente.

—Sentémonos Marcus. Es normal que piensen así, ¿no crees?. Piénsalo fríamente, nos conocemos desde hace tres días. Todo ha ido muy rápido. Y sí, puedo decirte que me he enamorado de ti, además si no me equivoco, tú también te has enamorado de mí, pero no hemos querido pensar en lo que pasará cuando me vaya. Porque tengo que volver a Madrid, y es lógico que tu familia que te quiere, lo vea desde fuera, y piense que es de locos lo que estamos haciendo. Amor mío, ellos sólo quieran protegerte. En mi opinión tienes mucha suerte porque ellos se preocupan por ti.

—Pero yo quiero estar contigo, hacerte el amor cada día, dormir a tu lado cada noche, y compartir contigo cada instante. Nunca he sentido nada igual...

—Respira hondo, relájate, y ponte en su lugar. Volvamos a la fiesta, no estropeemos el cumpleaños de tu madre, no sería justo para ellos.

Marcus, ¿quieres que sigamos disfrutando juntos los días que me queden aquí en la isla?. Cuando llegue el momento tomaremos las decisiones oportunas por muy duras que sean.

—Claro que quiero, eso no tienes ni que preguntármelo.

Sonreí, lo besé, lo abracé con dulzura, y volvimos a la fiesta.

Bernardino y la hermana de Marcus se tranquilizaron al ver que volvíamos a la fiesta, y él estaba más relajado. Al final disfrutamos de una tarde muy agradable, divertida y muy familiar, donde me hicieron sentir completamente integrada. No sólo por parte de Bernardino, sino por su mujer Antonella, que estaba pendiente de mí y de Marcus a cada momento.

Todos los invitados se fueron y nos quedamos Bernardino, su mujer y la hermana de Marcus. Los niños se habían quedado dormidos y Lucas, su padre los llevó a la habitación de la planta de arriba.

Cuando nos íbamos, Antonella la hermana de Marcus, se lo llevó a la habitación de al lado, y en ese momento la señora de la limpieza, madre del amor de mi vida, se acercó y comenzó a hablarme en un perfecto castellano, diciéndome: —Sé que eres buena persona, eso se percibe de lejos, también sé que por extraño que parezca, mi hijo se ha enamorado de ti y tú de él. Estoy segura, que esto no va a terminar aquí en Alghero, conozco a mi hijo y nunca ha sentido algo igual, por lo que no será capaz de parar, al igual que también puedo asegurarnos que no será fácil. Sólo te pido que si al final, se ve rodeado por las personas que viven en tu mundo y tratan de dañarlo, tú lo cuides y lo protejas.

Manteniendo la mirada, le prometí que así lo haría. Y continué preguntando — ¿Sabes castellano?, creía que no lo hablabas.

—Hablo un castellano fluido. Son muchos años escuchando a mi marido y mis hijos hablando en este idioma, pero ellos no lo saben, piensan que sólo sé decir unas pocas frases, y me gustaría que siguieran pensándolo.

—No se preocupe, por mi parte no sabrán nada.

Marcus salió más aliviado de la charla que había mantenido con su hermana.

Con toda la melosidad y cariño, besó a su madre y su hermana, y ellas se despidieron de mí de manera familiar.

En ese momento apareció Bernardino, que abrazó a su hijo, le susurró algo que hizo que su rostro se relajara aún más y luego se dirigió a mí, con la hospitalidad que desde que lo conocía le había caracterizado: —Catalina ha sido un placer tenerte con nosotros en un día tan especial, como es el cumpleaños de mi querida esposa. Queremos que sepas que nuestra casa siempre tendrá las puertas abiertas para ti, y esperamos y deseamos que

vuelvas pronto.

Durante el camino a la casa de Marcus, reinaba el silencio, era como si ambos hubiéramos regresado al mundo real, y sintiéramos que todo lo que estábamos viviendo tenía fecha de caducidad, y hubiéramos estado mirando para otro lado.

Llegamos a su casa, pero en lugar de entrar en ella, me preguntó : — ¿Me acompañarías a la playa?.

Asentí. Era ya de noche, no quedaba un alma por allí, así que volvíamos a disponer de la playa para nosotros solos.

Marcus se quitó la ropa, y se quedó completamente desnudo. Yo lo imité. Nos zambullimos en aquel agua que nos refrescaba, y nos daba el sosiego, que en esos momentos tanto necesitábamos.

Me abracé a él, lo besé tiernamente, y le pregunté: —¿Estás mejor?.

A lo que respondió: —Sí, si estoy mejor. Perdóname por lo que pasó al principio de la fiesta. Sé que tendrás que irte, y tengo claro, como ya te he dicho anteriormente, que quiero pasar todo el tiempo que permanezcas aquí en Alghero contigo, pero es que sentí, como si mi familia me hubiera echado un jarro de agua fría encima, y me hubieran hecho volver a la realidad. A una realidad donde me he enamorado de alguien que no está a mi alcance.

Quizás seas el amor de mi vida, y nunca lo sabremos porque tendrás que volver a tu casa.

—Mi abuela, era una romántica empedernida, y siempre decía que el amor verdadero, alcanza lo inalcanzable, supera los peores obstáculos que la vida podría ponerle, y que tarde el tiempo que tarde, al final siempre vence.

Así que quien sabe, lo mismo nuestra historia acaba de comenzar a escribirse, y quedan muchas páginas por rellenar.

Me abrazó con firmeza, como si no quisiera dejarme escapar, como si al soltarme fuera a desaparecer. Murmurándome al oído afirmó: —Vayamos a casa, quiero hacerte el amor toda la noche, quiero perderme en tu cuerpo, hasta llegar a conocer tu alma.

Clavé mi mirada en la suya —Mi alma y mi corazón son tuyos, me los robaste el día que nos conocimos, sólo que yo no me había dado cuenta hasta ahora.

Entramos en su casa. El agua de la ducha, envolvió nuestros cuerpos en celo, que no cesaban de quererse.

Nos fuimos al dormitorio sin poder evitar hacer el amor con fruición y

locura.

Aquella habitación recogió entre sus cuatro paredes, la pasión llevaba al límite, el amor que surgió de la nada entre dos desconocidos, y la luz que desprendían nuestras almas cegando a las propias estrellas. Llenándola de besos intensos llenos de calor, caricias que recorrían un terreno ya conocido, buscando rincones de nuestra piel que no habían sido descubiertos, y penetraciones interminables, que nos fundían en uno solo llevándonos al cielo.

Cuando el cansancio se apoderó de nuestros cuerpos, caímos en un cálido y reparador sueño, permaneciendo abrazados en todo momento, para cerciorarnos, que todo aquello no era una fantasía, y al despertar todo se evaporaría.

CAPITULO 11

Me desperté con la primera luz de la mañana que entraba por la ventana. No sabía que hora era, pero tampoco quise mirar el reloj. Me quedé inmóvil, mirando a aquel portento de la naturaleza que había hecho añicos cualquier pensamiento razonable, que tuviera previamente sobre el amor, y las relaciones de pareja. Parecía tan indefenso en esos momentos, y al mismo tiempo tan perfecto, sin defectos, algo inexplicable...

No quería que aquello terminara. Dejar de verlo y dejar de sentir lo que sentía por él, me parecían un broma injusta del destino.

Me levanté sin hacer ruido. Me duché. Y salí a comprar unos cruasanes recién horneados. Preparé una cafetera, que impregnó toda la casa de un grato y hogareño olor a café.

Saboreando aquel café, mientras contemplaba desde la ventana del salón el mar, mi mente divagaba en todo lo que durante aquellos días había sucedido en mi vida. Aquella cena donde descubrí, que Carlos me engañaba con mi hermana; mi madre dispuesta a mantener una boda ridícula, a pesar de los sentimientos de su hija, una huida del hastío, buscando reencontrarme a mí misma, para poder tomar las riendas de mi vida, la suerte de que Bernardino fuera mi taxista aquella fatídica noche, que me enviara el amor a la puerta de mi hotel, y ahora el miedo de perderlo.... Demasiadas vivencias en tan poco tiempo. Pero que al fin y al cabo debía ir resolviendo una por una, cada una de ellas.

De pronto recordé a Antonella, la madre de Marcus. Era raro que hablara castellano de manera impecable, y no lo supiera nadie. ¿Por qué lo ocultaba?, y aquella petición tan extraña....

Recordé la historia de María, la madre de Bernardino, era indiscutible que Bernardino no lo había superado, y había afectado por completo a su familia.

Aunque en el fondo, entendía que aquella familia tan humilde, encontrara tan aterrador el ambiente, en el que yo desarrollaba mi día a día.

—¿Quiénes serían los padres de María? —me pregunté. —Eran una familia importante de Barcelona, que en sus orígenes eran empresarios de renombre. Quizás podría averiguar quienes eran — continuaba ensimismada en mis pensamientos.

Un delicioso beso en el cuello, junto con un cálido pero sólido abrazo

me sorprendió, devolviéndome al aquí y al ahora. Donde el hombre más maravilloso, increíble y apuesto del mundo se había despertado para colmarme de felicidad.

—¡Buenos días dormilón!

—¡Buenos días amor mío! ¡Ummm! ¡Qué bien hueles! ¿Cuánto llevas levantada?

—Desperté hace ya un buen rato. ¿Desayunamos juntos?. He preparado café y comprado cruasanes.

—Me doy una ducha y desayunamos. ¿Vienes?.

Reí y contesté —Yo ya me duché. Te espero.

—Bueno, bueno, pero ya sabes lo que te pierdes...

No tardó en ducharse y aparecer por el salón. Mientras nos tomábamos el café, y degustábamos los cruasanes, indagué sobre la historia de la familia de su abuela paterna.

—Marcus, tu padre me contó la historia de su madre, creo que puede ser una de las razones, por las que tiene miedo a que tú y yo podamos mantener algún tipo de relación algo más personal, y sobre todo, sienta ese rechazo por el mundo en el que yo me desenvuelvo. ¿Nunca habéis conocido a ninguno de esos familiares? ¿Ni los habéis buscado?.

—No, mi padre nunca quiso saber nada de ellos. Piensa que si no quisieron a su madre, porque lo engendró a él, para qué buscarlos.

Pero en el fondo mi abuela se murió con la pena de no recobrar la relación con su familia, y a él siempre le faltó conocer esa parte de sí mismo.

Por lo que yo sé, quien realmente echó a mi abuela de su casa, y la desterró de la familia fue su padre. Un hombre déspota, que jamás perdonó la deshonra de su hija. Y su mujer, la madre de mi abuela, sufrió el dolor de perder un trozo de ella, ya que nunca tuvo el valor de enfrentarse a él. Así que hicieron como si sólo tuvieran una única hija, la hermana de mi abuela, varios años más pequeña.

—Sabes, creo que han pasado muchos años, quizás la hermana de tu abuela siga viva, y tenga descendientes, que se alegrarían de conoceros. Yo podría a través de los detectives del bufet encontrarlos. No perderíais nada.

—No sé Catalina, no sé. Mi padre nunca quiso ... y yo no quiero desenterrar algo que pueda hacerle daño...

Sin dejar que terminara la frase, insistí —Entiendo a tu padre, pero tanto tu hermana como tú también sois parte de esa familia, y sería normal que

quisierais encontrar vuestros orígenes. Mira, sólo necesito algunos datos de tu abuela, que estoy segura tu padre tendrá y alguna foto. Además no tenemos que sacarlo a la luz, si alguna de las dos partes no quiere, por supuesto. Pero encontrarlos podría incluso cambiaros la vida.

—Y quién ha dicho que queramos cambiar nuestras vidas... . No voy a negarte que tenga curiosidad por conocer esta parte secreta y oscura de mi familia, pero de ahí a querer cambiar nuestras vidas, es demasiado Catalina. Yo no soy tú, no he tenido que huir de mis seres queridos, porque me hacían sacar lo peor de mí mismo. En mi familia existen valores, nos respetamos a pesar de nuestras diferencias.

Con la cara desencajada, sólo acerté a decir: —Eso ha sido un golpe bajo. No era necesario...

Apretando con los dedos sus ojos, y arrugando la frente, se disculpó diciendo: —Lo siento, no debí haber dicho eso, pero es que me da la impresión, que necesitas buscarme a una familia millonaria, como si quisieras cambiar mi entorno, como si fuera demasiado poco para ti.

—Creo que te equivocas conmigo, no necesito buscarte una familia con dinero, y no me hace falta que tu entorno sea diferente, porque me enamoré de ti en este mundo en el que vives. Sólo quería ayudaros a encontrar esa pieza del puzzle de tu familia que os falta a todos.

—Mira déjame pensarlo... . Sé que en el desván de mis padres hay una caja con cosas de mi abuela, podría pasar por allí y ver que encuentro. Y si decido darte esa información para que lo investigues, quiero que me jures, que si encuentras algo, no harás nada, sin hablar conmigo primero, y por supuesto mi padre no podrá enterarse de nada hasta que yo no hable con él personalmente.

—Te lo juro, no se me ocurriría hacer algo así.

—Catalina, esta mañana tengo que volver al estudio de arquitectura, por lo del nuevo proyecto que te comenté, y quizás tenga que trabajar un par de horas después del almuerzo. ¿Te llamo cuando termine? —me decía al mismo tiempo que me besaba y abrazaba.

—Claro, cuando termines volvemos a vernos.

—Aquí tienes unas llaves de la casa, puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—No hace falta. Tengo que volver al hotel, todas mis cosas están allí.

Cogiéndome las manos —Me gustaría que dejaras el hotel, y te quedaras

conmigo hasta que vuelvas a Madrid. Nos quedarán sólo dos o tres días para disfrutar juntos. Así que no los desperdiciemos en juegos tontos... ¿No te parece?...

Cogí las llaves. Me parecía buena idea el pasar esos días haciendo el amor con él, bañándonos en la playa o saliendo a conocer la ciudad o lo que se terciara juntos. Pero prefería que las cosas surgieran sin forzarlas como hasta ese mismo día, así que decidiría que hacer sobre la marcha.

Llegamos en su moto al hotel, donde nos despedimos por unas horas, con un largo y descarado beso.

Al entrar en la recepción, Gina que trabajaba esa mañana, me llamó para decirme que alguien que decía ser mi hermana, había llegado el día anterior a última hora de la tarde preguntando por mí. Que al yo no aparecer, se hospedó en la habitación contigua a la mía, que estaba disponible. Pero que, a primera hora de la mañana, habló personalmente con el gerente del hotel, ya que según afirmaba, habían pasado varios días, en los que ningún miembro de la familia, tenía noticias mías, por lo que exigió que abrieran mi habitación, para comprobar que todo estaba en orden.

Tranquilité a Gina, que estaba tremendamente preocupada, por haber tenido que permitir la apertura de mi habitación, y lo que aquello conllevaba, sin mi consentimiento. A pesar de su insistencia al hacerle saber a la persona que decía ser mi hermana, que ella podía garantizar que estaba en perfecto estado, y que me había visto cada día.

Cuando subí a la habitación, la puerta estaba cerrada. La abrí, y allí estaba mi hermana, que se parecía a mí pero con el pelo más oscuro, y los ojos castaños, que según decía mi madre, había heredado de mi padre. Con su elegancia trabajada a lo largo de los años, miraba por la ventana y se giró.

—Vaya por fin decides volver. Llevo esperándote desde ayer por la tarde. Aunque entiendo que no quisieras regresar, viendo el hombre con el que estabas besándote tan fervientemente en la puerta del hotel.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué es lo que quieres? Carlos ya está libre, y por mi parte es todo tuyo. ¿O quieres también meter la mano en la bragueta del chico con el que me acabo de besar?.

—Cata, hermanita, no seas tan ordinaria, no te pega nada..., vengo a darte una explicación de lo que viste aquella noche, ya que las cosas a veces no son lo que parecen...

—Me vas a decir que ¿no estabas besándote con Carlos en la cocina de

la casa de nuestros padres?, que ¿vuestras manos no estaban en sitios donde no sería lógico, que estuvieran teniendo en cuenta, que tu eres mi hermana, y él era el hombre con el que me iba a casar?, y que ¿fue mi imaginación que me jugó una mala pasada, ver como se dibujaba una sonrisa en tu cara, al darte cuenta de que os había descubierto?. No te entiendo, de verdad Sofi, no entiendo como tienes la cara tan dura de venir hasta aquí, para negarme lo que vi con mis propios ojos.

—Cata, si me dejaras explicarte, lo entenderías todo. Siéntate a mi lado, por favor.

Fue a tocarme y yo la rechacé con desprecio. Con toda la calma del mundo se sentó al borde de la cama, donde con toda la parsimonia que pudo reunir, esperó que yo también me sentara, pero volví a rechazarla.

Cogí una silla que había en aquella habitación de hotel, tan llena en aquellos momentos de odio y rencor. Me senté frente a ella. Había llegado uno de los momentos, que sabía tenía que llegar, aunque no esperaba que fuera en Italia en una habitación de hotel y tan pronto.

—Adelante, te escucho. Espero que por los menos tengas el valor y el coraje de ser sincera, Sofi.

—Verás Cata, tú siempre has sido la hija perfecta, nuestros padres siempre han alardeado de su hija Catalina. Nos han comparado hasta la saciedad, donde la gran perdedora siempre fui yo. Aún así Cata, te he adorado, eras mi hermana pequeña, por la que hubiera hecho cualquier cosa. Y por eso hoy estoy aquí, por haber hecho lo que yo he creído era lo mejor que podía hacer por la persona que más quiero en este mundo, a pesar de que quizás, ello conlleve perderte para siempre.

—¿Qué quieres decir?, no te comprendo. ¿Liarte con mi novio es lo mejor que podías hacer por mí?, creo que tienes un grave problema mental hermanita.

—Déjame continuar Cata. Sé que estás enfadada pero, aunque no seas capaz de perdonarme, tienes que saber la verdad de aquella noche, la verdad de tu relación con Carlos, y la de nuestra vida. Tengo que ayudarte a abrir los ojos.

Me quedé perpleja, y no pude más que apretar fuertemente los labios, por no dejar escapar una vulgaridad innecesaria, pero que quizás me hubiera hecho desahogarme y quedarme tan ancha.

—Como te iba diciendo, siempre nos han comparado, y tú eras la niña

perfecta, el ojito derecho de papá. Si mamá presumía de alguien era de ti. Y de esa relación tan envidiable con nuestra abuela, para que hablar. Así que mientras tú te convertiste en lo que todos esperaban, y yo no fui capaz, en abogada, mamá introdujo en mi vida a Luis, hijo de buena familia, un hombre estupendo, con grandes dotes para los negocios, y una herencia que no podría gastar en dos vidas. Yo sólo tendría que casarme con él, era lo único que podía hacer, para que por una vez, fuera yo la protagonista del cuento. Y conseguir que se sintieran orgullosos de mí. Felices por algo que me pasara a mí. Parecía fácil, la verdad..., así que me casé.

La pena era que yo jamás me enamoré de Luis. Cada día que pasaba me decía a mí misma “puede que con el tiempo te enamores de él, puede que consigas ser tú también feliz”. Pero la realidad fue otra, Cata. La realidad fue tan diferente, que mis días se llenaron de tristeza y odio hacia mí misma, y mis noches de amargura y llanto. Conocí la verdadera cara de Luis, que resultó ser un clasista, pedante y aburrido, que consume drogas, y se acuesta con cada mujer que se cruza en su camino.

—¡Yo no sabía nada de eso! Sofi. No podía imaginarme que tu vida era un infierno. ¿Por qué no me buscaste? ¿Tanto llegaste a odiarme por esas comparaciones como para traicionarme con Carlos de esa manera tan horrible?

—Te busqué en multitud de ocasiones, pero siempre estabas tan ocupada, que no tenías nunca tiempo para los insignificantes problemas de tu hermana. No obstante Cata, yo jamás te odié. Ya te he dicho que a pesar de aquellas humillantes comparaciones, yo seguía sintiendo una gran devoción por ti.

Lo que sucedió, es que a nuestros padres, sobre todo a nuestra madre, no le bastó con que fueras abogada. Así que poco a poco, fue introduciendo en tu vida a Carlos. El es un hombre guapo, con dinero, emprendedor, y tiene grandes cualidades. Además te puedo asegurar que está perdidamente enamorado de ti.

Pero tú Cata, tú no lo has querido jamás. Estabas con él por lo mismo que hiciste derecho, por lo mismo que has hecho cada cosa que ellos te han pedido o exigido sutilmente.

Sólo hace falta ver el brillo en tus ojos, para percibir cuando algo o alguien te enamora, cómo la pasión se apodera de ti cuando estás entregada al cien por cien en algo.

Como cuando pintas. En ese momento sale la verdadera Catalina. Aquella mujer fascinante que es capaz de comerse el mundo, y mostrar quien es realmente.

Con Carlos, nunca te brillaron los ojos, jamás te vi ningún gesto de pasión con él. No te vi ilusionada en organizar tu boda... ¡Si parecía que la que se casaba era mamá!

Y aún así tú seguías adelante con ese estúpido plan de casarte con alguien a quien no amas.

Para terminar siendo la persona más infeliz del planeta, como me pasó a mí. Y hermana, eso no podía permitirlo.

Como hablar contigo, se había convertido en una misión imposible, urdí un plan, en el que conseguía engatusar a Carlos, y que tú nos pillaras para que anularas esa maldita boda.

Y me costó como tres meses de tonto exagerado, además de mucho remordimiento por su parte. Pero al final, Carlos es un hombre, como todos los demás, y si una mujer quiere conseguir meterse en los pantalones de cualquier hombre, antes o después lo hará.

Aquella cena era el momento ideal. Sin servicio en casa, sin invitados, y la certeza de que te levantarías a traer el plato de papá.

Esa noche, tuve varios acercamientos sensuales, roces clandestinos, para ponerlo a mil, y sólo bastó un gesto, para que me siguiera a la cocina, donde lo entretuve hasta que por fin llegaste. Yo estaba frente a la puerta, así que sabría con total seguridad, si entrabas por ella. Y cuando llegaste y nos viste allí, fue el momento más agri dulce de mi vida. Conseguí que mi hermana pequeña tuviera la oportunidad de no arruinar su vida con ese hombre, por el que no sentía verdadero amor, pero también supe que quizás te había perdido para siempre.

Mis ojos estaban inundados en lágrimas. Aquel acto de amor, era casi admirable. Como mi hermana fue capaz de hacer todo lo que hizo, por que no quería que yo cometiera el mismo error que ella. Tenía tantas preguntas, y estaba tan aturdida.

Sofi no hacía más que tragar saliva, como si hubiera un nudo en su garganta hecho con lágrimas ahogadas, que obstaculizara el paso de cada palabra, mientras me contaba todo aquello, cambiando por completo la historia de aquella noche.

De repente, aquel nudo se deshizo y rompió a llorar desconsoladamente,

inundando aquella habitación con la tristeza de lo que pasaba en su vida, el miedo de que pudiera pasarle a su hermana algo parecido, o simplemente perderla por lo que hizo por salvarla de un mal augurio.

Me levanté de aquella silla, y la abracé. Aquella mañana, mi hermana y yo nos volvimos a encontrar.

—Tenemos mucho que hablar Sofi, tenemos tanto que contarnos.

Pero ahora descansa un rato, se te ve agotada. Luego si quieres salimos a dar un paseo y vamos a comer.

—Catalina, no duermo nada desde aquella noche, necesito saber si me perdonas por lo que hice.

—¡Claro que te perdono! eres mi hermana, y en el fondo si te soy sincera, tenías toda la razón. Yo no quiero ni he querido nunca a Carlos. Sentí un gran alivio al suspender aquella boda, aunque si no te importa, la próxima vez que pienses que me estoy equivocando, habla conmigo. Si tienes que darme un bofetón para que te preste atención, puedes hacerlo, pero no vuelvas a hacer que me sienta traicionada por ti. ¿De acuerdo?.

—Trato hecho, Cata. Trato hecho.

Se tumbó en la cama, y se quedó profundamente dormida. Como si al quitarse de encima aquella losa, hubiera vuelto a tener la paz necesaria para conciliar el sueño.

CAPITULO 12

Durmió un par de horas, durante las cuales, me descubrí mirando por el ventanal de la habitación de aquel hotel, hacía la gran mancha azul que tanta serenidad me procuraba.

Intentaba digerir lo que aquella mañana me había confesado mi hermana. Intentando entender cómo había estado tan ciega, y no había sido capaz de percibir ni el más mínimo indicio, de que mi hermana mayor había sufrido cada día de su vida durante los dos últimos años.

Recordaba con nitidez el día de su boda. Lucía radiante un impresionante vestido de uno de los más grandes diseñadores españoles.

Mis padres no habían escatimado en gastos, celebrando por todo lo alto, la unión de dos de las familias más poderosas y ricas del continente europeo. Y ella, parecía feliz. Sus ojos brillaban, su sonrisa era plena, pero el motivo, simple y llanamente era el erróneo. No era feliz por casarse con el hombre al que amaba, y con el que viviría feliz por el resto de sus días, sino porque, por fin era el orgullo de sus padres, por encima de sus sentimientos, de sus deseos, de sus necesidades, de su felicidad... Y yo iba a cometer el mismo error, pero sin ser consciente de ello, convirtiéndome en una marioneta que se dejaba manipular, por los hilos finos de una felicidad irreal, como lo llevaba haciendo durante años.

Me sentía como si estuviera despertando de un sueño, que en realidad era una pesadilla de enredados despropósitos, donde las víctimas y verdugos éramos nosotras mismas.

Al salir aquella noche de la casa de mis padres, no tenía claro que pasaría con mi vida, no sabía que quería, ni que sentía. Había dejado de pensar y sentir por mí misma. Mi voluntad había permanecido escondida. Pero en cuestión de horas, y con cada uno de los acontecimientos que se iban sucediendo, se iba haciendo cada vez más y más fuerte, hasta conformar un ente por sí mismo. Sabía por lo menos, lo que no quería que estuviera en mi vida. Y así lo haría saber a mi vuelta, haciendo frente a todas y cada una de las personas que interfirieran en mi nuevo camino a mi felicidad.

Sofi despertó después de dos horas. Su semblante había cambiado. Sus ojos irradiaban una mirada diferente, su cara ya no parecía desencajada, y su cuerpo se había descongestionado por fin, como si hubiera permanecido en apnea demasiado tiempo, y ahora empezaba a oxigenarse, cambiando cada

célula de su cuerpo, devolviéndola a la vida.

Decidimos salir a comer fuera. Necesitábamos que la brisa nos golpeará en la cara, para hacernos saber que volvíamos a estar despiertas.

La incomodidad que siempre había estado patente en los últimos años entre nosotras, en los eventos a los que habíamos asistido, se había volatilizado. Y había resurgido de las cenizas, nuestra añorada, sólida y estrecha relación.

Sofi devoraba el plato de pasta que tenía delante, como si hubiera estado hibernando durante todo el invierno. Sin embargo, no pude esperar a terminar de comer para continuar con la conversación, que dos horas antes había iniciado en el hotel.

—Sofi, ¿y Luis? ¿qué va a pasar con vosotros? ¿él sabe algo de lo que pasó en la cena?.

—No, él no sabe nada de lo que hice, ni aquella noche, ni los meses previos en los que tonteeé con Carlos.

—Pero, ¿piensas seguir con esa farsa de matrimonio cuando volvamos a Madrid?.

—Cata, aquella noche no sólo quería abrirte los ojos a ti, quería poner punto y final a la mierda de vida que llevo.

Esa noche le di los papeles del divorcio a Luis, papeles que había solicitado un mes antes. Y me fui de casa.

—¿Y nuestros padres?

—Ellos intentaron convencerme por activa y por pasiva de que volviera con él. A lo que me negué rotundamente. Papá inmediatamente dejó de tomar partido en la conversación, y para mamá mi inminente divorcio, y la anulación de tu boda, se han convertido en la mayor tragedia de los últimos tiempos.

—¿Dónde estás viviendo ahora?.

—Aquella noche volví a casa de papá y mamá. Necesitaba estar con mi familia, con alguien que me quisiera, necesitaba sentirme en un hogar. Pero mi estancia en casa de nuestros padres no duró mucho. Se me hizo insufrible, con mamá detrás de mí todo el tiempo intentando arreglar, según decía ella, todo lo que nosotras estábamos estropeando.

Tenía que hablar contigo, esa era mi prioridad, pero no contestabas a las llamadas, ni a los mensajes. Aunque por lo menos, sabía que te llegaban y los leías, por las notificaciones.

Pero tenía una baza a mi favor. Cata tú eres demasiado responsable, por lo que si tenías algún trabajo a medias, lo terminarías y contactarías con Beatriz, tu secretaria.

Así fue. La escuché decirle a papá, que le habías mandando no se qué de unos informes, y que te ausentarías unos días.

La esperé fuera de la oficina, a que terminara su horario laboral, y la invité a cenar. Durante esa cena, la bombardeé a preguntas, intentando sonsacarle dónde estabas, o cómo averiguarlo, pero esa chica Cata, no soltó ni una sola palabra. Llegué a ofrecerle dinero, y resultó ser insobornable. Hasta que de pronto no pude más, me derrumbe, y le conté toda la verdad.

Ella me escuchó sin juzgarme, sin juzgarnos. Me llevó a su modesto piso, y me ofreció quedarme en él todo el tiempo que lo necesitara. Pero también me aseguró, que no me daría ningún tipo de información relativa a ti, si tú le pedías que no lo hiciera.

De repente, dejaste de ver los mensajes, y era imposible contactar contigo. Beatriz te envió un correo, ya que supuestamente le habías dicho que lo mirarías cada día, pero ni los leías, ni contestabas.

Me asusté muchísimo, y Beatriz también. Pensé que quizás, yo estaba equivocada, que me había excedido aquella noche, y no tenía que haber intentado separarte de Carlos.

Nunca me hubiera perdonado, que por mi culpa, te hubiera sucedido algo grave.

Así que rogué a Beatriz que me ayudara a encontrarte. Ella tiene amigos internautas, hackers que parece ser, no son muy legales, pero que son los mejores si quieres rastrear pistas para encontrar a alguien.

De hecho les resultó muy fácil localizarte, a través de la dirección IP desde la que enviaste el email a Beatriz.

Compré el primer billete a esta ciudad, con la única pretensión de encontrarte sana y salva, y contarte todo la verdad sobre aquella noche.

Cuando llegué al hotel no estabas, y no apareciste en toda la noche. Esta mañana al ver que seguías sin aparecer, me puse muy nerviosa, y a pesar de las constantes afirmaciones por parte de la recepcionista, de que te encontrabas bien, quería comprobar que todo estaba en orden en tu habitación, así que hice lo imposible, hasta que la abrieron. Cuando te vi llegar en moto, y despedirte como si no hubiera un mañana, de ese moreno tan apuesto, me quite un gran peso de encima. Estabas bien, que era lo más

importante.

Por cierto, Cata, Beatriz, bueno más bien, Bea, que es como le gusta que la llamen, es increíble, no la dejes escapar. A parte de ser una buena profesional, es aún mejor persona, siempre dispuesta a ayudar si alguien lo necesita, y con un gran sentido del honor y la lealtad.

¿Por qué viniste aquí a Italia? y ¿quién es ese hombre con el que te besabas tan apasionadamente esta mañana?

—No elegí el destino Sofi, el destino me eligió a mí. Fui al aeropuerto, compré un billete en el primer vuelo que salía aquella noche, y elegí esta ciudad ojeando una guía turística sobre Cerdeña.

Esa noche conocí a Bernardino, con el que conecté enseguida, me sentía escuchada y protegida por él.

—¿Ese es el nombre de ese guaperas? ¿Bernardino? —preguntó Sofi.

—No, Bernardino es su padre, el taxista que me recogió aquella noche.

Su hijo se llama Marcus me llevó a conocer la ciudad, y nos hemos enamorado.

Sé que puede parecer absurdo, un capricho. Pero no Sofi, con Marcus soy yo misma. En tres días que nos conocemos, me he sentido más viva que nunca. Mi cuerpo se estremece con el simple hecho de pensar en él. La sonrisa se ha hecho una constante en mi rostro. La pasión se apodera de nosotros cuando estamos juntos.

He pasado estos días con él, y he disfrutado más que en toda mi vida.

Me olvidé durante ese tiempo del móvil, de mirar el correo, de lo que pasó con Carlos, contigo, con mamá, en definitiva, me olvidé de cualquier cosa que no fuera estar junto a él.

Anoche no volví al hotel, porque pasé toda la noche en su casa, igual que antes de ayer. Sólo hay un pequeño problema.

—Que tienes que volver a Madrid, y lo vuestro se terminará —continuó Sofi con lo que yo estaba diciendo.

—Pues sí. Y sé que ese momento no tardará... —dije con el semblante entristecido.

Volvimos al hotel, donde nos cambiamos de ropa para ir a la playa que teníamos justo enfrente.

Recordamos nuestros años de adolescentes, en los que disfrutábamos tostándonos al sol, y refrescándonos en el mar.

Eran ya las 18 horas de la tarde cuando mi teléfono sonó. Era Marcus,

que había terminado de trabajar.

—Hola cariño, ¿qué tal el día? —pregunté, mientras mi hermana me miraba sorprendida, por la forma de hablar con él.

—Bien, muy bien. Al final han decidido llevar a cabo el proyecto del que te hablé, y formaré parte del mismo. ¿Y tú que tal? ¿qué has estado haciendo?.

—Mi hermana está aquí. Hemos estado hablando, y hemos solucionado nuestras diferencias.

—Me alegro mucho. Si quieres pasar el resto del día con ella, lo entenderé. Tendréis muchas cosas de las que hablar.

En ese momento Sofi, que había escuchado a Marcus, se entrometió en la conversación, y le pidió que nos invitara a cenar, porque tenía que conocer al hombre, que había conseguido que su hermana se enamorara locamente.

Sorprendido, reía por la espontánea y extrovertida auto invitación por parte de mi hermana. Ante la cual, nos invitó a cenar en su casa. No sin antes, proponerme que pasara la tarde con ella, y que nos esperaba para las 21.30 horas.

Llegamos dando un agradable paseo desde el hotel a la casa de Marcus.

Y allí estaba él, abriéndonos la puerta de su hogar con aquel delantal tan sugerente.

Al entrar, observé como había cambiado de sitio el sofá de su casa, y había colocado en su lugar una mesa, adornada con unas rosas amarillas, rojas y blancas preciosas.

—Buenas noches, ¡qué puntuales! —exclamó Marcus, al tiempo que se acercaba para besarme discretamente en los labios.

—Buenas noches —contesté yo, correspondiendo a ese beso de forma natural, como si lo hubiera hecho así toda mi vida. —Ella es Sofi, mi hermana. Sofi él es Marcus.

—Hola Marcus, tenía muchas ganas de conocerte. ¡Qué bien huele! —comentó mi hermana, al percibir el aroma de la comida que había preparado Marcus.

—Encantado Sofi. Espero que sepa igual que huele —sonrió.

La cena discurrió de forma amena. Marcus había cautivado a mi hermana Sofi, como era de esperar. La cual, no dejaba de contarle historias de cuando éramos pequeñas, y algunas de cuando éramos adolescentes. Marcus tan encantador como de costumbre, la escuchaba hablar sin parar, dejando

caer algún comentario apropiado en algunos momentos, pero buscando mi mirada para perderse en ella en otros de ellos, mientras imaginaba cada escena que le contaba, en la que yo era parte protagonista.

Luego empezó el interrogatorio que mi hermana improvisó en el mismo momento, en el que iba haciendo preguntas personales a Marcus. El iba sorteando cada una de ellas, con elegancia, carisma, sinceridad, pero sin llegar a profundizar en ninguna, dejando lugar a la imaginación de mi hermana, para conformar su propia historia sobre él. Hasta que puse punto y final a aquel cuestionario, para dar por terminada aquella velada tan diferente a las anteriores, que ambos habíamos disfrutado, pero que resultó ser de lo más placentera.

Estaba claro que tanto Marcus como yo deseábamos volver a recorrer nuestros cuerpos, perdiéndonos en el pecado más mortal del que nos habíamos vuelto adictos.

Pero mi situación había cambiado, no podía dejar sola a Sofi, por lo menos, debía acompañarla al hotel. Así que aunque ella quiso irse sola, porque notó la tensión sexual que desprendíamos, me negué.

Ante lo cual, Marcus sugirió que nos acompañaría, dando un agradable paseo bajo aquella noche llena de luz. Nos ofreció sus brazos, uno a cada una, y paseamos por aquel centro de la ciudad tan lleno de magia, donde parecía que el tiempo se había detenido, y estábamos viviendo en una época diferente a la nuestra. Las calles estaban llenas de vida, con personas paseando igual que nosotros, tomando algo en alguna terraza, o haciéndose fotos.

Estábamos cerca del hotel, cuando Sofi se paró repentinamente. Y añadió: —El hotel está aquí al lado pareja, creo que me voy a acostar, estoy agotada. Pero vosotros deberías aprovechar un rato más. —Dirigiéndose a Marcus, continuó diciendo: —ha sido un placer. Espero que nos volvamos a ver pronto. En Madrid tienes una casa para cuando quieras ir. Eso sí, espera un poco a que me instale — rió y lo besó en la mejilla.

—El placer ha sido mío, Sofi.

Luego mirándome fijamente: —Cata, me alegra que estés bien, y que nos hayamos vuelto a encontrar, y sobre todo, que tu corazón sea tan bondadoso que me hayas perdonado por lo que hice. Te quiero hermanita. ¿Nos vemos mañana para desayunar?.

—Por supuesto Sofi, nos vemos para desayunar.

Ella se adelantó, acelerando el paso hasta el hotel, dejando que

pudiéramos disponer de un rato de intimidad.

Marcus cogió mi mano, y nos sentamos en una terraza, donde pedimos unos refrescos, y le conté todo lo que mi hermana me había contado aquella misma mañana.

Ya de regreso al hotel, Marcus me apartó de un tirón hacia un callejón oscuro. Apoyó mi espalda a la pared, me besó con frenesí, y me dijo: —Llevo todo el día esperando este momento, ya no podía aguantar ni un minuto más.

Tocaba mis pechos, con firmeza y delicadeza. Besaba mi cuello, como si fuera un manjar de los dioses. Y yo caí perdidamente en aquel arrebató de sexo, pasión y desenfreno. No importaba estar en la calle. Era como si en el mundo sólo estuviéramos los dos. Desabroché su cinturón, y bajé su cremallera. Él metió su mano por debajo de mi vestido. Yo rozaba con mi mano sus genitales por debajo de sus pantalones, hasta que el control de la situación lo llevaban nuestros cuerpos y sus más primitivos instintos. Se introdujo en mí otra vez, y volvió a hacerme suya. Volvió a llevarme a las puertas del paraíso, donde nos encontramos los dos, ahogando sus gritos y los míos en un beso lleno de lujuria desbocada.

Nos arreglamos para salir de aquel callejón, donde su oscuridad, nos dio el cobijo, en el que albergar nuestro amor y nuestros más hirvientes deseos.

—Marcus hemos hecho el amor en una calle oscura, yo..., yo... —titubeé. —Haces que deje mis miedos a un lado, no puedo pensar estando contigo, es como si un impulso se apoderara de mí, y fuera quien me dirigiera una y otra vez a ti.

—Pues deleitémonos con cada momento que tu impulso te atrae a mí —me respondió besando mi mano y con una sonrisa y una mirada tan seductora, que era imposible no rendirse ante él.

—¡Duerme conmigo esta noche! ¡Quédate conmigo en el hotel! —le pedí.

—Será un enorme placer para mí y para ti —contestó guiñándome el ojo.

Estábamos ya al lado del hotel, cuando de pronto, me pareció oír la voz de mi hermana discutiendo con alguien, que me resultaba familiar.

Al instante reconocí la otra voz, era Carlos. ¿Cómo era posible? ¿Qué hacía aquí?. Estaban peleándose, aunque no podía distinguir bien lo que decían.

Carlos me vio aparecer mientras me acercaba a la entrada del hotel junto

con Marcus.

Se apresuró a decirme: —Cata, amor mío, tenemos que hablar. Todo ha sido un lamentable error, donde tu hermana, nos ha traicionado a ambos. Me tendió una trampa, porque esta enamorada de mí, y lo único que quería, era que nos separáramos. Pero Cata, mi vida, yo te amo. Y quiero estar toda mi vida contigo.

—Que lástima que no sea recíproco, Carlos. Es cierto que mi hermana te tendió una trampa. Las razones, pueden ser las que tu quieras creer, me da igual, porque caíste en sus brazos en la casa de mis padres y os pillé.

—Venga Cata, hablemoslo tranquilamente..., tú y yo vayamos dentro y hablemos. Podemos solucionarlo.

—Verás Carlos, es que no quiero solucionarlo. No quiero casarme contigo. En el fondo me habéis hecho un gran favor. Por que, yo no te quiero, no te amo. Siento decírtelo así. Pero créeme es lo mejor.

—Sé que estás enfadada, y lo entiendo. Y no habla tu corazón, sino tu despecho. Pero tarde o temprano volverás a mis brazos y lo sabes —me replicó agarrándome fuerte del brazo, a lo que yo oponía una clara resistencia.

Marcus intervino, y agarrándolo a él del brazo que sujetaba con brusquedad el mío, le dijo mirándole fijamente a los ojos, como si fuera una bestia salvaje que protegía su terreno: —¿No has escuchado a la señorita?, déjala en paz, y desaparece de su vista.

Carlos recorriendo con la vista el brazo que lo agarraba fuerte, se dio cuenta de que Marcus estaba a mi lado, algo que se había hecho prácticamente insignificante minutos antes y le dijo: —¿Tú quién eres? Mira chico, será mejor que te vayas de aquí.

Carlos se enfurecía por momentos. No estaba acostumbrado a tener un no por respuesta. Y eso que conmigo siempre había tenido mucha paciencia.

Intervino Sofi, diciendo: —Déjala tranquila. Déjanos tranquilas.

Él la miró con odio, respondiendo: —Tú mejor mantén tu boca cerrada. Eres la culpable de todo esto. Y te juro, que pagarás por ello.

Marcus lo agarró esta vez por la solapa de la camisa, con tal fuerza que casi lo levantó del suelo. Le dijo que se fuera, que si no llamaría a la policía.

Yo paré a Marcus, y le dije:— Marcus cariño, por favor, suéltalo. No quiero que os peleéis. Apártate, no le hagas daño.

Mi hermana miraba horrorizada aquel dramático cuadro, y con lágrimas

en los ojos, pidió a Carlos y Marcus que lo dejaran estar. Que al día siguiente el que tuviera que aclarar algo que lo hiciera, pero que dadas las circunstancias, lo mejor era que cada uno tomara su rumbo esa noche, sin mayores consecuencias.

Marcus nos miró a las dos, lo miró a él. Y le dijo: —Te perdono la vida, vete de aquí, y déjalas en paz —soltándolo.

Carlos se arregló la camisa, mordió sus labios con rabia, y con una mirada distinta al haber escuchado como me dirigía a Marcus minutos antes me dijo: —Te has estado acostando con él, ¿verdad, Cata?. Mira te lo voy a perdonar, porque no actúas tú, sino la rabia que tienes por lo que pasó en Madrid con tu hermana. Pero tú, Don nadie —decía mirando a Marcus —será mejor, que no vuelvas a acercarte a Catalina, quizás ella se halla acostado contigo, pero sólo lo ha hecho por despecho. Es imposible que una mujer como ella se enamore de un pobre chico como tú, sin futuro en la vida, sin dinero. Estas fuera de su mundo, y en cuanto vuelva en un par de días a Madrid, lo vuestro habrá terminado, y yo me quedaré con la chica. Ese es el final de la película.

Marcus apretó los puños, tenía la intención de darle un puñetazo, pero justo me di cuenta, lo sujeté mientras lo besaba en el hombro, y le indiqué a Carlos que se fuera.

Parecía que todo se había calmado.

Mi hermana iba ya a entrar en el hotel. Carlos se dirigió en dirección contraria, como si tuviera que salir de aquel lugar, y yo le pedí a Marcus que me acompañara a mi habitación. Justo en ese momento, Carlos se volvió traicioneramente y le asestó un golpe a Marcus por la espalda. A lo que Marcus respondió con golpes llenos de la agresividad y la rabia que había contenido en los minutos de antes. Se ensalzaron en una terrible pelea, que tanto Sofi como yo, no parecíamos poder parar. Continuaron durante varios minutos, hasta que uno de esos golpes acertó en mi cara derribándome contra el suelo. Algo que hizo que ambos reaccionaran, y dejaran de pelearse. Marcus se arrodilló para ver si estaba bien, pero yo estaba enojada con ambos, no soportaba aquella belicosidad. Como si yo fuera un premio, que conseguía el que diera los mejores golpes, o el que asestara el golpe definitivo que dejara cao a su oponente.

La furia inundó mis palabras, echándolos de allí, amenazándolos con llamar a la policía para que se los llevaran al calabozo.

Rechacé cualquier tipo de ayuda por parte de ellos, para levantarme del suelo o mirar la herida que había provocado en mi mejilla aquel golpe que zanjó la pelea.

Marcus y Carlos se alejaron, doloridos, ensangrentados, llenos de moratones, y magulladuras.

Y yo sin mirar atrás, junto con mi hermana, entramos en el hotel.

CAPITULO 13

A la mañana siguiente, bastante temprano, bajé al restaurante para desayunar. Minutos más tarde entró mi hermana, que al sentarse en la mesa donde me encontraba, me dijo con tono de preocupación: —¡Madre mía, Cata!, que mala cara tienes. ¿No has podido dormir nada? ¿te duele la mejilla?. Te ha salido un buen hematoma, se nota hasta con el maquillaje que te has puesto.

—¡Buenos días Sofi! gracias por los ánimos —solté irónicamente.

—Perdona, no quería molestarte. Sólo quería saber cómo te encuentras.

—No, discúlpame tú, es que estoy todavía enfadada por lo que pasó anoche. No he podido dormir nada recordándolo. Y tranquila, duele un poco, pero nada que no pueda aguantar.

—Lo siento Cata, Carlos está aquí por que me ha seguido. No sé cómo él sabía que iba a buscarte. Y su gente rastreó mis tarjetas de crédito, con las que pagué el billete de avión y la habitación del hotel. Cuando llegué anoche, estaba en el hall, y al verlo nada más entrar, quise salir para avisarte, pero él se dio cuenta y me siguió hasta la entrada. Comenzó a insultarme, interrogarme acerca de tu paradero, y amenazarme si no volvías con él.

—¡Es de locos!, Carlos perdió los papeles completamente, jamás lo había visto así. Y Marcus... Marcus me mostró una parte de él, que no me gustó nada, esa agresividad... No la soporto. No me gustan ese tipo de numeritos.

—Te entiendo. Pero, por lo que me dijo Carlos anoche, y lo que vi, me temo Catalina que hemos abierto la caja de Pandora, y Carlos no va a parar hasta que te consiga.

Es como si se hubiera obsesionado contigo.... Tú no sabes como me miraba antes de que llegais, mientras preguntaba por ti. Y luego ese tono, esas palabras.... Espero equivocarme, pero no me parece trigo limpio, aunque si te soy sincera nunca me lo parecieron ni él, ni su padre.

—Espero que no aparezca más por aquí, porque te juro que llamo a la

policía.

Sin embargo cuando regrese a Madrid. Cuando se calmen las cosas. Mantendré una conversación con él, para aclararlo todo. Tanto con él, como con ambas familias. Por que ahora más que nunca, tengo claro, que no me pienso casar con él.

—Y en lo que se refiere a Marcus, si es cierto que se salió un poco del tiesto, pero Carlos lo provocó y te estaba defendiendo, nos estaba defendiendo a las dos. Estoy de acuerdo que no son las formas, pero él estuvo conteniéndose mientras Carlos lo provocaba, hasta que al final, Carlos lo golpeó primero.

—El problema es que estaba conteniendo esa agresividad, como tu bien dices. Y no me gusta. Además le pedí que no lo hiciera, y que me acompañara arriba.

—Y ¿qué pretendías?, que después de todo lo que soltó Carlos por su boca, y el golpe que le propinó, ¿se quedará quieto?... Te entiendo perfectamente, no te ha gustado lo que sucedió anoche, las cosas no tenían que haber llegado hasta donde llegaron, pero tampoco creo que Marcus haya reaccionado de una manera tan incoherente.

¿Te ha mandado algún mensaje? ¿o te ha llamado?.

—No, no me ha llamado, ni me ha escrito, y es raro por que pensaba que lo haría esta mañana.

—Lo mismo está dormido, aunque dudo que alguno de nosotros haya podido dormir algo esta noche. Lo mejor es que terminemos de desayunar tranquilamente. Seguro que en un rato te llamará. Y Carlos seguro que ya lo ha hecho...

—Mi teléfono está apagado, además no pienso encenderlo hasta que vuelva a casa y Carlos no tiene el número de éste que me compré aquí —mostrándole el móvil nuevo.

Terminamos de desayunar, y subimos a las habitaciones.

Vi a Antonella al final del pasillo y la saludé. Ella me saludó de manera afectuosa, pero sin dejar de lado que estaba trabajando. Se notaba que era muy profesional. Guardando las distancias, pero siendo muy cordial. Por su forma de actuar, estaba claro que no sabía nada de lo que pasó la noche anterior.

Me comenzó un fuerte dolor de cabeza. Tanto estrés, tantas preocupaciones, más quizás el golpe, me provocaron una horrible migraña.

Así que cerré las ventanas y eché las persianas de aquella habitación, ya impoluta tras el paso de Antonella. Cerré los ojos buscando un poco de alivio en esa presión, que hacía que sintiera como si mi cerebro se fuera a salir del cráneo, chocando bruscamente contra la pared.

Mi hermana, me consiguió en una farmacia que había cerca del hotel, unas pastillas para mi cefalea, que apenas consiguieron mitigarla.

Mis náuseas aparecieron nuevamente, a consecuencia de la migraña, que se apalancó en mi cabeza. La cuestión es que terminé nuevamente con la cabeza dentro del wc, vomitando todo lo que había desayunado. Pero a pesar de ser algo totalmente desagradable, después de ello, me encontré mucho mejor, y pude descansar un par de horas.

Varios golpes en mi puerta me despertaron. Miré el móvil, era casi medio día, y no tenía ni una llamada ni un mensaje de Marcus. Abrí y allí estaba mi hermana, con la cara descompuesta, a punto de contarme algo, que por su expresión no era nada bueno.

Pensé : “Más malas noticias, parece que el universo se ha vuelto en mi contra”. Y acto seguido, mi pensamiento continuaba: “Cata, no te creas el ombligo del mundo, el universo tiene cosas mejores que hacer que dedicarse a hacerte la vida imposible”.

—¿Ahora que pasa Sofi? ¿Es Carlos otra vez?.

—No, Cata, es algo peor. Mamá acaba de llamarme.

—No me digas, que también te ha seguido. O aún mejor, que Carlos la ha llamado para contárselo todo, y está en la puerta del hotel, con intención de subir a la habitación, por que si es así....

—Cata, es papá... — con voz temblorosa.

—¿Qué le pasa a papá? —pregunté asustada.

—Parece que estando en la oficina esta mañana, le ha dado un fuerte dolor de pecho, y se ha desmayado. Está en la clínica..., por el momento no sé nada más.

Al principio pensé que quizás mamá exageraba pero...

Intentando convencerme a mí misma le comenté a mi hermana: —Ya sabes como es mamá, ella lo exagera todo..., quizás Carlos ya le ha dicho que estoy contigo..., y llamó para hacer que volviéramos.

—Pero es que a los pocos minutos Bea me llamó también, y me confirmó lo que mamá me había contado.

Cata, voy a comprar un billete para volver a Madrid..., estoy muy

preocupada...

—Sofí compra dos billetes. Haré las maletas. Nos vamos a Madrid.

Avísame, para decirme la hora a la que tenemos que ir al aeropuerto. Voy a intentar localizar a Marcus. Me gustaría hablar con él antes de irme.

—De acuerdo. En cuanto tenga las reservas te llamo.

Acto seguido, saqué el móvil del cajón y lo volví a encender. No dejó de sonar durante varios segundos, con llamadas perdidas, mensajes.... Lo dejé cargando, mientras recogía la habitación. Dejé la maleta preparada, al lado de la cama. Y llamé a Marcus otra vez. Su teléfono estaba apagado, así que le dejé un mensaje en el buzón de voz, donde le comunicaba mi inminente marcha a Madrid por lo que había sucedido con mi padre, y mis deseos de hablar con él, antes de partir.

Al cabo de media hora mi hermana, me llamó para decirme que tenía billetes para las 17,25 horas de la tarde, por lo que teníamos que estar en el aeropuerto un par de horas antes.

Decidí ir a buscar a Marcus durante el tiempo que me quedaba hasta partir hacia el aeropuerto, que no era mucho.

Fui al puerto donde el trabajaba en los barcos, por el local donde hacía de voluntario, y terminé en su casa.

Llamé a la puerta, pero no contestó nadie. Miré por la ventana, por si lo veía, o percibía alguna señal de que estuviera en casa y no quisiera recibirme, pero no fue así. Saqué las llaves, y entré. Estaba vacía, no estaba allí. Es más, o no había pernoctado en ella o se había levantado temprano, y había salido con prisas. Porque los platos de la cena de la noche anterior, seguían en el fregadero, y la mesa con las flores, estaba tal y como se habían quedado al salir.

Volví a llamarlo, pero seguía el móvil apagado.

Llamé a Bernardino para pedirle que nos llevara al aeropuerto a mi hermana y a mí. Y aproveché para preguntarle por Marcus, si sabía donde estaba. El se quedó callado unos segundos..., y luego me dijo que no lo veía desde el día siguiente a la fiesta, que estuvo en su casa buscando algo en el desván, pero que tenía prisa, y se fue rápido.

Concreté con Bernardino la hora para salir del hotel, y terminamos la conversación, con un educado y cálido “hasta luego”.

No quería irme sin hablar con él, pero ya no me quedaba mucho tiempo, tenía escasamente una hora, antes de volver al hotel y partir.

Busqué en la casa unos folios en blanco, cogí de la mesa donde realizaba sus dibujos de arquitectura un bolígrafo y mi corazón empezó a escribir una carta para él.

El era el único hombre del que me había enamorado hasta el momento. Aquel que hizo aflorar mis más fervientes instintos amorosos. Qué fue capaz de hacerme sentir tan segura a su lado, como para mostrar la mejor versión de mí misma. Y que hacía que pareciera que en el mundo sólo estuviéramos los dos, cuando nuestras miradas se cruzaban, o se detuviera el tiempo con el simple roce de nuestra piel.

Aquel hombre que el destino puso en mi camino y del que ahora me tenía que despedir.

Con lágrimas en los ojos, escribí la carta más agri dulce, que jamás había escrito en mi vida. Y donde al final, con la esperanza de que el milagro, que tantas veces mi abuela me había contado, donde el amor verdadero termina triunfando, le escribí mi dirección, y mi número de teléfono, pero con el gran temor, de que lo más previsible, era que jamás volvería a verlo, y por supuesto que jamás volvería a sentir, lo que había sentido allí con él.

Recorriendo con mis dedos aquella barra americana, me acerqué a la mesa donde habíamos cenado los tres el día anterior, y cogí una rosa amarilla. Pensé: “el amarillo es mi color favorito, y las rosas amarillas mis flores favoritas. Es seguramente una casualidad, que él adornara con esa rosa la mesa, o quizás estábamos hechos el uno para el otro, y no era una casualidad, sino una señal.”

Entré en el dormitorio, y dejé la carta sobre la almohada con la rosa encima.

En ese mismo momento, me percaté de la presencia de una caja vieja, con algo de polvo, en la mesita de noche, donde alguna vez había caído mi ropa interior, en momentos de arrebato.

Mi razón, me decía: “no toques esa caja. No hurgues en las cosas de nadie. A ti no te gustaría”. Pero mi curiosidad, y un pequeño demonio, que todos llevamos con nosotros, me decía todo lo contrario: “no se va a enterar, ábrela. Si ya te vuelves a Madrid y lo más probable, es que jamás vuelvas a saber de él”.

Salí del dormitorio, sin haber abierto la caja, y me quedé pensativa ante la ventana, que me ofrecía las mejores vistas al azul, que tanta paz me había procurado. Y entonces recordé a María la madre de Bernardino, y su historia.

Como el día anterior en ese mismo lugar me había acordado de ella. Y todo se iluminó. Aquella caja, podría ser donde Bernardino guardaba los papeles de su madre. Quizás Marcus al final, decidió cogerla, para que averiguara y buscara a la familia de su abuela María. Quizás... , quizás todavía hubiera alguna esperanza para los dos, y el destino nos tuviera preparado un reencuentro, en el que ofrecerle información concerniente a este tema tan importante.

Y sin pensarlo dos veces, volví a ese dormitorio, donde se encontraban los vestigios de los sentimientos y la pasión de dos amantes, que acaban de emprender el viaje de su vida, con billete a ninguna parte, y sin retorno.

Abrí aquella caja, quebrantando los lazos invisibles de la confianza, y el respeto. Con la excusa de un bien mayor, para callar mis remordimientos, y hacer dormir a mi conciencia, por aquel allanamiento moral.

Mis ojos se abrieron de par en par, al descubrir varios papeles amarillentos, una partida de nacimiento, una fe de defunción, unas viejas cartas que había recibido la abuela María, una vieja foto donde aparecían Favio el abuelo de Marcus, María su abuela, un niño que se parecía ligeramente a Bernardino, delante de su padre, una niña un poco más pequeña, delante de María y otro bebé que tenía en brazos, entre otros documentos.

No tenía tiempo de revisar nada, y mucho menos, de pararme a leer aquellos papeles. Mi avión salía en pocas horas, y tenía que regresar al hotel. Así que hice fotos de todo aquello con el móvil. Eran muchas cartas, así que cogí una de ellas, fotografié el remitente, y el destinatario, y sacando del sobre la misma, hice otra de su contenido. Al hacer aquella foto, me sentí una gran estafadora, estaba cruzando el límite que mi ética me permitía, así que guardé la carta sin terminar de fotografiarla, y todos los demás papeles, incluyendo la foto en el mismo orden en el que me las había encontrado. Cerré la caja, e intenté no dejar ningún tipo de huella del delito que había cometido, invadiendo los secretos y la intimidad de una familia, que por el contrario, sólo me habían demostrado hospitalidad, confianza, y cercanía en el trato.

Miré el reloj, tenía 20 minutos escasos, y Marcus no volvía. Intenté llamarlo otra vez, pero seguía el teléfono apagado.

Así que dejé las llaves encima de la barra americana. Cerré los ojos, aspiré el aroma de aquella casa, y uno por uno fueron pasando por mi mente

los recuerdos que viví con Marcus tan maravillosos, desde que por primera vez, el destino nos cruzó y mi helado saltó por los aires, hasta nuestros instintos materializados en un callejón oscuro, desechando lo acontecido la noche anterior, porque sencillamente, lo bueno había superado con creces aquella situación, que fue tan indeseable para cualquiera de los asistentes a aquel inhóspito acto.

Y moviendo uno de los pestillos de la puerta por dentro, cerré de golpe aquella cancilla, que simbolizaba el final de uno de los episodios más increíbles de mi vida.

Llegué al hotel, donde mi hermana, y Bernardino hablaban, al tiempo que no dejaban de mirar el reloj. Pedí disculpas, porque por primera vez en mi vida había llegado tarde.

Subí a la habitación, cogí la maleta, y millones de segundos se agolparon en mi cabeza. Pero volvió la lucidez, y el motivo por el cual tenía que regresar a Madrid.

Así que bajé corriendo hasta el hall. Gina estaba trabajando esa tarde, me despedí de ella, y le di las gracias por todo.

Mi hermana ya había abonado los gastos del hotel, y explicado brevemente a Bernardino la urgencia de nuestra marcha, por lo que sin más demora subimos al taxi.

No sabíamos nada más de nuestro padre. Sofi había intentado llamar a mamá que no lo cogía, Beatriz comunicaba constantemente.

Yo de camino al aeropuerto, también lo intenté varias veces, sin embargo, era como si a pesar de tener tantos medios modernos de comunicación, las líneas se hubieran roto, y fuera imposible contactar con ningún ser querido.

Al llegar al aeropuerto, me abracé a Bernardino, y llorando le di las gracias por todo lo que sin proponérselo había hecho por mí.

Observé como fingía que le había entrado una mota en el ojo, cuando una lágrima sin previo aviso se le desbordó. Se despidió deseando que mi padre estuviera bien, y ofreciéndome un hogar al que poder regresar siempre que lo necesitara.

No hacía más que mirar hacia atrás, esperando que Marcus apareciera, me besara locamente, me volviera a decir que me amaba, y me pidiera que intentaríamos por todos los medios estar juntos.

Pero llegó el momento de entregar los billetes y subir al avión.

Mi padre era en ese momento lo más importante, no sabíamos como estaba, por lo que con decisión, tras dar mi hermana su tarjeta de embarque, hice yo lo mismo.

Entramos por aquel túnel improvisado que nos devolvía a Madrid, de donde había salido huyendo días antes.

Con un escenario aún más dantesco, que el que había dejado atrás, aquella noche en la que di portazo a años de esclavitud consentida.

Esta vez, me acompañaba el miedo y la duda de haberme quedado huérfana de padre, por un posible y fulminante infarto, además de la terrible sensación de haber perdido al amor de mi vida.

Me pareció oír voces lejanas, Cata... Catalina..., chica de los helados..., quise girarme, pero ya no había tiempo y mis pasos se dirigían con firmeza hacía la entrada de aquella enorme máquina con alas, que me devolvería a la realidad. Aquella realidad que tenía decidido cambiaría, buscando mi felicidad. Aunque eso precisamente en esos momentos no era primordial.

Mirando por la ventanilla del avión se veía a lo lejos la terminal, y en uno de los grandes ventanales me pareció intuir la silueta de Marcus.

El avión había comenzado a alejarse, esfumándose cualquier posibilidad de saber si era él, que había leído mi carta, visto mis llamadas o recibido mis mensajes.

Y esta vez, mirando por la ventanilla del avión, envuelta en miedo, por lo que encontraría en Madrid, con la decisión firme de ser yo misma, y el alma rota en mil pedazos al dejar atrás algo que dudaba volvería a sentir en mi vida, mis lágrimas brotaron y me inundaron, sin que yo fuera capaz de contenerlas. Pero esta vez, yo no era la misma persona fría, e inerte, controladora y sumisa, que llegó a ese país. Me iba con la fuerza de haberme encontrado a mí misma, de romper una de tantas corazas, que siempre me resguardaban, pudiendo llorar, y desahogarme, sin temor a parecer débil por ello. Sin esconder mis sentimientos, para dejar paso a quien realmente soy. Alguien que tiene un corazón y late con fuerza.

Pero sobre todo, no iba sola. Aquel amargo prelude me devolvió a mi hermana, que agarró con fuerza mi mano. Me miró, y con el esbozo de una triste sonrisa, me acompañó en mi paseo por aquel carrusel de emociones.

Cuando fui capaz de calmarme. Se repitieron interiormente en mi mente unas simples palabras, que se acercaban con la única función de consolarme: **“... siempre amanece y vuelve a brillar el sol”**.

CAPITULO 14

Tras varias horas de espera, al aterrizar en Madrid, conseguimos contactar con Beatriz.

Nos informó que nuestro padre se encontraba en la clínica, en la unidad de cuidados intensivos. Pero que gracias a Dios, estaba fuera de peligro, aunque seguían haciéndole pruebas.

Al parecer había sufrido un infarto, tras haber mantenido una reunión en su oficina minutos antes. Por suerte, su secretaria Margarita entraba en ese momento, para que firmara unos documentos que había terminado de repasar, cuando lo encontró con una mano asida a la mesa, sin apenas poder gesticular palabra, y con la otra mano en su pecho. Cayó desplomado al suelo, inconsciente. Enseguida Margarita pidió ayuda, y lo trasladaron urgentemente a su clínica habitual.

El diagnóstico “infarto agudo de miocardio”. La suerte de que Margarita estuviera en el momento justo, en el lugar adecuado, y que actuara con rapidez en aquella situación, salvaron la vida de mi padre.

Pero aunque estaba fuera de peligro, tenía que recuperarse, y tanto Sofi como yo, necesitábamos verlo para poder abrazarlo, y sentir que era real que él estaba bien.

Llegamos al hospital en un taxi, donde nos esperaba Beatriz que llevaría nuestras maletas a casa.

Fuimos directamente a la planta donde se encontraba la UCI, y justo al lado de aquellas puertas que nos separaban en esos momentos de nuestro padre, pero donde un equipo de grandes profesionales lo mantenían a salvo, había una sala de espera, que durante horas habría sido un lugar lleno de dudas, desesperación y miedo por parte de mi madre, que estuvo durante toda la mañana y parte de esa tarde refugiándose en ella, percibiendo la vulnerabilidad y fragilidad de la existencia humana.

Allí estaba ella con los ojos rojos de haber estado llorando. Reclamando en voz alta la falta de consideración que había tenido su esposo, para consigo mismo. Empeñado en dedicarse a trabajar, olvidándose por completo de su bienestar. Y claro según ella, eso tenía que pasar tarde o temprano. Era algo más que previsible, a pesar de las tantas veces que ella, le aconsejaba mantener buenos hábitos de sueño, de alimentación. En fin, que como siempre, al final, la víctima era ella, que nunca nadie la escuchaba, y siempre

tenía que estar pendiente de todos, solucionando o cuidando de los problemas que se producían por no hacer caso de sus tan buenas recomendaciones.

Pero la mayor de nuestras sorpresas no fue la reacción de mamá, a la cual ya estábamos más que acostumbradas, sino la compañía que tenía. Allí abrazándola, consolándola y alentando sus ideas estaba Carlos. ¡Pero cómo demonios...!.

La sangre que recorría mi cuerpo hervía de furia, como si fuera la lava de un volcán a punto de entrar en erupción, que arrasaría con todo lo que encontrara a su paso.

Suerte que mi hermana Sofi me sujetó, para evitar cualquier situación de la cual luego me pudiera arrepentir.

Nos acercamos a nuestra madre, que con cierto desdén y su tono personal de reproche, el cual siempre utilizaba en las ocasiones, en las que el comportamiento de sus hijas o su marido no era el que consideraba apropiado, nos saludó: —¡Vaya por fin os dignáis a venir a visitar a vuestro padre moribundo!.

—Mamá, ¿cómo está papá? ¿se pondrá bien? ¿podemos verlo? —se atropellaban las preguntas en mis labios.

—Vuestro padre ha estado a punto de morir, y sus hijas estaban por ahí de fiesta, e ilocalizables. Parece ser que como dos cualquiera que se enredan de manera desvergonzada con hombres que no conocen.

—Dejemos esta conversación para otro momento —interrumpió Carlos, asegurando con sus manos la mano de mi madre, convirtiéndose por segundos en su pilar principal.

—Tu padre, Cata, está bien, si todo sigue igual, mañana lo pasarán a una habitación. Si quieres podemos hablar con el personal del servicio, que estoy completamente seguro, harán una excepción del horario de visitas, para que puedas verlo —continuó hablando Carlos.

Miré a Sofi, no dábamos crédito a sus palabras, a su forma de actuar con cada una de las mujeres, que estábamos en esa habitación. Su comportamiento con mamá, era el esperado. Conmigo, hacía como si nada hubiera sucedido en los últimos días, como si todo estuviera igual que antes de aquella noche, en la que descubrí su mentira, y mi verdad. Pero con Sofi, con Sofi era sorprendente, era como si no estuviera presente, como si no existiera para él.

Carlos desapareció en ese momento de la sala de espera, y nuestra madre

se sentó y no pronunció ni una palabra más, hasta que apareció de nuevo Carlos con el médico que atendía a papá.

Hablaba con él como si fueran viejos amigos. Nuestra madre en ese momento, se levantó nuevamente, y dirigiéndose al doctor, preguntó: — Doctor, ¿cómo sigue mi marido?. Menos mal que está usted aquí, si no fuera por usted y por mi yerno, no sé que habría sido de mi esposo y de mí hoy.

—Su esposo está muy bien, si continúa así, mañana por la tarde lo pasaremos a una habitación, donde descansará durante unos días y podrá volver a casa. Aunque tendrá que cambiar muchos hábitos en su vida, y tendrá que tomarse unas pequeñas vacaciones hasta recuperarse completamente.

—Me acerqué al doctor, y le pregunté si mi hermana y yo podíamos entrar a verlo, que acabábamos de llegar de viaje, al enterarnos de aquella terrible noticia.

Su respuesta me dejó boquiabierta. Me permitía la entrada unos minutos para ver a mi padre, pero que para su actual estabilidad y posterior recuperación, era mejor que mi hermana esperara fuera, ya que parecía estar un poco más nerviosa e inestable que yo en esos momentos, algo que no era para nada beneficioso para nuestro padre.

Era obvio que aquello era una despreciable estratagema de Carlos, con la intención clara de cumplir la amenaza que la noche antes había lanzado a mi hermana.

Mi hermana prefirió no entrar en aquel juego por el momento. Pero se vislumbraba en ella un desgarrado dolor, por la impotencia de no poder ver a su propio padre, como consecuencia de tener en nuestras vidas a los hombres equivocados durante demasiado tiempo. Pero lo que más terror parecía producirle era el hecho de que aquello acababa de empezar...

Vi a mi padre postrado en aquella cama de hospital, rodeado de maquinas, cables, tubos, medicación...

No tenía buen aspecto, estaba pálido, y se le notaba muy cansado.

Respiraba por sí sólo, pero necesitaba el aporte de un poco de oxígeno, a través de unas gafas nasales.

Lo besé, y el abrió los ojos lentamente.

—Hola cariño, ¿estás bien? ¿dónde te habías metido?. Me has tenido muy preocupado. Pero ya está todo bien, y todo volverá a ser como era antes de irte.

—¡Hola papá!, la que tendría que preguntarte como estás, soy yo, ¿no crees?. Necesitaba cambiar un poco de aires y descansar. Pero ahora estoy aquí, y no pienso irme a ningún sitio hasta que estés bien. Sofi está fuera, el médico sólo ha dejado que entrara una de nosotras. Ella me ha pedido que te diga, que te quiere mucho, que está deseando que te recuperes y poder verte.

—Mi amor, dile que yo también la quiero. Cata, nunca olvidéis, que tanto tu madre como vosotras sois lo único que me importa en esta vida, y que todo, absolutamente todo, lo que hago en mi vida, es por hacer que viváis de la mejor manera posible, aunque a veces también me equivoco.

—Papá, lo sabemos. Pero ahora sólo tienes que preocuparte por ti. Nosotras estaremos aquí para cuidarte. Y tienes que dejar que lo hagamos. Descansa. Duerme un poco. Esperaremos fuera.

—De acuerdo. La verdad que estoy como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Cerró los ojos, como si el hecho de estar con los ojos abiertos, fuera una tremenda lucha, y se durmió.

Justo en la salida de aquellas puertas, esperándome estaba Carlos con las manos en sus bolsillos, y una gran sonrisa de satisfacción.

—¿Estás más tranquila?. Ha sido un gran susto. Menos mal que sólo ha sido eso. Por cierto, Cata, por el bien de tu padre, mejor vamos a esperar para romper nuestra relación. No sería bueno ahora mismo, darle otra mala noticia, podría ser fatal para su salud. Así que lo mejor por el momento, será que todo parezca que sigue como siempre. Sacó sus manos de los bolsillos, y sus dedos rozaban mi brazo, recorriéndolo con deseo. Llegó a mi mejilla, y en ese momento fue a besarme.

—¡Estás loco!, has perdido completamente la cabeza. Apartando mi cara de la posibilidad de ser tocada por sus labios. No voy a decirle nada a mis padres de momento, pero tú y yo no estamos juntos, y no vamos a volver a estarlo jamás.

—Cata, mi amor. Estás muy equivocada. Siempre tengo lo que quiero. Y te quiero a ti. Así que te tendré antes o después, y volverás a ser mía, sólo mía.

—Mi hermana tenía razón, estás obsesionado. ¡Carlos estás enfermo!

En ese momento aparecieron mi hermana y mi madre. Les comenté como había visto a papá y le pregunté a mamá si había comido algo. Lo negó con la cabeza, por lo que le propuse ir a la cafetería del hospital, o si le apetecía más y quería respirar un poco de aire fresco, salir fuera a tomar algo.

Aceptó ir a comer algo, pero en la cafetería del hospital, no quería alejarse de allí, por si sucedía algo con papá.

Carlos no se alejó ni un minuto de allí, permanecía todo el tiempo junto a mamá. Lo que me resultaba muy absurdo, e incómodo. Sin embargo, a mamá la presencia de aquel joven le resultaba grata, y lo exaltaba como un gran apoyo familiar en momentos duros.

Había viajado a Italia en el avión privado de su familia, y volvió a Madrid esa misma noche tras la pelea.

Al enterarse de lo que le pasó a papá a la mañana siguiente, fue directamente al hospital, donde acompañó a mi madre durante todas aquellas horas, en las que sus egoístas hijas no se habían dignado a aparecer, escuchándola lamentarse y dosificándole aquellas confidencias, que pudo adivinar durante el poco tiempo que permaneció en Italia, omitiendo lógicamente aquellas partes en las cuales él salía mal parado.

Al llegar la noche, el médico amigo de Carlos, que atendía a nuestro padre, nos volvió a informar, dándonos la alegre noticia de que su estado de salud mejoraba rápidamente.

Nos aconsejó ir a casa a descansar. Que regresáramos a partir de las 9 de la mañana del día siguiente, ya que le iban a administrar sedantes para que durmiera toda la noche.

Como era de esperar, Carlos nos llevó a casa de nuestros padres en su flamante coche. Al entrar en la casa, Sofi preguntó a mamá si necesitaba algo, a lo que ésta como amonestación respondió que ya no necesitaba nada, que antes si lo había necesitado y el único que había estado a su lado había sido Carlos. Nos dijo que podíamos irnos a nuestras casas y si queríamos ir por la mañana a ver a nuestro querido padre, nos veríamos a las 9 en el hospital. Ya que Carlos, como no, había prometido ir a recogerla para acompañarla por la mañana.

Sofi molesta e indignada por la actitud de mamá, y lo que Carlos hizo, se fue en un taxi a casa de Beatriz.

Yo por mi parte, decidí irme a casa. Pero cometí el error de decirlo en voz alta, de tal manera que mamá y Carlos lo escucharon. Ante lo que Carlos aprovechó la situación y se ofreció a llevarme.

Me negué. Pero en ese momento, mi madre que estaba en la parte alta de las escaleras que subían hacia su habitación, se volvió y me dijo: —Cata, haz las cosas bien. Deja de comportarte como una niña malcriada. — Y terminó

con rotundidad —Carlos te llevará a casa, es tarde y es tu futuro marido. Todos cometemos errores, incluida tú, así que no se hable más. El día de hoy ha sido muy duro. Dejemos la fiesta en paz. —Y desapareció.

Carlos con esa sonrisa de consigo lo que quiero, a consta de lo que sea, me dio paso gesticulando con su mano hacia delante e inclinándose en plan de cortesía : —Señorita, usted primero.

Levantando el labio, al tiempo que medio cerraba el ojo de la parte levantada, manifestaba mi repulsión ante aquella imposición, y su soberbio gesto.

Al llegar a casa, me despedí bruscamente de él, que hizo el intento de entrar, pero con gran desplante, cerré la puerta, dándole con ella en las narices.

Las maletas estaban en la entrada, al lado de la puerta, e instintivamente me acordé de Marcus.

Busqué en el bolso mi móvil, tenía un par de llamadas perdidas y un mensaje, lo que provocó cierto inquieto revuelo en mi estómago.

En el mensaje me decía: “He leído la carta, lástima que no nos hayamos podido despedir. Espero que tu padre se encuentre bien. Llámame cuando puedas”.

Decidí relajarme, después de tantas horas de angustia e incertidumbre, de presencias inoportunas y situaciones incómodas, y quería desesperadamente llamar a Marcus.

Me desnudé recordando cada apasionado encuentro con él. Cómo me había besado, acariciado y lamido cada minúsculo trozo de mi ser, cómo me había penetrado y hecho suya, llegando hasta lo más profundo de mi alma, dejando una huella imposible de borrar.

Entré en el jacuzzi, donde el agua y sus burbujas provocaban un efecto relajante en mí casi de inmediato.

Llamé a Marcus, que parecía estar esperando mi llamada.

—Buenas noches cariño, ya veo que leíste mi carta.

—Sí, así lo hice. ¿Cómo está tu padre?

—Por suerte estable. Ha sido un buen susto, que podía haber terminado en desgracia. Pero está bien. Mañana si sigue mejor, saldrá de Cuidados Intensivos y lo trasladarán a una habitación.

—Me alegra que al final tu padre esté bien.

—Por cierto Marcus, ¿Dónde estuviste anoche tras la pelea? ¿Por qué no

me llamaste, ni me mandaste ningún mensaje esta mañana?, tampoco contestabas a ninguna de mis llamadas, ni respondiste a los mensajes. Era como si te hubieras esfumado, desapareciste sin dejar rastro.

—Catalina es tarde, creo que desde anoche, las cosas se han complicado bastante para nosotros, y que tú especialmente, por la situación de tu padre, no has debido de pasarlo demasiado bien. Así que lo mejor, es que descanses y mañana o pasado hablemos más tranquilamente.

—Estás muy raro Marcus, ¿estás bien?...

—Sí, si lo estoy, ¿por qué no he de estarlo?.

—De acuerdo, no sé, pero te noto muy distante y frío. Me hubiera gustado aclarar contigo algunas cosas, y hablar de nosotros. Pero no te veo muy dispuesto a nada de eso.

—Cata, hablar por teléfono no es mi fuerte, soy más de cuerpo a cuerpo. —Dejó su tono frío, y dijo algo casi inaudiblemente, de lo que pude conseguir descifrar las siguientes palabras “te echo de menos y acabas de irte...”.

—Me gustaría estar ahora mismo rodeada por tus brazos..., y también te echo de menos, aunque sólo hayan pasado unas horas desde que nos vimos por última vez. ¿Sabes?, estoy en el jacuzzi.

—¿Tienes un jacuzzi en tu casa?. —Exclamó sorprendido.

—Sí, y se me ocurren varias travesuras que podemos hacer en él. —Dije mientras me mordía sensualmente el labio inferior.

—¡He creado un monstruo! —reía a carcajadas. Disipando la frialdad que destilaba minutos antes. —Quizás tenga que ir a Madrid dentro de poco, a comprobar si ese jacuzzi cumple todas las normativas legales y de seguridad para hacer dichas travesuras.

—Creo que es tu deber comprobar lo que acabas de decir, y tendré que acatar tanto el premio como el castigo de lo que averigües sobre este jacuzzi.

—Bueno Cata, es tarde. Descansa, hablamos más tranquilamente en otro momento. Mañana tengo que levantarme temprano para ir a trabajar al estudio de arquitectura en el proyecto que te comenté, y tú tendrás que recuperarte del viaje y del mal rato de esta mañana. Aunque lo que más me apetecería ahora mismo, es hacerte el amor en ese jacuzzi, en el que tienes sumergido tu precioso cuerpo. En fin es una pena...

—Si es una pena, que espero que podamos solventar pronto. Buenas noches Marcus.

—Buenas noches chica de los helados.

Aquella primera conversación después de haber regresado sin despedirme de él, no había sido como yo me la había imaginado.

Pero tampoco estaba siendo mi vuelta como la había planeado.

No había podido hablar con mis padres y hacerles saber lo que sentía, lo que quería, y por su puesto lo que no quería.

Me consolaba pensando que lo haría en cuanto mi padre estuviera en casa, pero me horrorizaba, no tener el valor suficiente para dar carpetazo y punto final a todo aquello que quería que acabase. Y no ser capaz de comenzar una nueva vida.

En mis sueños, Marcus en pocos días había pasado a formar parte importante de esa vida que quería iniciar. Aunque dada la conversación que habíamos mantenido, temía que lo que habíamos pasado juntos, hubiera sido más que un amor verdadero, un romance de verano, en el que yo simplemente me había enamorado como una tonta, y cada día que pasara tendría que aprender a desenamorarme, porque estaba segura que aquello dolería.

Una vida en la que Carlos entendería que lo nuestro no funcionaba, y que lo mejor para ambos era mantener una relación cordial, por la amistad que durante años habían mantenido nuestras familias. Quería haber tenido una conversación con él sobre la pelea, los comentarios que hizo, y las amenazas dirigidas hacia mi hermana, pero nada de eso había sucedido tampoco, y lo peor es que comenzaba a sentirme acosada por él.

Después de dos años de novios, y muchos otros en los que habíamos sido algo parecido a amigos, me había dado cuenta, de que no habían sido suficientes para llegar a conocerlo, así que cómo podría simplemente intuir quien era Marcus, al que conocía desde hacía pocos días.

Al huir a Italia iba aturdida, con enmarañados sentimientos, y desbordada por la situación, pero ahora todo se había complicado aún más.

Decidí apartar mis pensamientos y relajarme, pero fue imposible, no lo conseguía, bombardeada por todos aquellos sentimientos y pensamientos.

Tomé un vaso de leche templado y me metí en la cama, con la certeza de que solucionaría día a día todos y cada uno de los puntos que quería modificar en mi vida, con la intención de no dañar a nadie, pero con la claridad y la lucidez, que había tenido antes de volver a Madrid.

Nadie dijo que sería fácil —pensaba interiormente— y no lo será Cata, no lo será, pero no puedes volver a fallarte a ti misma. Te has encontrado, has

sentido, has vibrado, y ahora no puedes volver a esconderte en los deseos e imposiciones de los demás.

Caí rendida, pero mi descanso no fue reparador, las pesadillas colmaron mis sueños, y la intranquilidad se hizo visible en ellos.

CAPITULO 15

Un sueño lúcido, donde mis padres con caras de pocos amigos, se alejaban de mí, mientras yo permanecía de pie inmóvil y llorando, con un bebé en brazos que tampoco dejaba de llorar, me despertó bruscamente.

Aquel sueño hizo que llegara a mi conciencia un flash, recordándome algo, que yo había olvidado completamente, y que por descontado y sin lugar a dudas podría dar un giro de 180 grados al trascurso de futuros acontecimientos.

Me levanté inmediatamente de la cama, el nerviosismo se apoderó de mí.

Y como un bucle mental sólo me repetía “ no puede ser Cata, no puede ser..., pero ¿qué has hecho?, a ti no te pasan esas cosas..., a ti no. ”

Abrí uno de los cajones donde siempre guardo mi ropa interior, y allí al fondo del mismo, estaba aquella cajita... La abrí pidiendo a Dios, al Universo, a cualquier ser divino, que estuviera escuchándome en ese momento, que estuviera vacía, dándome de margen la típica semana de descanso, en la que nada sucedería... pero no, allí quedaban tres píldoras, tres dichas píldoras, que habían permanecido en el olvido, mientras yo había disfrutado del sexo más dulce y más salvaje, más intenso y más cálido de toda mi vida, sin la más mínima protección, dejando a un lado toda la responsabilidad y el sentido común que hasta esos momentos habían regido mi vida.

El calor subió por mi estómago junto a un pellizco, que se clavó en él, continuando su recorrido hasta mi rostro. Y sólo conseguí preguntarme “¿en qué estabas pensando Catalina?...” .

No pude dormir más en toda la noche, dándole vueltas a todas y cada una de las posibilidades, que podían presentarse.

Antes de recoger a mi hermana en casa de Beatriz, que por cierto, después de varios años trabajando juntas codo con codo, ni siquiera sabía donde vivía, busqué una farmacia, donde comprar un par de pruebas de embarazo, que metí en la guantera del coche.

Por el camino, el silencio reinaba entre ambas.

Mi hermana seguía furiosa por la reacción, que el día antes, habían mantenido mamá y Carlos.

Yo conducía de manera automática hacía la clínica, porque aunque mi

cuerpo estaba presente en aquel coche, mi mente estaba divagando y pérdida en Alghero, junto a Marcus.

Al final mi hermana rompió el silencio, despotricando sobre Carlos, diciéndome con un tono mezclado de miedo, rabia y mucho desconcierto: —Cata, Carlos no nos va a dejar en paz a ninguna de las dos, ya viste lo que hizo ayer conmigo..., pero es que mamá tampoco nos lo va a poner nada fácil...

Yo la miré, pero era más que obvio, que no la estaba escuchando, no tenía ni idea de lo que había dicho. Además, debía notarse mucho en la expresión de mi cara, que no prestaba atención a sus palabras, porque Sofi lo percibió, y enseguida me preguntó que me pasaba, asegurando que estaba muy rara y dispersa.

La voz no me salía del cuerpo, y sólo dije: —Nada Sofi, simplemente estoy agotada, no volví a dormir bien anoche, y estoy muy preocupada por papá.

Algo que no debió resultar muy convincente, por que me miró con gesto de incredulidad, y me dejó caer: —Cata, si no quieres contármelo no lo hagas, pero a mí no me engañas. A ti te pasa algo más, de lo que no quieres hablar. Pero te respeto, no te preocupes. Simplemente recuerda que soy tu hermana, que estoy aquí, para lo que necesites, y que la falta de comunicación, nos ha llevado durante mucho tiempo a una casi inexistente relación, donde hemos sufrido mucho ambas.

Quería decírselo, quería decirle a mi hermana, que por primera vez en muchos años, había sido la persona más irresponsable del mundo. Que me había enamorado locamente de un extraño, y que encima podía estar embarazada de él. Algo que en esos momentos no era lo que más deseaba, dada la situación.

Pero claro, una vez más, como cada vez que me pasa algo, que no me hace sentir bien, mis labios se cierran herméticamente, incapacitándome para comunicarme. Y yo realmente quería contárselo todo a mi hermana, quería desahogarme con ella, y sabía que tendría su apoyo, pero algo inexplicable hacía que las palabras, permanecieran enjauladas dentro de mí. Aumentando mi angustia, encerrándome en mí misma, y ahogándome en mi silencio como siempre.

Llegamos al parking de la clínica, cuando mi hermana, abrió la guantera, al tiempo que me preguntaba si tenía un clínex.

Sus ojos reflejaban el asombro, de lo que sin proponérselo había descubierto, un predictor que sobresalía de la bolsa de una farmacia.

Me miró, mientras yo no quitaba los ojos de aquella bolsa de farmacia, que contenía la respuesta de un futuro no muy lejano. Volvió a cerrar la guantera, se desabrochó el cinturón de seguridad, y dijo: —Te apoyaré pase lo que pase, sólo quiero que lo sepas. ¡Te quiero Cata!. Y salió del coche.

Yo salí tras ella. Pensaba contarle lo que había pasado, cómo me sentía, y cuánto miedo tenía del resultado de aquella prueba. Pero en ese momento, aparecieron Carlos y mamá otra vez juntos.

Besamos a mamá que parecía algo mas relajada, y menos beligerante con nosotras que el día anterior.

Carlos continuaba en la misma línea conmigo. Intentó besarme en los labios, ante lo cual, mi reacción fue rápida e instintiva, ofreciendo mi mejilla de manera respetuosa y educada, pero rechazando por completo cualquier acto íntimo con él.

Lo más curioso fue su reacción con Sofi, parecía haber cambiado. Volvía a tratarla como si nada hubiera sucedido entre ellos, siendo cordial, amable, y muy sociable, como de costumbre.

Ese día trasladaron a papá a una habitación, donde mamá estipuló las visitas de familiares y amigos, y sus horarios. Por que como de costumbre ella era la única que sabía que era lo mejor para su familia, y esta vez no iba a permitir, que hiciéramos caso omiso a sus recomendaciones.

Papá no podría trabajar durante días, y aunque, en el bufete estaban los mejores abogados del país trabajando para él, mi deber como hija, en esos momentos era hacer frente y dirigir el negocio familiar. Ser la portavoz y representante de mi padre y en definitiva de mi familia, ante cualquier cliente, para el que trabajáramos o aquellos que pudieran llegar a necesitar nuestros servicios de manera puntual.

Mi padre y yo mantuvimos esa mañana una conversación acerca de la situación laboral, a la cual nos enfrentaríamos en las próximas semanas, incluso meses.

Se le veía orgulloso por mi disposición para dirigir el bufete, pero para mi sorpresa impuso una serie de condiciones inamovibles, relacionadas con una serie de clientes, de los cuales él seguiría al mando y yo estaría exenta de intervenir.

Es más, tenía vetado cualquier documento, trámite o asesoramiento

concerniente a estos clientes, de los cuales, mi padre se encargaría personalmente y su secretaria Margarita se los acercaría al domicilio familiar.

Mi sorpresa fue en aumento, cuando dos de esos clientes, eran la familia de Carlos y la de Luis, el marido de mi hermana, bueno en esos momentos su ex pareja.

Yo intenté convencerlo de que podía confiar en mí plenamente, que podía encargarme de todo. Que estaba preparada para dirigir el bufete en su ausencia, pudiendo consultar tanto con los abogados que allí trabajaban como con él, cualquier duda o problema que surgiera, que no fuera capaz de solucionar por mí misma. Y le dejé muy claro, que aunque la situación entre Carlos y yo era algo más complicada últimamente, no interferiría en absoluto en mi trabajo.

Yo solo quería que él descansara y se recuperara lo antes posible.

Pero ante mi insistencia, con el semblante serio, muy serio, me respondió categóricamente con un simple “De esos clientes me encargo yo, y no hay más que hablar del asunto”. Prohibiéndome acercarme a cualquier documento relacionado con las familias, que él mismo me había enumerado minutos antes.

No daba crédito a su rotunda negación y me resultaba algo extraña dicha veda. Me asaltaron las dudas. No sabía si mi padre dudaba de mí como profesional, o algo mucho más inhóspito, que me estuviera ocultando algo que yo no debía saber, algo ilegal. Enseguida desistí de esto último, mi padre jamás haría nada ilegal, era un hombre recto, que llevaba a sus espaldas una trayectoria impecable. Por otro lado, también quise pensar, que no era por mi falta de profesionalidad o pericia, simplemente por su manera austera de llevar su trabajo, sobre todo, los de mayor envergadura.

Al percibir que su nerviosismo se incrementaba, hablando de aquel tema, sencillamente acepté sus condiciones, no quería que recayera, o pudiera sufrir otro infarto por mi culpa.

Después de comer, decidí ir al despacho, para empezar a ponerme al día.

Mi hermana optó por quedarse en el hospital con mamá hasta última hora de la tarde.

Carlos muy educadamente se despidió de papá, mamá y Sofi, y se marchó tras la información médica, no sin antes tener un último intento de acercamiento carnal y emocional, delante de todos. Me acercó a él con sus manos en mi cintura, para besarme en los labios nuevamente, y despidiéndose

de mí con un “te quiero, luego te llamo”. Yo lo rechacé otra vez. Aquella situación se estaba volviendo insostenible, y me desagradaba enormemente. Sobre todo, cuando veía los gestos de desaprobación de mi madre, cada vez que lo rechazaba.

En cuanto mi padre regresara a casa, tendría una charla con mi madre, tenía que hablar con ella, y tuviera o no su aprobación, le dejaría claro que mi relación con Carlos había terminado, y que no volvería con él jamás.

Mi padre por su parte, nos invitó a todos a marcharnos y dejarlo solo durante la noche, ya que se encontraba estupendamente, y si necesitaba alguna cosa, podía llamar a la enfermera de turno.

Al salir del hospital, tuve la extraña sensación de que alguien me seguía. Pero al instante, pensé que aquello era ridículo, y que los nervios de los últimos días, me estaban jugando una mala pasada.

Al llegar al bufete, abracé a Beatriz, y le di las gracias por todo lo que en esos días había hecho, tanto por mi hermana como por mí.

Me fui directa al despacho de mi padre, para revisar el papeleo que estaba pendiente. Busqué en sus archivos toda la documentación de los casos en los que tenía que trabajar en los próximos días, y percibí que había un archivador cerrado con llave. En su ordenador también encontré carpetas encriptadas, que no podía abrir. Llamé a Margarita, una mujer de más o menos la misma edad que mis padres, que trabajaba en el bufete para mi padre desde siempre. De cabellos castaños, y una dulce mirada. Recuerdo que cuando éramos pequeñas y visitábamos a papá, siempre tenía un tarro de chuches y bombones en su cajón, dándonos algunos cuando mis padres no nos miraban, como si fuera nuestro pequeño secreto. Y aún hoy día, cada vez que iba al despacho de mi padre me guiñaba un ojo y abría dicho cajón, ofreciéndome alguna golosina. Yo por los viejos tiempos, siempre cogía alguna, aunque luego no me la comiera.

Ella me informó de que en ese archivador y esas carpetas del ordenador, se encontraban los expedientes a los que mi padre me había limitado el acceso.

Cogí todo lo que me hacía falta de los casos que yo iba a llevar, y esa misma mañana tuve una reunión con los demás abogados del bufete, donde revisamos los casos y negocios que cada uno llevaba, y repartimos los nuevos que se habían presentado en los últimos días y estaban pendientes de su adjudicación.

Era tarde, así que decidí irme a casa, a descansar. Llamé a mi hermana, para preguntar por nuestro padre, y de paso, le pedí que por la mañana temprano, nos viéramos en mi casa para desayunar y hablar de lo que había visto esa misma mañana en mi guantera.

Ella me aseguró que papá estaba bien, y aceptó sin ningún inconveniente desayunar conmigo.

Durante el trayecto a casa, me di cuenta, que un coche negro, seguía el mismo recorrido que yo desde que salí de las oficinas. Me desvié de repente, con la idea de esquivar y despistar aquel coche. Y continué mi camino hacia casa por otro recorrido diferente. Aquel coche había seguido por la misma carretera, y en ese momento pensé “Cata, estás paranoica, ese coche, simplemente iba detrás tuya, pero no te perseguía, que pareces tonta hija...”

Pero me quedé estupefacta, al ver que en la esquina de la calle, donde estaba la verja por la que se accedía a los jardines de mi casa, estaba aquel coche negro, y eso era demasiada casualidad.

Entré con el coche hacia los jardines, hasta llegar al aparcamiento.

Abrí la puerta de casa, y aunque parecía ridículo me sentía nerviosa, como si alguien estuviera vigilándome, acechándome, persiguiéndome..., y aunque intentaba repetirme una y otra vez, que no era real, sino imaginaciones mías, que me hacían ver lo que no era, mi inquietud y mi miedo empezaban a llegar a niveles demasiado elevados, teniendo una gran sensación de vulnerabilidad y peligro inminente.

Cuando fui a cerrar el portón de casa, un pie impidió el completo cierre del mismo, cuyo dueño empujaba la puerta para intentar abrirla, e irrumpir en mi hogar, quien sabe con que intención.

Me asusté muchísimo, en cuestión de segundos me hice una serie de preguntas, que atropelladamente y sin pausa, cabalgaban por mi mente, como por ejemplo: “¿Quién sería el dueño de aquel pie? ¿Por qué está allanando mi casa? ¿Cómo había burlado la seguridad de la entrada?...”, comencé a chillar: —¡La policía está en camino, he activado la alarma, será mejor que te marches! y ya, en un último empujón de la puerta, vislumbré la cara de Luis, que en ese justo instante me alzó la voz diciendo: —Cata soy tu cuñado, tranquila. Sólo quiero hablar contigo. Déjame entrar.

Cuando lo vi, y escuché sus palabras, dejé de oponer resistencia a la apertura de la puerta, y le pregunté qué quería. A lo que respondió con cara de circunstancias:

—Sólo quiero hablar contigo y tener la oportunidad de dar mi versión de los hechos.

Aunque al principio titubeé, y no tenía ninguna intención de hacerlo pasar, cambié de opinión.

Directamente eliminé de mi cabeza la posibilidad de que pudiera hacerme daño.

Recordé los años que hacía que lo conocía, es más, nuestras familias tenían relaciones personales y de negocios incluso antes de nacer nosotros.

Recapacité y pensé que Luis era una persona normal, conocida, bueno más que conocida, era prácticamente de la familia, y sólo me pedía que lo escuchara, lo mismo estaba arrepentido de todo lo que había hecho sufrir a mi hermana, o simplemente estaba igual que ella, se había casado sin estar enamorado y veía que su ruptura había sido lo mejor que les podía haber pasado. Así que lo deje pasar, le dejaría hablar y luego si lo veía oportuno, contactaría con mi hermana, o en nuestro ya citado desayuno le contaría todo lo que Luis me dijera esa noche.

Le ofrecí tomar algo, a lo que sólo me pidió un vaso de agua. Yo me puse un zumo de naranja y a él su vaso de agua, y le ofrecí sentarse y ponerse cómodo. Parecía algo nervioso.

Empezó diciéndome algo que me dejó estupefacta: —Cata, estoy enamorado de tu hermana. Y me hubiera gustado haberla hecho feliz.

—Luis mi hermana no lo está de ti, y por lo que sé, vuestra relación no ha sido la más idílica ni entrañable desde vuestra boda. Y parte de esos problemas los has ocasionado tú también, con ciertos comportamientos poco apropiados. Así que no comprendo tus palabras.

—Mira, yo me casé con tu hermana completamente enamorado. Y si estoy aquí hoy es porque quiero que sepas toda la verdad. Me he esforzado durante los dos años de nuestro matrimonio en hacerla feliz, pero ella, me ha estado engañando con otros hombres, entre ellos Carlos. No sé que te ha contado realmente, pero Cata, ella esta obsesionada contigo, está celosa. Quiere tener todo lo que tú tengas, porque dice que ella es la primogénita y es su derecho, ser la elegida. Se entrometió en tu relación con Carlos, manipulándolo, porque Cata, tu hermana es la mayor manipuladora que he conocido en mi vida, no sé como lo hace, pero termina consiguiendo lo que quiere, y le da igual hacer daño.

No sé que te habrá contado de mí, y cuales son esos comportamientos

inapropiados de los que hablas, pero no son reales. Te ha mentido porque ella quiere que creas que es la víctima.

Es más creo que tiene algún tipo de trastorno mental, y por eso se comporta como lo hace. He intentado ayudarla, y de hecho, la acompañé a una psiquiatra, para que la tratara. Pero ella no quiere escucharme, no quiere escuchar a nadie, y pasará por encima de todo aquel que se interponga en su camino.

Aquella noche que te fuiste, y se lió con Carlos, no fue la primera noche, ni será la última. Mientras Carlos, esté enamorado de ti, y quiera estar contigo, ella no lo dejará en paz. Aunque a ti te diga, que es todo lo contrario, e invente pruebas o manipule personas que la respalden para que tú la creas.

Carlos es mi amigo, Cata; tú lo sabes. Y lógicamente no me ha gustado nada lo que ha pasado, pero sé que lo acosó, que lo manipuló y lo acorraló, hasta que consiguió lo que quiso. No soy quien para decirte que hacer con tu relación, pero quizás deberías dar una oportunidad a Carlos, y descubrir quien es tu hermana realmente.

Sólo de esa manera, podremos ayudarla a ponerse bien, y que esa celotipia y paranoia hacia ti, sea tratada.

Quien sabe, lo mismo de esa manera, estando curada, ella y yo podamos tener una oportunidad.

Me quedé sin palabras. ¿Todo lo que me contaba era verdad? ¿estaba mi hermana enferma? ¿lo que ella me contó en Alghero era mentira y me estaba también manipulando?, no quería creer nada de eso. Pero Luis había sembrado la duda en mí con sus palabras.

Le pedí que se marchara, que quería relajarme y descansar.

Creo que en el fondo esperaba que yo lo creyera, y que le dijera, que lo ayudaría o algo así... Porque se levantó y se quedó de pie esperando una respuesta a lo que él me había contado.

Al no ver respuesta alguna, sus gestos se modificaron ligeramente, y con su lenguaje no verbal, percibí que había algo más detrás de todo esto.

Al ser abogada, había entrenado mucho el reconocer y distinguir lo que significaban los gestos que conformaban el lenguaje no verbal, en un curso de criminología que hice durante la carrera, y precisamente me había sido de gran utilidad no sólo en algunos de los juicios que defendí, si no también esa noche.

Aunque no sabía exactamente que era, había algo que no cuadraba, entre

su discurso y su lenguaje corporal, al no recibir la respuesta que esperaba.

Se marchó, no sin antes decirme: —Espero que me creas y rehagas tu vida con Carlos. Es lo mejor que puedes hacer en estos momentos, querida cuñada.

Cerré la puerta. Me senté en el suelo apoyándome en ella, con mi cabeza enterrada entre mis manos, completamente aturdida, pensando que tenía que hablar con Sofi.

Intentar averiguar cual era la verdad, y si lo que me había contado Luis era cierto, por qué no se alejaba de mi hermana simplemente, por qué aquel interés en que volviera con Carlos, por muy amigo suyo que fuera, eso no era algo vital para él, o ¿sí lo era?.

Cerré los ojos, y respiré profundamente tres veces, hasta conseguir bajar el ritmo de mi corazón, que se había acelerado con aquella conversación, la cual me descolocó, creando un mar de incertidumbre.

Me levanté, me duché y me puse cómoda. Cogí mi móvil, y recordando mis maravillosos días con Marcus, le mandé un mensaje en el que le decía que lo echaba de menos, y que estaba deseando que nos pudiéramos ver. Pero no le dije nada de la posibilidad de tener en mi vientre un hijo suyo, y por el momento, no iba a comentarle nada en absoluto.

Me preparé una ensalada, y trabajé durante un par de horas más. Ya me iba a la cama, cuando sonó mi móvil, era Carlos, que me llamaba. No lo cogí, no quería hablar con él. Al momento recibí un mensaje, de él que ponía: “Te quiero amor mío, dulces sueños”.

Al cabo de unos 5 minutos, el móvil sonó de nuevo, otro mensaje. Pensé: “Carlos no se da por vencido, espero que deje de molestar en cuanto vea que no tenemos posibilidades.”. Porque aunque la historia de Luis fuera verdad, yo también tenía otra verdad, y es que no amaba a Carlos.

Al mirar el móvil, mis ojos se iluminaron, y apareció una sonrisa. Abrí aquel mensaje: “Yo también te echo de menos, por eso me he ofrecido como voluntario para hacer unos trabajos en Madrid el mes que viene, para el proyecto del estudio de arquitectura en el que estoy trabajando. En un par de semanas me darán respuesta”.

Lo iba a llamar, estaba como loca por la probabilidad de volver a verlo, estar en sus brazos, besarlo y hacer el amor con él otra vez. Pero en ese momento, recordé la prueba de embarazo, y no quise afrontar una conversación con él, en la que no fuera capaz de decirle nada al respecto de

ese tema.

Así que respondí con otro mensaje, en el que le decía que estaba deseando que viniera, y que por descontado le ofrecía mi casa para quedarse el tiempo que estuviera en Madrid.

A lo que él contestó de forma irónica, si estaba segura de querer que se quedara en mi casa, porque tendríamos que bautizar cada rincón de ella juntos, incluido aquel jacuzzi que tenía que revisar.

Aquellos mensajes me habían alegrado el día. Me revoloteaban mariposas en el estómago, con sólo pensar en el hecho de tenerlo junto a mí en poco tiempo.

Me despedí de él diciéndole que al día siguiente lo llamaría y que tendríamos que probar a tener sexo cibernético, hasta que él viniera a Madrid.

El me deseó las buenas noches, y aceptó de buen agrado la proposición que le había hecho.

Que diferente era lo que sentía por Marcus, de lo que sentía por Carlos. Como un mensaje con las mismas palabras de uno y de otro me provocaban reacciones tan dispares.

Uno me producía un rechazo absoluto, y del otro esperaba que el destino lo trajera a mi lado lo antes posible.

Cuando me di cuenta, estaba tocándome el vientre, como si el hecho de tener un hijo de Marcus, aunque en principio me hizo sentir pánico, y lo había visto como una locura, pudiera llegar a ser algo maravilloso. Y de pronto mi imaginación formó una familia perfecta junto a Marcus.

Me levanté y puse un cojín debajo de mi camiseta, como si estuviera embarazada, mirándome al espejo. Sentía que no me disgustaba del todo en el fondo. Pero como era de esperar volvió a aparecer mi sentido común, mi consolidada responsabilidad, y quitando el cojín, me dije: “Cata, estas completamente loca, esto no es algo bueno para ninguno de los dos. Y si algún día tienes un bebé, será de manera responsable y buscándolo. Ahora vuelve a tu cama, y déjate de tanta tontería...”.

CAPITULO 16

El sonido del portero me despertó, me había olvidado poner el despertador, y me quedé dormida.

Me levanté y saludé a Ana, la chica que venía a casa para limpiar cada día, planchar, hacer la compra, todo lo que yo no hacía.

No era como el servicio en casa de mis padres, que permanecían las 24 horas allí.

Yo prefería que ella estuviera algunas horas durante el día, y se marchara a su casa. Me gustaba disfrutar de mi intimidad, pero me hacía la vida mucho más fácil, sin las preocupaciones del quehacer diario de una ama de casa.

Me dijo que mi hermana había llegado. Y que teníamos el desayuno preparado, ya que le dejé una nota en la nevera, donde le comunicaba que mi hermana vendría a desayunar.

Se fue a lavar y planchar la ropa que había traído del viaje, y ahora que me había levantado, arreglaría mi dormitorio.

Durante el desayuno, noté que mi hermana estaba nerviosa, intranquila por algo. Me preguntaba si lo que me contó la noche anterior Luis sería cierto, y mi hermana al final no era la persona que yo creía, o si por el contrario, lo que ella me había confesado era totalmente cierto.

Antes de contarle lo de Luis, quise aclararle lo de la prueba de embarazo, que descubrió por casualidad en mi coche.

—Sofi fui una imprudente, e irresponsable en Alghero. No tomé ningún tipo de precaución cuando me acosté con Marcus. Estaba tan..., no sé como explicarlo... que me olvidé por completo de los anticonceptivos, y todo pasó tan rápido, y los sentimientos afloraron tan inesperadamente, que me dejé llevar por primera vez en mi vida, exponiéndome por completo. Y ahora no sé si estoy embarazada.

—Cata, ¿eso es verdad? ¿y no te has hecho todavía la prueba? ¿cuándo piensas hacértela?. Quizás deberías ir a tu ginecóloga, que te haga un revisión, unas analíticas. Marcus parece un chico estupendo, pero realmente no sabes quien es, ni quienes han sido sus parejas anteriores, o las relaciones que haya podido mantener antes que tú. Y si estás embarazada, y no quieres tenerlo, no tienes problema ya lo sabes. No hace falta que te diga, que puedes contar conmigo para lo que sea, pase lo que pase y decidas lo que decidas, te

apoyaré. No pienso volver a perder a mi hermana.

—Gracias Sofi. No me he hecho la prueba, por que si te soy sincera, tengo miedo. De todas formas he estado leyendo un poco al respecto de este tema, y puede dar falsos negativos, en los primeros días de embarazo, así que por un lado, tengo prisa por saber cuanto antes si lo estoy, pero por otro lado puede que dé negativo y no sea real, porque hace muy poco de mis relaciones con Marcus.

—Bueno cuando lo vayas a hacer si quieres que esté contigo, dímelo. Por cierto Cata, tengo que contarte algo, y no sé si me tomarás por loca, pero creo que me están siguiendo. Anoche cuando dejé a mamá, y fui a casa de Beatriz, me di cuenta de que un todoterreno de color oscuro, me seguía de cerca. Me pareció verlo toda la noche, aparcado en la calle donde vive Beatriz, y esta mañana, creo que me ha seguido hasta aquí.

Y pasó algo más, anoche Carlos me llamó, quería verme y hablar conmigo. Su comportamiento era como cuando yo empecé a engatusarlo para que rompierais, por lo que te conté en Italia. Y me pedía que fuera a su casa. No me fio de él. Pensé que había gato encerrado, y me negué a verlo.

—Sofi, yo también tengo que contarte algo más. Ayer Luis vino a verme, y me contó una versión totalmente diferente de lo que sucedió en vuestro matrimonio, y de tu relación con Carlos.

Le hice saber a mi hermana, cada detalle de la conversación que mantuvimos.

Y abriendo los ojos de par en par, me dijo que no podía creer lo que escuchaba, que no entendía nada de lo que estaba pasando. Y sobre todo, que esperaba que yo la creyera, que por algún motivo, Luis intentaba interponerse entre nosotras, sembrar la semilla de la discordia entre ambas, ahora que parecía que habíamos retomado nuestra relación fraternal. Lo que a ella tampoco le quedaba claro, era que razón tenía Luis para querer que yo volviera con Carlos.

Lo único que me dejó con la mosca detrás de la oreja, fue su incipiente nerviosismo conforme le contaba lo de Luis, nerviosismo que fue in crecento y que se había exacerbado en determinados momentos de la conversación, como cuando le mencioné a la psiquiatra, y cuando hablaba de que ella no dejaría de querer estar con Carlos mientras él estuviera enamorado de mí.

Aún así y mientras no tuviera pruebas de lo contrario, tomé la opción de creer a mi hermana, y no tirar por la borda, la nueva oportunidad que la vida

nos había dado, para recuperar nuestra relación.

Cambié el tema de conversación para distender el ambiente, ya que el clima que se había creado era bastante crispante, y no deseaba que la mañana continuara en la misma tónica. Así que le pregunté a mi hermana qué pensaba hacer ahora que se estaba divorciando. Si se mudaría pronto a su casa y si pensaba trabajar, en definitiva cuales eran sus planes de futuro.

Ella me dijo que se mudaría en un par de días a su casa, que estaba en la misma zona residencial que la mía, así que la tendría cerquita, y que había estado pensando en montar una empresa de eventos, ya que a ella se le daba muy bien organizar eventos de cualquier tipo. La veía ilusionada con su nueva vida. Desbordaba energía, hablándome de todo lo que deseaba hacer. Incluyendo alguna salida nocturna conmigo y con Beatriz, porque según ella éramos jóvenes y solteras, un gran partido decía, y no podíamos desaprovechar el tiempo.

Al final salimos juntas nuevamente para el hospital, quería ver a papá antes de ir al despacho. Pero esta vez, recogimos a mamá. Que estaba encantada con que papá estuviera siguiendo sus rigurosos consejos para recuperarse, ya que según ella, era lo que estaba provocando que dicha mejora fuera tan rápida.

Notaba a mi hermana muy intranquila, mirando constantemente por el retrovisor del coche.

Hice lo mismo para ver si podía descubrir que era lo que la tenía así. No vi nada diferente, nada extraño. El coche que venía detrás se desvió, al igual, que los dos que teníamos inmediatamente detrás lo hicieron en las siguientes salidas.

Intenté averiguar con gestos que le pasaba, pero ella no me daba ningún tipo de respuesta, aunque esta no fuera verbal, que me pudiera dar luz a lo que pasaba.

Mi madre no dejaba de hablar de Carlos, de lo buen chico que era, de tener que arreglar lo nuestro, que se le veía enamorado, y que yo no podía dejar las cosas así.

Mi respuesta no le gustó, cuando le dije que sobre ese tema tendríamos que hablar largo y tendido, y que esperaba que ella entendiera mis decisiones cuando mantuviéramos esa conversación.

Como no quería escuchar aquello cambió de tema, y esta vez le tocó a Sofi, haciendo exactamente lo mismo sobre su relación con Luis.

Recomendándole con cierto tono autoritario, que ya iba siendo hora de volver a casa con su marido.

Pero mi hermana estaba ausente, había algo que la mantenía en un estado de preocupación e inquietud, y al margen de las conversaciones de aquel coche.

Fue entonces cuando le pregunté si se encontraba bien, y ella no contestó, lo hizo mi madre por ella, diciendo que como se iba a encontrar bien, cuando en vez de estar con su marido, estaba viviendo en un piso con la secretaria de su hermana.

Mi hermana y yo nos miramos sorprendidas, ya que en ningún momento, ninguna de las dos habíamos comentado, donde se hospedaba ella.

Le preguntamos quien le había dado esa información, y nos enteramos que Carlos lo había hecho, porque lógicamente una madre se preocupa de donde estarán sus hijas, por muy desagradecidas que éstas sean.

Llegamos al hospital, y al llegar a la habitación, vimos a Luis que había ido a visitar a nuestro padre.

Mi hermana palideció. Advertí en su rostro una especie de sensación de pánico, que la bloqueó, no siendo capaz de hablar a Luis, ni siquiera mirarlo.

El se acercó a ella, y le susurró algo al oído. Mi hermana cerró los ojos, y vi como apretó sus puños con fuerza.

Luego saludó y besó a mamá, a la que trató como siempre hacía, una forma parecida a la de Carlos, pero en un cierto tono más desvergonzado. Algo que a mamá siempre le había parecido gracioso en él.

Y por último se dirigió a mí, dándome dos besos y preguntándome si había estado pensando en lo que habíamos hablado.

Se despidió de todos muy educada y cortésmente, y se marchó.

Pero vi como papá parecía algo preocupado, y como Sofi había cambiado por completo su semblante.

Me puse a su lado, tras besar a nuestro padre y le pregunté si se encontraba bien, y si quería acompañarme a la salida cuando me marchara, para decirme que le había dicho Luis al oído.

Pero en ese momento, como si sufriera de un trastorno bipolar, cambió su actitud y su semblante, deshaciéndose de la imagen de pánico y pérdida de control que había mantenido minutos antes.

Me fui y ella no me acompañó, por lo que no llegué a saber que era lo que le había dicho Luis, ni la razón por la que reaccionó como lo hizo.

Esa mañana estaba muy ocupada, tenía que ir a los juzgados a última hora, y antes tenía una cita con unos nuevos clientes.

A la hora de comer, le pedí a Beatriz que me acompañara a un restaurante muy elegante, al que solía ir con mi padre y nuestros colegas del bufet.

Cuando estábamos allí, le pregunté por mi hermana. Quería saber como se encontraba en su casa, si había notado algún comportamiento extraño en ella. Quería indagar en la convivencia que tenía mi hermana con ella, para intentar averiguar si algo de lo que Luis me contó la noche anterior era cierto.

Porque aunque yo quería creer a mi hermana, Luis me sembró la duda, y el comportamiento que mi hermana estaba teniendo, desde que la vi por la mañana, me tenía preocupada. ¿Y si mi hermana estaba enferma, y yo no quería creerlo?, así que lo mejor era observarla y llegar al fondo de todo.

Beatriz me contó que mi hermana, había estado muy nerviosa los primeros días que estuvo en su casa, que al regresar de Italia, su intranquilidad estaba simplemente relacionada con la enfermedad de nuestro padre, pero que desde ayer la notaba muy extraña. Algo paranoica, y su comportamiento era demasiado raro. La encontró mirando por la ventana, escondida detrás de unas cortinas. Y decía ver un coche negro, que en ningún momento Beatriz vio, incluso llegó a salir a la calle y cerciorarse de ello.

Parecía que la historia de Luis cogía fuerza por minutos, y no me gustaba nada de nada.

Le pregunté si había recibido alguna llamada por la noche, ya que ella había dicho que Carlos, la había telefoneado, a lo que Beatriz contestó diciendo que no había escuchado sonar su móvil en ningún momento, pero que sí la había escuchado hablar con alguien, con quien parecía que iba a quedar.

Que incluso, salió a una hora poco prudente, pero que volvió a casa en un escaso intervalo de tiempo.

Luego fue Beatriz la que me interrogó sutilmente por el motivo de mis preguntas.

A lo que respondí con una verdad a medias. Diciéndole que quería saber si mi hermana se encontraba bien, ya que la notaba muy angustiada desde que volvimos de Cerdeña.

Trabajamos hasta las 19 horas.

Llegué a casa, y tras ducharme y ponerme cómoda, me preparé una

cenita ligera. Mientras cenaba miraba mi móvil, comencé a ojear fotos, y vi las que había hecho de los documentos que fotografié en la casa de Marcus.

Cuando terminé de cenar, pasé aquellas fotos al ordenador y las imprimí.

Empecé a ver aquellos documentos, en casi todos María aparecía con los apellidos de su marido. Pero había una partida de nacimiento, en la que no me había fijado hasta ese momento, en la que aparecían los posibles apellidos de María, y por consiguiente los que la relacionaban con la familia que la habían abandonado a su suerte.

Aquellos apellidos me resultaban muy familiares, pero no llegaba a recordar de qué me sonaban.

Busqué en internet y apareció algo que me dejó estupefacta, una de las entradas que mostró el navegador, fue el de una nota de prensa sobre una señora a la que yo conocía muy bien.

Aquello me desubicó hasta el punto que lo di por algo imposible.

Pensé que lo mejor era encargarse ese trabajo de investigación a alguien que no estuviera trabajando para nuestro bufete, ya que no sabía que iba a encontrar, y no quería que ni mi padre ni ninguno de los abogados que allí trabajaban, supieran nada de esto. Y menos si al final era verdad, que la familia de Marcus estaba emparentada con aquella mujer que apareció en la pantalla de mi portátil.

Si aquello era verdad, sería un boom, algo que si llegaba a salir a la luz pública, cambiaría no sólo la vida de Marcus y su familia, si no también la de muchas otras personas, con las que tanto mi familia como yo nos relacionábamos, e incluso nuestra relación podría verse empañada. Ya que si averiguaba algo de este calibre, antes o después tendría que contárselo a Marcus, y teniendo en cuenta que la forma de conseguir aquellos documentos, no fue la mejor manera de ganar la confianza del hombre de mi vida, nuestro futuro no pintaba bien.

Llamé a Beatriz, le comenté que quería investigar la relación entre varias personas, y encontrar a una familia. Le conté parte de la historia, sin decirle quien era Marcus, ni su familia. Y le pedí ayuda para ello a través de esos amigos que tenía, los cuales, en sus investigaciones o trabajos, rozaban la ilegalidad, pero que eran los mejores, según me había contado mi hermana, para encontrar a alguien, aunque este no quisiera ser localizado.

Pero sobre todo, le pedí que nada de lo que averiguaran saliera a la luz, que esa información la quería sólo para mí, y que yo sería la responsable de

decidir que hacer con ella.

También le pregunté por mi hermana, Sofi, que según ella había estado en casa, muy poco rato, y que tras realizar una llamada, se fue y todavía no había vuelto después de hora y media. Y que ella también la notaba algo descontrolada, y muy irascible.

Le pedí a Beatriz que la persona que se fuera a encargar de la investigación que yo había pedido, se acercara a las oficinas, para darle detalles de todo, y darle los documentos con los que empezaría la búsqueda de la familia de Marcus.

Llamé a Sofi, que no me lo cogía, y luego llamé a Marcus, que tampoco descolgó el teléfono.

Era extraño, pero Carlos, no había ni aparecido por el hospital, ni me había llamado, ni mandado ningún mensaje en todo el día. Pensé que quizás se había dado cuenta que lo nuestro era imposible.

Pero nada más lejos de la realidad. Una hora más tarde, apareció un florista, con una ramo de rosas amarillas, que él sabía que eran mis favoritas, acompañadas por una nota que decía: “Eres el amor de mi vida, y siempre lo serás. Nada ni nadie nos va a separar, ni siquiera tu hermana. Te conquistaré de nuevo, y esperaré a que estés preparada para casarte conmigo, como lo habíamos planeado. TE AMA TU PROMETIDO CARLOS.”

En ese momento, me llamó Marcus. Y estuvimos charlando durante casi 40 minutos. En los que la naturalidad de como nuestros sentimientos afloraban, el deseo que se hacía dueño de nuestras palabras, nuestras respiraciones y nuestros latidos que se hacían presentes en nuestra llamada, nos demostraban una vez más que lo que habíamos vivido y sentido los días que estuvimos juntos en Italia habían sido una maravillosa realidad. Pero en esos momentos no estaba siendo totalmente sincera, ya que le oculté lo de la prueba de embarazo, lo de los papeles de su abuela, lo que estaba pasando con Carlos..., me torturaba pensar que no lo estaba haciendo bien, en definitiva me sentía mal por ello, pero pensaba que ese tipo de conversaciones debían hablarse cara a cara. Y sin que pudieran dar lugar a malos entendidos.

Pero sí le conté lo que Luis me había contado de mi hermana, cómo ella estaba comportándose...

Marcus fue muy comedido, y me aconsejó observar a ambos, e indagar en aquellos hechos que pudieran ser comprobados, como el de la psiquiatra

de la que hablaba mi cuñado.

Aunque a él le pareció cuando conoció a Sofi, que ella en vez de estar obsesionada conmigo, más bien me adoraba. Pero que por otra parte, el hecho de tener un lío con su cuñado, por mucho que quisiera romper esa relación por querer ayudarme, le parecía un poco raro.

En conclusión, que Marcus estaba igual de confundido con mi hermana, como lo estaba yo. Pero me había dado una buena pista que seguir para averiguar si aquella historia de Luis era cierta, buscando a la psiquiatra de la que me habló.

Al colgar a Marcus, volví a llamar a Beatriz, y le pedí que me consiguiera información sobre mi hermana. Le comenté que posiblemente en los dos últimos años, había tenido que ir a la consulta de una psiquiatra, y si era así, que me concertara una cita con esta persona. Pero sobre todo, que al igual que en el otro trabajo le pedía discreción. En éste le exigía lo mismo, y que por favor, no llegara a oídos de Sofi en ningún momento.

Aquel día me acosté pronto para la hora a la que suelo acostarme a diario, rebasando la mayoría de los días la una de la madrugada.

Puse algo de música clásica en el ipod, necesitaba relajarme y conseguir dormir algo, porque últimamente no había descansado apenas, y lo necesitaba de manera urgente. Por suerte esa noche logré dormir algo más, y sobre todo, sin pesadillas.

CAPITULO 17

A la mañana siguiente telefoneé a mamá de camino al trabajo, para ver que tal seguía papá. Me alegró saber que ese día le darían el alta, y volvería a casa.

Aunque el médico había insistido, que lo mejor para él, era quedarse al menos un par de días más ingresado, mi padre pidió el alta voluntaria, con la condición de que una enfermera estaría durante el tiempo que fuera necesario en casa las 24 horas, pendiente de su medicación, y alerta ante cualquier empeoramiento de su evolución.

Al llegar a la oficina, saludé a Beatriz, que me tenía preparado un café como de costumbre. Iba a decirme algo, pero no le dio tiempo.

No me lo podía creer, al abrir la puerta de mi despacho, contemplé, como cada rincón de aquella habitación, estaba cubierto por rosas amarillas y orquídeas blancas. En la mesa había una caja marrón, con lunares blancos, y un lazo de seda china dorado. Encima de aquella caja había una tarjeta de Carlos, en la que sólo ponía, “Todo es poco para ti”. Al deshacer el lazo, y abrir la caja, encontré una cajita más pequeña, con otra nota, que decía “La verdadera joya eres tú. Te amo princesa”.

No daba crédito a lo que encontré dentro de aquella cajita. Había un anillo, con un diamante rosa central, perfectamente tallado, acompañado por dos diamantes blancos a cada lado, incrustados en oro blanco. Ese anillo era el Perfect Pink, que perteneció a su familia durante años.

Carlos me había contado que su abuela doña Juana, se había encaprichado de él, siendo una joven adolescente, y que su padre que tenía una gran devoción por ella, ya que era su única hija, y heredera, se la consiguió en una subasta en Hong Kong por el valor de más de 23 millones de dólares.

Su abuela siempre había dicho, que aquella joya se la regalaría a su nieto Carlos, por el que tenía gran predilección, siempre y cuando encontrara a una mujer especial, de la que no solo estuviera enamorado, sino que pudiera llegar a ser una fiel representante de su legado.

En ese instante entró Carlos por la puerta de mi despacho. Yo estaba en shock.

El se acercó, cogió aquel anillo que simbolizaba el amor y el poder de su familia, se arrodilló ante mí, y mientras me lo colocaba en el dedo me dijo:

—Sé que estás enfadada conmigo, y lo entiendo. He cometido errores. Pero el mayor error que cometeré en mi vida, es dejarte escapar. Por eso con este anillo que lo simboliza todo en mi familia, quiero volver a pedirte en matrimonio. Quiero que sepas que te amo desde lo más profundo de mi ser, y que la vida sin ti, ya no tendría sentido. No voy a aceptar un no por respuesta, aunque tenga que esperar el tiempo que sea necesario y tenga que hacer lo que haga falta, hasta que te des cuenta, de que tú también me amas, y estamos predestinados a estar juntos.

Me quedé de piedra, con aquella petición de matrimonio, ya que realmente nunca me había llegado a hacer ninguna.

El había comentado en una cena familiar, que era hora de consolidar y formalizar legalmente nuestra relación, y que si yo lo veía bien, nos casaríamos al año siguiente. Mi madre se volvió loca, y comenzó a organizar esa misma noche, junto a Carlos nuestra boda. De la que yo realmente ni llegué a contestar sí o no, ya que dieron por hecho mi sí.

Aquella petición a solas, me mostró algo de Carlos, que nunca antes había visto en él, su vulnerabilidad, su fragilidad, y una exposición de sus sentimientos reales. Ese día parecía un hombre con miedos, con dudas, y por primera vez despojado de cualquier tipo de protección, que lo hiciera indestructible e infranqueable. Su mirada era diferente, su voz temblaba. A aquel Carlos yo no lo conocía.

Me agaché junto a él, y mirándole fijamente a los ojos, le dije que no podía aceptarlo, —Yo no soy esa mujer especial que buscas, no soy yo. ¡Lo siento mucho!. Ojalá todo fuera diferente, y te amara, pero no es así. Me encantaría que con el tiempo, pudiéramos seguir siendo amigos, ser capaces de mantener una relación cordial, porque te aprecio muchísimo, igual que a tu familia. Pero esto es lo único que te puedo ofrecer... —Y extrayendo el anillo de mi dedo, se lo puse en sus manos, mientras besaba su mejilla.

Se levantó bruscamente, y su forma de mirarme cambió. Volvió el Carlos prepotente de siempre. Terminó aquella conversación diciendo: — Aunque tú todavía no lo sepas, eres tú, siempre fuiste tú. Y ya te lo he comentado, serás mía antes o después. Así que este anillo es tuyo. — Depositándolo sobre la mesa. Se marchó de aquella habitación, dando un portazo, furioso por haber dejado pisotear su orgullo entre aquellas cuatro paredes.

Beatriz entró inmediatamente, y yo me desplomé en mi silla, tras aquella

escena tan intensa.

Cerró la puerta tras ella, cerciorándose de que estaba bien. Le pedí que retirara todas las flores, y dejara sólo uno de los ramos de rosas con una de las orquídeas.

Pero antes de hacerlo, me comentó que ella creía que era mejor quedar fuera del despacho con sus amigos, que iban a investigar lo que le pedí la noche anterior. Estaba segura que ellos desentonarían allí, lo que sería fatal para la discreción que yo les pedía.

Quedamos en una escondida cafetería, que había a unas tres manzanas de las oficinas, sobre las 11:30 horas.

Estuve atareada hasta las 11 que Beatriz y yo salimos para nuestra cita.

Pedimos unos zumos de naranja natural, mientras los esperábamos. A las 11:20 horas entraron por la puerta de aquella cafetería, dos jóvenes que no superarían los 21 años de edad ninguno de los dos. Eran un chico y una chica. El chico vestía de negro, era moreno, con un piercing en la ceja, y varios tatuajes en el brazo. La chica de pelo castaño, vestía con unos vaqueros, y una camiseta lisa roja. Dos estilos totalmente diferentes. Pero me llamó la atención al sentarse, que ambos tenían los mismos tatuajes en las muñecas. En la derecha, los puntos cardinales, y en la otra una golondrina que parecía volar hacía el otro tatuaje.

Beatriz me los presentó como Rosa y Jorge.

Primero les hablé del caso de la abuela de Marcus, no sin antes pedirle una absoluta confidencialidad. Y una sincera promesa, de no divulgar dicha información, por muy succulenta que fuera.

Y en segundo lugar, les hablé de las versiones de Sofi y Luis, pidiendo que si era verdad lo de la psiquiatra, la localizaran, para concertar una cita y poder hablar personalmente con esa persona.

Acordamos lo que les pagaría por todo. Era una cantidad muy generosa, que ellos aceptaron sin dudar.

Una parte fue abonada en el momento que aceptaron trabajar para mí, y la otra sería entregada al término de la investigación, previa entrega de un dossier con todos los resultados de las mismas.

Al igual que determinamos que para cualquier situación en la que tuvieran que reunirse conmigo, lo tratarían a través de Beatriz.

Durante los días posteriores, mis padres ya estaban en casa, y parecía que el desazón de los últimos días había desaparecido. Papá dejaba cuidarse

por mamá, que parecía contenta de hacerlo, cuyo carácter aparentaba estar más apacible. Incluso en algunos momentos volví a reconocer gestos de cariño y complicidad como cuando Sofi y yo éramos pequeñas.

Carlos siguió con su afán de reconquistarme, y me llamaba o mensajeaba todos los días, mandaba flores y regalos continuamente a casa y al despacho.

A veces me mostraba su lado humano, aunque en la mayoría de las ocasiones aparecía el Carlos dominante que ya conocía, y que no se daba por vencido, a pesar de las rotundas negativas y aplastantes rechazos que emergían de mí.

Marcus y yo continuábamos llamándonos todas las noches, siendo cada vez más coherentes nuestras conversaciones con lo vivido en Italia. Intentamos tener sexo cibernético, que fue un estrepitoso fracaso, ya que nos dio por reírnos, y bromear en un par de conatos que tuvimos.

El estudio de arquitectura aceptó su solicitud para desarrollar algunos de los trabajos relacionados con el proyecto en el que trabajaba en Madrid. Por lo que estábamos impacientes de que pasaran los días rápidamente, ya que en tan sólo tres semanas volveríamos a estar juntos, y luego ya veríamos como continuaba lo nuestro. Lo único que nos importaba ahora era vernos y disfrutarlos otra vez.

Sofi era por el contrario, la que más preocupada me tenía. No daba señales de vida.

Según Beatriz se fue de su casa la mañana en la que Carlos se declaró con aquel anillo de diamantes.

No contestaba mis llamadas, los mensajes no los leía, y en un par de ocasiones me acerqué a su casa, que parecía estar completamente cerrada, inhabitada...

Nuestros padres no sabían tampoco nada de ella, ni siquiera visitaba a papá. Era como si se hubiera esfumado, desaparecido de la faz de la tierra.

A la semana justa, Beatriz concertó una reunión con sus amigos, que parecían tener información acerca de los dos casos que les asigné.

Volvimos a vernos en la cafetería en la que nos conocimos, y en la cual hicimos nuestro trato.

Me entregaron dos dossiers. El chico con una mirada misteriosa dijo: — Creo que lo que hemos descubierto, le va a interesar mucho.

Fui a leerlo allí mismo, pero Rosa colocando una mano sobre los

dossiers me detuvo, diciéndome: —Será mejor que lo lea tranquilamente en su casa. Además, pensamos que sólo hemos tirado de un pequeño hilo de una gran madeja, en la que creemos debería profundizar un poco más. Una vez lo haya leído póngase de nuevo en contacto con nosotros. Si no quiere continuar en ninguna de las dos investigaciones, nos hará una transferencia bancaria a un número que le daremos a Beatriz. Pero si por el contrario quiere seguir adelante, volveremos a vernos en esta misma cafetería, pactando día y hora como lo hemos hecho hasta el día de hoy.

Aquella noche me recosté en la cama, con la ansiedad de conocer todo lo que había en esos dossiers, la preocupación por las consecuencias de lo que hubieran encontrado, y la intriga por la propuesta que me habían ofertado aquellos chicos.

Abrí primero el dossier de Sofi, algo le pasaba y tenía que ayudarla.

Había varias fotos de ella entrando en un edificio desconocido para mí, que se habían producido en varias ocasiones, en distintos días de aquella semana. En las fotos daba la impresión de estar escondiéndose detrás de un sombrero y unas gafas de sol. Mostraban miedo en su rostro, y daban la sensación de estar sintiéndose vigilada o perseguida por alguien. Además, también habían varias fotos de una escena en la que se encontraba con Luis, y ella estaba llorando. Y en ese mismo lugar otro encuentro con Carlos, pero por lo que estaba escrito en el dossier, una hora más tarde del encuentro con Luis, hacía dos días.

En aquellos papeles, aparecía el nombre de una psiquiatra, que supuestamente había empezado a tratar a Sofi hacía un año y medio.

En las últimas páginas de aquel informe, aparecía el historial que aquella doctora había hecho de la salud mental de mi hermana. Donde aparecían los diagnósticos que ella había detectado, entre los cuales se encontraban: depresión severa, manía persecutoria, delirio obsesivo hacia su hermana Catalina. Estado grave, requiere terapia intensa, tratamientos antipsicóticos, y depresivos, e internamiento urgente en clínica de salud mental. En la última hoja de aquella historia clínica aparecían unas frases doblemente subrayadas: “la paciente deja el tratamiento bruscamente, no atiende a razones, negándose a ser ingresada y con la disposición de no volver a consulta”.

Aquel dossier terminaba con una serie de sugerencias o líneas de investigación con respecto al caso, que consistían en indagar en la carrera profesional de dicha psiquiatra, sus ingresos bancarios, y la posibilidad de

existencia de alguna relación con una serie de familias, que para mi asombro coincidían con las 7 familias de las cuales mi padre se ocupaba personalmente de sus negocios o defensa, prohibiéndome el acceso de los documentos relacionados con ellas, y recordando que entre ellas estaba la familia de Luis y la de Carlos.

Después de aquello no quise seguir leyendo el documento de la familia de Marcus. Estaba aturdida por lo que había descubierto. Mi hermana estaba enferma, abandonó su tratamiento, y llevaba días desaparecida. Luis tenía razón, y ahora mi malestar y desasosiego habían subido a límites insospechados. Tenía que encontrarla, cuidarla, y convencerla de retomar el tratamiento.

Lo que no logré entender era el motivo por los cuales estos chicos querían investigar a la psiquiatra, y sobre todo, que esperaban encontrar en su cuenta bancaria, y que relación tenían con aquellas poderosas familias para las que mi padre trabajaba.

Llamé a Beatriz inmediatamente, le pedí que contactara con sus amigos, para que continuaran aquella investigación. Les pagaría lo que me pidiesen, y si ellos les daban el número de cuenta, les haría el ingreso del dinero que habíamos pactado.

Antes de colgar, le pedí que me ayudara a localizar a Sofi esa misma noche, teníamos que encontrarla cuanto antes.

Ella aceptó sin rechistar. Parecía tener afecto por Sofi, es más, la veía muy preocupada por ella igual que yo. Y salí hacia su casa sin demora.

Cuando llegué a su portal, estaba esperándome con Rosa y Jorge, a los que llamó minutos después de terminar de hablar conmigo.

Sabían donde se encontraba mi hermana, estaba en un motel a las afueras de Madrid.

Les pregunté como demonios podían conseguir toda esa información, tan rápido y eficientemente. A lo que contestaron con cierto secretismo, sólo hay que saber qué y dónde buscar, Internet es mucho más de lo que la gente conoce.

Llegamos al motel y preguntamos al hombre que estaba en aquella especie de recepción por Sofi, pero no se había registrado con su verdadero nombre. Además de no querer darnos información respecto a ninguno de sus clientes, escudándose en el derecho a la confidencialidad y la ley de protección de datos.

En ese momento Beatriz sacó una especie de documento de identidad junto con una placa, mientras le enseñaba una foto de mi hermana: —Será mejor que nos diga donde está esta chica, o le acusaré de obstrucción policial.

A aquel hombre se le cambió la cara y empezó a tartamudear. Enseguida nos dio el número de la habitación que había reservado Sofi, diciéndonos que llevaba dos días allí encerrada y sin salir, y que no había querido que entraran a limpiarla.

Tocamos a la puerta, y no abría, comencé a llamarla, pero no contestaba, nos miramos los cuatro y nos temimos lo peor. Así que Jorge echó la puerta abajo de una patada.

En aquel cuarto no estaba, pero había una pequeña puerta, que por lógica era la del baño, volvimos a golpear y llamarla pero seguía sin contestar.

Jorge hizo lo mismo con la puerta del baño y la abrió. Sofi estaba en la bañera vestida, con una cuchilla en la mano, apunto de cortarse las venas.

—¡Sofi, no... no lo hagas!. Ya estoy aquí para ayudarte.

Ella envuelta en llanto, decía : —¡No estoy loca Cata, no lo estoy y no voy a dejar que me encierren para toda la vida en un manicomio, antes prefiero morirme!.

—No voy a permitir que te encierren, yo misma te cuidaré. Lo haremos juntas, de verdad... Nunca te abandonaré.

Entre Jorge, Beatriz y yo, la sacamos de la bañera, la secamos. Rosa fue a mi coche donde había dejado su mochila, en la cual, según ella tenía siempre una muda por lo que pudiera ocurrir.

Sofi seguía como ida, repitiendo “no estoy loca, quieren que crea que lo estoy, y harán que lo creáis vosotros también, pero no estoy loca.”.

Rodeada con la manta del motel, me acosté con ella y la abracé, intentando tranquilizarla, le acariciaba el pelo: —Mi pequeña mariquita, no dejaré que nadie te haga daño, te lo prometo. Juntas superaremos esto, de verdad. Ahora debes tranquilizarte, luego nos iremos a mi casa, hablaremos de lo que te pasa, de lo que te ha pasado, y como puedo ayudarte.

Dejó de llorar, y se durmió.

—Gracias Beatriz, nunca podré agradecerte ni a ti, ni a vosotros Jorge y Rosa, lo que habéis hecho por mi familia esta noche.

Por cierto Beatriz, ¿esa placa que le enseñaste al recepcionista...?.

—Es de mentira. Al no querer darnos información, sabiendo que tu

hermana estaba aquí, y presintiendo que no estaba bien, se me ocurrió esa argucia improvisada. Menos mal que se lo creyó.

—Sí, se puede decir que esa placa le ha salvado la vida a mi hermana. Parece que vamos de tragedia en tragedia en esta familia. Que se nos agolpan los problemas.

—Todo se solucionará, como tú le has dicho a tu hermana. Pero sospecho que sería mejor irnos de aquí.

—Vamos a mi casa, yo me encargaré de ella —les dije.

Sofi volvió a despertarse de su aletargamiento, y medio gritaba: — ¡No, no pueden encontrarme, o harán que desaparezca. No puedo ir contigo Cata, ni tampoco contigo Beatriz, nos vigilan!.

—Sofi, ¿quieres venirte con Rosa y conmigo? —le preguntó Jorge, que había mirado a Rosa pidiendo su aprobación con un simple gesto.

Sofi accedió a irse con ellos esa noche.

Los miré sorprendida. No los conocía de nada, y le ofrecían su casa a mi hermana, a la que tampoco conocían, pero parecía estar completamente trastornada.

Toda aquella situación era de lo más extraña. Pero es que, todo lo que estaba pasando, sobrepasaba los límites de la normalidad.

CAPITULO 18

En el coche de vuelta, Sofi continuaba diciendo que nos vigilaban las 24 horas del día.

Yo recordaba los diagnósticos que aparecían en el informe, uno de ellos era “Manía persecutoria”, pero luego pensé: —Y ¿si es verdad lo que dice?, que quieren que pensemos que está loca. ¿Y si realmente nos están vigilando...?, yo tuve la misma sensación unos días atrás. Pero quién querría seguirnos y por qué. Era mucho más probable pensar que mi pobre hermana sencillamente estaba enferma, y necesitaba un tratamiento adecuado para que se recuperara.

Rosa dijo cuando estábamos a varias calles de la casa de Beatriz, que quizás sería mejor, dejarlos allí, y que ellos se irían directamente a su casa andando, por si era cierto lo que decía Sofi, que estaban vigilándonos.

Beatriz estaba de acuerdo con aquella propuesta, y yo estaba tan desconcertada, que acepté sin dudar.

Se bajaron del coche, pero les exigí, que me llamaran al llegar a su casa, para asegurarme que mi hermana se encontraba bien. Que a la mañana siguiente quería saber de ella, y por supuesto que si volvía a tener alguna crisis o sucedía algo importante me avisaran inmediatamente.

Estaba tan angustiada, que Beatriz me convenció para tomar algo en su casa.

Subí a aquel piso de 70 metros cuadrados, pequeño pero muy ordenado y acogedor. Tomamos un refresco, mientras conversábamos de lo sucedido aquella noche.

Me aseguró que sus amigos eran de confianza, y tratarían bien a Sofi.

Recordé nuevamente lo de la placa, y entonces caí en la cuenta, de que nadie tiene una placa de mentira así como así. Por lo que le pregunté por ella otra vez.

Ella me dijo que la tenía por casualidad. Había estado jugando con sus sobrinos el día antes, se les quedó olvidada en su bolso, lo recordó y se le ocurrió decir aquello, en fin que todo salió rodado.

Parecía tener coherencia cada cosa que me contaba, pero no dejaba de resultarme demasiado rocambolesco. Realmente no sabía que estaba pasando.

Jorge llamó a Beatriz, que me pasó el teléfono para decirme que estaban en casa y bien. Sofi se había dormido, y Rosa dormiría con ella en la misma

cama para mayor seguridad.

Al día siguiente Beatriz me acompañaría para ver a Sofi, y llevármela de vuelta a casa.

Beatriz me invitó a dormir en su casa, pero preferí volver a la mía. No estaba tan lejos en coche.

Otra noche más en vela. Menos mal que tenía un buen anti—ojeras, que disimulaba cada mañana mi falta de sueño.

Pasé toda la noche, pensando en Sofi. Deambulando mentalmente entre las distintas posibilidades que existían y explicaban lo que había sucedido aquella noche.

Planteándome como podía solucionar cada una de aquellas posibilidades.

Si estaba enferma, tenía que convencerla de que se tratara, y contárselo a nuestros padres. Algo complicado en estos momentos, porque mi padre acababa de sufrir un infarto y mi madre, bueno, para mi madre aquello sería un gran drama.

Por otro lado, si era verdad que había un complot contra ella, que ya el simple hecho de pensarlo me resultaba prácticamente imposible; tendría que averiguar quienes estaban detrás y qué motivo tendrían.

Volví a leer el dossier, cada palabra, cada dato, lo analizaba exhaustivamente. Apunté el nombre y apellidos de la psiquiatra y su dirección. Después de ver a Sofi, y confirmar que se encontraba bien, dentro del estado en el cual la dejé con los amigos de Beatriz, iría a ver a aquella doctora, y tener una conversación con ella, para preguntarle todo lo que sabía, con respecto a mi hermana y su estado de salud.

Pasé toda la noche, analizando pormenorizadamente aquel dossier, sin cerrar los ojos ni un segundo.

Era ya una hora prudente, así que llamé a Beatriz con la que quedé en el intervalo de una hora.

Llegamos a un piso cerca de donde tenía Beatriz el suyo, y allí estaba Sofi, muchísimo más tranquila.

Se abrazó a mí al verme llegar, y me pidió perdón por lo que había intentado hacer, el susto que me había dado, y nos dio las gracias a todos por haber intervenido a tiempo.

La noté algo débil todavía, por lo que decidimos que lo mejor era que desayunara algo, y descansara toda la mañana.

En la tarde nos veríamos y si estaba mejor, nos sentaríamos las dos, para que me contara qué había sucedido, y por qué había llegado hasta ese extremo de querer suicidarse.

Ella misma sugirió quedarse en mi casa, por lo que la llevé hasta allí.

Cuando llegamos le comenté a Ana, que mi hermana se quedaría unos días en casa, porque no se encontraba muy bien, así que le pedí que estuviera pendiente de ella por si necesitaba algo.

A mi hermana le dije que se pusiera cómoda, que si quería cambiarse de ropa podía coger lo que quisiera de mi closet. Y cuando volviera de la oficina pasaría a por su ropa, que había dejado según ella en su casa.

Beatriz se fue a la oficina, y le pedí que organizara unas carpetas con los documentos en los que tenía que trabajar ese día. Ya que no quería pasar mucho tiempo ese día en la oficina.

Llegué a la dirección donde la psiquiatra que había estado tratando a mi hermana, tenía su consulta.

Era el mismo edificio que aparecía en las fotos en las que mi hermana entró en varias ocasiones, y donde iba medio camuflada con un sombrero y unas gafas oscuras.

Subí y me abrió una mujer de unos 50 años, alta, delgada y con el pelo corto, teñida de rubio.

Me presenté y le pedí disculpas por haberme presentado sin pedir cita.

Percibí que aquella imprevista visita la pilló desprevenida. Me ofreció asiento, al tiempo que me preguntó el motivo de mi visita, con cierto nerviosismo, que intentaba ocultar.

Le conté, que me había enterado que había tratado a mi hermana durante un tiempo, y necesitaba que me informara al respecto, ya que en las últimas semanas, el comportamiento de ella me preocupaba bastante.

Ella empezó a vacilar. Se basó en el derecho a la protección de datos y el secreto profesional para evitar darme cualquier dato al respecto de la historia clínica de mi hermana.

Pero yo era abogada, e increpándola seguí diciéndole que mi hermana me había contado que habían intentado ingresarla meses antes, porque su estado mental era grave, a lo que ella rehusó. Por lo que, si ella no estaba en condiciones de tomar decisiones por su salud mental, poniendo en riesgo su vida, legalmente sus familiares debíamos estar informados y que era una negligencia médica por su parte, no habernos informado, para tomar las

medidas necesarias, que pusieran en peligro su vida o la de otros.

Ella palideció, como si la hubiera puesto entre la espada y la pared. Pero su agudeza mental la ayudó, y enseguida aseguró haber informado a su marido, que fue el que la acompañaba a cada sesión de terapia.

La informé que se habían separado y que ahora la que debía estar informada de todo era yo, que era su hermana, pero que si necesitaba una orden judicial, al día siguiente la tendría en mi poder, sin embargo aquello le traería consecuencias, ya que estaba interfiriendo en la mejoría de salud de una persona, que podía estar en peligro.

Suspiró profundamente, buscó en su ordenador la historia clínica de Sofi, y comenzó a contarme todo lo que yo ya sabía y que ponía en el informe.

También me aseguraba, que mi hermana estaba ajena a sus graves problemas, y pensaba realmente que la vigilaban, que tenía una gran depresión, y que estaba obsesionada precisamente conmigo.

Yo ya había leído todo aquello, así que sólo me fijaba en su comportamiento, en su lenguaje corporal, con cada palabra que salía de su boca.

Y aunque parecía tener cierta credibilidad, había gestos que delataban, que detrás de aquellas palabras, había algo más. No me terminaba de convencer nada de lo que decía. Estaba demasiado nerviosa, y se le cambiaba el tono de voz cuando mencionaba lo de la manía persecutoria. Habló de su celotipia, pero lo que más me hacía pensar que todo aquello no era verdad, era que una psiquiatra de renombre, acostumbrada a hacer frente a cualquier tipo de persona, no había sido capaz de mantenerme la mirada mientras me hablaba de la salud mental de mi hermana, ni siquiera cuando le hacía preguntas sobre las dudas que me iban surgiendo.

Al terminar de explicarme, me preguntó por Sofi, y me sugirió que reanudara la terapia, y el tratamiento farmacológico.

Le aseguré que intentaría convencerla. Y salí de allí.

Llegué a la oficina, y llamé a Beatriz a mi despacho. Le pedí que Rosa y Jorge investigarán inmediatamente a la psiquiatra, quería saber todo de ella, y cuando decía todo, era todo, costara lo que costara.

Además de solicitarle todas las carpetas de documentos en los que tenía que trabajar, y que a la hora de comer me trajera alguna cosa. Ya que me quedaría hasta las 16 horas trabajando sin salir del despacho, para terminar

todo lo que durante la mañana no había hecho.

Llegué a casa, y allí estaba mi hermana leyendo un libro que había cogido de mi pequeña biblioteca personal.

Ana se fue en cuanto yo llegué, y nos quedamos mi hermana y yo solas.

Entonces le pregunté: —¿Cómo estás?

—Mucho mejor Cata, yo... lo siento mucho...

—Tenemos que hablar, lo sabes. ¿Verdad?

—Por supuesto. Te lo contaré todo.

—Pues empieza por el principio, qué te pasó al poco tiempo de casarte con Luis, tus sesiones con la psiquiatra, por qué te querían ingresar, por qué no nos contaste nada, y qué pasó para que quisieras suicidarte....

—Pues será mejor que te pongas cómoda, por que es una historia muy larga.

Me senté a su lado. Y ella me cogió la mano, como buscando la cercanía, la protección, la empatía y la confianza que en esos momentos necesitaba.

—Cata, a los 6 meses de haberme casado con Luis, me di cuenta que había cometido el mayor error de mi vida. No era feliz, eso ya te lo conté. El me engañaba, aunque a ti te haya dicho que la infiel era yo. Consumía drogas, me maltrataba psicológicamente, y si algún hombre me hablaba aunque fuera algún amigo suyo, en cualquier reunión familiar presentaba brotes de celos en los que me encerraba en una habitación con llave durante todo un día..... Así que le di un ultimátum le dije que o dejaba de engañarme, de tener esos hábitos tan tóxicos, y comenzaba a tratarme como Dios manda, o me iría de casa.

Parecía que quería intentarlo, pero de pronto me di cuenta que las cosas que yo dejaba en un sitio, cambiaban de lugar, y él me hacía creer que yo las había puesto en ese lugar y no me acordaba. Luego empecé a sentir que me vigilaban, de hecho escuché una conversación telefónica, en la que él reconocía que había mandado a alguien a seguirme.

Las cosas fueron a peor en los meses posteriores, y él me hacía creer que yo estaba perdiendo la cabeza, que me estaba volviendo loca, por lo que me llevó a una psiquiatra, que me mandó un montón de medicación.

Esa medicación era tan fuerte, que estaba drogada la mayor parte del día. En esas fechas es cuando él os dijo que yo estaba de vacaciones en la casa de Barcelona, visitando a unos amigos, pero eso no era verdad. Pasaba día y

noche en la cama, drogada. Si me levantaba él o la empleada, me preparaban algo de comer o algún zumo, y volvía a desmayarme, pasé varios meses en estado catatónico.

Si iba a las sesiones, él era el que hablaba para que me subieran la medicación. Decía cosas que yo hacía o decía que no eran verdad. Pero mi nivel de toxicidad del cuerpo me impedían tener un lenguaje coherente. Por lo que aquello ya se me había escapado de las manos.

En una de las sesiones al terminar, percibí que él le daba un cheque con un valor más elevado de lo que costaba cualquier consulta. Ya que creo que 12.000 euros era demasiado para cualquier consulta por mucha reputación que ella tuviera.

A partir de ese momento, decidí dejar de comer o beber lo que me preparaban, y hacía que pensarán que tomaba la medicación, pero cuando salían de la habitación la escupía y la tiraba por el retrete.

Al desintoxicarme empecé a pensar con lucidez, y cuando regresé a la consulta quisieron ingresarme, a lo que me negué.

Mi actitud cambió con él completamente. Le daba la razón en todo, y le hacía creer que no me enteraba de nada. Aunque eso no era suficiente y en más de una ocasión nos peleábamos, pero le dije que no me iba a separar, que había entendido que lo mejor era seguir juntos.

En ese momento vi lo peor de él, porque me reconoció en mi cara, que no firmaría ningún divorcio, que tenía capacidad para hacer que todos pensarán que yo estaba loca, y terminaría encerrada en un manicomio. Todo lo que había pasado esos meses, había sido tramado por él. Yo estaba bien, él había hecho todo aquello, y si no me equivoco, compró a la psiquiatra, para llevar a cabo su burda estratagema.

Por lo que decidí utilizar mi inteligencia y todo lo que aprendí durante ese tiempo.

Pero te veía con Carlos, y temía que te pasara lo mismo, así que urdí mi plan a espaldas de todos. Mi mejor baza era hacerles pensar que habían conseguido lo que querían. Y sabía que Carlos por muy amigo de él que fuera, no le reconocería que su mujer intentaba acostarse con él. Así que luego pasó todo lo que te conté en Alghero.

Pero al volver cuando papá tuvo el infarto, Luis volvió a hacerme lo mismo, pero esta vez, yo no estaba en su casa, por lo que me asusté aún más, porque otra vez, me seguía alguien, sabían donde vivía. Uno de los días que

Beatriz salió y yo llegué pronto, me encontré la puerta abierta, y me dejaron una nota en la habitación donde dormía, que ponía: “Ya sabes donde vas a terminar tus días”.

Tú querías saber lo que me dijo Luis en el hospital cuando fue a visitar a papá, ¿no? Pues fue muy cruel diciéndome: “Haré que todos crean que estás loca, el manicomio te está esperando”.

Fui en varias ocasiones a la consulta de la psiquiatra, para pedirle que no siguiera con lo que estaba haciendo, que ella sabía que no estaba loca, y se estaba dejando sobornar por mi marido. Sin embargo, ella sabía muy bien cual era su papel, e intentaba convencerme que realmente estaba mal, que todo era por mi bien...

En una de esas ocasiones ella debió llamar a Luis, o la persona que me vigilaba enviada por él debió decirle donde estaba, porque me esperaba a pocos metros de la consulta.

Me amenazó nuevamente... Lloré Cata... lloré pidiéndole que me dejara tranquila, que no quería estar con él, que buscara a otra persona. Y él me dijo serenamente, que tenía a todas las mujeres que quería, pero que no pensara en divorciarme porque me iba a hacer la vida imposible, y terminaría donde debía estar, y sin que mi familia me ayudara.

Llegó un policía en ese momento y me preguntó si Luis me estaba molestando, a lo que le dije al policía que ya se iba. Y ese policía esperó a que Luis se fuera, para también marcharse.

Después volvió a llamarme Carlos. Ya te dije que me llamó estando en casa de Beatriz. Esta vez estaba en la calle, un buen rato después del encuentro con Luis. Me armé de valor, quería saber a que me enfrentaba.

Fue muy agradable conmigo Cata, y según él estaba preocupado por mí.

Luis lo había puesto al corriente de todos mis problemas mentales, y supuestamente quería apoyarme, quería ayudarme, según él porque te quiere, y yo soy tu hermana. Me pidió que olvidáramos todo lo que había pasado entre nosotros esas últimas semanas, y que me perdonaba, por haberlo engañado para separarte de él. Que ahora entendía todo mejor. Y que vuestra ruptura se la tomaría como un reto, para volver a conquistarte.

Me fui a casa muy agobiada, Carlos había creído a Luis, así que por qué el resto no ibais a hacer lo mismo.

Eso sí, también pensé, que quizás Carlos no era tan mala persona, y lo mismo yo me había equivocado separándoos.

Ya no vivía con Beatriz. Después de ver que habían conseguido entrar en su casa, me asusté por ella. No quería que por mi culpa le pudieran hacer daño. Se había portado muy bien conmigo y no era justo.

Me fui a mi casa, pero dejé que pensarán que la casa estaba vacía, que no vivía nadie en ella.

No dejé de llorar, hasta que decidí que Luis no me iba a ganar, que tenía que recuperar mi vida, mi libertad, y no iba a dejar que me hundiera.

Cuando salí, volví a ver el coche negro que estaba siguiéndome desde el primer día que volvimos a Madrid, y que era el mismo que me había seguido anteriormente cuando le di el ultimátum. Pero esta vez fue más allá, intentó sacarme de la carretera. ¡Cata nunca había tenido tanto miedo en mi vida!. Y no lo soporté más.

Me agobié tanto, pensando que nadie me creería, y que si os hacía pensar que estaba loca, me encerraríais, o él simplemente me quitaría del medio.

Cuando aquel coche me sacó de la carretera, lo que me estaba haciendo saber, era que tenía mi vida, mi futuro en sus manos para hacer lo que quisiera con él.

Si Sofi me hubiera dicho que me estaba contando la última película que había visto en el cine, lo hubiera creído totalmente.

Aquella historia me parecía completamente surrealista.

Todo tenía coherencia, y la secuencia temporal coincidía con las fotos que me habían pasado los amigos de Beatriz. El nerviosismo de la psiquiatra, y su lenguaje corporal me indicaban que escondía algo, pero todo lo que había soltado por su boca mi hermana, daba miedo, mucho miedo.

Le pregunté por qué no me había contado nada, si había tenido el valor para contarme los motivos por los que se lió con Carlos, y parte de sus problemas con Luis, por qué no me contó todo lo demás.

A lo que ella me afirmó que no había estado preparada para contarme algo así, y que aparte tenía muchísimo temor a que no la creyera, y fuera todo aún peor.

Aún así, ella había intentado suicidarse, y no podía fiarme del todo. Aunque la creyera, perdió el control la noche antes, y podía volver a sucederle.

Por lo que llegué a un acuerdo. Le di el beneficio de la duda, pero debía reconocer que el intento de suicidio demostraba que ella no se encontraba

bien del todo. Por lo que le impuse hacer terapia, aunque por supuesto no con la psiquiatra que Luis contrató, pero que sin demora debía inmediatamente ser tratada. Y se quedaría en mi casa hasta que se encontrara con fuerzas o la nueva psiquiatra lo considerara oportuno. Que de momento no se lo diríamos a nuestros padres, a no ser que sucediera algo que lo hiciera inevitable.

Ella aceptó sin más, lo entendió perfectamente. Sólo puso dos condiciones. La primera que la psiquiatra que podía elegirla yo misma, sería una persona desconocida, aunque no tuviera la reputación, que estábamos acostumbradas a buscar, cada vez que necesitábamos los servicios de alguien, y segundo que nadie podría enterarse de aquellas sesiones, para evitar que pudiera llegar a oídos de Luis, y quisiera comprar también a aquella doctora de la mente.

La abracé y no necesitamos hablar más. Sólo le prometí cumplir mi promesa de ayudarla, y no dejar que le hicieran daño.

Puse unas palomitas en el microondas y después de muchos años sin saber quien era mi hermana, volví a sentarme con ella para ver una película comiendo palomitas.

Fue lo mejor en mucho tiempo, había recuperado a mi hermana, y no volvería a perderla.

Antes de irme a la cama vi el otro dossier correspondiente a la familia de Marcus sobre la mesa de mi despacho. Pero estaba muy cansada, y necesitaba dormir algo para poder cumplir con mi día a día en el trabajo, y al día siguiente me esperaba un día lleno de reuniones ineludibles, varios juicios rápidos y pasar por casa para poner al día a papá.

Así que aplacé hasta la tarde del día siguiente la lectura de los documentos que habían investigado Rosa y Jorge sobre la abuela de Marcus.

Estando tumbada en la cama, mandé un mensaje a Marcus, diciéndole que me acostaría pronto, y que estaba deseando que viniera a Madrid para estar con él.

Sonó mi móvil, enseguida pensé que era Marcus respondiendo a mi mensaje, pero no, era Carlos, que no se daba por vencido. En ese momento recordé las palabras de Carlos a mi hermana, como había intentado ayudarla. Irrumpió en mi mente su pedida de matrimonio donde me mostró su parte dulce, sensible y vulnerable, que lo hacían más atractivo ante mis ojos. No soportaba su prepotencia y su soberbia, que habían inundado sus actos hacia otras personas, durante el tiempo que duró nuestra relación. Quizás no

conocía a Carlos lo suficiente, quizás tuviera una parte humana que me había ocultado y que si la llegaba a conocer lo cambiaría todo entre nosotros.

Por primera vez, contesté a su mensaje con un corto mensaje de buenas noches.

El teléfono volvió a avisarme de un nuevo mensaje, esta vez si era Marcus, que con su mensaje me volvió a alegrar el día, y lo llenó de luz : “En tres semanas estaré en Madrid. Te llevaré algunos papeles que he encontrado de mi abuela, aunque hablaremos tranquilamente de ello, y por cierto, acepto tu oferta de vivir contigo durante mi estancia en Madrid, pero ya sabes lo que nos espera... ¡Te quiero chica de los helados!”.

Cerré mis ojos, recordando los maravillosos momentos que viví con él en Italia, quería dormirme con pensamientos que me anegaran de buenas vibraciones, de felicidad, y aquellos días fueron los mejores en mucho tiempo. ¡Que tengas dulces sueños Marcus! ¡que tengas dulces sueños Sofi!... ¡que tengas dulces sueños Cata! ... susurré mientras cerraba los ojos y me dormía.

CAPITULO 19

Aquella mañana estuvo repleta de trabajo, con una reunión al inicio de la jornada, junto al resto de abogados del bufete, varios juicios rápidos, dos reuniones con clientes nuevos, y finalizaciones de trámites de procesos judiciales, además de mucho papeleo acumulado.

A primera hora le pedí a Beatriz que pasara a mi despacho, quería que me ayudara a buscar una buena psiquiatra, pero que no fuera públicamente muy conocida, para que si todo lo que me contó Sofi de Luis era cierto, no pudiera dar con ella y poder sobornarla.

Trabajé sin descanso hasta tarde. Desayuné y volví a comer en la oficina.

Sofi se había vuelto a quedar en casa, pero no me preocupaba por que Ana estaba allí, en su quehacer diario, y con lo servicial que era, seguro que estaba muy pendiente de ella.

Por la tarde, recogería a mi hermana y pasaríamos a visitar a nuestros padres. De hecho llamé a mamá para merendar con ellos.

Las horas pasaron rapidísimo aquella mañana, y volví a casa sobre las 17.30 horas de la tarde.

Sofi había buscado unos vídeos de ejercicios de yoga en casa, y allí estaba ella en mitad del salón imitando los ejercicios que veía hacer a una chica, que parecía ser de goma.

La veía bien. No había salido en todo el día, y según ella, le pidió a Ana que comiera con ella.

—Es encantadora —me dijo —y muy amable. Pero lo mejor de ella es como cocina, Cata. ¡Que calladito te lo tenías! —terminó diciendo mientras se reía y se levantaba de aquella esterilla, que había encontrado entre algunas de mis cosas.

Llegamos a casa de nuestros padres. Mamá estaba peleando con papá porque estaba trabajando otra vez demasiado, y de esa forma no se recuperaría.

Papá por su lado, reclamaba acerca de lo controlado que lo tenía mamá, la cual no lo dejaba hacer nada, sin previamente valorar ella si era conveniente que lo hiciera, o por el contrario podía provocarle un empeoramiento, o incluso un nuevo infarto. Nos llegó a pedir que habláramos con ella para que soltara un poco la cuerda.

Sofi se rió, lo abrazó por detrás, mientras él estaba sentado en su sillón favorito y le susurró: —Papá, es tu mujer, no nos meteremos, que si no pillamos repaso. Además, ya la conoces, dará igual todo lo que le digamos, porque está empeñada en ser tu enfermera particular, y no dejará que la contrariemos. Y ya sabes que ella siempre tiene razón.

Lo besó y se sentó cerca de él.

Yo me fui a la cocina con mamá que estaba supervisando la merienda.

Ahora que papá no podía comer determinados alimentos, los magníficos postres reposteros desaparecerían de las estupendas meriendas, con los que durante años nos habían deleitado en aquella casa. Los dulces serían sustituidos por fruta de temporada, y por la nueva moda de los smoothies de frutas y leche, eso sí, desnatada, y por supuesto ya fue olvidado el azúcar que sustituyó por el mejor edulcorante de todos los tiempos, la estevia, por lo que había leído en unos artículos interesantísimos de mente y cuerpo saludable.

Con un gesto que ella vio, pedí a la asistenta que saliera de la cocina. Quería hablar con mamá sobre Carlos, y necesitaba intimidad.

—Mamá quiero hablar contigo, con respecto a Carlos y la boda.

—¿Y bien?, sólo espero que no seas una inconsciente.

—Verás, no va a haber ninguna boda, o por lo menos la mía con Carlos no se va a celebrar.

—¡No digas tonterías! puedes estar enfadada, porque Carlos ha metido la pata, pero recuerda que errores cometemos todo. ¡Cata, es un buen hombre, con un futuro prometedor, y te quiere, te quiere mucho!.

—El problema mamá, es que me he dado cuenta de que yo no lo quiero, y que casarme con él sería un error. Además he conocido a alguien con quien he descubierto emociones y sentimientos que nunca antes había sentido. Probablemente esa relación no llegará a ningún sitio, pero me hizo darme cuenta, de que lo que sentía por Carlos no era amor verdadero.

—Mira cariño, la vida no es un cuento de hadas como te contaba tu abuela. La realidad es otra muy diferente. Voy a hacer como que no he escuchado nada de suspender la boda, a lo sumo la aplazaremos unos meses, en los que sentarás nuevamente tu cabeza. Recapacitarás sobre este tema, y podrás olvidarte de esa persona que supuestamente, ha hecho que veas estrellas fugaces, y no se hable más. Cata, no voy a dejar que echas por la borda todo lo que durante años he hecho de ti. Una mujer que no sólo puede cuidarse de sí misma, sino que sabe relacionarse con las personas adecuadas

para avanzar, y llegar muy lejos, y que sigue un camino recto que la llevará a ser aún mejor.

—Pero mamá ser mejor no es...

—Cata, ¡shushushu! —me calló. —Comienza a dolerme la cabeza. En varias semanas esta conversación será otra, te conozco y aunque de vez en cuando intentas salirte del tiesto, vuelves a enderezar tu camino al final...

Salió de la cocina, dejándome aún peor de como había entrado en aquella habitación. ¿Qué pasaba con mi madre? ¿no era capaz de entender que el amor era algo importante en la vida de una persona? ¿no se casó con papá enamorada? ¿cómo había llegado a ser tan sumamente fría, incluso cuando su hija le estaba afirmando con rotundidad, que no amaba al hombre con el que quería anular sus planes de boda?. Le había dicho que había sentido algo tan maravilloso y mágico con otra persona, y me desarmó de una manera aplastante, dándole la máxima insignificancia. Recordé a Bernardino, “Algo debió pasarle a tu madre para cambiar tanto ..., y además no es feliz...”.

Estuve hablando con papá sobre la situación del bufete, nuevos clientes, juicios llevados a cabo en los últimos días, procesos finalizados, etc... Se le veía satisfecho.

—¡Esa es mi niña!. Eres una gran abogada capaz de dirigir el bufete. Me tienes impresionado, aunque en el fondo sabía que eras capaz —sentenció.

El resto de la merienda pasó sin mayores incidencias, terminando pronto, ya que mamá decidió que papá tenía que descansar. A lo que él se resignó.

Volvimos a casa. Sofi se fue a su habitación para descansar, ya que todavía se encontraba muy cansada, algo que sólo lo disimulaba el maquillaje.

Yo decidí que era hora de leer el informe sobre la familia secreta de Bernardino, quiénes eran sus abuelos, a qué importante y adinerada familia de Barcelona pertenecía...

Me senté, me serví un vaso de té de melocotón frío, y comencé a leer aquellos documentos.

Conforme avanzaba en ellos más pasmada me quedaba.

Al terminar de leerlo, me quedé allí sin saber que hacer. Aquello cambiaba mucho las cosas. Y tendría que decirle a Marcus que había fotografiado los papeles personales de su abuela, usurpando su intimidad de

una manera sumamente inmoral, para poder contarle todo aquello.

Ya decía yo que me sonaban los apellidos de soltera de su abuela, y como me temí aquella foto que encontré en internet, en cierta manera ya me habían dado la respuesta días antes, pero cerciorarme de ello, saber que aquello era verdad, era muy diferente.

Por lo menos cumpliría la promesa que le había hecho a Marcus de no sacar a la luz la información que encontrara, sin antes hablar con las dos partes, y que él pudiera decidir si seguir adelante y hablar con su padre o dejarlo en el olvido, siguiendo su vida sin mayores cambios.

Pero preferí empezar por la otra parte, y dejar en último lugar la conversación que tendría que mantener con él. Sólo faltaban un par de semanas, y lo haría personalmente, mirándolo a los ojos, reconociendo mi error, y dándole la familia que durante años había estado ausente en la vida de María y que nunca estuvo al lado de su padre, de sus tías, de su hermana, y de él.

Cogí el teléfono y llamé a Barcelona:

—Buenas noches. Quisiera hablar con Doña Juana, soy Catalina.

—Un momento por favor... —contestó la chica de servicio.

—Catalina, ¿qué sucede cariño? ¿va todo bien?. Ya me ha informado mi nieto Carlos que estáis pasando una mala racha, pero que él tiene muy claro que eres la mujer de su vida y te quiere conquistar de nuevo. Bueno dime, que puedo hacer por ti. Soy una vieja cotorra... —reía.

—Verás no sé como decirle esto. Pero he descubierto algo que podría interesarle. Es sobre tu hermana María.

Durante unos largos segundos el silencio invadió aquella línea telefónica que unía Madrid y Barcelona.

—No sé que has encontrado, Cata; pero creo que estás confundiéndote.

—Sé muy bien lo que me digo. María era su hermana, murió hace unos años. Su padre la echó de casa, al quedarse embarazada de un pobre chico italiano que se dedicaba a la pesca, y creó en Italia su propia familia, lejos de su familia de origen.

—Creo que deberíamos vernos..., estoy pasando unos días como bien sabes aquí en mi casa de Barcelona. ¿Podrías venir mañana por la tarde?, te saco el billete de avión yo misma. Y por favor Cata, no hagas ninguna tontería, no comentes nada de esto con nadie, no sin antes hablar conmigo...

—De acuerdo. Nos vemos mañana, y no hace falta que me consiga el

billete, lo buscaré yo misma.

Hablé antes de acostarme con Sofi, le dije que al día siguiente tendría que realizar un viaje de trabajo urgente. Que saldría por la tarde después de pasar la mañana en la oficina. Y que como no pensaba dejarla sola, le pediría a Ana que se quedara con ella hasta mi vuelta.

Ana aceptó quedarse ese día en casa con Sofi, para atenderla si la necesitaba.

Llamé a Beatriz tras reservar mi tarjeta de embarque destino Barcelona, para que supiera que había leído el informe de sus amigos sobre la familia de Bernardino, y que viajaría a Barcelona, con la intención de continuar con aquella investigación por mi cuenta.

Y volví a llamar a Doña Juana, para hacerle saber la hora a la que había reservado mi vuelo. No me parecía bien, invadir su vida personal, y personarme en su casa sin previo aviso. De esa manera, tendría una idea aproximada de la hora a la que la visitaría.

Llegué a Barcelona a las 18.40 horas, y para mi sorpresa, un chofer que trabajaba para la abuela de Carlos me estaba esperando en el aeropuerto.

Llegamos a la mansión donde pasaba algunas temporadas aquella señora de 73 años, que aún se teñía el cabello ya que era muy presumida, andaba con bastón porque los años ya habían causado estragos en sus huesos, pero mantenía un firme matriarcado a pesar de su edad. Aunque poco a poco había delegado cada negocio familiar, siempre estaba informada de cualquier asunto en la que los miembros de su familia estuvieran implicados.

Me hicieron pasar a la zona ajardinada que estaba junto a la piscina, en la que disfrutaba doña Juana de la brisa que esa tarde, paseaba por Barcelona; ... pero no estaba sola... ¿Cómo era posible?, la persona que lo acompañaba era..., ¡no podía ser, no podía ser!...

Mi cara debió ser un poema, al acercarme junto a la mesa donde tomaban un refresco mientras esperaban mi llegada.

Doña Juana se levantó torpemente pero con mucha entereza, me dio dos besos y me saludó. Y dirigiendo su mirada hacia la persona que la acompañaba dijo: —Vosotras ya os conocéis, ¿no?.

—¡Buenas tardes Catalina!, no creía que nuestro siguiente encuentro sería en esta casa.

—¡Hola Antonella!, yo sí que jamás hubiera imaginado, ni en un millón de años, que me encontraría contigo aquí, acompañada de la familia secreta

de tu marido.

—Bien sentémonos, tenemos mucho de lo que hablar, por lo que parece —sugirió con cierto tono de autoridad Doña Juana.

Durante aquella entrevista, la abuela de Carlos, me hizo contarle lo que había averiguado. Aunque aquel dossier que me habían entregado los amigos de Beatriz, simplemente relacionaban a María como hermana de Doña Juana, y me habían enviado recortes de periódicos de la época en la que María aún vivía con sus padres.

Fue entonces cuando la tía de Bernardino empezó a contarme la historia de su familia, incluida su hermana María.

Ella era la pequeña de las dos, y cuando todo sucedió sólo tenía 13 años ya que se llevaba casi 4 años de diferencia con su hermana.

—Mi hermana María era una persona muy especial y carismática, además de muy buena y bondadosa. Aunque también tenía su carácter. Nuestro padre la adoraba. Era su ojito derecho. Nunca veía mal nada de lo que ella hacía. Tuvimos una infancia llena de lujos a pesar de la hambruna que en aquella época azotaba España. Mis padres venían de una larga saga de familias adineradas, por lo que nunca conocí otra vida.

El verano que todo lo cambió, mi hermana no se portaba igual con mi padre, estaba distanciada. Y mi padre aunque intentaba acercarse a ella, parecía bastante enfadado.

Después de aquellas vacaciones, todo empezó a ser muy diferente en casa. María se volvió contestona, faltaba el respeto a mi padre, y mi madre que era una mujer de carácter débil, se veía incapaz de solucionar aquellas trifurcas familiares.

Yo por mi parte no entendía nada. Y por más que preguntaba nadie me contaba nada.

Una noche mi madre se enteró por mi hermana de su relación con Favio, el chico pescador, del que su hija María se había enamorado ciegamente. Y al poco tiempo descubrieron que esperaba un hijo de él.

Nuestra madre reunió todo el valor que pudo para contarle la situación a papá, del cual esperaban una tajante reprimenda, sin saber las consecuencias de semejante enfado.

Pero la consternación se apoderó de mi madre y mi hermana, cuando mi padre, sin hacer la más mínima dramática e intolerante escena ante ellas, por la deshonra que su hija había hecho a su familia, fríamente decidió que la

mandarían a un convento que se encontraba a las afueras de Barcelona, antes de que su estado se llegara a notar, para que allí diera a luz a su bebé. Mientras mi madre simularía un embarazo, para posteriormente hacer pensar a todo el mundo que aquel hijo procreado fuera del seno familiar, no fuera repudiado por absolutamente nadie. Y sería criado en la más impoluta de las riquezas, disfrutando de los beneficios de ser considerado un hijo más.

Al principio mi hermana estuvo de acuerdo, aunque cuando se fue acercando la fecha, y aquel hijo se arraigó en su vientre, empezó a dudar de querer llevar a cabo el plan ideado por mi padre.

Ella recordaba a Favio, lo echaba de menos, e imaginaba a cada momento, como sería criar a aquel hijo de ambos juntos. Pudiendo hacer de padres del mismo.

Durante ese tiempo, todos los días había peleas entre ellos. Mi padre llegó a decirle que sobre su cadáver una hija suya se casaría o mantendría una relación de carácter oficial con un don nadie. Le echó en cara su inmadurez, su desobediencia, y su falta de amor hacia su familia, provocando con esa actitud un gran cisma familiar.

La noche antes a la que mi hermana debía partir hacia el convento, fue a hablar con él. Pensaba hacer las paces, aunque en los meses siguientes a su parto, volvería a intentar hacerle ver, que amaba a ese joven, y que con su aprobación o sin ella buscaría a Favio, le haría saber que tenía un hijo suyo, y se casarían.

Pero mi padre estaba reunido con dos hombres más aquella noche. Así que mi hermana esperó tras la puerta, sin que ninguno de los presentes en aquella sala, supiera que ella estaba escuchando la conversación.

Su cara se desencajó, al escuchar lo que decían. El padre que ella tenía en un pedestal, a pesar de sus riñas constantes en las últimas semanas, se había hecho añicos. Llevaba en la mano, un taza de té que se le resbaló, al quedar turbada con lo que acababa de escuchar. En ese momento aquellos tres hombres dejaron de hablar. Y mi padre abrió aquella puerta. Mi hermana inmóvil lo miró a los ojos llorando, él la sujetó fuerte de los brazos, y mientras la zarandeaba le preguntaba desde cuando llevaba detrás de la puerta, y su respuesta fue el fin de todo lo que habíamos conocido hasta ese día: —El suficiente para saber quien eres..., el suficiente.

—María tendrás que aprender antes de tiempo, por ser una entrometida que espía a su propia familia, y no la respeta para nada.

La encerró en su habitación bajo llave. Mi hermana lloraba y lloraba sentada en el suelo apoyada en la pared justo al lado de la puerta.

De repente la puerta se abrió sigilosamente. Era mi madre, que había escuchado y visto todo escondida, y sabía que María jamás aceptaría las cosas que hacía su padre, y que no querría tener a su hijo bajo el techo de la misma casa en la que alguien como su padre vivía.

Le dio una cantidad de dinero suficiente para comprar su pasaje a Italia, y algo más para poder subsistir durante una temporada. La animó a marcharse en busca de su amor. Pero sobre todo la alentó a irse por el miedo de que la furia de mi padre, pudiera llegar a niveles insospechados, llegando a hacer daño a su propia hija, o al bebé que esperaba, si ésta se revolvía contra él.

Mientras escuchaba a Doña Juana, mi mente divagaba pensando en como el destino puso a Bernardino y su familia en mi camino, en el momento adecuado y en el lugar correcto.

Y era curioso como el azar jugaba sus cartas, creando paradojas, como la que estaba viviendo, en la que me había enamorado como una adolescente del primo de mi prometido.

Pero tenía muchas dudas, sobre todo, qué hacía Antonella allí, como había conocido a la tía de su marido, qué relación había entre ellas, y cómo lo había mantenido oculto todos estos años.

Porque estaba claro que Marcus no sabía nada, y por lo poco que pude conocer de Bernardino, él tampoco sabía nada, o eso creía yo. Y no me iba a ir de allí sin tener resueltas todas mis preguntas.

CAPITULO 20

Se hizo el silencio al aproximarse la empleada para preguntar si deseaba tomar algo. Pedí que me trajeran lo mismo que a mis contertulianas, un refresco bien frío, a ser posible con dos cubitos de hielo, porque a pesar de la brisa que hacía aquella tarde, el calor propio del verano seguía haciéndose sentir.

Una vez se alejó en busca del refrigerio, inicié nuevamente la conversación. Dirigiendo mi mirada, en este caso, hacia Antonella a la que le pregunté:

—¿Y cómo es que estás aquí? ¿desde cuándo conoces a la familia de tu suegra?, y sobre todo, ¿por qué ambas y sobre todo tú, siendo la esposa de Bernardino, le ocultas algo de este calibre?

Doña Juana volvió a tomar la palabra:

—Nunca dejamos de tener contacto con mi hermana. Mi madre, siempre supo donde vivía, cómo iban aconteciendo sus vivencias, y en algún momento llegó a ayudarla.

Cuando mi hermana María salió aquella noche por la puerta, decidí decir que su padre la había echado de casa por haber quedado embarazada. Buscó a Favio, y comenzó una nueva vida.

En casa, mi padre se sintió tan dolido y humillado, que decidió no querer saber más de aquella hija, que lo había abandonado, lo había juzgado y lo había sentenciado con su huida. Así que determinó que aquella noche su hija había muerto para él.

Pero mi madre aunque nunca hizo frente a mi padre, por que siempre había sido una persona sumisa, y con dificultades para mantener una confrontación con cualquier persona, no quiso perder del todo a su hija mayor. Así que la buscó a escondidas de mi padre.

Aunque las visitas a María fueron en muy contadas ocasiones, siempre estábamos al tanto de todo.

Mi madre me hizo cómplice de aquello, y me enseñó a amar a mi hermana aunque permaneciera ausente.

También le ofreció dinero a mi hermana, ya que decidió que la mantendría a pesar de mi padre, pero sin que él lo supiera.

Sin embargo, se negó rotundamente, no quería el dinero de su padre, aunque tuviera que pasar penurias, y trabajar duro para mantener a sus hijos.

En este aspecto mi madre ganó a medias la batalla, ya que afirmó que ella también tenía una herencia, con la que ayudarla, y que no tenía nada que ver con mi padre.

María aceptó a medias y a regañadientes. Pero cuando su hijo conoció a Antonella, y decidió pasar 5 años en altamar para poder comprar una casa y formar su propio hogar, aceptó el dinero de nuestra madre, e igual lo hizo con sus otras dos hijas. Aunque realmente fueron las únicas veces que se dejó ayudar económicamente.

Lo que siempre tuvo claro es que no quería volver a saber nada de su padre, y mucho menos que sus hijos estuvieran cerca de él.

Cuando nuestra madre estaba a punto de morir, en su lecho de muerte me hizo jurarle que jamás abandonaría a mi hermana, que seguiría manteniendo ese mínimo contacto con ella, y la ayudaría cuando lo necesitara, completamente a expensas de papá. Al que ya también las fuerzas,

y los años le hicieron ceder su trono, a la única hija que él reconocía como tal, es decir a mí. Y a la cual había formado, para que con el marido que se eligió para ella, dirigiera aquel gran imperio.

Mi madre para asegurarse, y teniendo en cuenta la descendencia que María había tenido, dejó varios testamentos pendientes de abrir cuando llegara el momento. Y aquellos que no llegaran a abrirse pasarían a los descendientes de sus beneficiarios.

—¿Pero Antonella cuándo supo la verdad?.

Esta vez continuó la conversación Antonella: —Cuando María enfermó a causa de una enfermedad a una edad ya considerable y sabía que le quedaba poco tiempo de estancia en este mundo, decidió contarme todo lo concerniente a su familia de Barcelona. Una mañana en la que Bernardino salió con el taxi, y sus hijas y yernos no se encontraban presentes. Me contó cada detalle, cada suceso..., necesitaba al igual que su madre hizo con su hija doña Juana una continuidad, alguien que mantuviera ese cordón umbilical.

Me presentó a su hermana, y me enseñó español, para que en caso de tener que comunicarme con la tía de Bernardino por algún motivo de vital importancia, no tuviera ninguna barrera de comunicación. Pero también me hizo jurarle que a no ser que fuera estrictamente necesario sus hijos, y los hijos de sus hijos, no se relacionarían con ellos, como había sucedido durante todos esos años, en los que desde su marido hasta sus hijos, e incluso sus nietos, habían estado al margen y con un completo desconocimiento, acerca de este asunto.

Hoy estoy aquí, porque Doña Juana, me hizo venir en su jet privado, ya que habías descubierto algo que podría poner en peligro todo lo que habíamos estado tapando por respeto a María y su otra familia.

Interrumpió la conversación la abuela de Carlos, ya que traían mi refresco. Y continuó ella misma al alejarse la empleada:

—Catalina, nos gustaría pedirte que por respeto a mi hermana muerta, no hicieras público nada de lo que has descubierto, es más, si nos respetas a ambas familias, tampoco le harás saber lo que has encontrado a ninguno de los miembros de la familia que María creó en Italia, es decir, ni a Bernardino, ni a ninguno de sus hijos, incluido Marcus, recalcó. Por el que ya sabemos que tienes cierta predilección.

Es más tengo conocimiento de que vendrá a Madrid, y se hospedará en tu casa. En ese tema no pondré ningún tipo de impedimento siempre que

respeta nuestras peticiones, pero si quiero y esto escúchalo con mucha atención, que si al final Marcus desea quedarse en Madrid, no serás tú quien le busque trabajo, ni quien lo proteja. En ese caso yo como su tía abuela, seré la que mueva de manera anónima los hilos, para que a él no le falte nada, pueda vivir poco a poco en la opulencia, sin que jamás sepa nada, por lo menos hasta que se determine el momento de abrir los testamentos de mi madre, o él o cualquier miembro de su familia quiera conocer sus orígenes, y de manera fehaciente haga la búsqueda. Pero de momento te pedimos que te quedes al margen de todo esto.

Mi vida en los últimos días, había sido de todo menos rutinaria, donde traiciones, persecuciones, posibles sobornos, intentos de suicidio, ataques de corazón y no olvidemos un posible embarazo, colmó mis aburridos días de antaño, llenos de monotonía, en un sin vivir de situaciones totalmente enrevesadas, que parecían sacadas de una novela de intriga.

Decidí aceptar lo que me pedían, porque aunque pensaba que Marcus debía saber la verdad, tenían todo el derecho de ser ellos quienes se la hicieran saber, si llegaba el caso.

Doña Juana me invitó a pasar la noche en su casa, a lo que acepté porque estaba agotada. Saqué un billete para el primer vuelo que salía por la mañana. Su chofer volvería a llevarme al aeropuerto.

Antonella por su parte, partía para Alghero esa misma noche, en el avión privado de la familia de doña Juana, ya que supuestamente ella sólo había ido a visitar a un familiar enfermo al sur de Italia.

Nos despedimos, pero antes de irse, me dejó caer: —No hagas sufrir a mi familia. Tú lo has tenido todo en esta vida. Quizás para ti mi hijo sea un capricho del que luego te aburras, y continúes con tu camino como lo tenías previsto hasta antes de conocerlo. Pero sobre todo, no destruyas lo que para él significa una buena familia, porque lo destrozarías. Permite que las cosas fluyan, que si han de suceder sucederán, pero si no que no muera en ello.

Pero ocurrió algo que volvió a descuadrarme, sin que Doña Juana se diera cuenta, al darme dos besos en mis mejillas me dijo en voz muy baja, casi inaudible: —Por favor cuida de Marcus, no dejes que le hagan daño.

A la mañana siguiente volví a casa, no me había dado cuenta de que ya era fin de semana, y no iría a la oficina, pero además no pensaba trabajar. Ya que estaba mi hermana en casa, y quería disfrutar de esos dos días para nosotras dos.

El sábado lo pasamos tranquilas las dos, hasta que por un momento el sabor amargo de saber que tienes algo importante pendiente, y que quizás la respuesta no sea la que quieres conocer, apareció por mi mente. Tenía que saber si estaba embarazada. Por que si realmente lo estaba, tendría que contárselo a Marcus cuando llegara a Madrid.

Mi hermana Sofi quiso estar a mi lado, apoyándome en un momento tan importante y a la vez tan tenso.

Leí el prospecto de cómo tenía que realizar la prueba, ya que era la primera vez que lo hacía. Y entré en el baño.

Cuando salí, nos sentamos en el salón de casa con el test de embarazo delante nuestra. Apareció muy marcada la primera rayita. Si aparecía una segunda mi vida dejaría de ser como había sido hasta ahora.

No podía mirar, y con los nervios a flor de piel me levanté de aquel sofá, y comencé a decirle a Sofi: —¡Por favor Sofi dímelo tú!... ¡no puedo mirar, no tengo el valor para mirar!.

Mi hermana cogió el test, se levantó y se acercó a mí, diciendo: —Ya ha pasado el tiempo, tenemos el resultado.

Por un momento le dije que no me lo dijera, que no estaba preparada para oírlo, pero enseguida, volví a pedir todo lo contrario.

Mi hermana al ver tal estado de nervios, que jamás había visto en mí, me dijo:

—Tranquila Cata, no estás embarazada. Tendremos que celebrarlo.

Hubo una respiración profunda, que tenía un sabor agridulce, que no llegaba a comprender.

Yo no quería estar embarazada, no era el momento. Y siempre he querido decidir junto a mi pareja cuando ser padres. Ya que yo consideraba que era un paso demasiado importante, como para tomárselo a la ligera.

Siempre que me habían preguntado, sobre todo al ser público mi compromiso con Carlos, al respecto de tener hijos, decía que sólo tendría hijos cuando mirando uno de los rinconcitos de mi casa, echara en falta una cuna. Pero en el fondo, el verme embarazada de Marcus, el tener una personita dentro de mí, surgido de una gran pasión me parecía algo muy romántico.

Quizás mi reloj biológico me estaba recordando simplemente que estaba acercándose el momento de ser madre. Aunque para ello y por mi forma de pensar y de ser, preferiría que se dieran una serie de condiciones, en las que

era importante mantener una relación formal, y sobre todo tener el consentimiento del padre para querer formar una familia.

Nos arreglamos para salir de marcha, como mi hermana había dicho, teníamos algo que celebrar. La última vez que salí a bailar fue con Marcus y fue una noche maravillosa, y los recuerdos de salidas de marcha con mi hermana se remontaban a la época universitaria. Ya que ella aunque no estudió una carrera, no se perdía una fiesta por nada del mundo.

Fuimos a un reservado en uno de los sitios de moda de Madrid, estábamos bailando, y tomando unas copas. Cuando de pronto noté como alguien me agarró por la cintura y me hizo girar.

En ese giro, acabé delante de Carlos, que se puso a bailar conmigo. Algo que no era muy normal en él. Ya que solía quedarse en las zonas de los reservados hablando de negocios, y hacía que las veladas estuvieran abarrotadas de puro aburrimiento. De pronto estaba delante de mí bailando y encima no lo hacía mal. Venía acompañado por Roberto un amigo en común, y estuvimos bailando y charlando muy animadamente los cuatro.

Tras un buen rato en la pista de baile, fuimos al reservado. Roberto se sentó con Sofi, que pasaron el rato conversando, ya que ambos se conocían incluso del instituto, y siempre habían tenido muy buena relación de amistad.

Carlos por su parte se sentó muy pegado a mí, me hablaba muy tranquilamente. De una manera dulce, sin agobiarme, ni tratar de imponerme sus ideas como solía hacer. Lo que más me llamó la atención, y me hizo pensar de una manera diferente en Carlos, fue que aunque se acercaba mucho a mí, y me tenía que hablar al oído por el alto ruido de la música, en ningún momento intentó nada, ni siquiera besarme.

Era tarde y noté que Sofi estaba cansada, por lo que le propuse marcharnos a casa. Sofi quiso ir al baño, y Roberto fue a saludar a un compañero de trabajo, que había visto. Por lo que Carlos y yo nos quedamos los dos solos. Fue cuando después de toda la noche, me dijo: —Es una lástima que te vayas, podríamos seguir pasándolo muy bien juntos — sujetando mis manos.

Yo le contesté: —Sofi está cansada, y a mí me apetece ya volver a casa. Quien sabe si otro día volvemos a coincidir.

—Ojalá sea así, me lo he pasado muy bien esta noche.

Discretamente acercó sus labios a los míos.

Yo días antes hubiera apartado mi cara, pero había algo que me hizo dejar

que aquello sucediera. Carlos me besó con ternura, y yo le respondí de la misma forma.

Enseguida me aparté de él. Él sonrió y declaró que había sido el mejor premio de aquella noche. Que ahora más que nunca no se rendiría conmigo, porque sabía con certeza que se casaría conmigo.

Pero ese beso encerró algo más en mí, que no llegué a decirle aquella noche, porque justo cuando iba a hacerlo, apareció mi hermana.

Nos despedimos pero esta vez con dos besos en la cara, y salimos de aquel local.

CAPITULO 21

El domingo transcurrió con normalidad. Necesitábamos, tanto Sofi como yo tranquilidad, algo de lo que andábamos escasas durante una buena temporada.

A media mañana sonó el timbre, y Ana apareció en el salón con un gran ramo de rosas, una cajita negra y lazo plateado, y una tarjeta. Me la entregó, diciendo que era para mí.

Sofi sonreía, y dijo: —Parece que mi hermanita como siempre vuelve a triunfar.

A lo que yo algo nerviosa respondí:

—¡Cállate Sofi!, no te burles de mí.

—Pero si no me burlo, realmente me alegra que dos hombres te deseen y te amen con tanta intensidad. Pero en algún momento tendrás que elegir. Porque por lo que vi anoche, con Carlos no está todo terminado, y Marcus viene en una semana y pico ¿no?. Bueno lee la nota, y abre tu regalo, que estoy deseando cotillear.

Leí la nota: “Lo de anoche fue increíble, estoy deseando repetir. Besos princesa”.

Abrí la caja. En ella había una colgante en forma de corazón, con piedrecitas preciosas incrustadas, junto a los pendientes a juego. Eran preciosos.

Dejé todo dentro de la caja, que coloqué en mi habitación.

Las flores pedí a Ana que las colocara en un jarrón con agua.

Y terminé diciéndole a Sofi que no quería hablar del tema.

Por la tarde visitamos a nuestros padres, y cenamos en un restaurante cerca de casa.

Durante los siguientes días parecía que la calma había por fin llegado a

nuestras vidas.

Beatriz me dio el nombre de varias psiquiatras que no tenían consulta en Madrid capital, y que no pertenecían al círculo donde nos solíamos mover.

Escogimos Sofi y yo una, y comenzó su terapia. De la cual salía bastante contenta. Yo la acompañé la primera vez, pero luego dejé que fuera ella sola, eso sí, siempre estaría informada por la terapeuta de los progresos o empeoramientos, y de cualquier cosa que considerara necesario que yo debiera saber como familiar directo y cuidador de la paciente.

Mi padre fue recuperando fuerzas, y ya salía a dar largas caminatas con mi madre, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

Yo recibía regalos continuamente de Carlos, pero no lo volví a ver durante ese tiempo porque estaba en un viaje de negocios importantísimo.

Pero lo mejor de todo es que quedaban pocos días para que Marcus llegara a Madrid. Estaba deseando verlo, teníamos muchas cosas de las que hablar. Además, tendría la oportunidad de comprobar por mí misma, si lo que habíamos vivido en Alghero había sido producto de las circunstancias o seguía viva la pasión, y los sentimientos que afloraron durante aquellos días.

Marcus me comentó que su empresa le había comentado que había problemas con los billetes de avión, que no tenían una fecha concreta, y que hasta última hora, no sabría exactamente cuando saldría de Italia con destino mi cuerpo.

Todo parecía fluir con serenidad tanto en el trabajo, como en casa, hasta que una tarde que yo había salido sola, al regresar a casa encontré a Beatriz hablando con Sofi, algo que no era raro, porque desde que compartieron piso se habían hecho amigas, y en algunas ocasiones se telefoneaban, o incluso habían quedado para tomar algo. Lo extraño fue que cuando entré en el salón que era donde se encontraban, ambas se callaron, pero lo más curioso fue la cara que tenía mi hermana, algo había pasado, algo le había contado Beatriz a Sofi, que le afectó.

Si algo tenía Sofi era su expresividad. Por mucho que ella quisiera ocultar lo que sentía o pensaba de algo, su cara siempre la delataba.

Sin andarme con tapujos, les pregunté:

—¿Qué ha pasado ahora? ¿qué pasa, Sofi?.

—Nada Catalina, no pasa nada. Beatriz ha venido a charlar un rato conmigo mientras tomábamos un café.

—¡Sofi, no me engañas, te pasa algo! ¡Y te exijo que me lo digas!.

—Cata, he estado hablando con Beatriz, y me voy a ir con ella a su casa, el tiempo que Marcus esté aquí contigo.

—No tienes que hacer eso. Esta casa es lo suficientemente grande como para que estemos los tres y ni siquiera nos encontremos. Y yo prefiero tenerte cerca, porque de esa manera puedo protegerte.

—Lo he decidido Cata, me voy con Beatriz. Y cuando Marcus se vaya, volveré.

—De eso tendremos que hablar luego.

—Por mi parte no hay ningún problema, yo estaré pendiente de lo que necesite. Y ella sabe que mi casa la tiene a su disposición —afirmó Beatriz.

—Disculpa Beatriz, sé que tu intención es buena, pero creo que es razonable mi postura.

—Mejor habladlo entre vosotras antes. Aunque ya sabéis que por mi no hay ningún inconveniente. —Insistió Beatriz.

—Mira Cata, ya lo he decidido. ¡Que te estás pareciendo a mamá! —increpó Sofi.

Yo enfadada por el comentario, le repliqué: —Tranquila, puedes irte cuando quieras, que yo no soy mamá. Si me disculpáis. —Y salí del salón.

Al día siguiente mi hermana se fue a casa de Beatriz. Yo no volví a decirle que se quedara conmigo, me había molestado mucho esa falta de gratitud, que me hizo sentir al compararme con la intolerancia de nuestra madre.

Ese día estaba nerviosa, Sofi se había ido y no podía saber si estaría bien, o pasaría algo malo con ella. Marcus tenía que llamar y no lo hacía para confirmar su vuelo al día siguiente. Y Carlos me llamó para vernos por la tarde en mi casa.

Confirmé con Carlos nuestra cita por la tarde en mi casa. Aprovecharía para hablar con él. Tenía que aclarar muchas cosas, para las que era necesario un encuentro en un sitio más íntimo. La oficina, o cualquier lugar público, no me parecía el sitio más idóneo para ello.

Llegué a casa, y recogí todos los documentos que tenía sobre la mesa de mi despacho en los que había trabajado las últimas noches. Y debajo de ellos encontré los archivos de las investigaciones sobre la psiquiatra y la familia de Bernardino, que los guardé en el primer cajón de mi escritorio, que siempre tenía bajo llave.

Mi intención era llevarlos un día a la oficina y hacer una copia de todo

aquello en el ordenador del trabajo, guardarlo en una carpeta encriptada, por si surgía algún problema y los llegaba a necesitar, para luego dejar los originales a buen recaudo en mi caja fuerte.

A Ana le di unas vacaciones sorpresa, tras haberle pedido que llenara el frigorífico e hiciera una limpieza a fondo. Ya que Sofi se había ido voluntariamente y contra mi voluntad, pensé que no estaría mal, tener la casa para los dos solos.

Sonó el portero y allí estaba Carlos, con otro gran ramo de flores. Le abrí. A los pocos minutos sonó el timbre de la puerta.

Entró eufórico, me ofreció el ramo de flores, y sin yo esperarlo me besó en los labios.

No supe reaccionar durante unos segundos, después de los cuales lo invité a pasar al salón, donde estaríamos más cómodos para conversar y aclarar nuestra situación.

Nos sentamos, y él se aproximó a mí para volver a besarme. Pero en ese momento poniendo mi mano en su pecho lo detuve. Y comencé: —Carlos tenemos que hablar, por eso acepté que vinieras a casa.

—Por supuesto que tenemos que hablar. Te daré el tiempo que necesites, pero sé que tu corazón está volviendo a sentir algo por mí. Lo descubrí la noche en la que nos vimos en la discoteca, y lo veo en tu mirada, en tus ojos que brillan por haberme visto, y eso sólo puede significar que estás enamorada de mí.

—Verás Carlos, lamento decirte esto. Pero mis ojos brillan porque Marcus llegará mañana de Italia.

La noche que estuvimos bailando en la discoteca, conocí a un Carlos que jamás había conocido antes. He podido descubrir que eres una bella persona en el fondo. Que no eres tan prepotente y controlador, pero sobre todo, que tienes un lado humano que me encanta.

Pero aquel beso que nos dimos significó algo para ti, y algo para mí. Pero algo distinto para ambos.

Ese día me di cuenta por fin, que a pesar de conocer tu lado más humano, aquel Carlos que quizás anteriormente me hubiera hecho beber los vientos, en estos momentos, sólo me hacen sentir cierto cariño.

No siento un hormigueo en mi estómago, ni ese nerviosismo tonto al tenerte cerca. No me rompo en mil pedazos cuando me tocas. Eso sólo lo he sentido con Marcus.

No sé qué pasará con él, pero quiero que Marcus y yo podamos tener una oportunidad.

Y hoy he aceptado tu proposición de vernos aquí, porque tengo que devolverte todos y cada uno de los regalos que me has hecho estos días que has estado de viaje, ya que no pudimos hablar antes, y tú seguías ilusionado con el beso de aquella noche.

A Carlos se le cambió la cara, volvió a mostrar su frialdad, su egocentrismo, y su posesividad y continuó: —Creo que no lo entiendes Cata, ¡serás mía o de nadie más!.

Justo en ese instante el timbre de la casa sonó. Eso era raro, porque no habían llamado al portero de fuera.

Cuando abrí la puerta me encontré a Marcus, que había llegado y sólo exclamó: —¡Sorpresa! —y levantándose por los aires, me besó apasionadamente, de tal manera que me derretí, como solía pasarme cuando estábamos en Alghero.

—Pero que haces aquí, ¿no venías mañana?

—Es que a última hora me dieron los billetes, y como me habías dado ya tu dirección, pensé que sería más emocionante darte una sorpresa.

Sonreí. — Pues me la has dado. Me alegra que estés ya aquí.

De pronto, se escuchó a Carlos, decir:

—¡Princesa, te estoy esperando!. Dile a quien esté en la puerta que vuelva más tarde y sigamos donde lo hemos dejado.

Marcus me miró sorprendido, y sin darme tiempo a explicarle nada, Carlos se acercó a la puerta en calzoncillos, diciendo:

—Volvemos a vernos, ¿qué haces aquí? ¿Cata no te ha dicho que volvemos a estar prometidos?. Vamos Cata, te dije que era mejor que se lo dijeras antes de que viniera, porque vaya cara se le ha quedado al pobre chico.

Marcus mostraba en su rostro incredulidad, decepción, y rabia: —¡Que tonto he sido!, pensaba que tú eras diferente, pero ya veo que eres lo que eres.

Se dio la vuelta, y salió de allí a paso rápido.

Yo lo seguí pero no logré alcanzarlo, sólo tuve la oportunidad de decirle: —¡No es lo que parece! ¡déjame explicártelo todo!.

Pero Marcus se desvaneció en el atardecer, sin tener la ocasión para desenredar el ovillo que Carlos había liado por que simplemente, había vuelto a salir su verdadera personalidad.

Volví a casa, donde esperaba Carlos, sentado en el sofá en calzoncillos.

Estaba enfurecida, y con toda la cólera que había generado con su actitud, con su mentira..., cuyas consecuencias habían sido que Marcus pensara que yo no lo quería, que me había reído de él, y que había vuelto con Carlos, le chillé: —¡Te odio! ¡te odio desde lo más profundo de mi ser, quiero que desaparezcas de esta casa!. No, es más... ¡quiero que desaparezcas de mi vida!. No sé como pude pensar ni por un momento, que tenías un lado humano, algo que nos podía unir. ¡Eres ruin, mezquino y espero no volver a verte jamás!.

Cogí la caja donde tenía todos los regalos que él durante esas semanas me había regalado, se la di. Y sin darle tiempo a vestirse, cogí su ropa, lo empujé hacia la salida, le tiré la ropa encima, y cerré la puerta con él al otro lado desnudo.

Comencé a llamar al móvil de Marcus, que no lo cogía. Le dejé varios mensajes, en los que le decía que todo aquello que había sucedido tenía una explicación, que entendía que estuviera enfadado pensando que lo había traicionado con Carlos pero que aquello no era verdad.

No contestaba ni a las llamadas, ni a los mensajes. Hasta que sobre las 21 horas de la noche, recibí un mensaje de Marcus en el que escribía: “No tienes que darme ninguna explicación, simplemente tú y yo tuvimos un affaire en Italia, y no somos pareja ni nada. Las explicaciones sólo se las tienes que dar a tu futuro marido, siento haber aparecido sin avisar. Pero me alegra haberlo hecho, por que me has dejado claro cual es nuestra situación sentimental. Buenas noches.”

Estaba destrozada, tenía claro que el beso antes de que Carlos lo estropeará todo, había vuelto a hacer que sintiera mariposas en mi estomago.

El destino se volvía a reír de mí. Me había traído a mi puerta al hombre del que estaba completamente enamorada, y me lo había arrebatado en cuestión de segundos. Como podía haberse dado la casualidad de que Marcus llegara a Madrid, el mismo día que había concertado mi cita con Carlos, y que para más inri coincidieran al mismo tiempo en mi casa.

No dejaba de darle vueltas a cómo podía haber sido tan tonta y haber confiado en Carlos, cuando durante los dos años en los que mantuvimos nuestra relación, había mostrado hacia los demás y delante de mí una actitud de superioridad, manipulando a todo el mundo para conseguir todo lo que él quería o se proponía. ¿Cómo había sido tan boba de dudar sobre mis

sentimientos con respecto a él?. Llegando a pensar, que quizás, si no hubiera aparecido Marcus en mi vida, Carlos y yo podríamos haber tenido otra oportunidad.

Pero estaba claro que Carlos era como era, y nunca cambiaría, sólo me había vuelto a engañar, para engatusarme y conseguir que yo volviera con él. Pero en el fondo seguía siendo el mismo.

Tenía que arreglar las cosas con Marcus a toda costa, y sabía que sería difícil que me creyera después de ver a mi ex en ropa interior en mi casa, pero tenía que intentarlo.

CAPITULO 22

A la mañana siguiente me fui a trabajar como siempre. Le pregunté a Beatriz por Sofi, porque aunque estuviera molesta con ella por su falta de consideración hacia mí, que sólo intentaba cuidarla, me preocupaba mucho después de todo lo que le había sucedido.

¡Uff! Al final iba a tener razón mi hermana y me comportaba como mi madre, porque ese pensamiento era propio de ella.

Beatriz que parece pitonisa, o más bien, que es observadora y llevamos bastante tiempo trabajando juntas, se dio cuenta que no tenía un buen día y estaba muy desanimada.

Primero me hizo saber que Sofi se encontraba bien, pero continuó preguntándome qué me pasaba.

Necesitaba desahogarme con alguien pero la agenda la tenía muy apretada esa mañana, ya que tenía que terminar de revisar unos documentos que estaban pendientes de ser firmados, algo que me llevaría toda la mañana y un par de horas de la tarde.

Además tenía que ir pronto a casa para arreglarme, ya que aquella noche tenía una cena de gala benéfica, que tenía lugar cada año, donde las personas más influyentes del país se reunirían, consolidarían antiguas alianzas, o iniciarían algunas nuevas, y todo lo recaudado sería destinado a una serie de asociaciones dedicadas a personas necesitadas o enfermas.

Le pedí a Beatriz que cuando saliera a desayunar fuera a por mi vestido para aquella noche, y me trajera también el desayuno a mí.

A aquella cena irían mis padres, Sofi y yo. Mi padre ya se encontraba mucho mejor, así que él mismo sugirió a mi madre que sería buena idea asistir a aquella cena, aunque no postergarían mucho su estancia allí, ya que no quería agotarse mucho.

Mi madre aceptó, porque a ella le encantaban ese tipo de reuniones.

Por otra parte Sofi no quiso dejar de asistir, para no levantar sospechas con nuestros padres, y mucho menos escuchar las represalias de mamá por no aparecer en ella.

Llegamos juntos al salón donde tenía lugar el acontecimiento del año, como muchos lo denominaban.

Yo iba con un vestido largo rojo, con la espalda descubierta, y un gran escote, que hacía intuir mucho pero no dejaba ver nada, dando lugar a la

imaginación de cada uno, y una abertura lateral, que llegaba justo a donde tenía que llegar para ser muy sugerente sin llegar a ser ordinario. Unos taconazos negros a juego con mi bolso de mano. Adornos plateados para nada ostentosos. En definitiva como decían muchos de los asistentes a aquella cena, ¡estaba impresionante!

Nos sentamos en la mesa que nos correspondía junto a la familia de Carlos como solía ser cada año desde hace mucho.

Me ubiqué en la mesa de tal manera, que no di opción a Carlos a sentarse a mi lado.

Aquella cena se convirtió en una situación muy incómoda, en la que estuve prácticamente ausente mientras duró.

Tras la cena, pasamos a un gran salón contiguo, donde tendría lugar el baile.

Permanecí al lado de mis padres todo el tiempo.

Mi madre estaba como pez en el agua, y en varias ocasiones me invitó a acercarme a Carlos, pero debió leer algo en mi mirada que la hizo parar, y no volvió a insistir más en ello.

Sofi vio a Luis y su familia que se acercaron a nuestros padres y a ella para saludarnos. Yo le di la mano, cuando vi que Luis se aproximó para besarla, y de manera discreta, intercepté aquella situación, dejando claro que no iba a permitirle que le hiciera nada malo. Luis me besó y me dijo:

—Tranquila que no muerdo, soy vuestro amigo, no vuestro enemigo.

Yo haciendo como que no sabía nada de lo que lógicamente Sofi ya me había hecho conocida, le respondí: —No pasa nada, es que está nerviosa, y sólo quiero que se ponga bien, para que volváis a estar juntos.

Nada más lejos de mi intención. Pero era mejor hacerle creer, que estaba de su parte para ganar algo de tiempo hasta que decidiéramos como enfrentarnos a él.

A la gran mayoría de los asistentes los conocíamos, sucediéndose multitud de encuentros y conversaciones todas de negocios o superficiales.

De repente, escuché una voz familiar, alguien que habían presentado a mis padres.

Cuando me giré, vi a Marcus acompañado de una mujer muy guapa y esbelta, de las que cortan la respiración nada más con mirarlas. Ella era sobrina de uno de los magnates para los que trabajaba mi padre.

Lo presentó como la nueva adquisición de su estudio de arquitectura,

recién llegado de Milán, una de las mejores universidades de arquitectura del mundo, y que colaboraría en uno de los proyectos más importantes que tenían en marcha en su gran empresa de construcción.

Mi padre enseguida me acercó para presentarme. Saludé a Elena, así era el nombre de aquella despampanante mujer, que me presentó a Marcus.

Al terminar de hacer la presentación comenté: —Ya nos conocemos.

—Bueno nunca se termina de conocer a nadie... —replicó Marcus.

Mi padre intervino al ver que aquella situación no era lo que se dice normal, y lo que menos deseaba era que se volviera incómodo aquel evento benéfico.

—Habládme un poco de ese proyecto, y ¿Marcus cuál va a ser tu trabajo en él?

Mi madre intentando disimular su malestar por no saber que significaba lo que había sucedido segundos antes, se dirigió a mí, y me manifestó sus ganas de conocer la historia que encerraba aquella frase de presentación.

Yo no dejaba de mirar a Marcus, que hablando con mi padre, mostró su lado más cortés, educado, y sobre todo inteligente promocionando el proyecto y su función en él.

A mi padre parecía gustarle aquel joven que hablaba de su profesión con gran emoción, que parecía tener una gran iniciativa, y muchas buenas ideas, que podían convertirlo en un arquitecto de renombre en un futuro no muy lejano.

En ese momento sonó una canción. Elena pidió bailar a mi padre, y Marcus para no hacer un feo a mi madre, dejándola mirando, le ofreció su brazo con la intención de bailar con ella. Carlos aprovechó para hacer que bailara con él de una manera forzosa, a la vez que discreta para que nadie percibiera el rechazo que yo sentía hacia él.

Mi padre notó inmediatamente que no quería bailar con Carlos, por lo que se acercó sin prisa pero sin pausa hacia donde nos encontrábamos ambos, en algo que a lo que menos se asemejaba era a un baile entre prometidos bien avenidos.

Enseguida con un gesto caballeroso hizo un cambio de parejas, que provocó alivio en mí.

Mi padre sintió que yo me había relajado, pero que no dejaba de mirar a aquel arquitecto que había aparecido de la nada, y que su hija lo conocía no sabía de qué.

Me miró, me guiñó, y se acercó a la pareja formada por mamá y Marcus. En ese momento, tocó el hombro de Marcus y le dijo: —¿Me devuelves a mi mujer?, provocando de ese modo un nuevo cambio de parejas, en el que me encontré bailando con el hombre de mi vida.

Volví a inhalar aquel aroma varonil que añoraba tanto. El roce inocente de su piel con mi piel me transportaba a los días en los que lo conocí, pero se mostraba indiferente hacia mí, lo que hacía que me doliera el corazón, que me doliera el alma, por lo que tenía que conseguir que me escuchara, tenía que explicarle que lo que sucedió el día antes había sido una trampa de Carlos, que no tenía nada que ver con la realidad, para poder disfrutar del tiempo que aquel maravilloso hombre permaneciera en Madrid.

—Marcus necesito explicarte que pasó ayer con Carlos en mi casa.

—No tienes que darme ningún tipo de explicación, ya lo sabes.

—Es que no pasó lo que tú crees. No pasó nada. yo estaba dejándole claro que no quería volver con él, que lo nuestro había terminado para siempre, y que esperaba tener una oportunidad contigo.

—Pues tenéis una forma un tanto especial de despediros, ¿no crees?

—Tienes que creerme, él hizo todo aquello para hacerte pensar que estábamos juntos.

—Mira Catalina, lo que veo es que sois dos niños ricos de papá riéndoos del pobre chico sin dinero, sin una vida de lujos. Y yo no voy a entrar en vuestro juego.

La canción terminó y Marcus se alejó. Mis padres y Sofi, decidieron irse.

Papá estaba cansado, era la primera salida oficial desde su infarto, y decidieron no forzar la maquinaria.

Mi hermana había venido con ellos y se iría con ellos. Yo pensaba irme también, pero uno de los empresarios amigo de mi padre, me paró para hacerme una consulta sobre un tema relacionado con un asunto de trabajo, que teníamos entre manos. Terminamos la conversación, por lo que pensaba abandonar el salón, e irme a casa, pero primero y de manera instintiva busqué a Marcus por el salón pero no lo vi. Salí a los grandiosos jardines donde un chico traería mi coche para poder abandonar el lugar con dirección a mi casa, pero en ese momento, vi a Marcus de espaldas mirando al cielo, que aquella noche estaba limpio y estrellado, con una impresionante luna menguante.

Hice un gesto al aparcacoches, haciéndole saber que no saldría de

momento.

Fui hacia donde estaba aquella maravilla de la naturaleza. Toqué su hombro. El se giró. Y resoplando: —¿Otra vez tú?.

—No quiero molestarte de verdad, pero necesito que confíes en mí. Te juró que lo que viste ayer no fue lo que pasó en realidad. Carlos se tomó la revancha por mi rechazo hacia él —Sin retirar mis ojos de los suyos.

—Entiendes que es muy difícil creer lo que dices, ¿verdad?.

—Lo sé, pero es que es la verdad. Igual que lo único en lo que pienso desde que te vi, es en besarte, en que nuestros cuerpos se fundan en uno sólo y que me llenes de ti.

Me arriesgué, y me lancé a sus brazos. Posé mis labios en los suyos. Mi corazón desbocado latía descontroladamente. Mi respiración se aceleró. Marcus me apoyó en un árbol, y empezó a besarme con deseo. Sus manos apretaban mis pechos, recorriendo toda su forma. Yo arrimé su cuerpo al mío, quería notar aquel miembro erecto sobre mi sexo, que me hacía humedecer de placer con solo sentir su presión. Por la abertura de mi vestido y mientras devoraba mi cuello con pasión, metió su mano, acariciándome por encima de mi ropa interior. Sin pensar donde estaba, ni cuales podían ser las consecuencias de que alguien nos descubriera, bajé su cremallera, pero en ese momento, él cogió mi mano, que apoyó contra una rama de aquel árbol, con mi otra mano hizo lo mismo, y me susurró mientras me miraba con desdén: —No soy tu juguete, ni el juguete de nadie. —Besó mis labios, y se fue. Dejándome allí, con el deseo de más, y la decepción de haberlo vuelto a perder.

Tomé aire, me arreglé un poco el cabello y el vestido, y regresé a por mi coche.

De camino a casa, sólo le daba vueltas a lo mismo, ¿qué había pasado en el jardín? ¿Marcus había jugado conmigo? ¿era su pequeña venganza porque sencillamente no me creía?.

Tenía la sensación de que no volvería a vivir aquellos momentos vividos en Italia, no disfrutaría nuevamente de aquella pasión. Tenía que hacerme a la idea, de que lo nuestro se había convertido en una misión imposible. Regresar a su cuerpo algo que no sucedería más, y simplemente tendría que vivir con la tortura de su pérdida, hasta que dejara de doler. O podría volver a intentarlo si tenía una nueva oportunidad. Aunque pensándolo bien, lo primero sería lo mas probable que tuviera lugar dadas las circunstancias.

A la mañana siguiente mientras estaba trabajando en mi despacho, vi a Marcus entrando en las oficinas. ¡No podía ser!, ¿cómo es que Marcus estaba allí y yo no tenía conocimiento de nada? —Pensé algo irritada.

Me acerqué al despacho en el que entró y me informé del motivo por el que se encontraba allí.

Las condiciones de su contrato iban a ser revisadas, añadiéndose nuevas cláusulas, por lo que tras ser examinadas, por uno de nuestros abogados, y luego registradas por uno de los notarios de nuestro bufete, Marcus bajaría a que dicho notario lo firmara. Exigí revisar toda la documentación de su contratación antes de que él firmara nada, sin dar posibilidades a que fuera de otra manera.

Tras un buen rato de demora trajeron toda la documentación, que comprobé exhaustivamente, no quería que pudieran engañar a Marcus, ya que aunque él me rechazara, y no confiara en mí, yo seguía enamorada de él.

Pasé por la sala donde él se encontraba tomando un café mientras esperaba firmar su contrato y las nuevas cláusulas, y le pedí que viniera conmigo a mi despacho.

Al entrar en él, vimos a Carlos sentado en mi sillón.

—Nos volvemos a encontrar los tres bajo el mismo techo. Parece que esto se está convirtiendo en algo frecuente, y bastante molesto para mí. — Soltó con cierto tono de superioridad y mucho desprecio encubierto.

—¿Carlos que haces en mi despacho?. Estoy trabajando, y tengo que atender a Marcus, así que por favor sal ahora mismo. Que ya has hecho suficiente con tu egoísmo desmesurado.

—¿Estáis juntos otra vez?. —Y dirigiéndose a mí con gestos posesivos —Ya sabes que no os lo permitiré.

¿Te ha contado Marcus con quién se fue del hotel la noche que nos peleamos?. Creo que él también tiene algunos secretillos que no te van a gustar. Podría contarte como es la preciosa chica que lo recogió en su coche y se fue con ella.

Marcus me miró, y dijo: —No tengo que justificarme ante nadie.

Yo lo miré y pregunté con los ojos llenos de dudas: —¿Qué quiere decir Carlos? ¿con quién te fuiste aquella noche?, desapareciste, y no dormiste en tu casa, y cuando te cuestioné por ello evadiste contestarme.

—No tengo que satisfacer a nadie y mucho menos a vosotros dos. Pero si tanto te interesa saber donde estaba, Catalina, te lo diré: salí de allí, bueno

mejor dicho me echaste de allí, y me encontré a una antigua chica con la que tuve un lío, y al verme sangrando y con moratones me hizo subir a su coche.

—¿Y qué pasó? —indagué muerta de celos.

—Me la follé, es lo que quieres oír ¿verdad?, es lo que queréis oír los dos.

—¿Es eso verdad Marcus? Mírame a los ojos y dime si eso es verdad. — Estaba a punto de mostrar mi vulnerabilidad por aquel hombre con las lágrimas sujetándose dentro de mis ojos para no salir.

—No, claro que no es verdad. Solo le pedí que me llevara a la casa de mi hermana, que vive cerca de su casa. Y pasé aquella noche en la casa de mi hermana, porque estaba furioso contigo, por haberme echado de tu lado. Porque por defender tu honor, el de tu hermana y el mío, tras ser provocado repetidamente por tu prometido, decidiste ponerme a la misma altura que a él, y me rechazaste dejándome a la altura del betún.

Respiré aliviada, mi estomago se había encogido minutos antes, y ahora se podía relajar, aunque no mucho porque la simple presencia de Marcus me provocaba una angustia deliciosa que me recorría por completo.

Bueno he de daros una buena noticia, o una mala según para quien la reciba:

—He comprado la empresa para la que trabajas, así que ahora soy tu jefe. Y nos lo vamos a pasar muy bien juntos. No deshagas tus maletas, porque en pocos meses tendrás que desplazarte por una larga temporada a Dubái.

Lo miré perpleja, pero Marcus respondió como si sus palabras no le afectaran en lo más mínimo: —No tengo nada que me ate a Madrid, así que me da igual estar aquí que en Dubái, o en la Luna, sólo me importa trabajar y crecer en lo mío.

Miré a Carlos, que parecía perplejo por unos papeles que había encontrado encima de mi mesa. En ese momento me di cuenta que los documentos de la investigación sobre la familia de María estaban debajo del contrato de Marcus.

Me los había llevado para escanearlo todo, dejar la carpeta encriptada y luego devolverlo a mi caja fuerte.

Me aproximé a la mesa, para apartar a Carlos de aquellos papeles, pero fue demasiado tarde. En voz alta: —¿Qué broma es esta? ¿quién es Bernardino? ¿quién es ese taxista que supuestamente forma parte de mi

familia? ¿qué significa todo esto?.

—¿De qué estas hablando? Bernardino es mi padre. Y no tiene nada que ver contigo.

Intenté quitarle los dichosos papeles pero me fue imposible; se alejó. Y continuó leyéndolo todo.

—Será una broma, ¿no Cata?.

Yo sólo conseguía tragar saliva.

Marcus se acercó a Carlos, pidiéndole que le dejara ver esa documentación.

Carlos no prestó atención a Marcus, y éste sin previo aviso le arrebató todos aquellos papeles, en los que se encontraban los documentos que había fotografiado de su abuela sin permiso.

Me miró y con mucho desprecio y aun mayor decepción, me dijo:

—No sólo me dejaste una carta, allanaste mi privacidad, robando aquellos papeles.

—¡Lo siento Marcus! ¡lo siento!, hablemos por favor...

—No tengo nada que hablar contigo, me has demostrado quien eres, y no me gusta lo que veo. Eres una niña malcriada, que se peleó con su novio rico, y se acostó por despecho con el primer chico que se encontró, sin importarle sus sentimientos, e irrumpiendo en sus secretos familiares, desguazando su confianza.

—Perdóname Marcus de verdad, no quería traicionarte.

—Pero lo has hecho sin importarte nada. Tuviste ocasión de decirme lo que habías hecho y aún así no lo hiciste...;no puedo fiarme de ti Catalina!. Y mirando a Carlos, con el más absoluto de los desprecios le aseguró: —No quiero saber nada al respecto, no quiero tener nada que ver con la familia que abandonó a mi abuela a su suerte, por haber engendrado a mi padre. Y mucho menos si parte de esa familia eres tú.

Salió por aquella puerta dando un portazo, cargado de odio, desconfianza, y rabia.

Y yo volví a quedarme completamente destrozada, sin fuerzas para continuar adelante, excepto para una cosa, quitarle los papeles a Carlos y echarlo de mi despacho.

Llamé a Beatriz, le di el contrato de Marcus, para que le lo hiciera llegar al notario, y pudiera firmarlo, además de rogarle que cancelara todas mis citas de aquella tarde.

Estaba hundida, más hundida que nunca, pero tenía que sacar las fuerzas suficientes para enfrentarme a Doña Juana y Antonella, y explicarles que un descuido mío hizo que Carlos y Marcus supieran que eran primos.

Doña Juana se enfadó mucho, diciéndome:

—¿Tenías que hacer que ambos lo supieran? ¿no podías haberte quedado quietecita?. Pero de pronto, como si de un trastorno de bipolaridad se tratase continuó: —¡Déjalo en mis manos!, quizás es hora de que sepan la verdad, ya me encargo yo. ¡No llames a Antonella ya lo hago yo y la pongo al día!. Y por favor, ¡quema esos documentos, haz que desaparezcan, que ninguna otra persona los encuentre!.

Colgué, quedándome vacía.

Beatriz entró al despacho. Al verme tan mustia, deprimida, y hundida en la miseria, me consultó si podía ayudarme en algo.

A lo que respondí que no se podía hacer nada, que había metido la pata hasta el fondo y que ya no había vuelta atrás.

Ella me abrazó por primera vez desde que nos conocimos, proponiéndome: —¡No hay nada que una buena juerga no arregle, o por lo menos refresque para coger fuerzas!. Esta noche si quieres, vente con Sofi y conmigo, vamos a salir a una disco de salsa, ¡será divertido!.

La miré, sonreí amargamente, y denegué su propuesta. No podía hacer gran cosa después de lo que había pasado, pero tampoco tenía los ánimos suficientes para salir a divertirme. Por lo menos esa noche no.

No quería que Marcus se hubiera enterado de aquella manera de lo que había descubierto de su familia, además quería explicarle yo personalmente mi metedura de pata por entrometerme en sus cosas sin permiso, y pedirle perdón por ello.

Todo se había descontrolado, y nada estaba saliendo como yo esperaba que sucediera al venir Marcus a Madrid, pero lo que más coraje me daba es que siempre estaba Carlos detrás de cada distanciamiento entre el amor de mi vida y yo.

CAPITULO 23

A los pocos días de aquel desastroso encuentro en la oficina, fui a casa de mis padres.

Mi padre había salido a caminar, pero esta vez solo. Y mi madre, estaba en la cocina, supervisando los preparativos para la cena de papá.

Desde que él enfermó, ella se encargaba de revisar cada comida, sin dar lugar a ninguna improvisación. Ella era muy rigurosa en todo, sin dejar nada al azar.

Ese día Sofi no me acompañó, salió al cine con Beatriz. Me volvieron a invitar, a lo que rehusé. Seguía todavía de capa caída por todo lo que había pasado, y no le veía solución.

Había intentado contactar con Marcus y había sido imposible, aunque por otro lado Carlos tampoco dio señales de vida, y por lo menos en ese sentido, tuve una tregua.

Nada más entrar por la puerta mi madre notó que algo me pasaba. Mi mirada estaba sin brillo, triste. La sonrisa no se hacía presente en mi rostro. Ni la voz quería salir de mi cuerpo, de lo desanimada que estaba.

Fue cuando mi madre me propuso salir a dar un paseo por los jardines y tomar aire fresco.

Ella se cogió de mi brazo, y comenzó a hablar:

—¿Qué te pasa Cata?.

—Nada mamá, no me pasa nada.

—Soy tu madre, te conozco y sé que no estás bien. Deberías volver con Carlos, casarte con él, y formar una familia feliz.

Paré en seco. No me podía creer lo que estaba escuchando, desatando mi enojo con moderación dejé caer una sarta de preguntas, una tras otra: —¿Es que no te has dado cuenta de nada todavía? ¿sigues pensando realmente que voy a volver con Carlos? ¿que vas a tener tu estúpida boda? ¿y tú dices que me conoces?. Te lo voy a repetir una vez más, pero será la última. No pienso volver con Carlos y mucho menos casarme con semejante sabandija. ¡Es lo peor que ha pasado por mi vida!, y tú que tanto te vanaglorias de que me conoces, ni siquiera te has enterado, e insistes en hacerlo regresar a mí, una y otra vez.

Para tu información, me engañó de la peor manera que se puede engañar a alguien. Y gracias a ello me di cuenta que no lo amaba.

Después conocí a otro hombre, del que sí me enamoré, sentí con él en pocos días lo que jamás he sentido con otro hombre, y ¿sabes qué pasó?, que se estropeó, en parte por mí, y en parte gracias a Carlos, que hizo todo lo que estuvo en su mano, para alejarlo de mí.

—Cata cariño..., lo vuestro son los típicos problemas de pareja. Que se solucionarán con el tiempo. Además el amor,... el enamorarse está sobrevalorado. ¿El arquitecto ese que conocimos en la cena es el hombre del que te enamoraste?

—¿Cómo...?

—Hija aunque pienses que no me entero de nada, veo las cosas y vi como lo mirabas, pero también percibí como te miraba él y como Carlos estaba pendiente de todo.

—¿Y aún así sigues insistiendo en que vuelva con alguien que no amo, con quien seré una infeliz? ¿qué clase de madre eres?. Sólo piensas en el dinero, la posición, y el qué dirán. ¿Es que te casaste con papá sin amarlo, porque era la persona adecuada, para mantener la seguridad material a la que estabas acostumbrada?. ¡No te entiendo mamá, no logro llegar a ti!. Eres fría, sin sentimientos, y estás dispuesta a dejar en brazos de un mal hombre a tu hija. ¿Dónde tienes tu corazón? ¿dónde guardas tus sentimientos?, tanto que te das golpes de pecho con que nos quieres y haces lo mejor para nosotras....

Se sucedieron las palabras llenas de rencor, y con los ojos inyectados en rabia.

Mi madre con los puños apretados como si pudiera atravesar con sus dedos sus manos, estalló como nunca antes lo había hecho, revelando su verdad, algo que guardó durante años, y que tras todas mi recriminaciones, no pudo dejar más tiempo oculto: —¡Yo, yo pude haberme casado con quien yo hubiera querido!... era tan bella como tú Catalina, y por donde iba causaba estragos. Hombres mucho más poderosos que tú padre me pretendían. Pero yo estaba enamorada como una niña de tu padre. Mi cuerpo temblaba cada vez que se cruzaba conmigo en algún evento, y no pude ser más feliz que cuando me casé con él y os tuve a vosotras....Pero ese hombre murió, dejó de amarme, y desapareció dejándome el corazón roto. Se dedicó a trabajar, sin preocuparse por lo que dejaba en casa. Lo buscaba cada noche, y una y otra vez me rechazaba, hasta que un día, mis sentimientos se congelaron y dejé de buscar su amor.

Al poco tiempo conocí a un hombre, un artista, que me idolatraba. Me

dio el mejor sexo de mi vida, la pasión hecha fuego. Me hacía olvidar la vida insulsa que tenía en mi día a día... Volví a sonreír, volví a amar, y recuperé el calor del alma. Lo ayudé a que sus cuadros fueran expuestos en las mejores galerías de arte. Sentía que me correspondía al mismo nivel.

Un día me propuso que me escapara con él. Necesitaba una cantidad de dinero para que pudiéramos iniciar una nueva vida. Yo le di aquel dinero. Pero dudé durante días si huir con él y dejar mi vida insustancial, o seguir a vuestro lado. Al final opté por quedarme con mi familia por que el amor por mis hijas superaba con creces el que sentía hacia él. Así que fui a decirle lo que pensaba.

Mi sorpresa fue que al llegar al apartamento donde teníamos nuestros encuentros fugaces no encontré resto alguno de él. Se había largado sin mí, pero con mi dinero. Volvieron a romperme el corazón.

¿Pero sabes lo que más me dolió? Que estoy completamente segura de que tu padre sabía que yo había tenido un lío... y no le importó en absoluto.

Lloré Catalina, lloré, tanto como cuando tu padre dejó de quererme. Hasta que me armé de valor, para levantarme, y rodearme de una coraza de hielo. Juré por mi honor, que jamás volvería a amar a nadie, y que os enseñaría a que no os hicieran el daño que me hicieron a mí. Aunque para ello os tuviera que modificar el orden de los principios y haceros insensibles al amor.

Sabía que sería difícil porque tanto tu hermana como tú, habéis salido a mí y a tu abuela, somos mujeres pasionales. Aunque contigo parecía que empezaba a funcionar y terminabas por aceptar lo que yo te hacía ver.

Pero eso fue porque no habías conocido el amor. ¿Y ahora qué, hija? ¿ahora qué?. Estás sufriendo por haberte enamorado. Viviendo con un nudo en la garganta que no te deja aliviar el dolor que tienes dentro.

Y llorarás..., llorarás como lloré yo.

Me abracé a mi madre. Por fin la entendía, por fin se había abierto, y me había mostrado su esencia, su alma, y lloramos juntas, porque por primera vez sentí que ella sabía lo que se había removido en mis entrañas. Por que, por fin la volví a sentir como una madre, y entendía que a su manera quería salvar a su hija de una caída al vacío.

—Lo siento mamá, siento no haberme dado cuenta de nada, pero no quiero ser infeliz como tú. Es muy probable que lo mío con Marcus no se arregle y tenga que lamerme las heridas. Pero brillé durante el tiempo que nos

amamos, el tiempo en el que todo fue perfecto, y me sentí más viva que nunca.

—Pero ahora te sientes inerte. Y las cosas han perdido el sentido y la alegría. —Continuó mi madre.

—Tendré que superarlo, si no consigo arreglarlo con él. Y esperaré que algún día vuelva a ocurrirme algo parecido, porque durante esos días todo mereció la pena.

Papá había llegado de su caminata saludable como él la llamaba. Nos llamó desde el porche. Nos secamos las lágrimas, pero era imposible disimular que habíamos llorado.

Mi padre con total discreción sólo preguntó: —¿Va todo bien?.

Las dos asentimos.

Y el continuó diciendo: —Me doy una ducha y cenamos. ¿Te quedas a cenar hija?.

Mi madre contestó por mí diciendo que sí, y que si me apetecía que le encantaría que me quedara a dormir.

La miré, y acepté su propuesta. Necesitaba el calor de mi madre, el latido de su corazón que te hace retroceder a cuando eras un bebé que vivía tranquilamente en su vientre, al margen de la vida extrauterina.

Nos sentamos juntas dentro de casa, ya empezaba a refrescar a ciertas horas en las que el sol desaparecía para dar paso a la luna.

No pude evitar aconsejarla hablar de todo ello con papá. Ella tenía que ser sincera no sólo con él, también consigo misma. Era infeliz, y ya no había motivo para ello. Si su relación no tenía sentido entonces debía ser valiente y dar el paso rompiendo con todo. Tenía que rehacer su vida y darse una nueva oportunidad.

Era una mujer madura, pero que se encontraba en muy buena forma. Era inteligente, y no tenía la necesidad de depender de nadie. Pero también debía conocer que motivo llevó a su marido para alejarse de esa manera de ella.

No dijo nada más. Supongo que toda nuestra conversación había que procesarla ahora.

Pero en el fondo, creo que ambas sentimos que nos habíamos quitado un gran peso de encima. Sentir aquel alivio tras dejar escapar el dolor del alma, a través de las palabras llenas de sentimientos y verdades, hacía que nos hubiéramos sentido más libres aquel día.

Durante los días siguientes seguía asimilando lo que mi madre me contó,

y lo que había sucedido con Marcus y con Carlos, al mismo tiempo que intentaba sobrevivir a la amalgama de emociones que me inundaban en cada momento.

Sofi llegó a casa el sábado por la mañana. Yo me encontraba en la cama, no tenía ánimos para levantarme, así que me hice la remolona.

Mi hermana entró en la habitación, abrió las ventanas dejando que la luz del sol inundara aquella habitación gris.

—¡Arriba!, no pienso permitir que sigas regocijándote en tu pena. Entiendo que estés triste, que hayas tocado el cielo y ahora estés en un oscuro sótano, pero se acabó. Ya puedes levantarte, arreglarte, y desayunar. Después saldremos a comprarte algo de ropa juntas. Para más tarde ir a cenar, y salir de fiesta esta noche. Beatriz vendrá con nosotras. Y Cata... no voy a admitir un no por respuesta.

A duras penas me levanté, sabía que Sofi tenía toda la razón, pero mi corazón que estaba hecho añicos, lo dificultaba todo, enlentecimiento cada movimiento que mi cuerpo intentaba ejecutar.

Al salir de la ducha, apareció Ana por la cocina, que había preparado un desayuno continental. Sofi la había llamado para que volviera a casa, ya que al final la estancia de Marcus se había truncado, y estaba claro que yo la necesitaba.

Fuimos de compras. Me probé varias prendas, que al principio por mi ennegrecido ánimo no terminaban de gustarme, hasta que poco a poco fui respirando y llenándome del aire fresco, recibiendo la energía positiva de las personas que me rodeaban en las tiendas, y cafeterías.

Terminamos con más de 20 bolsas, donde compré zapatos, vestidos, alguna joya..., aquella salida con mi hermana en la que la luz del día rozó mi piel dándome la vida, consiguió animarme el espíritu, y aunque no estaba curada del desamor, tenía una pizca de alegría para comenzar aquel camino hacia la sanación.

Nos fuimos a cenar a un restaurante de alta cocina española, que contaba con tres estrellas Michelin. Todo estaba delicioso, pero lo mejor de aquella cena fue la compañía.

Beatriz y Sofi estaban muy pendientes de mí, sin llegar a agobiarme. Pasamos una velada muy divertida, en la que tanto a una como a otra, les dieron por contar chistes, a cual peor, realizar imitaciones de personas que las tres conocíamos, consiguiendo arrancarme una sonrisa de la cara.

De aquel restaurante nos fuimos a uno de los locales donde solíamos salir hacía años, el mismo en el que me besé con Carlos, antes de que llegara Marcus, y le diera la esperanza de que íbamos a volver.

Al llegar allí, nos fuimos directamente al reservado, pedimos algo para beber, y nos acercamos a la pista de baile. Después de un buen rato volvíamos al reservado cuando nos encontramos con unos viejos amigos, con los que hacía mucho que no coincidíamos. Uno de ellos, Raúl, había sido un gran amigo de Carlos, pero que al salir a estudiar al extranjero perdieron el contacto. Estuve hablando con él un buen rato.

Sofi y Beatriz habían conocido a un par de chicos, que les propusieron salir fuera de la disco, a algún sitio más tranquilo en el que hablar, pero yo no quería ser el farolillo de nadie, así que les comenté que me quedaba un rato en aquel local, y que si al final, ellas no regresaban, que no se preocuparan por mí que yo cogía mi coche, y regresaba a casa.

Estaba entretenida con Raúl, que se estaba mostrando muy agradable, siendo capaz de mantener cualquier tema de conversación.

Todo fue normal hasta que me quedé perpleja, al ver entrar a Marcus otra vez con la despampanante Elena. Llegaban al local ella cogida del brazo de Marcus.

La electricidad me recorrió todo el cuerpo desde los pies a la cabeza. Removiendo en lo más profundo celos, unos celos difíciles de controlar.

No podía dejar de mirar que hacían, cómo ella se acercaba todo lo que podía y más, para decirle cualquier tontería.

Cuando él también se fijó que yo estaba allí, nuestras miradas no dejaban de cruzarse.

Él disimuladamente comprobaba con quien estaba, pero dejando que aquella lagarta, que era como yo la percibía en ese momento, rozara su cuerpo por encima de su ropa. Me preguntaba: —¿está con ella? ¿ya se ha olvidado de mí?, entonces no estaba tan enamorado como me hizo creer. — No pude resistir más al ver como ella lo sacaba a la pista para bailar con él, y ¡Dios cómo se rozaba con él! ¡cómo se pegaba a él! ¿es que no se daba cuenta que la canción que sonaba era para bailarla sueltos?. Aquellos sentimientos se apoderaron de mi mente y de mi cuerpo, siendo ellos los que dirigían mis actos.

Comencé a tontear con Raúl, viendo que Elena no dejaba de intentar ligarse a Marcus, algo que me hacía subir por las paredes, enloquecer de

rabia, y sentir cierta inquina hacia alguien que conocía desde no hacía mucho tiempo.

Hubo un momento en el que el amigo de Carlos me propuso salir a bailar a la pista. No sé si fue hecho a conciencia, o si fui yo misma sin ni siquiera pensarlo, pero terminamos bailando al lado de aquella pareja que me producía una terrible sensación nauseosa. Sin embargo, mi orgullo estuvo por encima de aquella estúpida situación. Tenía enfrente a Marcus, y nuestras momentáneas parejas de aquella noche se encontraban de espaldas una de la otra.

Bailaba, pero como si lo estuviera haciendo con él, como si tanto mi acompañante como el suyo, como el resto de las personas que se encontraban allí hubieran desaparecido milagrosamente.

Nuestras miradas no dejaban de buscarse, pero sin ningún acercamiento físico. Estuve a punto de acercarme a él, pero justo en ese preciso instante Elena lo cogió del brazo y se lo llevó otra vez lejos de mí.

Le dije a Raúl, que iba a pedir algo para tomar, sin embargo, él caballerosamente se ofreció a ir en mi lugar.

Lo esperé sentada en nuestra zona vip, desde la que podía ver como Elena disfrutaba de aquel hombre que era mío, y me retorció de dolor por dentro, mientras tenía que mostrar mi indiferencia de cara a la galería, porque no quería sentirme humillada delante de nadie.

Raúl llegó con su vodka y mi Shirley Temple, continuamos nuestra charla, pero aquel tonto y el baile hizo pensar a Raúl que podía dar un paso más allá.

Al principio dejé que se acercara a mí para hablar, que recorriera mi brazo con sus dedos, y lo terminara acariciando. Pero de pronto recobré la lucidez, comenzando a sentirme mal, ya que no quería que sucediera nada con Raúl. Me parecía un chico estupendo, sin embargo no quería tener nada con él.

Con el único hombre que quería tener algo, estaba tan lejos de mi alcance que no pasaría. Además estaba bastante entretenido dejándose seducir por una mujer impresionante que no era yo.

Le pedí disculpas a Raúl por haberle dado la impresión de haber querido tener más intimidad con él. Además de decirle que lo mejor sería que me marchara ya.

El insistió en que no pasaba nada, que me quedara tomando una copa

con él, charlando animadamente. Me tranquilizó diciendo que no me preocupara, que quizás él había también podido malinterpretar gestos y situaciones, pero que le parecía una mujer muy interesante, de las que se encuentran pocas.

Al quedarme más tranquila por su reacción, continué tomando mi coctel sin alcohol, pero por alguna extraña razón empecé a sentirme mal. La vista se me nubló. No dejaba de restregar mis manos en los ojos.

Raúl seguía hablando, pero yo había dejado de prestarle atención.

Me sentía muy mareada. Intenté levantarme del asiento pero el peso de mi cuerpo parecía una gran caja de plomo inamovible.

Lo único que recuerdo después fue a Marcus acercándose a Raúl, hablarle al oído bruscamente, y salir de aquella discoteca en sus brazos.

CAPITULO 24

La luz que entraba en la habitación me despertó. No era capaz de abrir los ojos, el dolor de cabeza que tenía era insoportable, y tenía la desagradable sensación de que toda la habitación me daba vueltas.

Cuando mis ojos se adaptaron a la luz, dejándome ver a mi alrededor, descubrí que no estaba en mi habitación.

No reconocía el lugar donde me encontraba. Levanté las sábanas dándome cuenta de que estaba desnuda, con una simple camiseta que no era mía.

¿Que había pasado? ¿Dónde estaba? ¿De quién era esa casa?, se agolpaban las preguntas en mi mente.

Intentaba recordar pero las punzadas intensas en mi cerebro lo hacía casi imposible.

De pronto algunas imágenes aparecían sin conexión, recordaba la discoteca, recordaba a Sofi y Beatriz saliendo con dos chicos, a Raúl hablando conmigo, a Marcus bailando con Elena, y a mí con un ataque de celos.

Poco a poco recordé una fugaz imagen de Marcus sacándome en brazos de la discoteca, y una verborrea incontrolable donde le decía frases entrecortadas, inconexas... con cierto tono de embriaguez:

—¡Marcus te quiero...! Carlos es un imbécil ... ¿Por qué no me besas y me haces tuya...?, te reíste de mí en los jardines..., te he pedido perdón pero no confías en mí..., te he dicho que lo siento.... Luego todo se tornó negro y no recuerdo nada más.

Me levanté como pude, al principio tambaleándome para luego recobrar el equilibrio.

Salí de aquella habitación, parecía un apartamento de lujo, pero pequeño.

Vi a un hombre de espaldas en la cocina con la camiseta sudada, escuchando música con los cascos. Me resultaba familiar, pero aquella casa....

—¡Buenos días! —Saludé

Aquel hombre musculoso se dio la vuelta. El corazón me dio un vuelco, era Marcus. Pero esta casa...

—¡Buenos días Catalina! ¿cómo te encuentras? —indagó con sequedad

en el habla.

—¿Qué ha pasado Marcus?, es como si me hubiera pasado un tren por encima. Tengo resaca aunque yo no tomé nada de alcohol. Así que no tiene sentido que me encuentre así.

—Deberías elegir mejor a tus amigos y a la gente con la que te codeas.

—¿Qué quieres decir?

—El hombre con el que estabas tonteando ayer por la noche, mientras no dejabas de mirarme, te puso algo en la bebida. Vi como tú te ibas a ir, y él te detuvo amablemente o eso parecía desde donde yo me encontraba, pero se giró, sacó algo de su bolsillo y sin que te dieras cuenta lo puso en tu bebida.

—Al rato empezaste a tener un comportamiento raro. Me acerqué a él diciéndole que lo había visto poner algo en tu bebida, que te iba a llevar con tus amigas, esperando que no pusiera impedimentos o llamaba a la policía.

Se apartó. Y como no eras capaz de tenerte en pie, te cogí en brazos para sacarte de allí con la intención de buscar a tu hermana, o la chica que os acompañaba. Pero ninguna de las dos estaba.

Así que viendo el estado en el que te encontrabas tomé la decisión de traerte a mi apartamento. Estuve a punto de llevarte al hospital. Pero después de vomitar, y darte una ducha, te relajaste, quedándote dormida.

Mi cara de sorpresa y consternación lo decían todo.

— No puedo creer todo lo que está pasando últimamente. No tengo recuerdos claros, pero si recuerdo hablar sin parar. Espero no haber dicho nada que te incomodara.

—Tranquila, no presté atención a tus comentarios.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dime.

—¿Pasó anoche algo entre nosotros? ¿dormimos juntos en la misma cama?

—No sé por quien me tomas..., no dormimos juntos, yo dormí en mi sofá, señalándome un sofá donde había una colcha arrugada sobre él. No soy uno de tus amiguitos, que drogan a sus acompañantes para aprovecharse de ellas.

Puedes estar tranquila jamás te tocaría en el estado en el que te encontrabas.

—¿Dónde esta mi ropa?

—Allí. —Dijo señalándome hacia una silla. —Al vomitarte encima,

pensé que sería mejor lavar tu ropa y dejarla secar para que pudieras ponértela esta mañana.

—¡Gracias Marcus!... muchas gracias.

—De nada, hubiera hecho lo mismo por cualquier otra mujer en tu situación.

Ese último comentario me dolió, yo quería sentirme especial con él pero aquello lo normalizó todo.

Me aproximé a él, intentando coger sus manos, pero él me rechazó.

—Catalina, me voy a duchar para irme a trabajar. Puedes quedarte hasta que te encuentres mejor. Tienes café y zumo de naranja, cruasanes y tostadas en aquella encimera. Cuando te vayas cierra la puerta.

—Sé que no quieres escucharme, pero no quiero irme sin pedirte perdón por haber traicionado tu confianza al coger los papeles de tu abuela sin que lo supieras. ¡Estoy tan arrepentida!, si pudiera volver atrás...

—Pero no se puede Cata, y yo confié en ti. ¡Me enamoré de ti y me lancé!, desnudando mi alma, para que tú y tu prometido la pisotearais sin miramientos.

—Eso no es cierto, Carlos no es mi prometido. En mi casa no pasó nada, lo hizo para ponerte celoso, porque le había dicho que no lo amaba, que me había enamorado de ti.

—Es un poco difícil confiar en alguien que allana tus pertenencias. ¿No te parece?

—Tienes razón, pero sólo quería que lo supieras.

Me dio un zumo de naranja. Al cogerlo rocé sus dedos. El me miró, y dejó que lo acariciara. Volví a intentar un acercamiento, subiendo mi mano por su robusto brazo, acaricié su cara. Me acerqué y le besé los labios. Apoyando mi frente en la suya, susurré: —¡Te amo!... ¡perdóname!.

En pleno arrebató me cogió en volandas y me sentó sobre la encimera apartando con su brazo intempestivamente todo lo que le estorbaba.

Comenzó a besarme frenéticamente, a tocarme con la misma intensidad que cuando estábamos en su casa de Alghero. Yo caí rendida ante él. El corazón se me salía por la boca, y sus jadeos acompasados a los míos llevaban el ritmo de nuestros acercamientos, de nuestras caricias, de nuestros cuerpos. Le quite aquella camiseta sudada. Desabroché su cinturón. Me subió los brazos para quitarme su camiseta. Volvió a cogerme en sus fornidos brazos, mientras yo rodeaba con mis piernas su cintura. Dejándome caer en

su cama, me puso de espaldas a él y se introdujo en mí. Salvajemente me hacía suya una y otra vez. Yo sólo quería chillar de placer, hasta que todo aquel gozo nos hizo estallar al unísono, llegando de nuevo a estar en el paraíso.

Me di la vuelta, dejándome caer completamente en su cama, él cayó encima de mí. —Tenía una oportunidad— pensé.

Lo miré a los ojos, lo besé, y cuando iba a hablar, él puso su dedo índice en mi boca silenciándome:

—No digas nada, me voy a duchar solo — aclaró. —Después me iré a trabajar, y cuando vuelva no quiero que estés aquí. —Ordenó fríamente.

No lo entendía habíamos vuelto a vivir algo grandioso, que transcendía del mundo de lo físico al espiritual. Aquello no había sido sólo sexo, estaba completamente segura de ello. ¿Por qué se comportaba así?

Se fue con un simple: —Cierra la puerta cuando salgas.

Estaba segura de que Doña Juana ya había movido a sus contactos, y uno de esos indicios era aquel apartamento tan lujoso, que lógicamente estaba fuera del alcance de un chico de barrio que acababa de llegar a Madrid y llevaba dos telediarios trabajando.

Por un lado me alegraba que las cosas hubieran salido bien para él, pero por otro, eso mismo lo había alejado de mí.

Llegué a casa donde me esperaba Sofi, que me preguntó que tal había pasado la noche.

Yo indagando le pregunté donde se habían metido tanto ella como Beatriz.

A lo que mi hermana respondió que fuera de la disco.

Entonces le pregunté si Marcus las había visto y no les dijo que yo no me encontraba bien, a lo que ella me respondió que él no las había visto a ellas, aunque ellas si a él, pero que al verme en sus brazos dieron por hecho que nos habíamos reconciliado, y que buscábamos un lugar donde dar forma a nuestro amor.

Le conté a Sofi lo que sucedió, ella estaba estupefacta:

—Si lo hubiera sabido, lo hubiéramos llamado —se apresuró a decir.

Continué contándole lo que pasó por la mañana con Marcus, a lo que respondió que Marcus estaba muy dolido, y que aunque su gesto de valiente caballero había sido digno de alabar, la gélida despedida tras haber dado rienda suelta a nuestra lujuria hacía pensar un mal pronóstico a lo nuestro.

En los días posteriores, le mandé varios mensajes, pero sólo contestó uno a las dos semanas de nuestro vehemente encuentro que decía: “Tendrás unos meses para olvidarte de mí, me voy a Dubái como ya dictaminó tu prometido o tu ex, no tengo clara vuestra relación”.

Si tenía una mínima oportunidad se estaba evaporando con su marcha. Eso, si Elena no se lo había llevado a la cama ya, despojándome de la más mínima oportunidad.

Intenté recomponerme, y le escribí: “Espero que todo te vaya bien, si necesitas algo de mí, ya sabes que estoy aquí”

No contestó.

Pasaron varias semanas. De repente el sonido del teléfono me despertó a las 5 y media de la madrugada. Miré el número que era desconocido, y descolgué por su insistencia.

Al otro lado del teléfono se encontraba un Bernardino acongojado, nervioso y asustado. Sus palabras se atropellaban dando a un mar de sin sentidos. No podía entenderlo.

Me incorporé en la cama, e hice que Bernardino empezara de nuevo más calmadamente.

Era incapaz de controlar su angustia, pero por lo menos sus frases comenzaban a hilarse, dándole una coherencia a su discurso.

Cuando llegué a comprender todo lo que me estaba relatando, me horroricé. No podía ser verdad.

Habían detenido a Marcus en Dubái, mientras trabajaba.

Bernardino no tenía muy claro cuáles eran los delitos de los que se le acusaba. Pero lo poco que le habían dicho los funcionarios de prisión era que el caso de su hijo tenía muy mala pinta.

Enseguida Bernardino que estaba acompañado de Antonella, su mujer se acordó de mí, para pedirme ayuda. Estaban asustados, se escuchaba de fondo el llanto desconsolado de su mujer, mientras rogaba mi ayuda.

Lo tranquilicé y le prometí coger el primer vuelo a Dubái que despegara ese día, jurándole que sacaría a Marcus de la cárcel, devolviéndoles a su hijo sano y salvo.

Me duché rápidamente. Me conecté a internet para reservar el primer vuelo a esa ciudad. pero no pude conseguir ninguno hasta la tarde.

Preparé mis maletas, mientras hacía tiempo a que fuera una hora prudente a la que realizar unas cuantas llamadas.

No me dio tiempo a llamar, cuando el teléfono de casa sonó nuevamente.

Descolgué. Esta vez era Sofi, que me insistía en que encendiera el televisor, en el canal de noticias.

Aparecía la ciudad de Dubái, donde un periodista retransmitía la detención de un arquitecto italiano, relacionado con una malversación de fondos a gran escala, y un posible delito de tráfico de armas.

Le pedí a Sofi que informara a nuestros padres de mi viaje a Dubái. Tenía que ayudar al hombre que lo era todo para mí.

Aquello no era posible. ¡Marcus es incapaz de hacer algo así!, me repetía constantemente. Tiene que ser un error, y en cuanto se den cuenta, lo dejarán libre.

Intenté contactar con Doña Juana, ella era una mujer poderosa con muchas y muy buenas influencias, que moviendo un par de contactos, seguro sacaría a Marcus de la cárcel.

Tenía la certeza de que ella habría ya mandado a alguien para arreglar aquel desagradable incidente, ya que Antonella la habría llamado en cuanto se enteró de todo. Pero no cogió el teléfono.

Los nervios y el desasosiego ocuparon todos mis recovecos emocionales, y aunque el miedo se intentaba apoderar de mí, dejándome ko, recobré la entereza por el simple hecho de que Marcus y su familia me necesitaban y yo se lo debía.

Llamé a Beatriz para decirme que no iba al trabajo. Le conté los motivos por los cuales no acudiría, al mismo tiempo que quería que hiciera llegar a los demás abogados que no sabría cuando volvería de Dubái.

Esta vez ella me pidió que no me precipitara, que antes de salir para ningún sitio quizás debería tener en mi poder ciertos conocimientos sobre algunos hechos que podrían cambiar el rumbo de todos los acontecimientos.

Haciendo caso omiso a Beatriz, decidí que lo mejor era partir con dirección al aeropuerto, por si alguien anulaba algún vuelo y podía despegar antes.

Salí de mi casa para buscar mi coche, pero justo delante de mi puerta, se había detenido un todoterreno color negro, con matrícula desconocida. Se abrió la puerta trasera del mismo, me asomé y pude confirmar que dentro se encontraban mi padre y Beatriz.

¿Qué sucedía? ¿qué hacían juntos?, si acababa de hablar pocos minutos

antes con Beatriz, ¿cómo es que ambos se encontraban en la puerta de mi casa?, como si supieran cada uno de mis movimientos, anticipándose a ellos.

Les interrogué: —¿Qué hacéis aquí? ¿cómo es que has llegado tan rápido Beatriz? ¿vosotros sabéis algo de lo que le ha pasado a Marcus? ¿tenéis noticias de Dubái? no cesaban de salir cuestiones de mi boca.

Beatriz me siseó para que dejara de hablar, y hacerles preguntas, e inmediatamente me ordenó que entrara en el coche.

Yo estaba atónita. Algo sucedía, y esperaba que tanto Beatriz como mi padre lo supieran y pudieran ayudarme.

Pudieran sobre todo, ayudar a Marcus.

Me temblaba todo cada vez que recordaba la llamada de Bernardino. Su timbre de voz, su angustia entrelazada con palabras que emanaban de su boca, y el llanto como música de fondo.

CAPITULO 25

Llegué al aeropuerto de Dubái tras haber embarcado en el vuelo que había reservado para la tarde.

Después del encuentro prácticamente clandestino a primera hora de la mañana, lleno de misterio con mi padre y Beatriz, mis pensamientos, mis planteamientos y mi forma de ver aquella situación dio un giro inesperado.

Dicho encuentro lo cambió drásticamente todo.

Llegué a la penitenciaría en la que se hallaba Marcus. Allí con el alma en vilo, llenos de angustia y desesperación se encontraban Bernardino y Antonella, ambos envueltos en sufrimiento por la lamentable situación que estaban viviendo junto a su hijo. Al que habían podido ver sólo 5 minutos tras haberse enterado de la noticia, y haber llegado a ese país extranjero tan lleno de reglas y leyes estrictas.

Me los llevé a una cafetería que tenían en la penitenciaría, destinada a los abogados, visitantes de reclusos y funcionarios del centro, con la intención de conocer su parte de los hechos y al mismo tiempo permitirles el desahogo de su pena, al contar lo que llevaban dentro de sí mismos.

No tenían ni idea de lo que había pasado, nadie los informaba. Con el carácter afable y campechano de Bernardino se ganó a uno de los funcionarios de la penitenciaría, que lo único que pudo decirles era que su hijo necesitaba a un buen abogado, y que aún así, sería prácticamente imposible que consiguieran sacarlo de allí, por los cargos de los que se acusaba avalados con sus pruebas correspondientes.

Supuestamente habían pillado in fraganti a Marcus. Todo indicaba que era culpable, por lo que salir de aquella cárcel dada su situación siendo un país árabe era algo inimaginable.

Antonella se abrazó a mí llorando hasta la deshidratación.

—Te pedí que lo cuidaras, te lo pedí. Ahora quizás sea tarde. —Me acusaba.

Yo la miré con extrañeza, ¿le había contado la verdad sobre su familia a su marido o su desconsolado llanto la hacía desvariar y no tener en cuenta la falta de información de la que había sido responsable durante años con respecto a ese tema?

Ella aún en su exasperación percibió mi duda, que fue solventada en el acto.

—Se lo he contado todo, sabe la verdad. Era la única manera de poder ayudar a nuestro hijo. Llegó el momento de desvelar y sacar a la luz la verdad de la familia de su madre —afirmó Antonella.

—¿Y cómo te sientes Bernardino?

—Ese tema ahora mismo sólo me interesa si está relacionado con la situación de mi hijo o la puesta en libertad de él. Ahora todos mis esfuerzos serán dirigidos a este propósito. Cuando pase todo ya hablaremos tranquilamente. —Decía mientras nos miraba a ambas.

—Voy a entrar a verlo, he pedido una visita como abogada representante. Esperadme aquí.

Entré en la zona de las dependencias a la que sólo tenían acceso los abogados. Me registraron, me cachearon, y revisaron mi maletín. Después me llevaron a una sala de interrogatorios, en la que esperé casi más de 20 minutos la llegada de Marcus.

Al entrar por la puerta le pedí con frialdad que tomara asiento.

Tenía el rostro destrozado, la nariz rota, los ojos hinchados tras haber sido golpeado, lleno de moratones.

Le pregunté quién había sido el responsable de aquella agresión física, a lo que respondió:

—No sé si debo decirlo o me causará más problemas. Los mismos funcionarios de aquí junto con 5 reclusos me dieron una paliza anoche. Contestó bajando el tono de voz, de manera que se hacía casi inaudible. Mis padres no me han visto así, por favor ahórrales el sufrimiento, díles que estoy bien. No volverán a verme por lo que he escuchado en bastante tiempo, me han restringido las visitas por supuesta desobediencia y mal comportamiento. Acusaciones inciertas, al igual que las que me han hecho entrar en esta prisión.

—He leído todo tu expediente concienzudamente y te han pillado en delitos muy turbios. Pasarás muchos años aquí encerrado. Además, ¡no pienso defender a alguien como tú con esa falta de escrúpulos! .

—Pero Catalina, por favor... ¡debes creerme! Yo no haría jamás algo así... ¡Me han tendido una trampa...! ¡Yo no he hecho nada!. Ni siquiera sabía de lo que me acusaban hasta ayer tarde. Y me encerraron hace 72 horas, saltándose todo el reglamento y la legislación penitenciaria...No avisaron a mi familia hasta 48 horas después.

—Marcus, tu firma está por todas partes, la IP de tu ordenador portátil

demuestra los movimientos bancarios que has hecho con tus contraseñas. Te han rastreado. Y te han cogido, Marcus.

Sus manos estaban encadenadas a sus pies, pero las acercó a las mías, suplicándome que lo creyera. Que aquello tenía que ser o un malentendido o algo aún peor, que lo estuvieran inculcando por que alguien quería que lo encerraran, querían quitárselo de en medio. Y él creía que ese alguien era Carlos.

—¡No tienes vergüenza Marcus!, acusar sin pruebas..., pueden inculparte por difamación, ¿lo sabes no?

—¿Para qué has venido entonces?

—Quería comprobar de primera mano que eres culpable, que todas las pruebas son ciertas, y que te encierran de por vida por ser un criminal.

Por fin he descubierto la realidad del tipo de persona eres, y me alegra que no formes parte de mi vida, eres un ser horrible al que por suerte no volveré a ver jamás.

Sus ojos se inundaron de lágrimas contenidas por la fuerza de su lacrimal.

—Pues no tenemos nada más que hablar.

—Por el cariño que tengo a tus padres, te voy a dar el nombre y el número de un abogado diestro en este tipo de casos, que podría defenderte.

—Alargándole un folio doblado por la mitad. — Aquí tienes, aunque espero que cumplas la pena correspondiente por tus delitos, así debe ser la ley; así debe ser la justicia.

El cogió aquel papel, lo leyó y lo rompió delante de mis narices en mil pedazos.

Se levantó y pidió al funcionario que en ningún momento abandonó la sala, a pesar de que aquel acto de presencia iba en contra de los derechos de los reclusos, que lo llevaran de nuevo a su celda.

Lo vi marchar, algo se removió dentro de mí, pero sabía que era lo mejor para todos. Las cosas habían cambiado y no podía ser de otra manera.

Sus padres me esperaban impacientes a la espera de noticias. Se encontraban en la cafetería donde los dejé.

Me senté con ellos y les expliqué la complicada situación de su hijo, en la que las pruebas eran abrumadoras, con las que sería imposible que no lo declararan culpable.

La pena fue ahogada en llanto nuevamente, y súplicas de ayuda.

—Bernardino te tengo mucho afecto. En los días que pasé en Italia, sentí paz y tranquilidad con nuestras conversaciones. Pero si te soy sincera desearía no haber viajado a Alghero, no haberos conocido, ni mucho menos haberme enamorado de Marcus. Porque esto sólo ha traído problemas para ambas familias.

Vuestro hijo es un delincuente, que será juzgado como tal, con su consecuente condena, la cual será de por lo menos 20 años por la suma de condenas de cada delito del que ha sido acusado.

El dinero no hará que salga, porque este país que se rige a través de sus leyes de manera muy rigurosa, hace que cada preso pague la totalidad de su pena por los delitos que cometan.

Siento decirles que no voy a representar a vuestro hijo. Aunque me gustaría que mis palabras fueran otras, no lo son.

Les pasé otro papel similar al que di a Marcus, que hizo añicos minutos antes.

Bernardino me miró con cara de incredulidad. No daba crédito a lo que estaba sucediendo, tanto su mujer como él no tenían suficiente con tener a su hijo en la cárcel, sino que además tuvieron que descubrir todo lo que yo les hice saber, por lo que todo se les hacía aún más cuesta arriba para ellos.

Me despedí con un fuerte abrazo a Bernardino que no fue capaz de articular palabra.

Antonella sólo repetía: —Sabía que pasaría algo así, lo sabía, por eso los mantuve lejos de esta odiosa familia. Ahora mi hijo está en la cárcel y quizás no vuelva ser libre nunca.

Me fui al hotel donde me hospedaría el resto del tiempo que me quedaba en aquel país, que iba a ser el mínimo posible.

Era un hotel lujoso a los que estaba acostumbrada. Tomé un baño relajante con sales, me pedí una copa de vino y puse música clásica.

El cansancio se hizo dueño de mi cuerpo haciéndome caer en un profundo sueño, que se tornó en pesadilla, la cual me despertó de un sobresalto.

Mi mente comenzó su recorrido por la noche en la que descubrí a Carlos y mi hermana engañándome en la casa de nuestros padres, mi fuga a un destino que no tenía previsto, Bernardino, Marcus, nuestros encuentros amorosos, la llegada de mi hermana a Alghero, la pelea de Marcus y Carlos, el infarto de papá, el beso de Carlos, su venganza para destruir la posibilidad

de algo entre Marcus y yo, el incidente en el que Marcus volvió a sentirse traicionado, la noche que me drogaron, el sexo de aquella mañana, su despedida durante meses para que me olvidara de él, la llamada de sus padres y de Sofi notificándome su encarcelamiento, y el descubrimiento de la verdad que cambió mi destino, que dio un giro a mi futuro inminente...

Se sucedían como trozos de escenas de una película, que no iban a permitirme volver a conciliar el sueño. Pero necesitaba estar bien, no podía darme el lujo de caer, porque quizás me costaría levantar ante tantos contratiempos que apisonaban mi vida y la de toda mi familia.

Llamé al servicio de habitaciones para que me consiguiera una pastilla para dormir, necesitaba descansar para coger el vuelo a España en pocas horas.

Llegué a Madrid casi dos días después con los cambios de horarios, el jet lag hizo su aplastante presencia que no pude controlar.

Pasados unos días de mi vuelta, mi madre me telefoneó para preguntar como me sentía, quería saber si podía hacer algo por mí. A lo que respondí con rotundidad:

—No mamá, tranquila estoy bien, sé lo que tengo que hacer ahora. No te preocupes por mí.

—Tu padre quiere que Sofi y yo nos vayamos a pasar una temporada a la casa de Marbella, pero me sabe mal dejarte aquí sola después de todo lo que ha pasado.

—Iros no os lo penséis; a Sofi le irá bien. Ella tampoco lo ha pasado bien con lo de Luis. Cambiar de aires es una buena idea. Si yo pudiera también lo haría.

—Pero no quiero dejarte aquí sola, Cata.

—¡Mamá estaré bien!, confía en mí. Te quiero mamá, tú lo sabes. ¿Verdad?.

—Claro que lo sé, y yo te amo a ti, eres mi niñita aunque tengas casi 30 años, y siempre lo serás. Prométeme que si las cosas se tuercen y necesitas a tu madre, me llamarás.

—De acuerdo, prometido. Dile a Sofi que la quiero. Os llamaré en unos días.

Regresé al despacho, quería recobrar lo antes posible la rutina de mi día a día.

Allí estaba incondicional Beatriz.

Mi padre seguiría trabajando en su casa, y ahora que mamá se iba una temporada con Sofi a Málaga, yo lo visitaría cada día, o en su defecto lo llamaría.

Respiré hondo. Por un momento dudé si llamar a Carlos o simplemente enviarle un mensaje de texto. Hice lo segundo : “Al final el bueno de la película eras tú. Siento haberte tratado tan mal. He descubierto quien era Marcus y no quiero saber nada más de él. La pena es que he estropeado lo nuestro por alguien que no merecía la pena, que me engañó desde un primer momento para robar y traficar. Espero que algún día puedas perdonarme, te quiere tu princesa”.

Lancé el mensaje. No sabía si tendría respuesta, y si la llegaba a tener cuándo sería. Pero no se hizo esperar mucho. Enseguida sonó el teléfono, era Carlos que me llamaba.

—Buenas princesa. ¿Cómo estás?.

—Decepcionada, me han engañado como nunca creí que lo hubieran hecho. El se acercó a mí para aprovecharse de mi situación económica, de mi posición social. ¡Cómo pude estar tan ciega!. Sin embargo, lo que más me apena es haber tirado por la borda nuestros planes de matrimonio por un estafador, por un delincuente sin escrúpulos. De verdad perdona como te hablé, cómo te traté todo este tiempo desde que él irrumpió en mi vida.

—Me alegro que hayas abierto los ojos, siendo capaz de ver la verdad. Fuiste a Dubái para verlo por lo que tengo entendido.

—Si quería verlo con mis propios ojos para desearle que se pudriera en la cárcel. Leí su expediente donde todo indicaba que era culpable.

—Catalina, han pasado muchas cosas desagradables entre nosotros. Pero podemos intentar vernos, quizás no todo esté perdido entre los dos. ¿Cómo lo ves?

—¡Me encantaría intentarlo!. Por lo menos quedar para cenar, si no podemos volver a ser pareja, porque entendería tus recelos después de mi comportamiento hacia ti y hacia ese hombre. Cuando te apetezca, sólo dímelo.

—¿Qué te parecería si te recojo esta noche en tu casa?.

—Es una sugerencia interesante —reí pícaramente.

—A las 21 horas te recojo.

A las dos horas, llegó a las oficinas un ramo de flores, una caja enorme de Prada, y otra de una de las joyerías más caras de Madrid.

La tarjeta ponía: “Esta vez todo saldrá bien, ya no hay nadie que se interponga entre nosotros”.

Abrí la caja más grande donde había un vestido precioso con otra tarjeta: “Este vestido es perfecto para una perfecta reconciliación”.

En la cajita más pequeña unos pendientes y una anillo de brillantes iluminaban la habitación con una última tarjeta que decía: “Estas joyas nunca brillarán ni una milésima parte de lo que brillas tú”.

Hice pasar a Beatriz, para hacerle saber que durante la tarde no trabajaría, porque quería ir a la peluquería. Tenía mi primera cita de reencuentro con Carlos y tenía que estar al 100%.

Beatriz me miró, al tiempo que oteaba el ramo y el contenido de las cajas que había enviado Carlos, para terminar diciendo:

—Seguro que saldrá bien.

Eran las menos cuarto cuando estaba completamente preparada para la cita con Carlos, estaba nerviosa, quería que todo saliera bien, necesitaba que todo saliera bien.

Llegó en su descapotable, con un traje de Enzo D’Orsi. La verdad que estaba muy elegante. Me quedé fijamente mirando como se acercaba a mí. Era un hombre apuesto, interesante, con un buen cuerpo y bastante guapo. Cualquier mujer querría tenerlo como su pareja, pero yo tenía que conseguir que él volviera a mí.

Subí en su coche. Quería sorprenderme según él, por lo que no quiso decirme el nombre del restaurante.

Me tapó los ojos con una pañuelo de seda rojo. El coche paró pero yo no sabía donde estaba. Destapó mis ojos. Aquello era impresionante, casi indescriptible. Estábamos en la terraza del palacio Cibeles, donde podíamos divisar a esas horas Madrid, pero lo más impactante es que había hecho que aquella noche aquel sitio tan increíble sólo fuera para los dos. No había nadie más, lo había cerrado al público.

Dos camareros se encargaron de agasajarnos con succulentos manjares, unos violinistas hicieron las delicias de nuestros oídos. Todo estaba saliendo según lo previsto.

Cuando llegamos al postre. El sacó de su bolsillo el anillo con el que me pidió matrimonio al regresar de Italia.

Se arrodilló ante mí, cogió mi mano, y volvió a hacerme la petición que meses antes me había hecho en la oficina:

—¿Catalina quieres casarte conmigo?

Con la voz temblorosa sólo fui capaz de responder : —Sí quiero.

El me colocó aquel preciado anillo que representaba no sólo nuestro compromiso y futuro matrimonio, sino la unión a toda su familia, a todo su mundo.

Irradiaba tanta felicidad, que no pudo contenerse para besarme en los labios. Para terminar:

—Todo vuelve a la normalidad. Puedes decirle a tu madre que siga con los preparativos de la boda.

A lo que rápidamente respondí:

—No esta vez quiero ser yo la que se encargue, aunque espero que me ayudes a tomar algunas elecciones. Si te parece bien.

El estaba maravillado:

—¡Por supuesto!, eso será aún mejor.

Salimos de aquel lujoso lugar con dirección a mi casa, ya que al día siguiente tenía que trabajar.

Cuando llegamos le pregunté si quería tomar la última copa a lo que respondió que sí.

Le puse un poco de whisky escocés que él había acostumbrado a beber, por la afición que su padre tenía a dicho licor.

El me comentó:

—Esperaré el tiempo que necesites para que entre nosotros todo vuelva a ser como era.

—No necesito tiempo, porque sé lo que quiero. La que metió la pata fui yo. Los tiempos los marcas tú. Por mí me iría a vivir contigo ya a tu casa, a pesar de que nuestra boda sea el año que viene, pero esperaré a que tú seas él que decida los pasos y sus espacios temporales.

Con los ojos abiertos de asombro, me invitó: —Múdate a mi casa cuando quieras, me harías el hombre más feliz del mundo.

—Dame unos días para preparar mis cosas, y me voy a vivir contigo.

Los besos se hicieron más intensos, pero era tarde.

Así que paré de besarlo con mucha delicadeza, y le susurré al oído: —A partir de los próximos días podremos besarnos y disfrutar de nuestro amor con más tranquilidad al vivir bajo el mismo techo. Pero ahora si no te importa necesito descansar que mañana tengo que madrugar. Gracias por esta noche tan especial, por tu paciencia, y por tu comprensión.

Volvió a besarme. — Gracias a ti por aceptarme como tu futuro esposo.

Se marchó a su casa, y yo me quedé sola en casa, con mis pensamientos y mis sentimientos.

Todo estaba cambiando muy rápidamente, pero tenía la certeza de que aquello era lo mejor que podía estar pasando.

CAPITULO 26

Miré a mi alrededor, otro pasito más hasta llegar a mi destino, reflexioné. Colocando mi ropa en el vestidor.

—Hola princesa, si necesitas que te ayude Amalia, sólo tienes que llamarla. Ella está aquí para hacer todo lo que tú le pidas. Estará en cualquier momento a tu entera disposición exclusivamente para ti. —Insistió una vez más Carlos.

—Gracias cariño, pero ya sabes que mis instintos de abogada hacen que quiera tener todo bajo control. Me gusta saber donde tengo mi ropa, mis zapatos, mis joyas..., sin tener que depender de nadie.

—Bueno, ya te acostumbrarás. Por que tendremos muchas otras cosas con las que disfrutar. Además no tendrás que trabajar si no quieres, es algo que deberías plantearte, porque me gustaría que en cuanto nos casemos tengamos hijos.

Respiré hondo. —Me gustaría seguir trabajando de momento. Pero cuando tengamos esos hijos de los que hablas, me dedicaré a ser su mamá, siendo la mujer más feliz del mundo, porque tendré la mejor familia que se puede tener.

—No puedes imaginar lo dichoso que me haces. Después de mi metedura de pata, realmente pensé que te había perdido, y cuando llegó ese tipo italiano, me asusté tanto que llegué incluso a creer que nunca más volvería a tenerte entre mis brazos.

—Shusss,... Puse mi dedo en sus labios, no quiero escuchar nada sobre ese ser tan despreciable. Ahora sólo importamos tú y yo, y nuestra vida juntos.

Sensualmente besó mi dedo, se dirigió a mi muñeca, siguiendo por mis brazos, continuó por mi cuello, para terminar en mi boca.

Me cogió en brazos. Me posó en la cama, con la intención de poseerme.

Yo correspondía sus besos, sus caricias, me dejaba llevar.

Me quitó con deseo la camiseta. Yo lo seguí, subiendo la suya para hacer lo mismo. Pero en ese momento, tocaron a la puerta.

—¿Quién es? —Preguntó enfadado.

—Perdone señor, el señorito Luis, su padre, y cuatro señores más, acaban de llegar según dicen a una reunión que tenían programada.

Suspiró. Se volvió a vestir, y besándome con ternura a la vez que con un

desmedido apetito sexual, espetó:

—Parece que no nos van a dejar tranquilos ni un minuto, con las ganas que tengo de volver a sentirte, y hacerte mía. Pero que sepas que esta noche no te escapas princesa, esta noche te voy a llevar al cielo, y no querrás regresar.

Salió de aquella habitación. Yo me vestí, y salí de allí también.

Me topé con Amalia, una mujer de mediana edad, que había contratado Carlos, para que estuviera sólo y exclusivamente a mis servicios.

Le pregunté el lugar en el que se encontraba mi prometido. A lo que respondió que en su despacho pero que en esos momentos no se le podía molestar porque estaba reunido.

De manera prepotente, me dirigí a ella:

—Perdona tu nombre es Amalia, ¿verdad?, creo que no sabes cuales son mis reglas. Yo soy la prometida del señor de la casa, por lo que soy la señora de la casa, así que si quiero entrar a hablar con mi prometido lo haré, aunque esté reunido con el rey, porque eso lo decidiré yo. Ahora retírate.

Toque a la puerta, y la abrí sin esperar.

—Buenos días caballeros, disculpad la interrupción, pero necesito comentarle una cosa a mi prometido. Será un minuto. ¡Hola Luis!, ¿cómo estás?

—¡Hola Cata!, bien, y por lo que puedo apreciar vosotros aún mejor. Me alegra ver que las cosas vuelven a su cauce, ¿y Sofi?

—Si yo también me alegro que todo vuelva a la normalidad, nunca debió torcerse nada... Sofi está con mi madre, que han decidido tomarse unos días de relax. Le vendrá bien, para volver también a recobrar el rumbo de su vida. Que imagino que también tú estarás deseándolo. En fin, que no quiero retrasaros.

Me acerqué a la mesa donde estaba Carlos, apoyé mis manos sobre su mesa, invadiendo su espacio personal, de tal manera que tenía delante mi canalillo que tan loco lo volvía.

En voz baja le comenté que iba a salir un rato, necesitaba ir a la oficina, porque quería recoger unos documentos, en los que tenía que trabajar esa tarde, y que había olvidado.

Me fui pero no sin antes coger con mis manos su cara, besarlo y susurrarle de manera sugerente:

—Recuerda que esta noche tenemos que acabar con lo que hemos

empezado.

Cuando llegué a casa, la reunión ya había acabado. Pero Carlos continuaba en su despacho. Entré diciéndole:

—Trabajas mucho amor, deberías tomarte un respiro. No quiero que te pase lo mismo que a mi padre.

—Me encanta que te preocupes por mí. Sonrió con gesto de estar cansado.

Puse mis manos en sus hombros, y los masajeeé. Un gemido traspasó su cuerpo, que provocó una carcajada en mí.

El dio la vuelta a su sillón giratorio, me sentó en su regazo, y me empezó a besar.

Sus deseos de hacerme suya, su necesidad de poseerme, lo convertían en alguien absolutamente vulnerable.

Aparté sus papeles y su portátil. Me senté en la mesa, y comencé quitarle su ropa. Besé cada rincón de su torso. Me sujetó la cabeza. Me besó apasionadamente. Nuestras lenguas estaban ya hechas de fuego, que quemaban al lamer, provocando un enorme placer.

Fui a desabrochar mi blusa, pero antes de que pudiera empezar, él me la arrancó saltando los botones por los aires. Se perdió en mis pechos.

Sin embargo, cuando fui a quitarle el cinturón, volvieron a tocar a la puerta.

—Señor, su abuela Doña Juana al teléfono, dice que es importante.

Resoplando, mientras movía de un lado a otro su cabeza: —¡Esto no es verdad!. Parece que hay un complot para que no consumamos nuestro amor.

Sonreí, lo besé. Y sentencié: —Tenemos toda la vida por delante. Por cierto, que te parece si celebramos una pequeña fiesta, pero sólo de amigos y familia. Quizás mi madre y mi hermana no puedan venir pero invitaríamos a mi padre, tu familia, nuestros amigos, para celebrar que estamos viviendo juntos, ¿qué te parece?.

—¡Es una gran idea!. Me parece maravilloso. Le diré al personal de servicio que preparen todo para el día que tú quieras.

—Sólo dime si hay alguna reunión de máxima importancia, que vayas a realizar en casa, para que no sea el mismo día. De lo demás me encargo yo. Ya tienes bastante con todo tu trabajo que te absorbe la mayor parte del tiempo.

—Bien como quieras. Hablo con mi abuela, y cenamos.

—Pues entonces voy a ducharme.

Me miró con picardía:

—Lástima que ahora no pueda, pero tengo unas ganas de hacerte el amor en cada rincón de esta casa..., sólo con imaginarte como el agua recorre tu cuerpo, me pongo malo... .

—Amor mío, este cuerpo es todo tuyo podrás recorrerlo siempre que te apetezca. Lo vamos a pasar muy bien.

Después de cenar, susurré a Carlos que se viniera a la habitación en 5 minutos que teníamos que terminar lo que habíamos empezado por la mañana.

Me fui a la habitación, llevándome conmigo una botella de Don Pérignon Rosé junto con dos copas.

Al entrar Carlos se quedó sin palabras, allí delante de él como si de una diosa se tratase estaba yo, su futura mujer, con un sujetador medio transparente con adornos de encaje, la braguitas a juego, que estaban sujetas por un ligero a las medias blancas que cubrían mis piernas.

Sostenía dos copas de aquel champagne tan caro.

—Hoy toca que celebremos mi vuelta a tus brazos, y el comienzo de una vida juntos bajo el mismo techo. Además tenemos que terminar lo que empezamos esta mañana, y por distintos motivos no nos han dejado...

Sus deseos por tenerme dominaban su cuerpo, sus actos... estaba rendido a mi voluntad, pudiendo hacer lo que quisiera con él en ese momento.

Tras brindar, probamos aquel delicioso champagne, lo besé con dulzura, y nos tumbamos en la cama.

En pocos minutos Carlos se durmió. Salí de mi habitación, me dirigí al despacho de Carlos, donde dejé un par de carpetas mías con documentos del trabajo, un bolígrafo y una pluma Montblanc.

A la mañana siguiente me levanté temprano, y cuando me dirigía al trabajo, Carlos despertó.

—¿A dónde vas? ¿qué hora es?

—Eres un dormilón, voy a trabajar, son las 7 y media de la mañana. Anoche te quedaste dormido.

—No puede ser. Lo siento mucho princesa, estoy trabajando demasiado como tú dices.

—Ya te he dicho que tendrías que tomarte un respiro. Por cierto, ¿te importa que use tu despacho esta tarde?, es que me gustaría llegar a casa

pronto, para terminar de colocar mi ropa. Pero tengo que trabajar en unos documentos, así que preferiría hacerlo en casa.

—No hay problema. Retiro unos documentos que hay en la mesa, para que no te estorben. Además, esta mañana trabajaré en casa, pero luego tendré que ir a las oficinas.

—No te preocupes si quieres los guardo en tu cajón. Sólo necesitaré tu despacho un par de horas. Por cierto he dejado un par de carpetas mías y un par de bolígrafos encima de las carpetas, sobre la mesa de tu despacho para luego. Sé que puedo parecer algo maniática pero si no te importa no me toques ni las carpetas ni los bolígrafos, están a un lado donde no deben molestarte.

Dudó por un segundo hasta que me acerqué a él, lo besé, y continué diciendo:

—Si es un problema para ti, me quedo en la oficina. No quiero que lo nuestro se pueda estropear por una tontería así.

—Usa mi despacho. Vivimos juntos, quiero que te sientas como en tu casa. Y respetaré tus manías.

—Eres un cielo. Tengo mucha suerte por haberte conocido. Nos vemos luego cariño.

Por la tarde entré en el despacho de Carlos. Llevaba un cuadro que había pintado yo, él cual coloqué en el lugar de otro que era horrible, y además escondía la caja fuerte de mi prometido.

Encendí su ordenador, e introduje el pendrive, donde empecé a descargar archivos. Al cabo de un rato entró Carlos.

—Hola princesa, ¿trabajando?

—Sí, como te comenté esta mañana. Ya he organizado mi vestidor. Y tengo que estar un rato aquí revisando unos documentos.

—¿Qué haces con mi ordenador encendido?

—Perdona, espero que no te moleste, me olvidé mi portátil en el despacho. Y pedí a Beatriz que me mandara por correo unos documentos que iba a descargar en tu ordenador para luego imprimirlos, espero que no te importe. En mi casa tengo mi ordenador de mesa para cuando me olvido el portátil, pero aquí sólo se me ocurrió usar el tuyo.

Me levanté, aproximé mi cuerpo al suyo, me abracé a él y le susurré al oído: —Te he echado de menos, estaba deseando caer en tus brazos. Ayer me dejaste con ganas de probar tu sabor.

Enseguida sentí su dureza en mis genitales. Me mordí la lengua sensualmente, y le dije: —Vaya... ¿qué tenemos aquí?.

Lo postré en el sofá, que tenía en una parte de aquella habitación, y me eché encima. Pero en ese momento, mi móvil sonó.

Descolgué. Era Beatriz, que me aseguró que ya estaba todo enviado.

—Lo siento cariño, tengo que seguir un rato trabajando y para mí eres una distracción. Beatriz ha terminado de enviarme los documentos que necesito. Debo descargarlos, para poder revisarlos para mañana. Pero esta noche no te escapas.

—Pero podríamos terminar lo que hemos empezado, ¿no te parece?.

—¿Podrías esperarme un rato que imprima una cosa, guarde otras en mi usb, y luego te busco en nuestra habitación?.

Por cierto me gustaría que la fiesta fuera el viernes, ¿te viene bien?.

—¡Por supuesto!. Me parece estupendo. Quizás a la semana siguiente tenga que viajar, por lo que hacer la fiesta antes de irme de viaje me parece una gran idea.

—Yo se lo digo a mi padre, tú te encargas del resto de invitaciones. Haré una lista con las cosas que me gustaría para la fiesta y se la paso a Amalia, que ella se encargue. Ya que me dijiste que aprendiera a delegar tareas en ella.

—Aprendes rápido princesa. Así me gusta.

Empujándolo hacia la puerta le pedí que saliera porque su presencia me distraía, deseando no trabajar para hacer el amor con él.

Justo cuando iba a salir, se dio cuenta que el cuadro era otro. A lo que le respondí que esperaba que no le molestara que hubiera cambiado el cuadro tan horroroso que tenía por uno que había pintado yo. Pero que si iba a vivir con él me gustaría más adelante cambiar algunas cosas de la casa. Muebles, decoración.... El rió : —¡Mujeres!, a mi madre le pasaba igual, siempre estaba cambiando la decoración de casa.

—Bueno déjame trabajar un rato, por favor. Que estoy deseando disfrutar de tu cuerpo —insinué.

Recogí las carpetas, los bolígrafos, mi pendrive, dejando todo como estaba unas horas antes.

Cuando llegué a la habitación, Carlos me esperaba ansioso.

—Voy a ducharme, ahora salgo.

Estando en la ducha, sentí como su cuerpo desnudo, rozó el mío. Di un

respingo, — Me has asustado. Nuestros besos se hacían cada vez más intensos, recorrió cada trocito de mi piel con sus labios, seguida de sus manos. Sentí que lo inevitable sucedería, pero estaba preparada. Llevaba preparada desde que decidí mandarle aquel mensaje.

Salimos de la ducha, me tumbó en la cama. Pero en ese momento mi móvil sonó, era mi padre. Suspiré profundamente: —¿En serio?, perdona cariño pero es mi padre. Está solo en casa, y está preocupado por Sofi, a la que vio mal cuando se fue con mamá a descansar y relajarse. Discúlpame unos minutos. Salí al balcón, pero al regresar Carlos seguía despierto esperándome.

—Perdóname Carlos, mi padre necesita que vaya a su casa. Le duele el pecho, y me ha dejado preocupada. Seguramente sea ansiedad por lo de Sofi, pero no me fío después de lo que le pasó.

—Voy contigo, no vaya a ser otro infarto.

—Mañana tienes que trabajar temprano. Mejor voy yo, y si veo que no está bien te llamo.

—Como quieras. Parece que voy a tener que secuestrarte para poder ...

Sin dejarlo terminar continué: —Estoy deseando que me secuestres...

Esa noche la pasé en casa de mis padres.

Por la mañana salí hacia el trabajo. Llamé a Carlos, y le dije que papá se encontraba bien, pero que me quedaría esa noche también para quedarme yo más tranquila. Y le aseguré que el viernes por la mañana, no iba a ir al trabajo, para preparar junto con Amalia la fiesta.

El viernes por la mañana aparecí en casa de Carlos, como le había prometido. El se iba para el trabajo, cuando yo entraba por la puerta.

—¡Amor mío, que alegría me da verte!, un día sin ti es una eternidad. — Besé sus labios.

—Yo también te he echado de menos princesa. ¿Comemos juntos?.

—Me parece bien. Comemos juntos, pero cerca de la peluquería, que quiero estar preciosa para ti esta noche.

—Tú eres preciosa siempre. Pero si quieres llamamos para que vengan a peinarte a casa.

—A mí me gusta alternar en la peluquería, te enteras de muchos cotilleos. —Respondí poniendo cara de traviesa.

—Luego te llamo para confirmar hora y lugar para almorzar.

—Perfecto. Estaré esperando tu llamada.

Me volvió a besar, y se marchó. Durante toda la mañana me ocupé de todos los preparativos.

A mediodía Carlos me llamó para anular nuestro almuerzo porque tenía una reunión de última hora que no podía cancelar.

Los invitados comenzaron a llegar a las 20:30 horas, algo que yo suponía sería muy íntimo, se convirtió en casi 20 comensales.

—Carlos tenías que haberme dicho el número de invitados.

—Tranquila avisé al servicio, que se han hecho cargo de todo.

Cenamos muy amablemente, y luego pasamos a un salón de baile, donde los comensales disfrutaron de los mejores licores junto con conversaciones de negocios de gran importancia, mientras sus acompañantes se aburrían e intentaban formar parte de alguna manera de dichos diálogos.

Sonaron unos golpecitos de algo metálico contra una copa de cristal. Todos miraron hacia el lugar de donde provenía dicho sonido. Era Carlos, que en ese momento quería proponer un brindis y anunciar nuestra boda de manera oficial. Me cogió de la mano, aproximándose a él.

—Buenas noches a todos, quiero en primer lugar daros las gracias por acompañarnos a Catalina y a mí en una noche tan especial. Queríamos haceros partícipe a todos de nuestro compromiso. Catalina y yo nos casamos en un año, y como nuestro amor no ha podido esperar, ya vivimos juntos. Así que queríamos compartir con vosotros nuestra felicidad.

Continuó la velada con normalidad, hasta que mi padre y yo fuimos al despacho de Carlos.

Al cabo de un rato, salí de dicha habitación, pero justo en ese momento me topé con Carlos que me buscaba, me miró con extrañeza, preguntándome que hacía saliendo del despacho. A lo que le contesté que mi padre se volvía a sentir mal, por lo que me lo llevé a su despacho para que se sentara unos minutos, por si se recuperaba, pero que viendo que seguía igual, en ese instante salí para buscarlo y decirle que lo iba a acompañar a su casa para que descansara. Pero que luego regresaría a la fiesta, porque me apetecía estar junto a él esa noche tan especial.

Carlos por un momento quiso entrar, pero le pedí que me hacía un favor enorme si pedía al aparcacoches que trajera hasta la puerta el coche de mi padre, para luego quedarse con los invitados por que no quería que estuvieran sin anfitrión la primera vez que dábamos una fiesta como pareja.

Aceptó sin rechistar.

Regresé a casa de Carlos una hora después. La fiesta prosiguió hasta las tantas de la madrugada, cuando los últimos invitados hubieron dado los últimos coletazos y partieron hacia sus domicilios.

Me fui a la cama agotada, cuando Carlos entró en la habitación se tumbó a mi lado. Yo con mis ojos cerrados, sonreí, al tiempo que le daba las gracias por la fiesta, le hice saber que estaba exhausta y lo incité a que me abrazara mientras dormíamos.

CAPITULO 27

A la mañana siguiente nos levantamos bastante tarde. Ninguno de los dos pensaba ir a la oficina.

Mientras estábamos sentados tomando un café, y cambiando impresiones sobre la fiesta de la noche anterior, tocaron a la puerta.

Una de las chicas del servicio abordó a Carlos con la voz temblorosa: — Señor la policía está aquí, quieren hablar con usted.

Nos miramos. Carlos se levantó y fue al hall donde unos agentes lo esperaban. Como tardaba, me puse en pie, y me dirigí al lugar donde se encontraban ellos. Carlos estaba discutiendo con ambos policías, que al final lo esposaron.

—¿Carlos que está pasando? —indagué.

—Catalina tranquila, esto es un malentendido. En un rato vuelvo. A estos dos agentes de policía se les va a caer el pelo por haberme esposado.

Sacaron a la fuerza a Carlos. Yo inmediatamente me arreglé.

Al salir de la casa de Carlos un todoterreno negro me estaba esperando. Se abrió la puerta, y me metí en aquel coche.

Beatriz conducía y Jorge era su copiloto, ambos giraron sus cabezas.

—¡Buen trabajo Catalina!... ¡muy buen trabajo!. Si algún día quieres dejar la abogacía y ser policía ten por seguro que te recomendaré —exaltó Beatriz.

Todo ha estallado ya. Esta mañana han iniciado las detenciones, registros, e imputaciones.

Con todo el material que durante estas semanas nos has proporcionado, se han destapado todos los delitos en los que la red mafiosa formada por las 7 familias más poderosas y ricas del país cooperaban, además de su relación con policías, jueces, médicos..., todos corruptos y comprados por ellos.

Volviendo atrás en mis recuerdos apareció el día que me enteré de la detención de Marcus.

Ese día Beatriz y mi padre se presentaron delante de mi casa en el mismo todoterreno negro, para desvelarme la verdad que daría lugar a los posteriores acontecimientos.

Me llevaron a un piso franco en el que al entrar, observé una pared en la cual habían fotos de nuestra familia, la familia de Carlos, la de Luis, cinco familias más que coincidían con las familias para las que mi padre trabajaba

pero yo no tenía acceso a sus expedientes. También estaban la foto de Marcus, la de sus padres, y Jorge con su hermana, además de alguna persona más, incluido un niño de unos 5 años que no conocía, recortes de periódicos y un montón de flechas que relacionaban a cada una de aquellas personas.

Habían varios ordenadores, cascos de sonido, y grabadoras.

Allí también estaban Jorge y Rosa.

Impaciente quise saber que significaba todo aquello.

Mi padre me puso la mano en el hombro para pedirme que me sentara, porque me tenían que confesar todo lo que durante años habían estado ocultando.

Inició la conversación Beatriz.

—Catalina soy una policía infiltrada. Llevamos varios años detrás de una organización criminal, implicada en delitos como malversación de fondos, blanqueo de capitales, sobornos, chantajes, tráfico de armas, y varios homicidios.

Vamos tras su pista, pero siempre consiguen escapar de las evidencias, no tenemos pruebas sólidas que confirmen la relación entre las familias ni tampoco las que los relacionan directamente con los delitos cometidos.

Sin embargo, tenemos conocimiento de la existencia de una serie de documentos que los implican directamente.

Dos de esas familias son la de Carlos, tu ex y la de Luis, el ex de tu hermana.

Yo estaba alucinando. Aquella era una situación fuera de lo normal, tenía tantas dudas, que no sabía ni por donde empezar a preguntar.

Beatriz se percató del descuadre mental que provocó en mí, y enseguida, continuó diciendo que me pusiera cómoda porque para ponerme al tanto de todo necesitaría varias horas, y que cuando terminara de hablar podría hacer todas las preguntas que me surgieran.

Comenzó relatando la razón por la cual ella empezó a trabajar en el bufet de mi padre.

En ese momento entraba en juego la familia de Jorge y Rosa, que para mi sorpresa eran hermanos.

Rosa interrumpió a Beatriz: —Déjame que cuente nuestra parte del rompecabezas.

A lo que Beatriz asintió.

Jorge y Rosa se sentaron frente a mí. — Jorge y yo como acabas de

escuchar somos hermanos.

Nuestra familia era una familia normal de clase acomodada, y que siempre habíamos vivido en Madrid, éramos tres hermanos, Jorge y yo somos mellizos y teníamos un hermano más pequeño.

Mi madre no trabajaba y mi padre por desgracia comenzó a trabajar para una empresa de la familia de Luis como administrativo.

El estaba contento porque ganaba el doble que en su anterior trabajo, pero como te he dicho el trabajar para esta familia fue lo peor que nos pudo pasar.

Un día mientras trabajaba, mi padre encontró por casualidad unos papeles en los que parecían implicar a sus jefes en una serie de sobornos y delitos fiscales.

Recuerdo que llegó a casa ese día pálido, lo que vio era algo que por su honradez era incapaz de callar.

Habló con mi madre a la que hizo partícipe de lo que había descubierto, y su intención de denunciarlos a la policía. Pero ella le pidió cautela y sobre todo, que confirmara que aquello no eran papeles falsos, o algún tipo de error.

Mi padre que seguía siempre los consejos sabios de mi madre, decidió investigar por su cuenta.

Como él se quedaba hasta tarde trabajando siempre, además manejaba los ordenadores a su antojo, y sabía donde tenía que buscar este tipo de pruebas, a los pocos meses, descubrió el horror que envolvía a esa familia y a otras seis más.

Con todas las pruebas en sus manos, decidió denunciar a todas las familias implicadas.

Sin embargo, la noche anterior a la que iba a poner la denuncia aparecieron en nuestra casa unos matones que trabajaban para sus jefes.

Esa noche mi hermano Jorge y yo nos habíamos ido a pasar la noche con nuestra abuela, que estaba mayor, y con la que varias noches a la semana nos íbamos para que no estuviera sola.

Aquella noche, amordazaron a mis padres y a mi hermano de 5 años.

Sabían que mi padre tenía documentos que los implicaban, y su prioridad era recuperarlos a toda costa. Cayese quien cayese.

Mi padre enseguida les dio todo lo que los involucraba, ya que amenazaron con matar a mi madre y a mi hermano.

Pero no contentos con eso, aquellos despiadados monstruos, soltaron a mi hermano, y a mi padre, pensaban matar a mi padre delante de mi hermano para darle una lección. Pero cuando dispararon mi hermano se abrazó a mi padre y le dieron a él. Mi padre impulsivamente y locamente enfurecido se fue hacia ellos con la intención de hacerles pagar lo que habían hecho con su pequeño, pero sin dar tiempo a nada también lo dispararon.

A la única que dejaron viva fue a mi madre.

Su propósito era hacer creer a todos que ella se había vuelto loca y había matado en un estado transitorio de locura a su marido y a su hijo una noche en la que los hijos mayores no se encontraban en la casa.

Para ello, crearon pruebas falsas, en las que inculparon a mi madre, y la tacharon de perturbada, de tal manera que cualquier declaración suya no fuera tenida en cuenta, y mucho menos investigada.

En esa parte es donde apareció la psiquiatra a la que Luis llevó a Sofi.

Esta psiquiatra por llamarla de alguna manera, porque es un ser inmoral, entre otras cosas en las que no voy a entrar ahora mismo, aportó informes falsos ya que según ella, supuestamente mi padre había llevado a mi madre a su consulta.

En esos informes escribió que mi madre era peligrosa, que tenía episodios psicóticos en los que perdía el control y la cordura, llegando a ser agresiva, e incluyó la necesidad de ser ingresada para una terapia intensiva, porque corría inminente peligro toda su familia, ya que ella no quería tomar la medicación.

También decía que tenía delirios con respecto al trabajo de su marido, porque según ella la respetable familia del jefe de su marido la formaban unos corruptos mafiosos, a los que su subconsciente culpó de los asesinatos que ella misma había cometido la noche en cuestión.

Aquel juez metió en un centro psiquiátrico a mi madre, no sin que antes ella nos dijera a nosotros la verdad de lo que ocurrió aquella fatídica noche.

Intentamos que nos escucharan, decirles que mi madre nunca había ido a la consulta de la psiquiatra esa, insistimos en que lo que declaró mi madre había sido una realidad. Pero no sirvió de nada, no iban a tener en cuenta lo que contaban dos niños.

No íbamos a darnos por vencidos aunque eso nos llevara toda la vida, y para recordarnos cada día cual era nuestro objetivo a conseguir, nos tatuamos en las muñecas los puntos cardinales, para recordar siempre que no todo esta

perdido, que si perdemos el rumbo de nuestra vida, siempre seríamos capaces de volver a encontrarlo, por otro lado, el de una golondrina pequeña, significa la libertad que buscamos para nuestra madre, y el amor para toda la vida en este caso a nuestra familia, pero sobre todo a nuestro padre y nuestro hermano pequeño que murieron a manos de unos monstruos asesinos despiadados.

Pero en ese juicio hubo alguien más que participó en él defendiendo a la familia de Luis. Ese abogado era tu padre.

—Lo miré perpleja y asustada. —No podía creer que mi padre estuviera implicado en toda aquella trama de corrupción.

Beatriz continuó aquella historia: —Años más tarde aquellos niños ya con mayoría de edad, vinieron a la comisaría. Querían reabrir el caso, pero continuaron sin hacerles caso.

Sin embargo hubo algo que llamó mi atención en ellos, y decidí escucharlos.

Yo iba detrás de un par de delitos en los que el modus operandi era el mismo y también estaban implicadas dos familias distintas pero que tenían relaciones empresariales con la de Luis.

Jorge y Rosa, mostraron tener cualidades impresionantes en informática, robótica y electrónica, así que los convencí para que hicieran las pruebas con las que ingresar en la academia de policía, y en poco tiempo se convirtieron en agentes especiales.

El siguiente paso era convencer a mis jefes que me dejaran investigar no sólo el caso de sus padres, sino también los que llevaba yo de una manera algo más arriesgada.

Pero el único punto de unión de las tres familias era un bufete de abogados, cuyo socio mayoritario era tu padre.

Por lo que me infiltré hace unos años como tu secretaria.

Puse micrófonos, además de alguna cámara en todos los despachos.

Escuchábamos todas las conversaciones que se mantenían en ellos.

En una de esas conversaciones descubrí que chantajeaban a tu padre para que siguiera trabajando para ellos en todos sus fraudes, y delitos.

Pero también descubrimos que detrás de aquellas siete familias se escondía mucho más que lo que estaba buscando en un principio, y que si conseguimos destaparlos todo, pagarían por muchos delitos por lo que habían salido airoso, y que habían afectado a un montón de personas que nunca

podieron llegar a defenderse.

Simplemente se haría justicia, pero además se pondría fin a multitud de futuros delitos en los que se inculparían a inocentes.

Aquello era tan grande que daba miedo.

Una noche secuestramos a tu padre y lo trajimos a este piso franco. Le mostramos aquella conversación en la que estaba siendo chantajeado para que continuara trabajando para ellos, ya que lo consideraban el mejor abogado del país, y le ofrecimos inmunidad si cooperaba con nosotros.

En ese momento mi padre intervino en la conversación continuándola.

—Catalina, hija mía. Espero que sepas entender lo que te voy a contar, pero sobre todo, que puedas perdonarme, porque todo lo hice pensando que os estaba protegiendo.

Nuestra familia siempre había tenido relaciones laborales con las siete familias de las que te hemos hablado, sin embargo, nunca habíamos estado implicados en la parte delictiva. Hasta que participé en el juicio de la madre de Rosa y Jorge. En ese juicio todavía no me había dado cuenta de que las pruebas eran falsas, y no estaba metido de lleno en sus fechorías. Me hicieron llegar las pruebas y no contrasté realmente de donde venían porque simplemente me fié.

El problema surgió cuando al preparar los informes finales del caso, me percaté que aquellas pruebas eran falsas, por un pequeño e insignificante fallo, y es que había un sello cuya fecha era posterior a la fecha en la que supuestamente había ido a la consulta aquella señora.

Llamé al padre de Luis, para contarle mi descubrimiento. Mi sorpresa fue mayúscula cuando se presentaron el padre de Luis y el de Carlos en mi despacho.

Me persuadieron para dejar las cosas tal y como estaban. Querían hacerme creer, que yo estaba equivocado que aquello sería un fallo de imprenta o sabe Dios qué, pero que lo que realmente importaba era el resultado que había conseguido, en el que esa mujer estaría tratada en un psiquiátrico, y sus empresas y familia fuera de cualquier sospecha.

Me quedé patidifuso. Les dije que no quería estar implicado en ningún tipo de delito, o fraude, que yo creía en el sistema legal, y que mi honradez y sentido de la honestidad no me permitían formar parte de algo de semejante calibre.

Insistieron una y otra vez, que aunque ya era rico, mis riquezas se

cuadruplicarían. Amasaría una fortuna que no sería capaz de gastar, dando la mejor de las vidas posible a la familia que tanto amaba.

Como me negaba a formar parte de aquella organización, optaron por el último de sus recursos, el chantaje, la coacción, la amenaza...

Me dejaron muy clarito que o entraba en el juego o la desgracia sería una constante en mi familia, siendo mis hijas y mi mujer las que podrían tener algún accidente, en el que perecieran.

Me achanté, convirtiéndome en el abogado del diablo.

Pero aquella situación me afectó tanto, que me aparté de las mujeres de mi vida, pasando la mayor parte del tiempo en el trabajo.

Al principio pensaba que si os alejaba de mí estaría protegiéndoos. Llegué a plantearme el divorcio con vuestra madre, cediéndole vuestra custodia completa.

Pero después cuando me adentré en su submundo de oscuros crímenes, llegué a la conclusión de que la única manera de saber que estabais bien era manteneros junto a mí. Aunque ya no me sentía merecedor de vosotras, sin ser capaz de miraros a la cara porque me había convertido en el mayor de los fraudes.

Perdí a tu madre en el camino, y no la culpo. Porque fui el peor de los maridos desde entonces, y un padre horrible.

Alguna vez intenté salir de todo aquello, pero sus amenazas me hacían volver a caer, porque lo que yo jamás superaría era que os sucediera algo por mi culpa.

Hasta que una noche, como bien ha dicho antes Beatriz, me secuestró dándome la oportunidad de resarcirme, y rescindir mi contrato ilegal, ayudando a desenmascarar a la mayor organización criminal de la historia de España.

Sin embargo, nunca llegaba a tener todas las piezas del puzzle para poder inculparlos. Creo que nunca llegaron a fiarse por completo de mí. Y aunque tenía bastante información en su contra, no llegarían a ser suficientes para destapar todo lo que había realmente detrás. Por lo que lo que pensábamos que iba a durar unos meses, se transformaron en años.

Lo que más me hizo sufrir, fue que ellos consiguieron tener aún más poder sobre mí cuando mis hijas se prometieron y una de ellas llegó a casarse con uno de aquellos miserables.

Yo no podía hablar, ya que pondría en peligro la investigación, así que corrompiéndome la pena, la impotencia y la rabia, por no poder hacer nada, tuve que tragar y tragar.

Lo único que me tranquilizaba era que quizás estaríais a salvo porque esos hombres os amaban, y que vuestra madre parecía estar feliz con aquellos enlaces.

Hasta que cuando huiste enfadada con Carlos, él vino una mañana con Luis a mi despacho, volviendo a amenazarme con que tu tenías que volver con él, que tenía que enseñar a mis hijas a hacer lo correcto, que si él te quería tú tenías que ser suya, y Luis reafirmó que lo mismo era con Sofi.

Furioso los eché del despacho. Conforme salían sólo dijeron: —¡O te encargas tú o nosotros!..., tú decides.

Fue la mañana que me dio el infarto. Además a través de Beatriz me enteré de lo que le había pasado con Sofi, durante el tiempo que estuvo casada con Luis.

Por lo que aquella investigación urgía, pero no quería que estuvierais más involucradas de lo que ya por motivos personales lo estabais.

Esta vez Beatriz irrumpió en la exposición de mi padre:

—Seguimos investigando a la psiquiatra que trató a Sofi, sus clientes, sus cuentas... estaba claro que estaba siendo sobornada, además de realizando informes y consultas falsas.

El día 10 de cada mes, recibía un ingreso anónimo de 12.000 euros, excepto un mes que coincidía con el que tu hermana vio a Luis dándole un cheque a la doctora. La cantidad también se correspondía con la misma que tu hermana había creído ver en aquel cheque.

Seguimos a Sofi, no porque pensáramos que ella estaba implicada en los crímenes, ni porque realmente creyéramos que estaba loca, sino porque pensábamos que Luis intentaría asustarla o quizás dar un paso más allá en sus amenazas.

Y así fue cuando intentaron sacarla de la carretera. Pero le perdimos la pista durante unas horas, hasta que la volvimos a localizar en aquel motel donde intentó quitarse la vida.

Pensamos que necesitaba estar a tu lado durante los primeros días, ya que la situación había sido muy crítica, pero la tarde que ella te aseguró que se venía a mi casa, habíamos mantenido una conversación en la cual ella me

dio su versión y yo le conté la verdad de lo que estaba pasando realmente, además de asegurarle que lo mejor tanto para ella como para ti era que ella estuviera conmigo. Tú no corrías inminente peligro pero ella muy probablemente sí, y tendría policías secretas protegiéndola.

CAPITULO 28

Mis palabras se habían quedado atrapadas en mi cuerpo, no era capaz de articular ningún tipo de sonido. Estaba tan atónita con todo lo que entre unos y otros iban contando mientras conformaban una historia que había estado sucediendo a mi alrededor sin que yo me hubiera percatado de ello.

¿Cómo era posible que nunca hubiera sospechado nada en absoluto?, aquello podía superar con creces la mente de cualquier ser humano.

De repente, vino a mi mente Marcus, temía hacerles la pregunta, pero tenía que hacerlo, tenía que saber si el amor de mi vida era uno más de ellos o le habían tendido una trampa. Así que con sólo una palabra ellos entendieron que quería saber. —¿Marcus?

Entonces Jorge continuó aquel relato:

—Cata, desde que Carlos conoció la existencia de Marcus no ha dejado de vigilarlo. El sabía todos sus pasos porque uno de sus secuaces lo tenía controlado en todos sus movimientos.

Desde que supo que había tenido un romance contigo, no lo perdió de vista ni un segundo.

Sabía perfectamente cuando iba a llegar a tu casa de Italia, por eso adelantó su vuelta del viaje de negocios en el que estaba, para poder hacer lo que tenía planeado. Conseguirte antes que él. Ya que sí pensamos que el beso que os disteis en la discoteca le dio una mínima esperanza. Pero si por alguna remota casualidad tú lo rechazabas, ya que él sabía que Marcus venía a España, le haría creer que vosotros dos habíais vuelto a ser pareja.

Por eso dejó la entrada a tu casa abierta, y Marcus pasó directamente, sin pasar por el vídeo—portero.

Aquello era su plan B. Carlos no deja nada a la improvisación.

Después descubrió que Marcus era familia suya, y eso no le gustó nada.

Temía que al final se descubriera que su mentira no era más que eso, una burda mentira, o que te perdonara, dejándolo sin la posibilidad de convertirte en su esposa.

Sabemos también de la existencia de unos testamentos que no se han hecho públicos de la bisabuela de Marcus, pero que son retenidos por la abuela de Carlos, y que todo parece indicar que los beneficiarios son Bernardino y sus hermanas.

Para tú tranquilidad Marcus es inocente, seguimos la pista de todos los

registros, de las IP, de los horarios a los que se dieron los desvíos de capital a su cuenta bancaria.

En fin que se aprecia claramente que fue algo que prepararon, y organizaron para culparlo a él, e ideado por Carlos.

Algo que pudimos corroborar gracias a que varios de los traspasos que hicieron a las cuentas de Marcus, los tuvo que registrar y constatar tu padre, pero que de momento no podemos usar sin exponer a tu padre, y perderlo de la investigación.

Por lo tanto, sabemos con total seguridad que todo fue un complot para que cuando Marcus viajara a Dubái, dieran un soplo a la policía, lo investigaran y lo encarcelaran.

Beatriz tomó la palabra:

—Cata, hoy te hemos traído aquí primero para contarte toda la verdad, pero además porque ahora más que nunca necesitamos tu ayuda.

Para poder liberar a Marcus de la cárcel y destapar por fin a toda esta panda de criminales sin piedad, necesitamos unos documentos que están en casa de Carlos, ya que estos, primero estaban en la casa del padre de Luis, pero con lo que pasó con la familia de Jorge y Rosa, los trasladaron a la casa del padre de Carlos, pero este a su vez hace un año se los traspasó a Carlos, dándole el liderazgo del clan.

No sabemos si Carlos está realmente enamorado de ti, o es una enfermiza obsesión, pero la única manera de conseguir todas esas pruebas que se encuentran en el domicilio de Carlos, es entrando en su vida, entrando en su casa como si fuera tuya, pudiendo pasearte por ella sin levantar sospechas, pero sobre todo lidiando aquella situación con tus gestos de cariño..., no sé si me entiendes.

Sabemos que tiene ciertos documentos que están en su ordenador en carpetas encriptadas, y otros en su caja fuerte.

Si podemos acceder a ellos y conseguimos que salgan a la luz, toda esa organización terminará entre rejas pagando por cada crimen que ha cometido. Pagando por todo el daño que ha hecho a personas inocentes.

Haciéndose justicia por las muertes que se dejaron en el olvido, y no fueron resueltas o culparon a quienes no eran los culpables.

Por cierto dos cosas más, no te fíes de Doña Juana, ella quería a su hermana, pero también fue educada por su padre, para ser su sucesora, y ella continuó con el clan mafioso que su padre había organizado.

A quien realmente considera su familia real es a su hijo y a su nieto. Entre ellos y Marcus, este último no tenía nada que hacer, por eso apoyó a Carlos en toda su argucia para encerrar a Marcus. Además, aquellos testamentos tanto su madre como su hermana decidieron que se abrieran después de sus muertes, de manera anónima, para que no llegaran a saber de donde venía el dinero.

Las dos únicas personas que lo sabían tras la muerte de ambas, eran Doña Juana y Antonella, pero algo pasó con Doña Juana, porque decidió no abrirlos nunca, convenciendo a Antonella para que no pusiera ningún tipo de impedimento.

Y por otro lado, te están vigilando continuamente, cualquier persona que tengas a tu lado, puede ser uno de ellos, por eso saben todo lo que tú haces o incluso lo que vas a hacer. Pero tranquila porque desde hace mucho nosotros también os hemos estado vigilando, tanto a vosotros como a los que os siguen.

Yo no me lo pensé dos veces, tenía claro que mi deber era hacer todo lo posible por conseguir aquella información, ayudar a mi padre a liberarse de su cruz, pudiendo retomar su vida, ayudar a Marcus a recuperar su libertad, demostrar que Sofi estaba bien mentalmente siendo todo una farsa por parte de Luis, dar justicia a la muerte de los familiares de Jorge y Rosa y poder conseguir liberar a su madre del estigma de ser una enferma mental, además de resolver otros muchos casos de los que yo era desconocedora pero que sabía que existían, y evitar que se sucedieran otros muchos en un futuro.

Así fue como comenzó mi teatro, me convertí en la mejor actriz, aunque mi padre no tuviera claro que quisiera que su hija se involucrara hasta ese punto. Pero fui contundente, no podía quedarme al margen sabiendo que yo tenía la mejor de las bazas para conseguir aquellas importantes pruebas.

Les impuse una sola condición: antes del meterme en la boca del lobo, iría a ver a Marcus a Dubái, y a sus padres, haciéndoles saber de alguna manera que los ayudaría.

Aceptaron sin poner ningún tipo de pega, además así era más creíble. Que yo me acercara a Dubái, viera las pruebas que ellos habían creado para la culpabilidad de Marcus, y volviera pensando que era un estafador, lo haría todo más real.

Nos sentamos todos a una gran mesa donde había unos planos de la casa de Carlos, en ellos me enseñaron la organización de su despacho, en el cual

tendría que esforzarme por encontrar las pruebas que necesitábamos. Me enseñaron a usar y colocar micrófonos, y pequeñas videocámaras camufladas en bolígrafos.

Decidieron como medidas preventivas por si algo salía mal que Sofi y mi madre se fueran a nuestra casa de Marbella. Mientras menos personas expuestas ante posibles adversidades mejor.

Como mamá no sabía nada de todos los acontecimientos que se iban sucediendo pensaron que lo mejor era que Sofi le pidiera a mamá que la acompañara a tomarse un respiro, en el cual reorganizaría sus ideas.

Pero mi madre aunque no estuviera al tanto de nada, sabía que algo estaba pasando. Sin embargo por una vez en su vida dejó que otros manejaran los hilos y la guiaran.

Cuando llegué a la cárcel donde tenían prisionero a Marcus, me encontré con sus padres, desesperados, angustiados..., siendo yo el clavo ardiendo al que agarrarse para poder salir de esa situación sin sentido.

Intenté relajarlos, les hice saber que los ayudaría.

Los agentes de prisión me hicieron entrar en una habitación en la cual uno de ellos no salió en ningún momento. Algo que era de por sí inusual, por lo tanto aquel agente estaba también en el ajo, vigilándonos. Además en aquella habitación había un espejo de una dirección, y a través del cual tenía la certeza de que observaban hasta el más mínimo detalle de nuestra conducta, de nuestras palabras, de nuestra comunicación no verbal.

Mientras esperaba, leí cada dato que había en el expediente de Marcus, y si no fuera porque yo sabía la verdad de aquella documentación, hubiera jurado que eran ciertos, y que un buen hombre era un criminal según aquellas pruebas.

Cuando entró en la habitación tuve que contener mis deseos de abrazarme a él y besarlo. Lo habían golpeado, le habían hecho daño, y me moría por dentro, pero tenía que hacer mi papel, tenía que representar mi gran obra delante de cualquier persona que estuviera cerca, ya que no sabía quienes serían de los buenos y quienes trabajaban para la organización criminal.

Con mis palabras e incluso mis gestos, hacía creer a todos que lo creía responsable de cada uno de los delitos de los que se le imputaba.

El me miraba, no entendía como yo podía estar creyendo que era culpable. Intentaba convencerme que él era incapaz de hacer nada de lo que

estaba acusado. Hasta que llegó el momento de despedirnos, en el cual, le aseguré que no lo iba a defender, pero que por respeto a su familia, le iba a proporcionar el nombre y número de una buena abogada a la que tendría que llamar para que lo ayudara.

Cuando desdobló el folio en el que supuestamente había escrito aquellos datos, su expresión se relajó, respiró hondo, volviéndose otro actor más de aquella obra improvisada.

En aquel trozo de papel le escribí: “Sé que eres inocente. Nos están vigilando. Todo lo que estoy diciéndote es una estrategia para sacarte de aquí. Hay policías corruptos implicados pero también tenemos de nuestra parte a los policías que quieren destapar a la organización que te ha hecho esto. Tienes que hacer lo que te diga. Deben pensar que te abandono, que no creo en ti. Pero recuerda que no voy a dejar que te pudras en la cárcel por algo que no has hecho. Te amo. Rompe este papel en mil pedazos, para que no quede ningún tipo de prueba.”.

Me fui sin mirar atrás, no quería que pudiéramos estropear el magnífico papel que había ejecutado. Su reacción al final también fue digna de un Oscar, así que de momento todo iba sobre ruedas.

Al reencontrarme con sus padres, seguí haciendo un papelón, ya que sentía ojos y oídos alrededor nuestro.

Les entregué otro papel similar al que le había entregado a Marcus, no podía dejarlos pensando que no los iba a ayudar, inmersos en su desesperanza.

En ese papel pudieron leer: “Nos vigilan. Sé que Marcus es inocente. No os fiéis de nadie, hay policías implicados. Tenemos un plan para sacarlo de la cárcel, no estamos solos, os llamará a vuestro teléfono un intermediario. Destruid el papel, en un rato. Que nadie pueda leerlo. Sacaré a Marcus de aquí, cueste lo que cueste”.

Me despedí de ellos, y mientras nos abrazábamos, le dije a Bernardino: —¡Te juro que lo sacaré de aquí!.

Antonella se abrazó llorando, y diciéndome en un mar de lágrimas que sabía que le iban a hacer daño, que por favor no lo abandonara.

Me fui de allí con el corazón en la boca. Todo iba según lo previsto, y aunque lo que me provocaba era gritar que era inocente, poniendo en evidencia a Carlos y a todos aquellos desalmados, controlé mis nervios, me templé y continúe con nuestro plan.

Lo siguiente era conseguir que Carlos quisiera volver conmigo, fue fácil.

Pensaba que después de haberlo rechazado tantas veces, costaría mucho aquel acercamiento, pero no, aquel hombre estaba enamorado u obsesionado, porque rozaba lo enfermizo.

Lo besaba, lo abrazaba, le hice pensar que Marcus era lo peor y que quería una nueva oportunidad, dándole su tiempo.

En poco tiempo estaba mudándome a su casa sin levantar ningún tipo de sospecha.

Había estudiado bien los planos, y sabía como usar mis armas de mujer con él.

Lo que más me aterraba era tener que llegar a acostarme con él. Pero tenía en la retaguardia a mi padre y los chicos que estarían al tanto de cada acontecimiento en la casa una vez pusiera los micrófonos.

De hecho en los momentos en los que nuestros contactos se hacían intensos siempre había alguna llamada que frenaba la situación.

Las primeras veces no hizo falta que el equipo actuara, pero posteriormente fueron ellos con sus llamadas los que me ayudaron a salir del paso.

Lo primero era colocar micrófonos por toda la casa. Eran casi microscópicos, puse dos en el dormitorio, otro dos en el salón, y me faltaba el lugar más importante de la casa, la habitación donde se encontraban las pruebas que necesitaba conseguir tener en mi poder.

Nada más llegar a aquella casa y con la excusa de querer organizar mi vestidor, me enteré de la reunión de parte de dicha organización.

Interpreté mi papel como jamás hubiera pensado que haría. Incluso fui la persona más prepotente con el servicio, algo que me costaba de manera sobrehumana. A pesar de todo tenía claro mi objetivo y nada ni nadie se interpondría en que lo alcanzase.

Me metí en aquel despacho, distrayendo a cada persona que estaba allí, para mientras me acercaba a mi supuesto prometido con el que había comenzado a vivir, ponía bajo su mesa un micrófono.

Al otro lado escuchaban y grababan cada conversación Beatriz, Jorge y Rosa.

Necesitaba conseguir la contraseña para poder acceder a las carpetas encriptadas de su ordenador. Y también necesitaba saber cuál era la combinación para abrir su caja fuerte.

Por lo tanto, en el champagne que llevé a la habitación una noche le puse un par de somníferos, primero para evitar tener que llegar hasta el final en caso de tener que acostarme con él, y segundo para dejar unas carpetas y dos bolígrafos, que realmente eran dos pequeñas videocámaras, sobre la mesa de su despacho estratégicamente colocadas para que pudieran grabar la contraseña de los archivos que necesitaba encontrar, si la usaba al día siguiente.

Con la excusa de ser maniática, y querer pasar más tiempo en casa, todo salió a la perfección. Aquellos bolígrafos grabaron su contraseña, que usé en la tarde siguiente tras una llamada de Beatriz en la cual me la hizo saber.

Me fui al despacho, encendí el ordenador, tecleé la contraseña, y pude acceder a todo. Pero para que no pudieran pillarme con esa documentación en mi poder, me dieron un pendrive en el cual había un programa que conectaba su ordenador al de Jorge, de tal manera que él podía controlar el ordenador de Carlos desde donde estaba. En ese instante él entró, tuve que volver a usar mis dotes de amante para distraerlo, hasta que nuevamente Beatriz me avisó que ya lo tenían todo y que Jorge había dejado el ordenador como si estuviera descargando algo que ella me había mandado del trabajo. Carlos no se percató de nada y volví a librarme de ser poseída por él.

Por otro lado, cambié el cuadro que había sobre la caja fuerte, por uno que supuestamente había hecho yo, en el cual había una pequeña videocámara oculta en uno de sus laterales, para conseguir la combinación de aquella caja sin ser descubierta.

Pronto conseguimos la combinación, así que el día propicio para terminar de conseguir las pruebas que nos faltaban y que exculpaban a inocentes personas de los delitos que aquella organización de criminales habían llevado a cabo, era el día de la fiesta, que era perfecto para que sin que nos pillaran pudieran salir de aquella casa, siendo llevados a manos de los policías honrados que querían hacer justicia.

Todo estaba saliendo según lo que se preveía ese día. Esta vez entraba en juego mi padre, que había estado sufriendo cada minuto, cada segundo, cada milésima de segundo que su hija había permanecido en aquella casa, junto a un monstruo, expuesta al peligro de ser descubierta, y con el miedo de no llegar a tiempo a salvarla en tal caso.

El sacaría de aquella casa la documentación que terminaba de incriminar a aquella panda de mafiosos.

En la fiesta seguí con mi papel de enamorada, dispuesta a casarme con aquel hombre, llevando su anillo, y haciendo público mi amor por él, nuestro compromiso y nuestros planes de futuro.

Por unos instantes mi padre y yo nos despistamos, dirigiéndonos al despacho de Carlos, abrimos la caja fuerte donde encontramos las pruebas que tanto anhelábamos, que nos libraría de seguir adelante con aquella farsa.

Primero salí yo, que me encontré de bruces con Carlos, lo persuadí de que mi padre no estaba bien, que lo llevaría a su casa, pero que volvería aquella noche con él a la fiesta, ya que la anterior, gracias a una llamada de mi padre puede escapar de sus brazos, y si volvía a irme podría sospechar demasiado y llevar al traste todos nuestros esfuerzos.

Así lo hicimos, mi padre introdujo por debajo de su chaqué todos los papeles. Yo lo acompañé pero a su casa, donde Beatriz iría despistando a los secuaces de Carlos que siempre nos tenían vigilados para recoger dicha documentación.

Esa noche si todo salía bien sería la última que pasaría en aquella casa, en aquella cama, en aquellos brazos..., sólo tenía que aguantar un poco más, disimular unas horas más y todo habría terminado.

Y así fue, minutos antes de meterme en aquel coche, detuvieron a Carlos.

Lo primero que hice en ese momento fue preguntar si Marcus estaba bien.

Beatriz y Jorge me empezaron a poner al día de todo lo que estaba sucediendo desde la noche anterior, cuando mi padre les aportó la documentación, y ellos la sacaron a la luz.

—Cata, todo ha salido como te he dicho, según lo previsto. Marcus ha sido liberado esta mañana. Esta con sus padres, en un vuelo de vuelta a España, mañana estará en Madrid. Aseguró Beatriz.

—El caso de mis padres ha sido reabierto, valorando de manera totalmente real la cordura de mi madre —comentó Jorge. —No sé como agradecer todo lo que has hecho —continuó emocionado.

—¿Mi familia está a salvo? ¿cuándo podré verlos? ¿cuándo podré ver a Marcus y su familia? —interrogué.

—A tu padre lo verás en unos minutos, te está esperando en su casa, deseando verte. Tu hermana y tu madre, siguen bien en Málaga, y Sofi sabe ya que todo ha salido según lo planeado. A Marcus y su familia si todo sigue

al ritmo que va, los podrás ver mañana.

Llegamos a casa de mis padres, donde mi padre me esperaba con los brazos abiertos con el deseo de acoger y proteger a su hija pequeña. Ambos rompimos a llorar, llevábamos acumulado todo el estrés de aquellas semanas, y necesitábamos desahogarnos.

Beatriz dirigió su atención a la televisión que tenía mi padre encendida en el canal de noticias.

El país entero estaba levantado, las noticias, no dejaban de hablar de aquella organización criminal, de la gran labor de la policía secreta, que había conseguido desenmascararla, y de los numerosos cargos políticos, policías, jueces, sanitarios... todos comprados por ellos.

Aunque existía el secreto de sumario, saltaron algunas filtraciones a la prensa, por parte de Rosa, ya que de esa manera, sería más complicado que ocultaran pruebas.

Beatriz volvió a cambiar su centro de atención hacia nosotros, para hacernos saber que durante una temporada debíamos abandonar Madrid por miedo a que alguien que todavía no fuera detenido pero estuviera comprado por aquellos criminales pudieran tomarse la revancha, si llegaban a saber que estábamos implicados en aquella investigación.

Esperarían al día siguiente para que pudiéramos reencontrarnos con Marcus y su familia, que también tendrían que salir de Madrid, para evitar peligros innecesarios.

CAPITULO 29

Aquella noche la pasé en la casa de mi padre. Fue extraña, pero liberadora.

Nos quedamos tumbados y abrazados, mientras mi padre me acariciaba el pelo, durante un buen rato.

Hasta que él me pidió perdón por haberme tenido que exponer a un peligro tan enorme. Por haberme defraudado como profesional, pero sobre todo, como padre.

Yo me incorporé a su lado, lo miré y le dije que no me había decepcionado, porque al final había hecho lo correcto, y que no se preocupara porque él no me expuso al peligro, ya que yo misma decidí formar parte de aquella investigación para dar caza a ese grupo de impresentables.

Luego le pregunté pidiéndole sinceridad:

—Papá, ¿tú sigues amando a mamá?

—Por supuesto, la amo, siempre la he amado, y siempre la amaré. Porque para mí es y será el amor de mi vida.

—Tienes que contarle toda la verdad. Decirle por qué te alejaste, y pedirle una oportunidad.

Ella sufrió mucho pensando que tú dejaste de amarla.

—Lo haré, le contaré toda la verdad. Pero es más, voy a intentar reconquistarla. Se merece volver a ser feliz, y que vuelva a creer en el amor.

Sonreí. Las cosas volvían a ser como debían ser. Todo se iba recomponiendo, volviendo a tener a nuestro alcance la felicidad.

Dormimos poco, los nervios de los días pasados, y los acontecimientos futuros, afloraban desvelándonos. Pero llegadas altas horas de la madrugada, el cansancio agotador de aquel día nos hizo dormirnos en la misma posición que llevábamos durante horas.

Me desperté temprano. Había amanecido.

Mirando por el gran ventanal del salón cuyas vistas daban a los jardines y la piscina recordé las palabras que Bernardino me dijo la noche que nos conocimos: “No hay nada que el tiempo no cure señorita, parece que ésta está siendo una noche complicada para usted, pero si algo he aprendido a lo largo de los años que he vivido es que “siempre amanece y vuelve a brillar el sol”..., “siempre vuelve a brillar el sol...”, no dejaba de repetirlo en mi cabeza. Por fin, todo tenía sentido en esa frase, teníamos la suerte de que el

sol volvía a brillar para nosotros otra vez, después de haber permanecido demasiado tiempo en las tinieblas, en la oscuridad...

Beatriz nos llamó para preguntar si todo iba bien. Ella estaba hasta arriba de trabajo, las detenciones se multiplicaban, debido a las pruebas que habíamos conseguido con un buen trabajo en equipo. Pero quería hacerme saber, que Marcus llegaba a Madrid esa misma tarde, que estaba al tanto de todo lo que había hecho para conseguir su libertad, y no sólo eso, sino todo lo que se logró gracias a mi incursión en los brazos de Carlos.

Me dio el nombre del hotel en el que se hospedaría, hasta que decidiera el nuevo destino al que se trasladaría durante una temporada, sobre todo, durante el tiempo que aquel juicio tuviera lugar, evitando la posibilidad de ser objetivo de los ataques de los miembros de la organización desde la cárcel.

Aquella tarde a última hora, fui al hotel donde sabía que Marcus había llegado hacía poco tiempo. Se había nublado y hacía ya algo de frío.

Conocía exactamente el número de habitación, sólo tenía que subir, tocar a la puerta, y reencontrarme con él.

Pero tenía miedo a su rechazo, a que a pesar de haber hecho hasta lo impensable por liberarlo, él no quisiera saber nada de mí, por el simple hecho de que haberme conocido era el motivo por el cual, todo había pasado.

Desde que se dio el primer encuentro entre Carlos, él y yo, todo fue de desastre en desastre. Donde todas las personas que me rodeaban caían de una desgracia a otra.

Así que por qué iba a querer volver a estar conmigo. Tenía que estar preparada para lo peor, y tendría que estarlo para afrontar que quizás el amor de mi vida lo había perdido el mismo día que Carlos apareció en el hotel en el que me hospedaba en Italia.

Delante de la puerta de la habitación, a punto de golpearla con mi puño, el miedo me paralizó, iba a darme la vuelta y salir corriendo.

Pero en ese instante la puerta se abrió. Y dos voces familiares me llamaron:

—¡Catalina!... has venido. ¡Muchas gracias, muchas gracias por todo!

Ahí delante de mí se encontraba Bernardino y su mujer, mucho más delgados, pero con el rostro relajado. Con la sonrisa dibujada en su rostro, me abrazaron con tanta sinceridad, que yo también conseguí relajar cada minúscula célula de mi cuerpo.

Marcus escuchando el ruido de fuera, se asomó.

Mi corazón se paralizó al verlo, también estaba más delgado, pero seguía tan guapo como siempre.

Parecía muy cansado, incluso algo cambiado. Nos quedamos mirándonos durante unos segundos que parecían eternos, sin movernos, sin que las palabras salieron para romper aquel silencio.

Sus padres nos dijeron que bajaban al restaurante del hotel, iban a comer algo. Era obvio que se habían dado cuenta que necesitábamos estar solos, para decidir cuál sería nuestro futuro.

Deseaba abrazarlo, besarlo y hacerle el amor durante toda la noche, pero el miedo y la inseguridad me frenaban.

—Gracias Catalina. Gracias por haber creído en mí. Sé todo lo que has tenido que hacer para que hoy pueda estar libre, para que esas personas por llamarlas de algún modo paguen por sus crímenes.

Cabizbaja le respondí: —Es lo mínimo que podía hacer...

Creo en la justicia, si no mi trabajo no tendría sentido.

Pero además te lo debía. Nunca debí haber cogido aquellos papeles de tu abuela sin permiso. Y espero que algún día puedas perdonarme.

—Con lo que has hecho, eso está más que perdonado.

Aquella respuesta me tranquilizó y la conversación comenzó a distenderse.

—¿Cómo te encuentras? —Pregunté.

—Aquello fue un infierno Catalina. No se lo desearía ni a mi peor enemigo. Estoy todavía un poco conmocionado pero sobre todo, muy cansado. No podía dormir, porque en algunas ocasiones por la noche entraban a mi celda y me pegaban palizas que traían algún mensaje, como “nunca saldrás de aquí...”, “eso te pasa por querer quedarte con la mujer de otro...”, “pagarás por lo que has hecho...” .

Con lágrimas en los ojos, ya no pude aguantar más y me abracé a él, sollozando:

—¡Lo siento!, ¡lo siento tanto!, jamás hubiera imaginado todo lo que he descubierto en estos últimos meses. Siento que por mi culpa hayas tenido que vivir ese infierno. Lo siento tanto.

El secó mis lágrimas. — Tranquila. No ha sido culpa tuya. Tú no pusiste aquellas pruebas falsas y me inculpaste, ni tampoco me diste aquellas palizas. Me has salvado, eso sí que lo hiciste tú. Eres la persona más valiente que he conocido en mi vida. Parece que no te da miedo nada.

Me aparté de él. Llegó el momento de dar un último paso en aquella visita. Mirándole a los ojos, intentando atravesarlos y ver que había más allá de ellos.

—Marcus yo... Yo tengo miedo a todo, me da miedo ser alguien que no soy, me da miedo lo que hice, pero lo que más miedo me da, más incluso que cuando me metí en casa de Carlos para conseguir aquellas pruebas, es irme de aquí esta noche, sin que sepas que sigo enamorada de ti, que nunca he sentido nada igual por nadie en toda mi vida, y quizás nunca vuelva a sentirlo.

El acarició mi mejilla pero no dijo nada... se quedó allí sin decir ni una sola palabra después de mi confesión.

Lo besé dulcemente, y sin decir adiós me despedí de él, aquel pasillo se hizo eterno. Mis lágrimas caían, no quería mirar atrás porque me haría aún más daño. Pensaba: —El me va a parar cuando llegue al ascensor, y me dirá que me ama. Pero no fue así... él no llegó al ascensor, y tampoco me dijo que me amaba.

Salí de aquel hotel en el centro de Madrid. No cogí ningún taxi para regresar a casa de mi padre. Mis pies habían cogido el control de mi cuerpo y me llevaron hacia el Parque de El Retiro, que casualmente por algún evento que desconocía estaba abierto todavía a esas horas. El clima no acompañaba y empezó a lloviznar, pero ni me había dado cuenta. En ese momento como si el universo acompañara mi dolor la llovizna se transformó en diluvio. Pero yo permanecía en pie delante de aquel lago donde rebotaba el agua que caía del cielo formando una singular canción con sus ondas.

De pronto noté calor en mi hombro, una mano se posó en él. Me volví y allí estaba él.

—“Chica de los helados” te vas a empapar. Sonrió y continuó. — Posiblemente los próximos días, incluso semanas, no sea la mejor compañía. Aquel lugar me ha dejado huella... y tendré que recuperar mi fuerza mental. Siento no haber contestado a tu declaración de amor. Pero yo también tengo miedo. Nunca me había enamorado de nadie, ni al igual que tú había sentido lo que siento estando contigo.

Todo se complicó, pero sí me gustaría que tuviéramos nuestra oportunidad.

Nos besamos como nunca antes nos habíamos besado. Aquel beso no sólo estaba lleno de amor, también de vivencias que habíamos superado, de

sentimientos que habían crecido, de fuerzas que nos habían unido... Aquel beso era un comienzo... Era nuestra oportunidad...

—¿Qué te parece si volvemos al hotel? No creo que deje de llover en un buen rato, y si quieres agua te dejo mi ducha —bromeó.

La sonrisa volvía a formar parte del repertorio de respuestas de mi rostro.

Al llegar a la habitación del hotel se quitó la camiseta que llevaba empapada.

Marcus se acercó a mí, y desabrochó uno a uno cada botón de mi camisa, la apartó de mi cuerpo dejándola caer en el suelo. Mis manos volvían a reconocerlo, volvían a sentirlo como parte de mí.

Le quité el pantalón, al igual que él hizo lo mismo con los míos.

Nuestros cuerpos se buscaban. Los besos, las caricias, nuestras lenguas, besaban, tocaban y lamían cada pequeño trocito de piel.

Nos metimos en la ducha, bajo el agua caliente que caía sobre nuestros cuerpos llevándose por el desagüe el desaliento, las decepciones, los sufrimientos que durante meses habían sido parte de nuestras vidas.

Una vez más aquel hombre me hizo suya y yo lo hice mío.

Sintiendo sus gemidos en mis oídos, sintiendo los míos en los suyos, aquellos movimientos se intensificaron, volviendo hacernos estallar de placer.

Nos tumbamos en la cama frente a frente. En voz baja le declaré: —Te he echado de menos. —El sonrió y durmió.

Por fin fue capaz de dormir. Abrazados yo también me dormí. Pero de pronto, noté que él gritaba y se movía bruscamente diciendo: —¡No, no, yo no he sido, dejadme, dejadme en paz...!; era una pesadilla.

Así que lo calmé acariciándole la cara y susurrándole le decía: — ¡Tranquilo... ya todo pasó, estás a salvo!, estoy contigo y todo saldrá bien. — Besé sus labios, y comenzó a relajarse sin llegar a despertarse.

Abrimos nuestros ojos sobre las 10 de la mañana.

—¡Buenos días amor mío! — besándolo.

—¡Buenos días chica de los helados!

—Me imagino que Beatriz te habrá dicho que tendrás que elegir un destino mientras se celebra el juicio.

—Sí, lo sé. Me gustaría pasar unos días con mis padres, ver a mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos. Los pobres lo han pasado muy mal, por

lo menos que consigan darse cuenta que estoy bien, que han recuperado a su hijo. Luego podríamos pasar unos meses en Bali, siempre me gustó la idea de viajar a un sitio así, si a ti te parece bien, y no tienes una sugerencia mejor — Me guiñó.

—Yo iré a Marbella, quiero ver a mi hermana, y mi madre. Pero me parece un buen sitio. Nos merecemos disfrutar de un buen descanso en un lugar paradisíaco como ése. Tengo que regresar a casa de Carlos, para recoger mi ropa. Beatriz me comentó que hoy por la mañana, podría ya pasar por allí a cogerla, que habrían terminado los registros, y tendría mi permiso para ello.

—Luego comeré con mis padres, si te apetece podemos vernos por la tarde.

—Me parece muy buena idea. ¿Cuándo irás a ver a tu hermana y tus sobrinos?

—Creo que mañana saldré para Alghero, estaré unos días. Y luego nos vamos para Bali.

—Perfecto yo también me iré para Marbella pero mañana por la mañana. Mi madre está impaciente por verme. Al ver mi madre en la televisión las noticias, Sofi tuvo que contarle algo de lo que había estado pasando. Y ella se iba a presentar aquí ayer mismo. Pero mi hermana la detuvo diciendo que yo iría en unos días para allá.

De pronto nuestros cuerpos desnudos bajo las sábanas comenzaban a reaccionar al estar juntos, era como si tuvieran vida propia.

Levanté la sábana, lo miré y arrugando mi nariz, de manera traviesa le dije: —¡Vaya esto me suena!, me alegra que las cosas vuelvan a ser como eran...

El carcajeó y dijo: —Pues no perdamos más el tiempo, que ya lo hemos perdido bastante...

Y volvimos a perdernos en nuestros cuerpos. Su lengua quemaba mi cuerpo. Se entretuvo en mis pezones que excitados demostraban su erección. Bajó por mi vientre hasta llegar a mi pubis..., cuando su lengua se perdió en mi sexo, creí volverme loca..., cogí su cara cuando estaba a punto de volver a chillar, y lo postré en la cama, subiéndome encima suya, lo besé con tanta pasión, con tanto deseo, que aquello parecía no ser controlado por ninguno de los dos..., lo introduje en mí, y cabalgando sobre él como un amazonas que buscaba su presa, hasta hacerlo derretirse dentro de mí, volvió a ser mío y yo

suya. Volvimos a tocar el cielo...

Nos quedamos unos minutos abrazados, y dije: —No sé cómo he podido vivir mi vida antes de conocerte.

Llamé a Beatriz que me hizo saber que podía ya entrar en casa de Carlos para coger mi ropa, tenía la orden judicial que me permitía recoger mis pertenencias.

Así que llamé a mi padre, que estaba ultimando los detalles para marcharnos al día siguiente a Málaga, y le comenté que iba a pasar a por mis cosas a casa de Carlos, y luego volvería a casa.

Me preguntó por Marcus, aunque sabía por mi tono de voz, y por el hecho de haber pasado la noche con él, que todo había salido muy bien.

También quiso saber si quería ayuda o simplemente compañía para ir a aquella casa del demonio. A lo que le contesté que no se preocupara que no tardaría mucho, regresando a tiempo para almorzar juntos.

Con mis maletas hechas, me acerqué a la puerta del dormitorio para salir de él. Pero en ese momento me acordé de algo importante.

Dejé las maletas en el suelo, abrí mi bolso y saqué el anillo con el que Carlos me había pedido en matrimonio.

Me acerqué a la mesita de noche, donde lo dejé. Quería recuperar completamente mi vida, y aquel anillo formaba parte del pasado y de una gran mentira.

Justo en ese momento sentí un fuerte dolor de cabeza, y todo se volvió negro.

Abrí los ojos como pude, todo estaba borroso, y mi cabeza parecía que me iba a explotar.

Intenté moverme pero era imposible. Fue cuando me di cuenta que estaba amordazada, y atada a una silla, en mitad del dormitorio.

Delante de mí estaba él..., ¿Cómo era posible?, pero si no le habían concedido ni la condicional por riesgo de fuga. Carlos tenía una pistola en la mano.

—Vaya si que te has vuelto dormilona, creí que no ibas a despertar nunca.

Intenté hablar pero con aquella mordaza mis palabras se perdían en aquel trapo.

—Disculpa mi descortesía. Veo que quieres decirme algo, y no te he quitado el trapo de la boca. Espera que te ayudo....

Retirándome la mordaza. —¿Qué haces Carlos? ¡Suéltame... Déjame ir...!

—Va a ser que no. Catalina, has sido una niña mala..., ahora tengo que castigarte. Sé que me tendiste una trampa, que fuiste tú la que entregaste a la policía todos los documentos que nos inculpaban de algunos delitos que fueron necesarios para llegar hasta donde hemos llegado, para formar el imperio del que tú podías haber disfrutado a mi lado. Del que nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, podían haber vivido, y aún así hubieran vivido sus vidas llenas de lujo sin mover un dedo.

Pero no, tú tenías que encapricharte de ese estúpido italiano, y engañarme.

Es una pena, porque podíamos haber sido felices, muy felices juntos, y lo has estropeado todo.

Cogió mi bolso, sacó el móvil, buscó el nombre de Marcus, y realizó una llamada.

—En esta fiesta nos falta alguien, así que vamos a llamar a mi nuevo primo. Es familia así que no puede faltar a este gran evento.

Marcus descolgó al otro lado del teléfono.

—Dime cariño. ¿Cata? ¿estás ahí? ¿estás bien?.

Sólo escuchaba una respiración. Hasta que Carlos, contestó: —Buenos días, querido primo, estoy aquí con Cata, y te estamos echando de menos. Será mejor que vengas cuanto antes a mi casa.

—¡No le hagas daño! ¡ni se te ocurra tocarla o....!

No dejó que terminara la conversación cuando Carlos sentenció. — ¿O qué?, mira, ahora mismo el que tiene una pistola en la mano apuntando a su cabeza soy yo, así que o vienes en media hora o simplemente la encontrarás en el dormitorio de su prometido muerta, por cierto ni se te ocurra llamar a esa amiga vuestra policía, o no respondo. —Y colgó.

Marcus llegó a casa de Carlos en 20 minutos. En la entrada estaba el coche del policía que supuestamente tenía que proteger a Cata, pero no estaba dentro, se encontraba a un par de metros del coche dirigiéndose hacia la puerta de la casa, tirado en el suelo, sobre una manta de sangre. Lo habían degollado.

Aquello no pintaba bien, al entrar Carlos desde el dormitorio percibió que Marcus había llegado, y lo llamó. —Querido primo, estamos aquí en el lecho conyugal, esperándote, para poder aclarar nuestra situación sentimental

como lo hacen las familias que se quieren...

Marcus entró. Al verme fue a acercarse a mí, pero Carlos que se había ocultado en la sombra, se hizo ver.

—¡Hola primo! te estábamos esperando ansiosos.

—Hola Carlos... Mira,... mejor suéltala, estoy aquí... puedes hacerme daño a mí. Que es con quien realmente estás enfadado.

—¡Shshsh! siseó para que callara. Te equivocas querido Marcus, ahora también estoy bastante molesto con mi prometida. Resulta, por si no lo sabes que estábamos viviendo juntos, nos habíamos vuelto a prometer e íbamos a tener hijos en cuanto se celebrara la boda. Pero mi chica no fue del todo sincera conmigo, ¿verdad Cata?. —Agarrándome fuerte del pelo. —Ella hacía todo eso para conseguir pruebas, meterme en la cárcel, y volver contigo. Con un Don nadie, porque seamos realistas tú jamás por mucha familia mía que seas, tendrás la clase suficiente para ser mi primo. Eres hijo de un taxista bastardo.

Marcus apretó sus manos pero se contuvo, en ese momento el que tenía una arma en las manos y era peligroso era el enemigo, así que tenía que controlar su rabia, y usar su inteligencia para salir airosos de aquel tremendo problema.

De repente, Beatriz y el policía que vigilaba a Marcus entraron en la habitación armados.

Beatriz con firmeza se dirigió a Carlos:

—Será mejor que sueltes el arma, y no hagas ninguna tontería.

Carlos enfureció, su mirada se fijó en Marcus al que le dijo: —Te dije que no trajeras a la policía o tendría sus consecuencias.

Me miró. Y lleno de rabia y veneno en su cuerpo me recordó: —Te dije que o eras mía o de nadie. Además ya no tengo nada que perder.

Apuntó con su arma a mi cabeza, pero de repente se giró hacia Marcus al que disparó y cayó al suelo.

Al mismo tiempo Beatriz le disparó a él, con tal puntería que le dio en medio de la frente, desplomándose en el suelo.

El policía que acompañaba a Beatriz me desató. Corriendo me acerqué al cuerpo ensangrentado de Marcus. — ¡Amor mío, por favor sigue conmigo, sigue conmigo!.

—“Chica de los helados” es peligroso ser tu novio. —Con media sonrisa, sus ojos se cerraron.

Beatriz comprobó tras acercarse al cuerpo inerte de Carlos que había muerto en el acto.

Otras unidades de policía y una ambulancia llegaron inmediatamente.

La noticia de fuga de Carlos llegó rápidamente a comisaría donde se encontraba trabajando Beatriz. Según parecía, un funcionario y un preso lo ayudaron a escapar.

Rápidamente llamó a los policías secretos que nos custodiaban tanto a Marcus como a mí, pero el que debía estar protegiéndome no respondió, por lo que enseguida supo que Carlos había ido a por mí, pero además Marcus iba en dirección a la casa de Carlos según el policía que lo vigilaba, de tal manera que estaba claro donde estaba Carlos... y que si no llegaban a tiempo encontrarían un escenario dantesco pintado con la venganza de aquel asesino.

Llegamos al hospital y Marcus se perdió detrás de aquellas puertas.

Esperé durante horas junto a Beatriz, no dejaba de mirar mis manos llenas de la sangre del hombre con el que iba a comenzar una nueva vida, pero que una vez más Carlos lo había truncado todo.

Llegaron sus padres y mi padre. Tras 5 horas de quirófano, el cirujano salió. Tragué saliva, nos miró a todos los que estábamos allí esperando saber que destino le deparaba a Marcus, él agachó su cabeza, y dijo: —La bala rozó una arteria importante por eso perdió tanta sangre en tan poco tiempo, perdiendo inmediatamente la consciencia. La intervención ha sido muy complicada, además de larga. —Hizo una pausa... que me pareció interminable, para continuar — Hemos podido controlar la hemorragia, si llegan a tardar unos minutos más ahora no podría decirles que todo saldrá bien, y que en unos días podrá regresar a casa con ustedes.

—Mis lágrimas brotaron para desahogar aquella angustia, que se había transformado en alivio, en felicidad...

—Podrán verlo en un par de horas cuando salga de recuperación. Pero pasará la noche en la UCI, y si mañana todo va bien podrá ir a una habitación.

—¡Gracias doctor! —respondieron sus padres.

Entramos a verlo. Dejé que sus padres pasaran primero. Ellos necesitaban recuperar de nuevo a su hijo, que parecía iban a perder en cualquier momento después de tantos acontecimientos trágicos.

Por último entré yo. Me acerqué. El me miró. Me besó, y preguntó: — ¿Estás bien?

—Te han disparado a ti, no a mí. No vuelvas a dejar que te disparen nunca más, me has dado un susto de muerte.

El sonrió, y me preguntó: —Seguro que no tienes ningún ex novio más, ¿no?

Reímos los dos. — Déjame pensar... No, creo que no.

Pero ahora tengo que cuidar de un novio que tengo nuevo y que no hace más que darme malos ratos. —Me reí. Lo besé, y continué: —Ahora descansa, que todo ha terminado y Carlos ya no podrá volver nunca más a hacernos daño.

Un año y medio después....

—¿Cariño has visto mis pendientes?, están a punto de llegar todos, y no los encuentro.

Apareció Marcus por la puerta de la habitación.

— ¿Son estos? —preguntó señalando unos que tenía delante de mis narices.

— Sí, respondí. Estoy muy nerviosa, se me nota mucho.

— Tranquila mi vida. Va a ser una noche muy especial, nos lo vamos a pasar muy bien.

— Ya, pero hace más de un año que no los vemos, y acabamos de volver a Madrid después del juicio y no puedo evitar estar nerviosa.

Ana asomó diciendo: —los invitados acaban de llegar, esperan en el salón.

Allí estaban mis padres más enamorados que nunca. Mi padre le contó toda la verdad a mi madre, que decidió darle una nueva oportunidad, pero mi padre que quería recompensar todo el sufrimiento que había causado a mi madre, a partir de ese momento la intentó reconquistar cada día. Parecían dos tortolitos, llegaba a ser por un lado adorable y por otro bastante gracioso. Pero sobre todo, muy curioso, a la vez que reconfortante comprobar que mamá volvía ser como cuando Sofi y yo éramos jóvenes, irradiaba felicidad, parecía una colegiala enamorada, que me llamaba cada día para contarme los detalles, o las sorpresas con las que mi padre la deleitaba.

A su lado los padres de Marcus, que también habían aclarado sus diferencias. Antonella le contó todo lo que había ocultado por petición expresa de María. Bernardino que también la amaba, la perdonó, pero sobre todo la comprendió.

Los testamentos de María salieron a la luz, de tal modo que aquel dinero que había sido declarado limpio por no pertenecer a patrimonio de doña Juana fue repartido entre sus beneficiarios. Cambiando la vida a Bernardino y su familia, que aún así llenos de valores y principios no dejaron de ser aquellas personas humildes que habían tenido que trabajar duramente para llegar a fin de mes.

Jorge y Rosa aparecieron con su madre, que tras salir a la luz todos aquellos documentos, pudieron demostrar su inocencia, y estabilidad emocional, aunque a pesar de todo, hoy día seguía necesitando ayuda, por todos los avatares que la vida había puesto en su camino, habiendo permanecido durante años encerrada en un centro psiquiátrico.

Sofi, pudo demostrar que ella estaba sana mentalmente, superando lo que Luis le había hecho, y su intento de suicidio, llegó con Beatriz, se habían hecho íntimas amigas, salían juntas, y conocían chicos pero según ellas el mercado estaba muy mal, y querían divertirse hasta tener la suerte de encontrar a un Marcus....

También estaban la hermana de Marcus, Antonella, su cuñado, y sus tres sobrinos. María la pequeña se aproximó a Marcus y se sentó en su regazo: — ¿Ya sabe que va a ser la madre de tus hijos, tío?

El se rió, yo la miré. Le guiñé un ojo. Y Marcus respondió: —Creo que ya la tengo medio convencida.

Sentados a aquella mesa, estaban las personas que ahora conformaban mi nueva familia.

De la que habíamos estado apartados durante más de un año, mientras duró aquel juicio contra la organización criminal más poderosa de todos los tiempos en España y a nivel internacional.

Pero esta vez, aunque era una cena, y de noche, no había opción a que la vida nos trajera una nueva desgracia. Todos aquellos desalmados habían sido encarcelados para siempre, por los crímenes cometidos a lo largo de muchos años. Así que el sol volvía a brillar para todos los que estábamos sentados en la mesa.

[1] (1) signorina buona notte, dove prendo?: Señorita buenas noches, ¿a dónde la llevo?

[2] (2) Servizio di camera: Servicio de habitaciones.

(3) Buongiorno signorina, ¿posso pulire la vostra camera?: Buenos días señorita, ¿puedo limpiar su habitación?

(4) ¿Ti dispiace tornare in un'ora?: ¿le importaría volver en una hora?

(5) per qualsiasi cosa signorina, Torno tardi: para nada, volveré más tarde.

^[3](6) ¿Stai bene?: ¿Está bien?

(7) Sono un disastro: Estoy hecha un desastre.

(8) Non si guarda dove stai andando?: ¿por qué no miras por donde vas?

(9) Lo stesso si potrebbe dire: lo mismo podría decirle yo.

(10) Sei troppo bella per nascondersi dietro il gelato: Eres demasiado bonita para esconderte detrás de un helado.

(11) ^[4] la vostra camera è raccolto y pulito: vuestra habitación está recogida y limpia.

(12)

^[5](12) La ringrazio molto, ma si doveva aver preso la briga di portare alcun regalo: Muchas gracias, pero no tenía, que haberse molestado en traer ningún regalo.

(13) E 'il minimo che potessi fare per ringraziarvi così tanto ospitalità: es lo mínimo que podía hacer para agradecer tanta hospitalidad.

(14) Godersi la festa, si è in casa: disfrute de la fiesta como si estuviera en su casa.

(15) Grazie mille: muchísimas gracias.